



BIBLIOTECA DEL **PENSAMIENTO**
CRÍTICO LATINOAMERICANO

Ezequiel Martínez Estrada

LA CABEZA DE GOLIAT

Microscopía de Buenos Aires

Estudio preliminar **CHRISTIAN FERRER**

A Smarter Way

Chega

100320886435



141000 CAPITAL INTELECTUAL

La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires, de Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), fue publicado por primera vez en Buenos Aires en 1940.

Christian Ferrer es ensayista y profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es miembro del grupo editor de las revistas *El Ojo Mocho* y *Artefacto. Pensamientos sobre la Técnica*. Es autor de *Mal de ojo. Crítica de la violencia técnica* (2000), *Cabezas de tormenta* (2004), *La curva pornográfica* (2004), *Barón Biza. El inmoralista* (2007) y *La mala suerte de los animales* (2009), y de las compilaciones *Prosa plebeya. Ensayos de Néstor Perlongher* (1997), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo* (2000) y *Lírica social amarga. Escritos inéditos de Ezequiel Martínez Estrada* (2003).

LA CASA DE DIOS
MUNICIPIO DE OJITO



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

Ezequiel Martínez Estrada

LA CABEZA DE GOLIAT

MICROSCOPIA DE BUENOS AIRES

Estudio preliminar por Christian Ferrer

Edición: Rosina Balboa
Corrección: Julia Galli
Coordinación: Juan Manuel Santoro
Diseño de tapa: Verónica Feinmann
Diseño interior: Diana de la Fuente
Producción: Néstor Mazzei

© de *La cabeza de Goliath. Microscopía de Buenos Aires*,
Fundación Ezequiel Martínez Estrada
© de la presente edición, Capital Intelectual S. A., 2009

Capital Intelectual S. A.
Francisco Acuña de Figueroa 459 (1180) Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (54-11) 4866-1881 / Telefax: (54-11) 4866-1881
www.editorialcapin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723
Libro de edición argentina
Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.
Primera edición 2.500 ejemplares

Martínez Estrada, Ezequiel

La cabeza de Goliath : microscopía de Buenos Aires. -

1a ed. - Buenos Aires : Capital Intelectual, 2009.

292 p. ; 21x15 cm. - (Biblioteca del pensamiento crítico latinoamericano)

ISBN 978-987-614-195-6

1. Ensayo Político. I. Título

CDD 320

Fecha de catalogación: 26/08/2009

Índice

ESTUDIO PRELIMINAR

- 11 *Desmesura*
Christian Ferrer

LA CABEZA DE GOLIAT MICROSCOPIA DE BUENOS AIRES

- 23 **Introducción a la segunda edición**

- 27 **Prólogo a la tercera edición**

29 **I**

- 29 Las diversas ciudades
31 Civitas
32 Juicio y perdón
37 Poderío político
39 La cabeza de Goliat
41 Hacia arriba
42 *Tempo* americano de la ciudad
44 Esta agitación, sin hacer nada
46 Las ocho patas en la cabeza
49 Los juguetes de la ciudad
55 El corazón de la ciudad
58 En la trampa
63 Los moldes del ciudadano
64 Estaciones de descanso
66 Hogares y casas

- 69 De paso
- 70 Antaño y hogaño
- 73 La herencia del hortelano
- 75 Calles de Buenos Aires
- 79 Desde el cielo
- 80 Borremos las huellas
- 86 Todas las enseñas y una más
- 88 Las cuatro caras
- 92 Visitas al ausente
- 96 Lo más lejano

103 **II**

- 103 Vista
- 104 Oído
- 108 Tacto
- 109 Olfato
- 112 Gusto
- 115 Roma o Cartago
- 122 Las palmas y los laureles
- 123 Volviendo a Matusalén
- 126 El negocio dentro del traje
- 128 Vendedores de menudencias
- 129 Del arte de la persuasión
- 133 El juguete, el arma y la joya
- 134 Filosofía de un tasador
- 137 En la sala de espera
- 138 Lo que fue grande y ahora es feo
- 146 Hombres representativos
- 152 Viajeros y exploradores
- 157 El cartero
- 160 El chofer
- 162 El vigilante
- 164 El poeta
- 166 El tilingo
- 169 Cuidadores de coches
- 170 Barrenderos

- 172 Canillitas
- 173 Jus, o la divinidad hidrostática
- 178 El llanto del cielo a nuestros pies
- 181 Sobre nosotros
- 184 Los flagelos
- 188 Fuerzas anónimas circundantes
- 190 La voz del diablo
- 192 La cosa importante

197 **III**

- 197 Industrias de las otras cosas
- 199 El truco, nuestro juego
- 203 Otro juego también nuestro
- 210 Nidos de aves paradisíacas
- 214 Pájaros
- 218 Gorriones
- 222 Palomas y golondrinas
- 224 La cola del pavo
- 227 Casas colectivas
- 230 La gloria en el nicho
- 233 Descenso a los infiernos
- 236 Fuera de la realidad
- 238 Las casas linderas de Mrs. Warren y Mr. Sartorius
- 242 El cuarto acto de un drama en tres

247 **IV**

- 247 Flores de trapo, de esmalte, de loto
- 248 Aguas nocturnas
- 251 Monedas de cobre
- 252 El día blanco
- 253 El mundo de los fantasmas y los simulacros
- 256 Payasos y fieras
- 258 Al aire libre
- 260 Hipódromo
- 262 Estadios
- 266 Regreso

- 267 Una vuelta en el lecho
- 268 La pompa del muerto
- 272 Cansancio de las máscaras
- 275 Sobrevivientes
- 276 Las víctimas expiatorias
- 277 Perros y gatos
- 282 Los duendes de las calles
- 285 Náufragos sin salvavidas
- 286 Las piezas desgastadas
- 288 La noche

Desmesura

Christian Ferrer

I

No existe mejor invitación a tomar conocimiento de la ciudad de Buenos Aires que esta obra, justamente porque fue escrita para desenmascarar sus fachadas, para perturbar sus cimientos y para pronosticar su final. Es, entonces, un libro de revelaciones y de fustigación. La motivación del autor está expuesta en el mismísimo comienzo, en la primera página, en el primer renglón: «Este libro no fue escrito para complacer a nadie». Consecuentemente, el estilo narrativo es agresivo y malhumorado, por momentos ácido, incluso lapidario. Ocurre al lidiar con gigantes que los excesos de lengua se parecen a lanzamientos de piedras.

En el tiempo en que Ezequiel Martínez Estrada preparó *La cabeza de Goliath* el país confesaba pocas dudas con respecto a su destino, en apariencia garantizado. Reses, cereal, petróleo, industria, una historia reciente, un pueblo joven, las guerras civiles en el recuerdo. Argentina parecía el cuerno de la abundancia, aun cuando la pitanza estuviera desigualmente repartida. Si bien existían intelectuales obsesionados con la cuestión del «ser nacional» y si bien algunas simientes de nuestros dramas políticos posteriores ya estaban sembradas, nadie dio mucho crédito al inventario de Buenos Aires que Martínez Estrada presentaba con lenguaje tan irritado como irritante.

El libro, publicado en 1940, terminó siendo minusvalorado a título de sociologismo costumbrista a pesar de que la ambición de Martínez Estrada había sido otra: la exploración sistemática de una ciudad con el fin de ponderar la fortaleza de sus acervos, de sus promesas y de sus símbolos idiosincrásicos. El problema era capital: Buenos Aires, expandida a la manera

de las jaquecas o de los tumores, era el índice del fracaso de los argentinos para dar forma armónica a su nación. El diagnóstico de Martínez Estrada era preocupante: macrocefalia y «piernas raquíticas». Esa desmesura era el más importante factor desequilibrante del sentido de la historia argentina. El problema urgía y el remedio no estaba en existencia.

II

Unos pocos años antes, en 1933, Martínez Estrada había dado a conocer su obra cumbre, *Radiografía de la pampa*, un informe severo acerca de los mitos argentinos y asimismo profecía de un maná negativo que se descargaría sobre el país en caso de que este no cambiara hábitos y derrotero. Con el tiempo, ese libro ganaría adeptos y también refutaciones e incluso sería valorado como joya áspera de la literatura nacional, pero en su momento tuvo que soportar desdenes, el sambenito de «amargura», y el sobreentendido grosero y a veces malintencionado de que había sido escrito en contra del terruño. *La cabeza de Goliat* es una derivación temática de aquel primer ensayo y la aplicación de una lente de aumento al «foco de infección» del mapa argentino.

Antes de transformarse en ensayista Martínez Estrada había sido conocido, exclusivamente, como poeta. Así sucedió, hacia 1920, que él se inició en la vida literaria, y no le fue nada mal, pues recibió el módico espaldarazo de Leopoldo Lugones, logró ser respetado en el ambiente de los escritores, disfrutó de algunos ramos de laurel, entre ellos el Premio Nacional de Literatura, y al fin, en el mismo año en que publicó su radiografía del país, Martínez Estrada sería elegido presidente de la muy relevante Sociedad Argentina de Escritores. No era poco. Para entonces tenía treinta y ocho años. Mucho antes aún, el hombre había llegado al mundo en San José de la Esquina, un pueblo de tantos en la provincia de Santa Fe, el cual la familia, de pocos recursos, pronto abandonaría por Goyena, poblado aún más exiguo ubicado en el sur de la provincia de Buenos Aires.

Martínez Estrada llegó a la Capital Federal a los doce años de edad y en ella vivió durante cuarenta años. Pero hubo otras ciudades en su vida, además de los dos pueblos de infancia. La Plata, donde enseñó literatura

por dos décadas; Bahía Blanca, donde transcurrió la edad de la jubilación y donde moriría, a fines de 1964; el Distrito Federal de México, adonde se exilió voluntariamente por un año; y ya sobre el ocaso, La Habana, donde se puso al servicio del nuevo gobierno revolucionario. En todo caso, Martínez Estrada siempre fue un autor «local», sus obsesiones limitaban con las fronteras nacionales y difícilmente hubiera concitado la atención de un público fuera de su país. Argentina, y Buenos Aires en particular, fueron sus bestias negras, a las que amó pero no necesariamente admiró. Sus sentimientos hacia Buenos Aires están condensados en esta pregunta: «¿Por qué siento, paseando por el puerto y sus adyacencias, que soy como un desterrado y a la vez como un cautivo?».

III

El libro fue compuesto como un mosaico y cada una de sus fracciones fue sometida a una «microscopía», metáfora técnica del detallismo casi puntillista con que Martínez Estrada descompuso la ciudad hasta arribar a sus células elementales, puesto que la esencia de toda ciudad es proteica y por lo tanto inasible. La suma de las miniaturas, insertadas en panoramas de mayor porte, conforma un fresco filmico de naturalezas muertas que hacía apenas aprehensible una imagen total de Buenos Aires, cuyo vertiginoso despliegue astillaba toda mirada que pretendiera remedar la del cíclope. Cada breve capítulo supone una meditación sobre los escaques simbólicos de la urbe: de toda institución y emblema escrutado se sacan a luz sus malestares y sus falacias, y de cada costumbre y tradición se destilan una psicología y una crítica moral. Martínez Estrada buscaba en el obrar cotidiano de los habitantes signos de elevación o de declive, la voluntad de hazaña o la maldición de Babel. Pero cada estación del recorrido, haya sido relatada con ánimo lírico o con humor crispado, resulta ser un círculo de fuego.

El método de Martínez Estrada está explicitado al comienzo del libro: «El divagar por las calles de un hombre solitario que ni siquiera se ha propuesto un paseo agradable». En el camino, la ciudad se va transformando en obstáculo, por momentos en costra, muchas veces en disfraz, habitualmente en vidrio empañado. No se propuso Martínez Estrada

ofrecer una explicación científica de Buenos Aires a base de leyes estadísticas y regularidades, sino meditaciones espectrales, crónicas dantescas, una sismología del infierno. Él nunca fue sabio de gabinete, más bien un hombre errante cuyo deambular no se detuvo en los límites de la gran ciudad, pues ella misma resultaba ser un «neurotismo» del cual dependía la suerte de las provincias.

Uno de los tirantes de la argumentación, oculto en el cañamazo, es la pugna entre la metrópoli y el interior del país. Creía Martínez Estrada que la ciudad capital se nutría al modo de los parásitos y que, como las luciérnagas y los transatlánticos, vivía del encandilamiento de los demás. Años más tarde, ya casi viejo, en una carta que Martínez Estrada envió al Presidente de la nación y en la que le conminaba a dismantelar Buenos Aires, incluso despedazarla por medio de la dinamita hasta dejarla reducida a sus fuerzas verdaderas, incluiría este interrogante: «¿Qué es, pues, lo que Buenos Aires ha hecho del país? ¿No tenemos derecho a preguntarle con palabras bíblicas: 'Caín, Caín, qué has hecho de tu hermano'?». Pero Caín sólo podía vivir para sí mismo.

Martínez Estrada concede que Buenos Aires es la mayor gloria de la Argentina, su mascarón de proa, su logro máximo, sin dejar de ser, a la vez, «la enfermedad mortal de la República». Tanto dinamismo y magnificencia desembocan en un triunfo pírrico: la grandeza es patología y la grandilocuencia un fracaso. La cabeza del país había alcanzado rango de enigma existencial, por lo tanto de mito, pero el resto del cuerpo era frágil, por no decir vulnerable. Su destino, al igual que lo fue el de Goliath, era el desmoronamiento. Desarrollada como fenómeno psicológico e ilusionista, «el *trompe l'oeil* de los hijos del inmigrante», Buenos Aires también era un montepío de la carne. Nadie podía ser feliz allí.

Escrita durante un tiempo de ensanchamiento, intensificación y modernización del núcleo urbano primigenio, *La cabeza de Goliath* resulta ser una postal de la década de 1930. Detrás quedaba «la gran aldea» de fines del siglo XIX; por delante, la refulgencia metropolitana. Dos épocas se superpusieron en esa bisagra, orgánica y mecánica, esta última triunfante, con costo cargado a la cuenta de la alienación y el desgaste de alma y cuerpo. Como sucedía en buena parte del mundo, el industrialismo, el ideal de vida conocido por entonces como «americanismo», y la mecanización de la vida cotidiana se revestían de una pátina publicitaria que

pretendía consolar el déficit de adaptación del hombre a la maquinaria urbana con promesas de futuros prodigiosos. Los mitos mecánicos sustituyeron a los instintivos y la vida entera se adecuó a una cinta sin fin: «La casa de departamento es la fábrica donde se descansa». Martínez Estrada fue testigo asombrado y suspicaz de esa gran transformación.

Lo fundamental de la vida ciudadana, pero también lo decorativo y lo ínfimo, fueron calibrados como si se hubiera querido sopesar sus posibilidades existenciales futuras, sea que ameritaran la alabanza o bien el réquiem. A Martínez Estrada le concernía primordialmente la proeza del habitante, no el artificio ni otros desdoblamientos compensatorios, apósitos bonitos que pueden disimular la herida pero no cicatrizarla. Incluso la eyaculación de cultura no pasa de ser digresión o pasatiempo. La cultura que importa es la resina que se desprende de la vida orgánica de la ciudad y que se evidencia en el paso cansino o entusiasta del caminante, en las violencias derivadas de las disputas por el espacio, en el aprestamiento de los hogares como cápsulas amortiguadoras, en la tensión entre autarquía y masificación, en el influjo de la moda sobre la conducta moral, en las breves y agónicas huidas de fin de semana, en las frustraciones sexuales, en el modo en que los porteños luchan para conjurar el caos.

El estado de ánimo de Martínez Estrada, al momento de recorrer y relevar los estratos, símbolos y recintos de Buenos Aires, estuvo acicateado por la curiosidad pero también asolado por el resquemor, porque las grandes ciudades son pasiones cuyas leyes íntimas y cuyo porvenir escapan al entendimiento de sus constructores y al de sus inquilinos. Por eso el lenguaje del libro es, al mismo tiempo, diamantino y lúgubre, algo bronco, siempre impulsado por motivaciones políticas, estéticas, satíricas y proféticas: acidez, admonición y advertencia. Martínez Estrada tuvo una visión y esa visión era pavorosa: Buenos Aires, infatuada e incivil, se encaminaba a padecer la misma suerte que tocó a Cartago en la antigüedad.

IV

Y sin embargo, se necesita una superabundancia de amor para escribir algo así, como el que se devota a una mujer espléndida pero perjudicial, a la que se adora y se teme. El libro entero condensa aflicción y rencor, el

tipo de punzada que es consustancial al tango, aun cuando este mismo haya sido escasamente mencionado por Martínez Estrada. Además, una misma tensión sexual ciñe las numerosas viñetas dedicadas a la experiencia corporal de los porteños: el maniquí en la vidriera contagia la impotencia sexual a hombres y a mujeres en tanto la insinceridad mutua les invagina tartamudez e incompreensión en la personalidad, cuando no el ritmo de los locos de atar. En tanto y en cuanto a Martínez Estrada le concernía la «atrofia» de los sentidos, *La cabeza de Goliath* ofrece al lector un diagnóstico sensorial.

Buenos Aires mortifica la libido, la diluye por conductos que licuan la voluntad de vivir por los canales del buen y el mal gusto, de modo que los impulsos primarios que activan el celo humano en torno a cebos visuales son atemperados, espiritualizados y al fin escamoteados a la conciencia de los seres que sueñan con la resurrección de la carne para despertar convertidos en «*corned-beef* con cierre hermético». La brasa muere decrepita. En las meditaciones de Martínez Estrada con respecto al temperamento erótico dañado de los porteños se hace notorio un dejo de tristeza. Pocos autores habían prestado atención al altísimo peaje que la ciudad cobra a sus habitantes con el fin de encarrilar el «problema sexual». Pero la libra de carne entregada a regañadientes en el potro de tormentos es proporcional a la crónica preferencia de los afectados por la revuelta y el desquicio, o por caudillos que fascinan justamente por mantener arcaica su aura de sementales. Son los desafíos políticos de la sexualidad insatisfecha.

En tanto la naturaleza no propone al habitante más dilemas que los resolubles, la ciudad exige del hombre «mucho más de lo que él puede tolerar y comprender». Martínez Estrada entendía que las ciudades eran jaulas y el ciudadano, un contrariado soñador de lejanías. Los éteres psíquicos que se alojan a su alrededor son aún más pregnantes y violentos. La comprensión de los subsiguientes e inevitables fiascos y fracasos requería de un método libre de pensamiento que Martínez Estrada resumió en dos conceptos: «conocimiento intuitivo y convivencia espiritual». Y por cierto, el calificativo de «intuicionista» le sería arrojado sobre su cabeza muchas veces y en forma despectiva: «especulativo», «asistemático», «impresionista», «excesivo», «caprichoso». Eso es cierto: él había predispuesto la vista para atisbar verdades elusivas, más parecidas a bes-

tias salvajes que a leyes sociológicas. Para otros Buenos Aires era la quilla del país; para Martínez Estrada, el rostro esfingido de Argentina.

V

Al inicio de su vida literaria, en su libro *Argentina*, de 1928, Martínez Estrada había incluido una elegía lírica dedicada a Buenos Aires. Pero treinta años después él mismo lideraría una petición pública para trasladar la sede de la capital a Bahía Blanca. Esta propuesta era un coletazo lógico de las críticas a Buenos Aires ya presentes en su *Radiografía de la pampa* y redobladas en *La cabeza de Goliat*. A fin de promoverla, recurrió a palabras fuertes y desmedidas: «Buenos Aires es un territorio cosmopolita incrustado como tumor canceroso en el cuerpo del país». Y también: «Buenos Aires es una ciudad embrutecida». Había llegado a conclusiones terminales: el país sufría de «mal de ciudad». Durante un par de años Martínez Estrada fue insistente con el tema y lo voceó todo lo que pudo, incluso hasta en diarios regionales, pero su llamada no obtuvo respuesta.

Alguna vez Martínez Estrada escribió, no sin rencor: «Abandonemos esa Babilonia donde todo es ilusión». Otra vez, severamente, agregó: «Las ciudades pagan sus pecados igual que las personas». Por un tiempo, un tiempo a veces largo, toda ciudad prospera, se concede a sí misma juegos y fiestas, erige monumentos y mausoleos, deja huella en el mundo. Pero tarde o temprano las ciudades han de enfrentar a sus acusadores y a sus víctimas, y entonces las penas y castigos que pudieran recaer sobre ellas amontan a rango bíblico. Ninguna ciudad es eterna: algunas son abandonadas, otras son destruidas, la mayoría son olvidadas. Al final de todo se les adosa una lápida, que es la ruina última de un antiguo esplendor.

Buenos Aires, julio de 2009

LA CABEZA DE GOLIAT
MICROSCOPIA DE BUENOS AIRES

«...¿Oye usted que París me es infinitamente extraño y hostil? Hay grandes ciudades que parecen desdichadas y tristes de ser grandes. Se extienden siempre, pero una secreta nostalgia las repliega sobre sí mismas. Sus tumultos no ahogan la voz interior que les repite sin cesar: una gran ciudad es cosa contra natura.»

Rainer María Rilke, *Carta a Arthur Holitscher*

Introducción a la segunda edición

Este libro no fue escrito para complacer a nadie ni para una posible reedición monumental a costa del municipio; ni para satisfacción personal de ninguna índole. Responde más bien a un deber. Es casi una meditación, el divagar por las calles de un hombre solitario que ni siquiera se ha propuesto un paseo agradable. Un libro, en fin, que pudo no haberse escrito sin que ello dejara ningún vacío en el alma del autor.

He agregado tres capítulos («Hipódromo», «Estadios» y «Regreso») por encontrar que ciertos aspectos característicos de la ciudad no habían sido tocados. Es que, en verdad, *Radiografía de la pampa* contiene una parte dedicada a estos mismos problemas y era casi cuestión de sintaxis evitar la reiteración. Sin embargo fue necesario darle con esas adiciones y este prólogo a *La cabeza de Goliat* su autonomía completa de cabeza bien decapitada. El texto no ha sido modificado. De manera que el lector podrá seguir ignorando sin menoscabo para nadie la existencia de aquella otra obra.

Por la índole de este libro habría sido inoperante cualquier modificación en el texto, sobre todo en su sentido e interpretación. El autor está seguro de lo que piensa y de lo que dice desde hace ya mucho tiempo, y sabe además que no podrá ser refutado en sus vistas parciales sino por quien abarque a su vez el panorama entero del país. Y ni aun así la refutación probaría mucho, si el observador no ha encontrado para sí una posición más alta, desde donde se articule el panorama en un más amplio o hermoso espectáculo. Para decirlo en forma terminante:

Ante todo y por sobre todo, el pensador y el artista tienen una misión intransferible, superior a su voluntad, que es la de revelar lealmente aquello que suscitan en él las cosas del mundo en que vive. Únicamente

puede exigírsele el dominio de un alto estilo de pensar y decir, en cuya exigencia son indulgentes hasta el perdón en masa y por bula previa precisamente aquellos que no soportan en la literatura y la filosofía sino lo que les hubiera gustado decir y no pudieron, lo que los representa a ellos en contenido y forma, con el pretexto de que se piense y se escriba con independencia. La libertad es para ellos la libertad que se arrogan de privar a los otros de la suya. Entre nosotros se ha perdido la costumbre de la libertad de pensamiento y mucho más la costumbre de hablar a hombres intelectualmente libres. Aun la libertad acostumbramos a verla puesta al servicio de algún propósito o de algún interés de partido.

No es que estemos poco acostumbrados a escuchar a hombres libres que hablan con libertad; es que no tenemos siquiera esa experiencia. Supóngase lo que serían entre nosotros Montaigne, Voltaire, Rousseau, Payne, W. Blake, Nietzsche, Tolstoi, Gide. Nos causarían estupor. Y aunque cuerpos de voluntarios diligentes no se ofrecieran a darles caza, por deporte o por un servicio social mal entendido, siempre habría cazadores furtivos dispuestos a presentar el trofeo a su señor feudal. Porque la libertad no puede estar en el animal montés si no está también en el monte. ¡Qué pieza, un ciervo de aquella especie! Pero no los hemos tenido ni en muchísimos años los tendremos, porque antes hay que dejar una parte del paisaje libre de cazadores, que es donde ellos viven y procrean en libertad, ¡hijos de Dios y de la naturaleza!

Si se cree a Echeverría, Gutiérrez y Sarmiento, se debería tal penuria a una deficiencia de carácter social, por lo tanto inadvertible desde dentro, un *minus* en el desarrollo intelectual de los países hispanoamericanos. Yo creo lo mismo, porque no encuentro ni aun en los pensadores libres de los prejuicios groseros de la religión, la política y las convenciones del uso entre nosotros, quienes hayan entrado al trabajo del examen de nuestros problemas con la libertad del que va en busca de la verdad sin importarle lo que en general se piensa que ella sea, ni la soledad ni el silencio a que se condena por su misma decisión. Pues no basta ser un espíritu libre; es preciso también que el mundo que ha de explorar no tenga para él zonas ni guardianes de coto. Creo que Echeverría, Gutiérrez y Sarmiento fueron los primeros y los últimos hombres libres en un trabajo libre y, además, los únicos que entre nosotros se esforzaron por crear un lenguaje de gran estilo con que expresar sus ideas, pues todo

idioma que no ha nacido con un pueblo tiene limitaciones de carácter mental no menos tiránicas que la costumbre.

Quiero decir una libertad que constele un pensamiento y un idioma americanos y particularmente argentinos, para pensar y expresar los problemas argentinos en el recipiente mayor iberoamericano.

Ningún lector tiene derecho a atribuirle al autor otra intención que la de traducir en el estilo de pensar y decir más alto de que dispone en sus aptitudes de escritor, aquello que ha visto en la ciudad donde vive, pero en la que no nació ni quiere morir. Sin enconos y sin gratitudes, como un observador a quien no le interesan sino los veredictos de su conciencia. Y en cuanto a su confianza en que su obra pueda ser juzgada por los lectores, nunca dudó de que habrá de ser justipreciada por ellos, porque para eso publica algo de lo que escribe. Pero dónde estén ni quiénes sean esos lectores no podría decirlo, porque nuestros lectores actuales subrayan en sus lecturas lo que ellos mismos habrían podido escribir. Los defectos de lectura de esta naturaleza, sobre todo de los textos de historia, han originado gran parte de nuestros males.

Buenos Aires es el primer impedimento para intuir nuestra historia, y nuestra historia es el supremo impedimento para intuir nuestra realidad. El escritor que no mire a través de esas lentes ahumadas, no puede ser creído aunque sea comprendido, ni tener otros lectores que los que el azar le depare. Los que yo deseo justamente en este año gracioso de 1946 (año que tiene un siglo) empiezan a aprender a leer.

Mayo de 1946

Prólogo a la tercera edición

Diez años después de impresa la segunda edición de esta obra, y mediante mucho tiempo de agotada a través de vicisitudes pintorescas, me decido a reeditarla agregándole un tema sobre el tilingo, personaje típicamente porteño del que se ocupó hace ya dos generaciones Grandmontagne.

Entre mis papeles conservé las pruebas de galera de un prólogo de alrededor de setenta páginas que no se publicó por arreglo caballeresco con los editores. Ascendía Perón al poder y no se sabía cuáles serían sus intenciones contra el pensamiento libre. Quedó la cauda. Ese original se me ha traspapelado y acaso no sea pérdida de lamentar, aunque recuerdo muy bien que en él explicaba cómo una ciudad, sea Cartago, Roma, Nueva York o Buenos Aires, es un tumor maligno que pocos gobiernos se deciden a extirpar. Nada nuevo, aunque sí auxiliar para muchos compatriotas que creen que padezco de una alergia salvaje contra la civilización urbana. Entre otras razones no lo hacen porque todo gobierno representa a un partido político mayoritario, en el mejor de los casos, y todo partido político es engendro canceroso de las grandes ciudades. Sería redundante referirme aquí a la última epidemia, esta vez de carácter político, que ha sufrido la Metrópoli, y que se propagó a todo el país y a medio continente, después de medio siglo de eliminadas para siempre la fiebre amarilla, la peste bubónica, la difteria y otras enfermedades que atacaban el cuerpo. Mi esperanza en nuevos lectores se ha frustrado. Acaso sea yo hoy el único que relea este libro con emoción y complacencia. De tener que explicar algo, tendría que ser sobre mí. En ese caso, ¿qué decir?

Siempre fui contrario a los prólogos; pero con la vejez he llegado a comprender que son una especie de defensa que el autor adopta contra

posibles yerros de lectura, no menos graves que las erratas de imprenta. Este no es un prólogo ni siquiera una advertencia. Tampoco es un pasatiempo y menos un desahogo. Adiós.

Junio de 1956

Las diversas ciudades

La ciudad de don Pedro de Mendoza yace identificada con la tierra. Es la antigua ciudad del aborigen que aflora por instantes más bien que a trechos, para ser sofocada súbitamente por las otras. Ella exhala algunos días un vaho enervante y geórgico. Ráfagas de descontento y desencanto agitan el penacho del ambicioso y lo arrastran todo brutalmente hacia pretéritas formas de la vida en común.

Ahí está la ciudad primera; se la siente dentro de la otra en que respiramos con ufanía: está en lo propenso a ser destruido, en lo aleatorio. Horas de inseguridad en que tememos por nuestras vidas, por nuestros deudos y por el respeto obtenido en premio de una conducta ejemplar, amenazados por no sabemos qué eventos difusos y escondidos. De un golpe se puede perder todo, hasta la vida, peor que al juego.

El miedo originario crea fantasmas absurdos, evoca mutiladas víctimas de los relatos de Ulrico Schmidl. Sabemos que nos defienden disciplinadas fuerzas de orden, y la oleada del peligro nos llega desde allá. En estratos y zonas delimitadas casi perceptiblemente surgen a veces como de dentro de las novísimas construcciones los muros antiguos que quedaron en pie; en los parques, plazas, jardines y cementerios brota al menor descuido el yuyo de los campos.

Sentimos miedo porque estamos solos. En vano muchedumbres incesantes hormigean junto a nosotros. Estamos solos. Es el miedo a los campos que yacen bajo el pavimento, como si de pronto pudieran surgir hordas que nos pasaran a cuchillo; como si lo que tenemos y amamos nos pudiera ser arrancado en nombre de un derecho bárbaro

e inclemente. La tierra desde lejos nos transmite ese pavor. No es el de los aviones cargados de dinamita ni el de ninguna invasión violenta. Un pavor mortecino, húmedo, terrestre y antiguo que también brota al menor descuido. Una ciudad inestable y atroz reposa muda y quieta, dentro o debajo de las otras.

La ciudad de Garay sobrevive en lo valiente, progresivo, tenaz. De todas las ciudades de Buenos Aires es la más sólida, porque es aquella de la aventura, de la conquista por la raza, del catolicismo. Ciudad eterna y universal.

Nada la simboliza mejor que la estatua del fundador, con su gesto despótico, señalando con todo el brazo hasta el índice la tierra en que debemos residir. Aquí. El fundador es un guardián que nos prohíbe alejarnos. Con el dedo nos indica dónde está el ancla. Señala como el perro que ha de echarse a sus pies. La ciudad imperativa, avasalladora, la que nos tiene atados con cadenas invisibles, por deberes antiguos, por los derechos de todo conquistador sobre los colonizadores y descendientes.

El Buenos Aires del 1580 es el otro caudal de energía que transmite voluntad de vencer, a todo lo que se ha hecho, deshecho y proyectado hacer desde entonces. Dondequiera que algo ha recalitrado al progreso de otro estilo, aunque cediera a los superficiales y anárquicos adornos del adelanto, hemos de ver una supervivencia del omnímodo Buenos Aires de Garay. A él le pertenecen las encontradas fuerzas de la rivalidad; suyos son el afán de conquistar las posiciones sin sopesar los valores finos y sí sólo aquellos que sirven en el mar y en la selva para seguir camino y hacerse respetar, la desconfiada condescendencia con el dedo puesto en el disparador para cualquier emergencia, pero a no perder el juego esta vez. Lo colonial y municipal se eternizan en las ceremonias y en los ornamentos y en todo lo que podemos definir como conducta de la ciudad entera, inclusive nuestra conducta personal sin control. Después están la ciudad de la Emancipación, que coincide con algunas formas vivas del interior, y la ciudad de 1880 que viene creciendo por encima de la planta edilicia de un piso: la ciudad de todos y de nadie.

Esporádica e intermitentemente predomina sobre las otras dos ciudades, esa de 1810, libre, entusiástica, efervescente en el ideal de la redención humana y anhelante de un gran porvenir; la ciudad de los próceres, la única ciudad nuestra. En seguida pasa a dominar, persistente y plúmbea, la ciudad de los grandes sueños del terrateniente y del

hacendado, del político y del agente de la banca internacional: la ciudad que da la espalda al interior y mira a Europa.

De la simple denuncia de que existen en convivencia simbiótica cuatro ciudades, pueden resultar explicados muchos fenómenos de conformación y deformación. Téngase en cuenta el factor humano en detalle, la promiscuidad de razas, la parquedad de las notas que componen el repertorio espiritual del hombre medio, el contraste entre la vida doméstica y el fausto de la administración pública, la plasticidad de carácter del que quiere triunfar y el empaque feudal del funcionario, y se entrará al discernimiento de lo inmensamente grande y de lo inmensamente chico de la metrópoli.

Civitas

Considero a Buenos Aires como ejemplo magnífico de lo que puede el esfuerzo aislado, aunque no se aplique a ningún ideal. También como ejemplo de lo que el hombre tiene que hacer aunque no quiera. Porque no puede negarse que Buenos Aires ha nacido del esfuerzo de llevar al país entero a su más alta expansión, y del trabajo de los habitantes por llevarse a sí mismos a su más alta expansión, así el país entero sucumbiera.

Si hemos de aceptar que Buenos Aires fue fundada con fines de estrategia comercial y que desde sus orígenes ha permanecido fiel a tal designio, agregaremos que no ha necesitado otras normas para su desarrollo portentoso.

Bruj~~es~~, Amberes, Manchester, tienen igual origen mercantil; lo cual no implica que sean heteróclitas y sin personalidad nacional. Florencia, que fue también una ciudad de comerciantes, resultó la obra de los artistas y artesanos que trabajaban conforme a su voluntad y su deber. Es, por la solidaridad del esfuerzo, una ciudad para todos: una ciudad mundial y eterna, bien pagada pero bien hecha. Otras, como La Haya o Berlín, han sido levantadas y sostenidas por la coordinación de las voluntades y no por la suma de las voluntades individuales. Desde Roma, en fin, toda ciudad eterna es obra de la fe en algún ideal supremo.

Buenos Aires ha sido fabricada a pesar de los constructores, que no hicieron una ciudad sino casas de renta, locales para negocios, refugios contra el azar de la campaña, resultándoles al fin, como a Mefistófeles,

cosa distinta de lo que procuraban. Lo que ahora necesitamos saber es si de la pluralidad de propósitos puede resultar una unidad étnica que equivalga a la unidad del estilo arquitectónico. El sentido de unidad puede ser la resultante de fuerzas divergentes, si por encima de la diversidad de los elementos existe una cohesión de orden trascendental.

Las ciudades que se han levantado en quinientos años pueden ser demolidas en cinco semanas, porque está dentro de las contingencias cartaginesas de la lucha por la vida social. Ello no significa nada en cuanto al hombre que las habita y que hasta ahora siempre se salvó de tales cataclismos. El pueblo que no existiera más que como ciudadano o inquilino parásito de la ciudad, no podría subsistir, ni valdría la pena. En cambio, el pueblo que no necesita de la ciudad más que para albergarse mientras construye una civilización, ése es grande en verdad. Precisamente por lo que el urbanista no puede comprender.

Si se destruye la colmena, ¿qué resta de la abeja? La abeja constituye la colmena y el enjambre. Si se demoliera a Buenos Aires en cinco semanas, ¿qué quedaría de nosotros? ¿Estamos seguros de que somos un enjambre capaz de reconstruir sus viviendas y no una comunidad que se hospeda ocasionalmente en las que otros abandonaron?

Juicio y perdón

Buenos Aires puede parecer, visto desde el nivel de las calles, un portento de poderío y vitalidad. Es mirarlo como una abstracción, decapitado de un todo de casi tres millones de kilómetros cuadrados, con las tierras y los climas más favorables a la vida. Así se lo desgaja de su real situación, y aunque para muchos sea ésa la manera normal de mirar la metrópoli, conviene verla por todos los lados.

Indudablemente, es un milagro en múltiples sentidos, Buenos Aires. Tan inconcebible en verdad, que muchos de nosotros no tienen todavía idea clara del prodigio, y otros hemos perdido ya el asombro y la fe. Como con todo milagro que pasara al dominio público o que durase más de lo conveniente.

Desde altura y distancia adecuadas, deja de ser un milagro edilicio, bancario o político y pasa a ser un problema espiritual que concierne a

nuestro trascendental destino de pueblo. Quiero decir que está en un orden de relaciones inmediatas con la historia, la religión, el derecho, la cultura, mejor que con las reglas de la arquitectura y las ordenanzas del tráfico.

Más que ciudad, dígame que Buenos Aires es un fenómeno psicológico y algo así como la inteligencia de este grande país, todavía para nosotros con amplias zonas y en esenciales conceptos incógnito. Uso esta imagen en el sentido con que Keyserling asevera que las naciones, en cuanto tales, son ante todo fenómenos de sugestión. Si dejamos a Buenos Aires como urbe y la analizamos como capital federal (en la acepción del *demos* en Homero y Aristófanes: territorio-nación-ciudad-muchedumbre), la primera cuestión que espontáneamente surge es saber qué hubiera sido la República sin Buenos Aires, éste u otro. Mejor dicho: qué hubiera sido la República sin una metrópoli que supliera eficazmente a la colonial Metrópoli para proseguir, como es cierto, la misma función de drenar los productos de la tierra y los dividendos del capital.

Ante todo, las numerosas cuestiones que se encubren bajo la apariencia de una pregunta insólita y paradójica, son de la naturaleza de aquellas que no tienen sentido común si se las toma al pie de la letra; pero que por eso mismo despiertan en nosotros inquietudes nuevas o nos dan un punto de vista auxiliar para enfocar un problema de no menos de dos caras. La respuesta más simple podría ser: en la realidad de los hechos, el interior ha vivido y marchado a pesar de la decapitación de Buenos Aires con respecto a todo lo nacional interno. Otra contestación, no menos acertada y simple, sería: aunque Buenos Aires no ha participado en el destino ni en las vicisitudes del interior, en grado siquiera proporcional a como el interior ha sufrido las de Buenos Aires, es la realización por encima de todo vaticinio de las más audaces esperanzas del todo y de todos. Con tal circunstancia, no más, el resto de la República se ha empujado sobre sí a niveles más altos, que no hubiera logrado sin la emulación de tanta fuerza y grandeza de que las provincias son partícipes al fin y al cabo. Aunque muchas se hallen en estado de aparente regresión, con respecto a lo que fueron en 1810, 1840 y 1880.

Cualquiera de ambas respuestas sólo puede ser satisfactoria para la conciencia nacional en cuanto nos consideramos una Nación sin vínculos ni relaciones regulares y ordinarias con naciones de gran forma histórica y

económica; en cuanto Nación que, a semejanza de todas las americanas, ha tenido que empezar a formarse mucho después de haber concluido todo el proceso jurídico e institucional de su emancipación. Todo lo contrario a esta afirmación, que considero liminar para seguir entendiéndonos, concierne a la diplomacia, no al orden natural de las cosas.

Si la Nación comenzó a formarse tardía, muy tardíamente, Buenos Aires –metrópoli más que ciudad– existía en la mente de los primeros Adelantados y hallábase en edad madura, con la plenitud de sus formas, cuando por propia iniciativa –hasta pruebas en contrario– dio el envión con que se desprendió al mismo tiempo de España y de América. Desde entonces tuvo que asumir, además de la responsabilidad de una existencia soberana de dimensión y fuste europeos, la de reivindicar muy graves yerros de configuración moral y demográfica. En eso estamos todavía. También desde entonces es innegable que el proceso operado en la existencia de las ciudades argentinas, no como capitales de provincias y territorios, sino como miembros vivos de una anfictionía espiritual, no tiene relación de cantidad, de tiempo histórico, de estilo y hasta de nacionalidad, con el proceso que con excesiva autonomía se operó desde 1810 en Buenos Aires.

Las grandes ciudades de provincia han delegado en Buenos Aires, dentro del orden natural de las cosas, ricas porciones de la vida superior del espíritu y cuanto significa continuidad con lo anterior y responsabilidad del futuro. Esta transferencia no se ha hecho, por supuesto, a Buenos Aires como urbe sino a Buenos Aires como Nación. Quiero decir que no se trata de un depósito de bienes materiales voluntariamente hecho, cuanto de un holocausto de carácter psíquico o religioso, si se prefiere. Las provincias han creído que Buenos Aires, como sede de las autoridades nacionales, era el punto supremo de la aspiración de todos, mientras que Buenos Aires procedió con esos aportes sagrados con un criterio no sólo unitario sino verdaderamente municipal. Se engrandeció, se embelleció, se fortificó, mas exclusivamente como urbe y no como capital federal.¹

1. Alberdi concretó la premisa universal de nuestra historia que en su fase urbana, por decirlo así, está fundida al problema de la metrópoli, con estas palabras: «No son dos partidos, son dos países; no son unitarios y federales, son Buenos Aires y las provincias».

Para el hombre del interior, Buenos Aires se ha despojado de toda materialidad y se ha convertido en emporio formidable de lo mejor que existe en nuestra realidad y en nuestra imaginación; en una especie de divinidad cívica, hipostasiada por el desiderátum en cada uno de los dominios del saber y del poder.

La ciudad puede ser para el turista que no se la imaginaba, un portento; para el porteño puede ser el orgullo, el confort, la ciencia o el arte; para el hombre del interior es algo levantado con energía, sacrificios y esperanzas de su propia vida que, sin embargo, no le pertenece del todo. ¿Saben, o por lo menos sienten, las provincias, que han delegado tácitamente el ejercicio y disfrute de tan preciosos derechos? Pienso que no más que el rentista que ha depositado en títulos del Estado su fortuna.

Pero lo que se trata de averiguar ahora es el grado de solvencia de la metrópoli con respecto a los bienes que se le han entregado en custodia.

Volvamos a la primera pregunta. Si Buenos Aires era el puerto legal para el tráfico ultramarino, que mantenía en relativo aislamiento al resto del Virreinato –pues hubo el puerto legal para el tráfico clandestino–, ¿no hubieran aparecido otros centros primordiales, como Asunción del Paraguay, o Santa Fe, que la ingurgitó? Francisco Solano López usó palabras condenatorias para Buenos Aires y para los capitales extranjeros a cuyo servicio se puso, como garante del capital, la renta, el orden y el progreso, que eran otras formas de las garantías exigidas. Bajo esta sospecha, la grandeza de Buenos Aires sería la solvencia ofrecida a Inglaterra o a Norteamérica.

Si cualquiera de las ciudades existentes, u otra artificialmente fundada *ad hoc* para el tráfico mercantil, reemplazara a Buenos Aires ¿no habría corrido la misma suerte de devenir un órgano hipertrofiado con respecto al desarrollo lento, pero por intususcepción no por yuxtaposición, del resto del país? Acaso. Porque la hipertrofia de Buenos Aires, en que todos convenimos, hubiera sido idéntica dondequiera que se fundara una metrópoli de intercambio, ya que no es resultado de la función vital argentina sino de la posición geográfica –planetaria– del país. Buenos Aires no es entonces la hipertrofia de la Nación cuanto una semicontinental estación o muelle de trasbordo en la frontera misma del país que produce y del resto del mundo que consume. Como órgano del mercado internacional de frutos y mercancías tiene su justo tamaño. Por lo tanto, su gran

poderío no deriva de lo que tiene de consignatario del interior cuanto de lo que tiene de agente crematístico del exterior.

Y de ahí sale una reflexión: la posición, en muchísimos sentidos estratégica y óptima de Buenos Aires, la distancia de los grandes centros de consumo, la configuración geológico-geográfica del país y la feracidad de su tierra, son las causas principales de su hipertrofia con respecto al desarrollo de lo restante; o, si se quiere, de su desarrollo normal en el concierto de los intereses mundiales. En segundo término, no olvidemos que fue fundada, refundada y mantenida «en forma» para servir a lo exterior con todo lo nuestro y no al revés.

Sí; el destino del interior no hubiera sido el mismo, de no existir este Buenos Aires sino otro, tan cierto como que el destino de ese otro Buenos Aires con cualquier nombre y en cualquier lugar, ineluctablemente, habría sido el mismo, de tener la función de drenaje que le hemos reconocido. Sólo un Buenos Aires cerrado y desembocando en el interior habría cambiado la fisonomía económica, cultural y demográfica del país, quizá étnicamente también de toda Sudamérica. Para aquellas épocas es una hipótesis absurda, mas aquellas épocas ya pasaron. Esto es lo que yo llamaría la reivindicación de Buenos Aires y la remisión de sus pecados mortales para con el resto del país. Es preciso cortar un progreso que se va realizando mecánicamente por la fuerza de inercia inicial, plantearse hoy el problema con conciencia americana, iniciar su solución a ultranza.

Todavía queda por plantearnos la última cuestión de la serie: si demoliéramos ladrillo a ladrillo la ciudad de Buenos Aires, como se desmonta un mecanismo pieza a pieza; si cerráramos los puertos e hiciéramos retroceder los ferrocarriles hacia estaciones terminales mediterráneas; si cortáramos toda comunicación con Europa inaugurándola sin restricciones y con clara conciencia americana con los demás países de América, de todo el Continente, ¿cuál sería la suerte ulterior de la República? Pregunta tremenda porque tampoco es absurda. Ciudades extraordinarias y, con relación a sus pueblos, casi tan poderosas y prodigiosas como Buenos Aires -Nínive, Tebas, Cartago- han sido demolidas o desmanteladas, si no siempre por la piqueta de los hombres, por las manos de los tiempos, que son las mismas manos de los hombres. El desmontaje y la demolición podrían comenzarse por el cambio de función y dirección de las actividades del país, por un uso nuevo de

la ciudad. Esa respuesta tremenda tiene una respuesta tremenda en su ingenuidad: «es lo mejor».

Mientras llegue el momento propicio para esa titánica obra de demolición o desgaste de los materiales por fricción del tiempo que los torna friables o ustibles, aunque no se quiera, Buenos Aires tiene la responsabilidad de lo que acontece a cada uno de los hombres del interior. No podemos desentendernos de tales deberes morales, si queremos que el cataclismo no vuelva a tener las formas pavorosas que en la época de las luchas entre la capital y las provincias, cuando en veces llevó la peor parte.

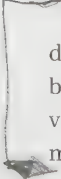
Cuestión de responsabilidad moral y de conciencia, aunque parezca de poder, de capacidad y de cultura. Buenos Aires, tanto como un arca fuerte de esperanzas, es una obligación que todos hemos contraído por el hecho de aceptar el holocausto. ¿Cómo puede hacer Buenos Aires para restituir honradamente al interior no sólo el capital de esperanzas y riquezas depositado en él, sino parte de los cuantiosos réditos que ha producido y de los que todos vamos malgastando un poco? Despertando su conciencia para comprender y sentir la totalidad de la vida de la Nación. Tiene que ser el despertar paulatino de todo el cuerpo de casi tres millones de kilómetros cuadrados. A este sueño metropolitano, sin remordimientos ni sobresaltos, lo he comparado otra vez al sueño de una cabeza decapitada. El sueño es profundo como el de la muerte; lo que se sueña, vívido como en las alucinaciones. Tan profundo, el sueño, que no oye que ese inmenso cuerpo ha comenzado a despertar con el propósito de vivir, en la plenitud y la pujanza, la verdadera vida libre para la cual nació.

Poderío político

En Buenos Aires los viejos y complejos problemas de la nacionalidad se transmutan en problemas teóricos, fáciles y de gran estilo. Conviértese en leve o grave; lo desesperante, en asunto de tratar despacio. Porque los problemas nacionales pasan a ser vistos condicionados por la urbe. Una cosa son los problemas *in vivo* del campo y otra los problemas *in vitro* de la ciudad. Cuando se le trae a la capital, el problema ha sido lisa y llanamente escamoteado, como la tortuga pasa a ser paloma desde el instante de entrar en la galera del prestidigitador.

Cada problema tiene para nosotros dos aspectos: uno nacional y otro urbano, uno que se resuelve y otro que se estudia. De antigua data prevaleció el criterio del edil sobre el del administrador, y cualquier yerro tuvo la ciudad para darle razón. En fin, no hubo mal que a Buenos Aires no le viniera bien.

Cuando la Emancipación, el Cabildo asumió el Gobierno. Se creó un gobierno municipal para todo el Virreinato. La Primera Junta ejerció ese gobierno con igual carácter. Se iba ensayando una independencia relativa, porque ningún buen patriota hubiera consentido que el Cabildo delegase sus facultades específicas en una junta autárquica. Lo consintió porque se sobrentendía que el Cabildo era España. La Municipalidad se arrogó las facultades del Virrey y desde entonces las fue ejerciendo. La línea de evolución ha sido: Cabildo-Junta-Gobernación-Ejecutivo Nacional (con la Intendencia como apéndice).



El Cabildo proclamó la Primera Junta en la inteligencia de que el orden inaugurado conservara la estructura municipal de su origen. También el Segundo Triunvirato fue creación de la ciudad, después de la revolución del 8 de octubre de 1812. Y ya dijo Groussac bastante del cariz metropolitano de la presidencia de Rivadavia.

La autoridad que así se iba gestando, conservó la facultad de poner y sacar gobernador y dar el frente o la espalda al interior, conforme le conviniera. Hasta convertirse a Buenos Aires en Capital Federal de la República, convivían en él el gobernador de la provincia y el presidente, considerado en ocasiones como huésped no siempre grato, a quien se posponía en el rango de honor en algunas ceremonias. Desde 1810 se plantea esta cuestión: España-Buenos Aires por un lado y América-Interior por otro. Cuando Sarmiento encontró por urgencias de la polémica la fórmula: civilización-ciudad contra interior-barbarie, tocaba el mismo problema de la nacionalidad. Con palabra más expresiva el paisano llamaba *godo* al español y al porteño.

El interior tuvo que ponerse a ganar la Emancipación contra Buenos Aires tanto como contra España. Carlos Tejedor libró la última batalla y la perdió; es decir, la perdimos todos. La ley del 20 de septiembre de 1880 dio el tiro de gracia a la metrópoli, a la provincia y al país. Se trataba de un problema difícilísimo que se resolvió por el procedimiento gordiano. La análoga ley de 1826 decidió la caída de Rivadavia y suscitó las guerras

civiles. Dos veces tuvo Sarmiento que vetar leyes que erigían a Rosario en capital federal. Él abogaba por Argirópolis -isla Martín García-, capital simultánea de Argentina, Uruguay y Paraguay.

Al discutirse los proyectos de 1869, el senador por Córdoba don Martín Piñero expresó: «Mientras el gobierno nacional esté en un gran centro de población no ha de ser el gobierno de la República Argentina, por más virtudes que tengan los hombres; ha de ser el gobierno de la localidad en que esté, y nada más». Carlos Tejedor, diputado, excluía en 1867 a Córdoba y Rosario por las mismas razones que a Buenos Aires, y prefería «cualquier lugar que se eligiera en medio del desierto».

La ley de 1880 cortó el nudo. Desde entonces Buenos Aires dejó de ser capital de la provincia y quedó siendo capital de sí misma. Cualquiera que sea el grado de verosimilitud de estos reproches, hace cuarenta años podía comprenderse mejor que hoy lo que significaba una decisión de tal naturaleza. Ya nos hemos acostumbrado a la creencia de que con el fallo de un viejo pleito la situación de hecho cambió. Muy pocos entenderán el sentido de estas palabras de don M. D. Pizarro, publicadas en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, en 1898: «¿Por qué no se levantan en el interior las voces de sus hombres eminentes? ¿Por qué sólo se oyen las voces metropolitanas que desde la capital de la República se levantan como zumbidos y murmullos de enjambres de colosal colmena? Porque ahí está concentrada toda la vida política de la República, y el interior es una tumba que sólo guarda los despojos de un muerto... El interior es la necrópolis de las autonomías del régimen federativo que hoy sólo pertenece a la historia política de la República».

La cabeza de Goliat

Las ordenanzas para la edificación en Buenos Aires han previsto la posibilidad de una población estable de cincuenta millones de habitantes. Con dos millones doscientos y tantos mil puede con honra ser capital de un país de setenta millones de habitantes. Cuando crezca, conforme a las previsiones de los ediles, la población del país cabrá en su ejido. Y ése es el camino que lleva.

Lo que no quiere decir que sea una ciudad desmesuradamente grande, sino más bien que nuestro país tiene cincuenta y ocho millones de

habitantes menos de los que debiera, según la ley demográfica del crecimiento de las ciudades. Un déficit que no consta en los censos usuales, sino en los que nosotros levantamos clandestinamente.

En vez de preguntarnos, como hasta ahora, por qué ha crecido fenomenalmente su cabeza de virreina, debemos preguntarnos por qué el cuerpo ha quedado exánime. Antes el problema no nos inquietaba y más bien era motivo de recóndito orgullo; porque tener una cabeza fenomenalmente grande suele ser indicio de excelencia mental, para el que calcula por metros. Nos poníamos la cabeza enorme como si metiéramos la nuestra en la arena, con lo que ya era grande como la pampa. Y en ese orgullo de cefalópodos y rátidas estaba precisamente el drama de la pequeñez.

Empezamos a darnos cuenta de que no era la cabeza demasiado grande, sino el cuerpo entero mal nutrido y peor desarrollado. La cabeza se chupaba la sangre del cuerpo.

¿Debió tener a la fecha setenta millones de habitantes la República? Sí. Todo concurría a ello, desde los privilegios naturales del suelo y el clima hasta las garantías constitucionales para todos los hombres de buena voluntad.

Si algún obstáculo se opuso al desarrollo armonioso de ese cuerpo de tres millones de kilómetros cuadrados, habrá sido creado por los mismos órganos encargados de regir su crecimiento. En efecto, atribúyase la rémora a los arquitectos de la opulencia metropolitana, porque creyeron en sus anhelos de grandeza a ultranza que podían ellos mismos constituir un plan de colonización. Se ocuparon en atraer la atención sobre sí, en su papel de constructores denodados; metieron la cabeza en la ciudad de Buenos Aires y pensaron que lo mejor sería esperar la madurez de los frutos del experimento. Resultaron ellos hombres admirables.

Desde 1853 toda la política consistió en atraer capitales y brazos para aplicarlos a las industrias nacionales, que se estudiarían y crearían después. Llegaron los capitales y los brazos, unos y otros con su plan. Nosotros no sabíamos siquiera por dónde empezar. Los capitales obedecían a las leyes universales de la riqueza y los brazos a las leyes universales del trabajo.

Unos y otros quedaron junto al muelle por si tenían que volverse, mientras las empresas de colonización traficaban con la industria de los pasajes y los fletes.

Los Barcos, de
vapor

No se alejaron mucho de Buenos Aires los capitales ni los brazos, ya que entre sí habían llegado a un convenio privado. Casi todos los capitales se aplicaron a explotaciones urbanas o vinculadas estrechamente con la urbe. Tuvieron aquí su sede central y el nexo de entronque con otras empresas, constituyendo la estación de conmutaciones del capital industrializado. Una perfecta red de comunicaciones y de circulación de la riqueza, con nosotros adentro para que no nos quejáramos.

En el interior estaba el peligro, la incógnita del desierto, que desde Sarmiento fue un programa entero de gobierno y desde Echeverría un tema económico y poético.

Con esos aportes destinados al interior, pero siempre interceptados en su curso por la capital, Buenos Aires creció conforme debió hacerlo por contribución voluntaria de las provincias.

La situación geográfica e histórica de Buenos Aires y la condición de desventaja fatídica de los países limítrofes la predestinaban a su actual grandeza, pues su hegemonía estaba decidida desde antes de existir.

Pero mientras devanaba un sueño de trescientos años, el país quedó enjuto, anémico, tendido a lo largo y a lo ancho de su soledad. Buenos Aires tenía la responsabilidad del progreso de varias naciones, como la tuvo en la independencia de América. Por eso es más que un problema de todo el organismo nacional, un problema sudamericano. Era no sólo la cabeza para representar un papel de gigante, sino para pensar en lo por venir.

Cuando sea llamado a rendir cuentas –y esto siempre ocurre–, no sabrá cómo litigar su absolución. Únicamente podrá alegar que estaba condenado a la suerte de los seres teratológicos, que es la de vivir para sí mismos y no para la especie.

Hacia arriba

La parte vetusta de Buenos Aires es la de la planta alta; del primero al segundo piso Buenos Aires está todavía entre 1870 y 1880. También las casas envejecen por partes.

Transitando por calles que conocemos bien, miremos del primer piso para arriba y nos resultarán raras, anacrónicas. La planta baja que ve el pea-

tón con sus frentes modernos, sus escaparates, sus puertas y balcones novísimos, es de data reciente y se parece al comercio en general. Juan Agustín García llamaba a Buenos Aires «ciudad de comerciantes».

Hasta mediados del siglo xix el escaparate no estaba en la pared, sino en el suelo. Eran las «bandolas», especie de ropavejerías portátiles donde se exhibían en forma atrayente las baratijas y objetos de poco valor. Simultáneamente se exhibían bajo la recova del Cabildo los cadáveres encontrados en la calle, donde esperaban con un platillo al lado la limosna para el sepelio.

El Buenos Aires de los viajeros ingleses de comienzos del siglo xix, como el de Hudson, Cunninghame Graham, Wilde y Bilbao, está aún ahí, algo más arriba de las cejas del transeúnte. El color del jalbegue, de las persianas; el estilo y clase de la forja de los balcones, son de otro gusto, más viejos.

Encima del segundo piso, cuando no del primero, está el balcón anticipado para seguir levantando la obra en años mejores. Muchos propietarios mueren antes de alcanzar la nueva planta del edificio; muchas casas son demolidas sin alcanzar la altura de la esperanza. Lo que entonces cae, más es un ideal que una casa, y el balcón del cielo no ha tenido otro destino que sostener un pedazo de firmamento que al fin se desploma junto con el tesón del propietario.

También hay seres que mueren demolidos, derrumbándose ellos con jirones de cielo a la vez. Ocurre porque nuestras ambiciones de rentistas y de hombres no están concertadas con las fuerzas ambientales, con las posibilidades que surgen de la estructura social. Cada propietario anhela lo que le sale del fondo del alma, y cada habitante lo que le sale del fondo de la ciudad.

Tempo americano de la ciudad

Para tener idea cabal del progreso de la metrópoli, nada mejor que observar una fotografía antigua. Las estadísticas, los libros, las informaciones de testigos veraces: nada tiene el valor convincente de la fotografía. Convince en primer término a los ojos, que son los órganos casi exclusivos para interpretar a Buenos Aires. A Buenos Aires se lo interpreta con los ojos porque ha sido construido para ser visto. Y de ahí el poder de fascinación que ejerce: mirando la ciudad se inhibe la facultad del raciocinio y uno niega o afirma en estado hipnótico.

Cuando se refiere a su embellecimiento exterior, a su extensión o altura, no nos conmueve en nuestra incertidumbre de hombres de llanura. En cambio sí la fotografía, como si viéramos su doble. Es su más fehaciente documento histórico y psicológico, por las mismas razones que la tarjeta postal es su credencial auténtica. Hay quienes creen que Buenos Aires es un álbum.

En aquellas fotografías en que la imagen está velada en algún sitio, tenemos por referencia noción del movimiento de las demás cosas que aparecen quietas. Esa figura que echó a perder la placa adquiere un valor vital. El muchacho reducido a ectoplasma le comunica fresca vitalidad a la fotografía, mientras que las logradas han fijado la rigidez mortuoria de esa vida que se les escapó. Muestran la casa, el buzón, el tranvía, el poste telegráfico. Las fallas son precisamente lo interesante, como acaece casi siempre que uno se pone a observar con cuidado las cosas.

Esa figura radiografiada nos da la medida y clase de los objetos a la vez que el *tempo* de la época. Cualquier fotografía de mediados del siglo XIX transmite el sentido de las cosas, cuando algo está en la actitud del movimiento, aunque sea la pata del caballo. Tenemos el pulso, en lugar de la momia.

Estos seres y cosas de entonces vivían un *tempo* lento, sincrónico de la sensibilidad de las placas y del mecanismo del obturador. Todo marchaba al mismo compás, con notas más breves o largas. Se vivía sin brío vital, sin que hubiera pasado al dominio público. Si tenían intranquilidad y agitaciones era porque se las creaban ellos, no porque se las transmitieran como a nosotros los espasmos del sistema entero. Comprendemos con asombro que aquello que podemos llamar «neurosis de las grandes ciudades», y que ya decimos de la Capital Federal, es algo inherente a ellas mismas, que padecemos de reflejo. Ciudad: éste es el nombre de una enfermedad nerviosa muy grave. Las viejas fotografías nos dan el diagnóstico de nuestra precaria salud de hogaño.

La ciudad ha cambiado mucho, pero los habitantes hemos cambiado más. Aquella apatía de tipo europeo, como aún subsiste en muchas partes del Viejo Mundo, ya es difícil hallarla en América, donde siempre fue aclimatada. América es el Continente del movimiento y de la velocidad.

Esas fotografías viejas son más actuales en Europa y en otros lugares de la América del Sur que en nuestra capital. No sólo ha cambiado el

tempo absoluto, sino que dentro del mismo sistema bonaerense hemos pasado de un *tempo* europeo a otro americano. Y me parece que esta conquista es el único indicio de que hemos progresado paralelamente a los adelantos ornamentales.

Esta agitación, sin hacer nada

En aceras y calzadas se mezcla y confunde aquello radiante que emanan objetos y seres bajo la apariencia de un movimiento cada vez más acelerado, que pugna y forcejea por correr. La calma y la inmovilidad quedan para los umbrales. La ciudad se convierte en pista de incesante tráfico; máquinas y pasajeros van arrastrados como partículas metálicas por trombas de electricidad. Esta mole infinitamente complicada y viva está en perpetua agitación; hombres, vehículos y hasta objetos inánimes se diría que andan por una necesidad intrínseca de andar.

La inquietud de Buenos Aires se proyecta en todas direcciones, y cuando las imágenes de los móviles se reflejan en los vidrios o sus sombras se deslizan por las paredes o los mosaicos, el movimiento abstracto adquiere su real cuerpo de sombra y superficie. Pues ese arrebató cinético no tiene profundidad ni intensidad; cada día recommienza en el lugar en que cesó la noche anterior, y es como si girara sobre sí mismo por una fuerza que nace de su interior, busca irradiarse y no lo consigue.

Puede afirmarse que el ritmo de ese movimiento totalitario es mucho más vivo que en cualquiera de las ciudades de igual población, aunque sea un movimiento que parece sin gobierno, comparándolo con el de aquellas otras que proceden con sujeción a los principios de la más estricta economía. Ese movimiento horizontal se caracteriza por la velocidad y no por la firmeza y buen uso, como en otras partes. Las cosas dan la impresión de que se precipitan sin control total, esquivándose.

Hay un mismo afán de velocidad en el chofer, en el peatón, en el comerciante tras el mostrador, en el que habla por teléfono, en el que espera a la novia y en el que toma café resuelto a no hacer nada. ¿Nadie está contento? Se diría que la velocidad tiene aquí un sentido absoluto, como realidad independiente de las masas; empero, como en la América del Norte, el tiempo no pasa de ser oro, en el mejor de los casos.

La velocidad es una taquicardia, no una actividad. Nos brota de la circulación interna más bien que de la laboriosidad, porque somos corredores aunque no seamos activos. Puede una ciudad estar muy agitada sin ser dinámica, como un hombre puede estar en cama con ciento cincuenta pulsaciones por minuto. Buenos Aires ama la velocidad, lo que no quiere decir que sea activo, y acaso significaría lo contrario si es que pone un interés deportivo en cumplir con sus obligaciones.

Todo ese movimiento no se pierde en el vacío; conduce en el balance anual al aumento de las manzanas edificadas y del volumen de población, a un crecimiento de cualquier clase, al cambio de domicilio, a la superposición de pisos, a la quiebra de negocios y a nuevas instalaciones, no al poder firme ni al progreso humano. El que suponga que Buenos Aires es una ciudad fuerte está en un error: ni tiene arraigadas convicciones como para resistir un largo asedio, ni es audaz, ni ama el peligro verdadero. Juega con arrebatos y pasiones como un niño demasiado mimoso con sus juguetes, su ajedrez o su mecano. Lo que pasa es que su tamaño sideral, su bienestar y su desasosiego intrascendente proyectan sus movimientos en un campo vasto y vivaz, y por eso juzgamos a Buenos Aires dinámico y terrible. Hora a hora se dilata, crece, lleva hasta confines más distantes su agitación superficial.

La vía de escape al exceso de ansia de velocidad se abre bajo tierra –en todo sentido–. El subsuelo de Buenos Aires sirve de válvula de escape y entubamiento a la energía sobrante. Subterráneos, cables eléctricos y telefónicos, aguas corrientes, tubos neumáticos, son sistemas circulatorios y el simpático de la urbe. Necesitamos huir vertiginosamente, aunque sea por dentro de la tierra, so pena de trastornarlo todo, según había ocurrido antes con las lluvias. Por eso el subterráneo está en íntima relación con la pampa, y lo que parece ser más reciente se suelda a lo antiguo, que es lo más reciente en las formaciones geológicas.

El problema del tránsito, tal como se concibe respecto del ancho de las calzadas y del número de los coches en circulación, es también el problema de abrirse camino, de sacar ventaja, de estrecharse y alargarse para no chocar de frente y llegar antes. Como si importara para algo. El tránsito en el centro de la ciudad, tal como está trazada, sería prácticamente imposible sin la maravillosa rapidez de concepción y de reflejos, sin el golpe de vista de hombres de cuchillo que tenemos. Ya

en la presteza del paso, ya en la lentitud desafiadora al cruzar las calles, hay un reto del jinete desmontado a la máquina. Esquivamos el accidente con la vista tanto como con el cuerpo. Cuanto más se piensa resulta más inexplicable que nuestro pueblo, excelente en la carrera, el «visteo» y la gambeta, haya relegado a mensajeros y repartidores la bicicleta antes aristocrática. Debe ser desdén por prejuicios de índole caballeresca. Cabalgar un simulacro que anda a impulsos de las piernas es una parodia indigna de la equitación, y nos repugna por el respeto de jinetes que nos tenemos.

Creo que la pericia de los choferes y el coraje de los peatones obedecen a un subconsciente –o yo ancestral y colectivo– de esgrimistas de facón y taurómacos. El placer de salir ileso en cada lance confirma al peón en su credulidad de que la embestida de la máquina es una rabia de gringo completamente inútil contra él.

Las ocho patas en la cabeza

Símbolo de la vida de la ciudad son las estaciones ferroviarias, sedes del movimiento abstracto de toda significación, como si viniera transmitido desde usinas centrales desconocidas para perderse también en lugares ignotos. Especie de movimiento automático que es preciso coordinar con otros movimientos para que tengan algún sentido. Los que llegan todavía no han empezado; los que se van han concluido. También la ciudad es un gran andén de tránsito, donde nadie ha comenzado ni concluido lo que tiene que hacer. Tanto da; y cuando unos dejan la tarea interrumpida otros vienen a terminarla. En esa inmensa colmena todos hacen la misma cosa: agrandan la ciudad.

A cada instante llegan y salen de las plataformas convoyes repletos de gente, y ese flujo y reflujo que parece caprichoso obedece también a inflexibles leyes estadísticas que dan un saldo compensado al cabo de la semana, del mes o del año. El horario de actividad de Buenos Aires es continuo y a todas horas se puede empezar o terminar de hacer algo. Únicamente a cierta altura de la noche las estaciones se cierran al tránsito, y hasta que reanudan el servicio, a la mañana siguiente, han desconectado la ciudad del país. Entonces la ciudad reposa profundamente,

con sus propias fuerzas de creación, que son las mismas que durante el día se agitan en un ordenado caos de movimientos. El día de trabajo vale para desorganizar y desordenar la ciudad; pero la noche ordena, reconstruye y vigoriza.

Por estas estaciones, que son las bocas de alimentación de la metrópoli, Buenos Aires devora diariamente la materia prima que necesita del interior; la elabora, la digiere, la incorpora a su existencia y el resto lo expelle por allí mismo bajo el aspecto de productos manufacturados. De las estaciones se distribuyen a los comercios y de éstos a los consumidores. Los trenes de carga cesan al llegar a las estaciones, en tanto que los de pasajeros empalman con los tranvías, ómnibus y demás vehículos de circulación interna, como si más bien que formando un sistema de comunicaciones, se transformaran sin dejar de ser los mismos. Los coches del Ferrocarril Oeste, que llegan hasta la Plaza de Mayo, evidencian que los trenes locales son desprendimientos de la red urbana. Puede considerarse, pues, a las estaciones de los subterráneos formando unidad con las ferroviarias y como dechados de lo que representa para la ciudad el tránsito absolutamente desprovisto de sentido vital, el ir y venir en el mismo sitio, por decirlo así, cuyo modelo máximo es el estúpido andar del ascensor. Compárese esa clase de movimientos con el trabajo de cualquier máquina y se verá hasta dónde una ciudad carece de voluntad y transforma lo que es inherente de la vida –el movimiento autodeterminado– en una función mecánica de un valor puramente industrial. Con el subterráneo encontramos un símbolo de la mecánica urbana y es necesario darle en su calidad de tal la importancia que le corresponde, con lo que las estaciones ferroviarias pasan a ser las prolongaciones de las de los subterráneos y la red suburbana se suelda a la ciudad como subsidiaria de la masa central. Con el desplazamiento de los suburbios los tranvías se convirtieron en trenes, y en el conjunto de las actividades del país y la capital, las estaciones han perdido su carácter de puntos terminales o de arranque para convertirse en internas de la metrópoli. Sufrieron, por consiguiente, el mismo proceso de absorción de las demás cosas que se hicieron para beneficiar al país entero y progresivamente se aplicaron al beneficio de la capital.

Los trenes son hoy como los tranvías antes, aunque mucho más retardatarios. Tranvías, ómnibus y colectivos han alcanzado velocidades

de tren, aun en pleno centro, mientras los trenes continúan con velocidades de tranvía. Tampoco esto es casual. Los ómnibus marchan con la velocidad de la urbe y los trenes con la velocidad del país. A mayores distancias, mayor lentitud.

Por los trenes locales van y vienen a comer o a dormir los habitantes circunstanciales de la ciudad, que no figuran en los censos municipales. Unos duermen en la capital y por lo tanto son metropolitanos; otros fuera y pertenecen como hombres a su villa y como artefactos a Buenos Aires. Que es lo que acontece con todo ciudadano en cuanto sale de su casa. La vida del hombre, pues, se enclaustra en su hogar y lo demás es maquinaria. Hoy el hombre es del lugar en donde duerme, y por eso también es la noche la hora vital de las grandes ciudades.

Por esas líneas ferroviarias la ciudad prosigue más allá de los límites de su catastro la función compleja de dormir y se unifica con el territorio y con el mundo. Sus ocho estaciones se dirían los tentáculos de un pulpo, con doble fila de bocas de absorción por las que ingiere sus alimentos. Buenos Aires también ingiere por las patas, que son las vías férreas que arrancan de su abdomen de cefalópodo. Ocho son las estaciones de la metrópoli: Sud, Oeste, Central Argentino, Pacífico, Central Córdoba, Central de Buenos Aires, Midland y Compañía General de Buenos Aires; ocho, como las patas del pulpo. Por esas patas se comunica con el mundo extraño, que es el país; dentro, todo es actividad de nutrición. Buenos Aires recibe combustibles y los transforma en riqueza, parte de la cual devuelve, parte exporta y parte acumula, y a eso que acumula le llamamos cultura y riqueza nacionales. Por otra parte, es exclusivamente un centro de actividad, consumo y cambio, no de producción, pues las fábricas y especialmente las industrias más representativas, que son los frigoríficos, están fuera de su ejido. Sigue siendo la ciudad colonial y no ha pasado a ser la ciudad industrial, la ciudad que al país le convendrá tener.

El único verdadero y positivo contacto de Buenos Aires con la República lo establece por las ocho patas de las líneas ferroviarias. Pero esas patas no le sirven para moverse sino para vivir y crecer, porque tienden dos líneas de ventosas sobre la superficie del país, y en realidad no terminan en el cuerpo capital del pulpo sino en las acciones y en los créditos de los especuladores de ultramar.

Los juguetes de la ciudad

I

El tranvía debiera ser el convoy que circulara entre la capital y las ciudades y pueblos suburbanos, en razón de que ya han pasado a depender de ella en calidad de suburbios. ¿Qué vehículo es el propio de la capital? Sin duda el subterráneo, que tiene la ventaja, además de las muchas que derivan de circular sin los obstáculos del tráfico, de ofrecer muchas sugerencias sobre estos asuntos: es un sistema de traslación más bien que de viaje; reduce a su esquema mecánico el acto de ir de la casa a la tarea; supone una fuga de la realidad ciudadana; tiene implícito un carácter de orgulloso encubrimiento de la condición servil del ciudadano (los pasajeros parecen desligados de su obligación de trabajar; no se los mira desde fuera, por los que no tienen deberes a horario que cumplir; forman todos una suerte de miembros de una familia, o de una clase, etc.); se ahorra tiempo, que es una forma de aprovechar los minutos del descanso; no se experimenta la tentación de la libertad; no mortifica con los contratiempos de las interrupciones del tráfico; se sabe de antemano dónde se detendrá el tren y el momento preciso de la llegada; se viaja, sin ninguna interferencia de otro género; es casi imposible el encuentro fortuito con personas desagradables, o siendo inevitable se establece una tolerancia propia de toda necesidad extraña al personal arbitrio; llega a constituir un acto involuntario mucho más parecido a la alimentación y a la tarea del empleo que al moverse pensando en lo que se hace. Pero el subterráneo se relaciona mucho más con la ciudad que con el pasajero, por lo mismo que éste es conducido sin que deba pensar sino en el momento de bajar del coche. Mucho más conforme con el ciudadano existen otros medios de traslación, como por ejemplo el automóvil.

Se sabe que hasta el 1870 el caballo era el vehículo natural de la ciudad. A principios del siglo pasado, los médicos hacían sus visitas a caballo y hasta los mendigos se conducían como caballeros. Hudson alcanzó a ver los palenques y cuerdas puestos en el borde de las aceras para atar las cabalgaduras, y en *Amalia* hay desde las primeras páginas hasta las últimas, referencia a esa costumbre tan típica de una ciudad que hasta hace poco más de un siglo vivía de la industria del ganado.

Cómo el porteño olvidó su afición al caballo, que sólo cultiva en los hipódromos, hasta el punto de que hoy mira sin compasión el trato brutal que dan a sus bestias de tiro los repartidores, regularmente extranjeros, es cosa ardua de explicarse. La única explicación, a mi parecer, es que esa afición al caballo la ha transferido íntegra al automóvil, que ha venido a representar para el porteño lo mismo que antes el caballo: una forma de exhibirse él. Pues viene a descubrirse que no tuvo afecto de jinete a su cabalgadura, tal cual aún hoy se percibe en los campos, sino el viejo orgullo ecuestre del español que tenía a menos ir a pie por estas tierras de criollos miserables. Iba a caballo porque eso era superior a caminar, y hoy anda en automóvil por las mismas subconscientes razones.

Dentro de la misma clase de caballeros del automóvil, se distinguen entre sí por la marca de los coches como antes por el pelo de los caballos, y hasta las criaturas saben hoy las marcas de los automóviles con sólo verlos pasar.

De las diferencias intrínsecas del automóvil con el caballo, que es mucho más veloz, obediente y costoso, han resultado algunas diferencias entre la psicología del jinete y del chofer. Éste es moralmente muy inferior al otro. Casi diríamos que si aquél era representativo de una condición moral superior, éste es representante de una condición humana muy ordinaria. Aun el hombre de cultura, puesto en el volante, se convierte en un ser grosero en quien se ve aflorar un oscuro fondo de encono y plebeyez. Esta inferiorización del hombre urbano se debe sin duda a la máquina que le permite medirse en un plano de superioridad en que sólo entran en cuenta los valores más bajos de la civilidad. El automóvil reintegra al conductor a su condición auténtica mejor que la mesa de comer y de jugar. Podría considerarse al automóvil como un aparato psicométrico de establecer el grado positivo de lo ancestral en el hombre actual de las grandes ciudades. No es preciso recordar que para muchos conductores de automóviles ese deporte constituye un medio de extravasar instintos vesánicos. En fin, que para muchos la manía automovilística representa una forma declarada de disconformidad antisocial y que, por lo tanto, en los accidentes y percances podría estudiarse cuándo son, efectivamente, casuales y cuándo responden a complejos criminales susceptibles de ponerse de manifiesto aun en personas habitualmente normales sin la concurrencia de circunstancias propicias.

El automóvil es, pues, la máquina de traslación natural del porteño de hoy, en el mismo grado que el subterráneo lo es de la ciudad, y pocas cosas habrán contribuido a que se vaya perdiendo todo respeto y amor a lo pasado como el hallazgo de un ser mecánico y prestigioso que se amolda mucho más adecuadamente a las necesidades del hombre metropolitano actual que el caballo (que creímos que antes amaba, pero que sólo usó mientras el progreso pudiera colocar bajo su dominio un ser perfecto capaz de poner en libre juego lo que cada cual quiere que se sepa que es y, sin quererlo, aquello que es en verdad).

II

Aunque objeto de lustre personal, el automóvil está todavía en más íntima relación con la casa que con el habitante.

Exhibe la posición social del propietario y, en la mayoría de los casos, las buenas relaciones que mantiene con los gobernantes, porque el auto es, como el traje de etiqueta, algo que está en el protocolo y forma parte del ceremonial. El automóvil significa comodidad familiar tanto o más que ostentación personal, aunque forma parte del decoro del ciudadano. Los autos oficiales deben ser suntuosos para estar de acuerdo con los edificios públicos, y ésa es la razón de que el Estado tenga que poner en circulación autos que muy pocos habitantes del país podrían darse el placer de lucir. Forman parte del atuendo oficial y de la dignidad del cargo más bien que de la dignidad del personaje. El personaje va en él como en una antesalita portátil de su despacho, y poco importa que se trate de un advenedizo o de un buen patriota: no es él quien debe ennoblecer la función, que ya de por sí automoviliza al elegido.

Tiene también otro significado: el de ser, como el traje de etiqueta, una probanza de bienestar económico. Hace poco se le dio al automóvil la aplicación de servir para las conquistas del amor vespéral, pero que no es incompatible con el ejercicio de los altos cargos, como se pudo observar en aquel célebre auto de numeración muy baja que casi todas las tardes esperaba a las puertas de un clandestino de Olivos. Las jóvenes que no se ilusionan con el traje, se ilusionan todavía con el auto. Una buena carro-

cería es una elocuente declaración de amor y las abolladuras en los guardabarros equivalen a la tartamudez.

El auto puede ser también contemplado como un vestido que sienta bien a todos los miembros de una familia y que puede usarse por todos al mismo tiempo, sin perder por eso su carácter de una pieza ambulante del mobiliario. Mirando su interior conocemos ya algo de la casa a que pertenece. El blasón de nobleza que suele estamparse en las portezuelas no agrega nada al linaje garantido por la marca del coche. El mejor escudo de armas es el Rolls-Royce. Todavía aumenta ese prestigio la chapa oficial, no tanto porque sea ahorro de patente cuanto porque en la heráldica administrativa significa prerrogativas e inmunidades. Ese escudo va adelante y atrás del coche y significa lo mismo que el que iba esmaltado sobre el picaporte. Hay chapas de diversa clase y algunas de ellas imponen respeto al tráfico en general. El roce con esos coches suele ser fatídico porque están cargados de «mana».

Muchos automovilistas gustan ponerle emblemas de clubs, con lo que el auto anda condecorado como la solapa de un diplomático. En realidad, el auto tiene mucho de solapa, que es en el traje lo que representa el honor. Una solapa con manchas es lo diametralmente opuesto a otra con medallas. Asimismo un radiador abollado equivale a cacarañas y a estigmas de bofetadas morales. Llegará día en que se pongan las condecoraciones en el radiador y las placas esmaltadas de los clubs en la solapa. Mejor dicho, ese día ha llegado ya.

Los autos de *remise* son, en cierto modo, las máscaras de los autos particulares, sin necesidad de casa en concordancia con ellos. Proveen de un lujo *standard* y domiciliario, con chofer y lacayo al gusto. Marcas casi tan costosas como las de los funcionarios públicos, deslumbran al peatón por muy despectivo que sea para el capitalismo. Pero en el fondo esos autos de *remise* son meros autos de alquiler cuyo taxímetro funciona en la factura. Lujo a tanto la hora. Se es millonario según un arancel relativamente módico. Como el hospedaje en los grandes hoteles, al alcance del que quiera gastar en un día lo que gana en un mes, el auto de *remise* ofrece semejante posibilidad igualitaria al magnate y al jugador fullero.

Un funcionario que adquirió celebridad en el Correo, padeció por una temporada el recrudecimiento de cierta enfermedad que llegó a impedirle el ejercicio de sus funciones, durante lo agudo de la crisis. Entre

los disparates que acabaron por denunciar de modo inequívoco que había sobrepasado los límites tolerables del empaque administrativo, estaba el de haberse instalado por algunas semanas en un hotel de la Avenida de Mayo. Su delirio de grandezas consistía en considerarse de la clase 3 cuando era de la clase 5. Al atardecer y a la hora de salida de los teatros, lo esperaba a la puerta un lujoso automóvil con chofer y lacayo, que le abría y cerraba la puerta del coche. Generalmente lo acompañaba alguna mujerzuela que se agenciaba por ahí, con lo que disuadía de que se trataba de algún diplomático.

Esa manía, de la cual no era él culpable, pasó inadvertida mientras no tomó caracteres visibles; de modo que se le descubrió por no tener la categoría e imputación en presupuesto correspondientes al tono que se daba. Los amigos y subalternos costearon en el lapso agudo esa enfermedad oficial, y cuando algo mejorado pudo reintegrarse a sus funciones, el prestigio alcanzado en aquellos pocos días de su opulencia vectatoria alcanzó para que se le promoviera a cargos de mayor importancia sin obtener empero la clase 3. Pero la crisis había pasado y, por otra parte ya tenía, en razón del puesto, un automóvil con chofer, además de ordenanzas y admiradores de su sífilis que suplían las demás exterioridades de su narcisismo. Y cuando murió, todavía, no hubiera podido decirse si aquellas semanas fueron una anomalía en su existencia o la época en que su personalidad alcanzó la plenitud de su grandeza, pues todas las demás cosas las hizo con arreglo a lo que se entiende que es, desde los tiempos de Hernandarias, el modelo del buen servidor de la administración pública.

La velocidad y la regularidad de marcha son también características de la categoría de los dueños del coche. Los coches lujosos suelen mantener una marcha potente y uniforme; cuanto más baratos, mayor trabajo en la palanca de velocidades y en los frenos, hasta los coches destartados, más propensos que cualesquiera otros a los choques, y que suelen usar algunos resentidos contra el género humano para vengarse de su inferioridad. Hay que recordar también a las damas que manejan autos, y que exteriorizan en sus largas indecisiones y en sus resoluciones súbitas lo versátil de su sexo. A igual distancia del subterráneo y del auto particular, están los autos de alquiler. Se los conoce porque no llevan nunca la velocidad conveniente; corren demasiado o van demasiado

despacio. Así acabarán por convertir al conductor en un ácrata. La virulencia tradicional del gremio de conductores debiera considerarse como una enfermedad profesional. Discrepan del ritmo de la ciudad entera como si obedecieran a la impulsión de un sindicato, y aunque no marchen a contramano, marchan en disidencia con el orbe entero. También los taxímetros suelen manejarse por libre albedrío y el mismo recorrido tiene para cada cual distintas longitudes, lo cual puede establecerse de antemano por la cara del conductor. Hay taxímetros verdaderamente cinematográficos, por la rapidez con que cambian las cifras en la pantallita donde se proyecta el paisaje y el argumento, y que es el teloncito en que suele ir clavada la vista del infeliz pasajero.²

El automóvil colectivo, oriundo de Buenos Aires, viene a ser el auto familiar de una familia cuyos miembros no se tratan entre sí. Tiene la velocidad máxima de los autos particulares, las paradas y arranques bruscos de los venidos a menos y parece impulsado por la urgencia de todos los pasajeros juntos. Marcha, pues, por tracción humana. Los conductores de colectivos hacen portentos de audacia y destreza que apenas alguien sabe apreciar. Son con respecto al auto lo que el domador con respecto al caballo: forman una sola pieza o un circuito cerrado y están alerta de lo que el coche quiere hacer. En general, los accidentes se deben más a que el peatón anda fuera de la realidad, que a torpeza o temeridad de los conductores. Éstos lanzan su máquina contando con las normales eventualidades del tráfico. Adivinan en los cuerpos en movimiento las probabilidades lógicas de su acción, pero el transeúnte está fuera del sistema del tráfico y suele ser su autonomía lo que lo pierde. Para juzgar de los méritos de esa pericia es preciso haber manejado

2. «La jovialidad en Buenos Aires es mejor buscarla en ritos anormales. Pocas ciudades expresan sus más exuberantes estilos en taxímetros. Pero nada más suntuoso que un taxi de Buenos Aires podría ser soñado por un afortunado soñador negro. El largo, la amplitud, la velocidad, los cojines. Los vidrios de las ventanillas grabados con empalagosas espirales apropiados para el carro fúnebre de un pistolero de Chicago de acuerdo con un total de suntuosidad sin ejemplo; y un contraste irónico impulsa a estos *jaggernauts* a la velocidad (porque el automovilismo argentino no vale nada si no es fogoso) por estrechas calles planeadas por antepasados españoles para ser trampas de sombra en el calor del mediodía, roto en su silencio únicamente por el golpe en seco de una hilandera casual. Esta superposición de una ciudad moderna sobre la base de un plano colonial tiene extraños resultados» (Ph. Guedalla, *Argentine Tango*, Corte; ciudad alegre).

autos en pleno centro, como para admirar al domador es indispensable haberse caído alguna vez del caballo. Sólo entonces se advierten las cualidades ecuestres y las complicadas tretas de los choferes de colectivos. Poseen un repertorio increíble para sacar ventajas y en este sentido se les debe considerar como formando parte de una especie cuyos ejemplares más significativos pertenecen a la política.

Hay también autos sedentarios, lo opuesto precisamente a los colectivos. Autos para intimidades, confidencias y preámbulos. Cumplen desde hace algunos años la función que tuvieron las góndolas. En las avenidas solitarias, donde espaciados focos vierten una luz propicia al ensueño en compañía, están estos autos estacionados sin ninguna razón aparente. Lo mismo serviría la cabina de un teléfono, por ejemplo. Apartados para no estorbar, permanecen horas enteras en lugares apacibles y enervantes. Dentro hay una pareja –o dos–.

Ese amor tiene un nombre, pero sólo se atreve a decir su seudónimo; defiende lo más íntimo y se enardece con una ilusión; amor de fantasmas que acaso mañana mismo, a la luz del día, no se reconozcan, si es que existen y vuelven a encontrarse; ilusoria realidad de cuerpos de carne, engañosa como en los sueños de la solitaria nubilidad; coloquio de sombras; triste y casual amor de caminantes, en el camino.

Los automóviles han hecho olvidar todos los otros vehículos de la urbe, algunos, como los cupés y los landós, que en otras épocas dábanle un prestigio que ahora sólo se usa en la recepción de los plenipotenciarios. Aunque existan, como en los entierros, se los ha olvidado lo mismo que a los coches de caballos. De las caballerizas de antaño únicamente subsiste la presidencial para las honras del cuerpo consular, y esto desde Calígula.

El corazón de la ciudad

La maquinaria de la ciudad es el reloj, porque el automóvil representa la vida colectiva de la calle y el reloj la vida mecanizada del individuo. En el bolsillo o en la muñeca de cada habitante existe un reloj que regula los actos mayúsculos y minúsculos de su historia. La vida del ciudadano está milimetrada y a cada milímetro cuadrado corresponde un segundo redon-

do. El sentido vital del hombre está en las minucias; a tal hora y minutos, tal cosa. La vida del ciudadano es una especie de dolencia en que hay que tomar las cosas a hora exacta. Aunque el día entero se haya perdido, el año no deje saldo a favor y la vida entera sea una catalepsia, segundo a segundo ha cumplido con su misión en la urbe, también cuadrículada. El reloj redondo es análogo a la ciudad cuadrículada en su regularidad y monotonía. Termina un ciclo de segundos y empieza otro; giran las agujas un círculo completo y comienzan de nuevo, cada día como los demás, sin dejar rastros. Porque tampoco el reloj marca el tiempo, sino los fragmentos del tiempo, cuyo sentido es efímero y no deja rastro alguno.

Toda ciudad debe ostentar en sus grandes edificios públicos algunos relojes, con lo que da la sensación de que todo está en forma y marcha bien. Desde el comienzo del uso de los relojes murales, en las iglesias el reloj señalaba cosa bien distinta del tiempo terreno de la vida de la ciudad; señalaba el *memento homo*, lo pasajero y fugaz, el tiempo perdido, el tiempo que es un sueño. Todavía señalan la inutilidad del tiempo más bien que la hora. Con pocas excepciones, esos relojes andan mal. El del Cabildo era célebre en sus tiempos, y sigue siéndolo todavía en su torre de San Ignacio, porque indicaba un tiempo fuera del tiempo.

Rosas dispuso en enero de 1849 que ese reloj fuera considerado «regulador legal del tiempo», lo que no quería decir, ni mucho menos, que marchara bien. Desde 1764, cuando se trataba de pagarlo (con dinero destinado a otra cosa, por supuesto: a pagar la torre) se pensó que habría de colocárselo donde «no estuviese parado y la humedad no lo dañase».

El cuidado de ese reloj capitular dio motivo a enojosos conflictos, pues casi nunca se le pagaban con puntualidad los sueldos al relojero encargado de cuidarlo, y de ahí que tampoco el mecanismo anduviera con puntualidad. Hoy sigue siendo el escándalo cronológico de la ciudad, pues en su vieja torre de marfil sueña un tiempo que se fue y así se pasa extático las horas y los días. El sucesor, que descuella en la nueva torre del Concejo, se comporta con más solicitud que el padre; pero todos los demás vástagos de ése, diseminados por la ciudad, en columnas y minaretes, salieron al abuelo.

Hace poco leí una lucha patética entre la Municipalidad y un reloj, el Reloj de Calandro, instalado en Rivadavia cerca de Medrano. Ese reloj familiar desde tres cuartos de siglo a los vecinos del barrio de Almagro,

parece que cumplía su deber con diligencia; en cambio, frente a él, otro de la Municipalidad persistía en su paso *ad libitum*, lo cual llevaba en la sangre por decirlo así. Se entabló una lucha a muerte entre los dos relojes, el cronométrico y el paradójico. Al fin intervino la Municipalidad en persona para concluir con la divergencia. Agobió de impuestos al honrado Reloj de Calandro y obligó al dueño a retirarlo del servicio público.

Si se piensa bien, acaso la Municipalidad y la Iglesia tienen razón acerca de la relatividad einsteniana del tiempo y de la misión ornamental del reloj. ¿Tiene razón de ser, un reloj público? ¿Hay un tiempo general para todos? No dan esos relojes la hora exacta para lo que tenemos que hacer a cada momento, porque en cada momento cada cual está haciendo cosa muy distinta y personal, aunque ejecute la misma tarea: se muere para sí mismo. Marcan lo que tenemos que hacer para la inmortalidad (o para los otros) y no lo que estamos haciendo efectivamente. Los de bolsillo y de muñeca nos condicionan nuestro tiempo, como si palpitara en ellos nuestro corazón, y con sus escapes nos pespuntan el lienzo que nos estamos cosiendo para descansar.

Si esos relojes públicos estuvieran detenidos, como los del Paraíso, tendrían el mismo sentido para la ciudad, aunque los ciudadanos llegaran tarde a las citas y deberes. De todos modos tampoco ahora son puntuales, y ésa es una virtud porteña imputable al Cabildo. Se detiene el reloj del Palacio del Concejo y es como si del tiempo general y abstracto cayéramos de golpe en el nuestro propio; de inmediato consultamos el reloj del tiempo personal y a nadie se le ocurre que ha de rectificarlo según el otro que no anda. Pero si en vez de detenerse anduviera unos minutos adelantado o retrasado sí lo haríamos, porque cuando en los mecanismos oficiales las cosas no andan del todo bien, suponemos que estamos equivocados; y cuando andan de verdad muy mal nos callamos y con nuestro reloj sabemos a qué atenernos. ¿O vamos a ponernos a rectificar todos los relojes públicos?

En este orden de cosas, los relojes estáticos de los niños pobres, que antes gustaban todos los niños de tener, son ideales para cualquier hombre que, como ellos, tenga todavía sentido de la realidad. Pues el reloj que anda nos arrebató de la realidad y la verdad, y por eso los habitantes de la ciudad han perdido el sentido de la realidad aunque hayan adquirido el sentido microscópico del tiempo. Han cuadrículado su vida y ahora

tienen que medirla con el reloj de segunderos porque en verdad carece de todo sentido eterno y está desmenuzada en partículas sin cohesión, como un puñado de arena.

El reloj simbólico de la urbe es el despertador. La Torre de los Ingleses nos enseñó por primera vez que no hay que despertar sobresaltados. Embelleció las horas, haciéndolas cantar una melodía melancólica y sedante, única suplantación digna del saludo del viejo cuclillo de los relojes de la infancia. El reloj de la Torre de los Ingleses es algo así como Dickens para quienes no saben qué es eso. Canta una nenia que sirve para despertar y para dormir. La obligación a cumplir que él señala es menos dura que la que silenciosamente indica la aguja móvil-inmóvil del reloj de vivir.

El reloj de Mr. Humphrey.

En la trampa

A través de la ventana observo el frente de las casas más allá de la plaza, con sus ventanas cerradas. No puedo evitar la idea pertinaz de que se trata de celdas, con aberturas por donde entran el aire y la luz; y sale, como la mía, la mirada del morador. Se trata de celdas y de prisioneros. Me es fácil pensar que todos estamos presos, aunque el guardián haya desaparecido hace años o siglos. Nos encerró a todos y se fue, o se murió. Hizo la ciudad y nos metió dentro con la consigna de que no nos marchásemos hasta que volviese. Después se olvidó él de venir y nosotros de irnos.

Hace frío afuera, y de ningún modo cambiaría el bienestar que en este instante disfruto, por la llovizna de las calles. Es seguro que detrás de esos vidrios que veo, hay otras personas que disfrutan del acogimiento templado de la habitación, tan conformes como yo con las leyes divinas y humanas que nos preservan de la intemperie. No obstante, pienso que estoy preso y que los otros también lo están. No tengo más entretenimiento que pensar, como si no estuviera satisfecho.

Cuando el hombre primitivo concibió la diabólica idea de construir ciudades, ¿quiso encarcelar a sus semejantes, como cuando construyó la jaula quiso encerrar los pájaros? El origen de las poblaciones pudo haber sido la necesidad de amparo, de ayuda mutua, pero eso no traería

implícito que la ciudad moderna, especie de aglomeración y superposición de poblaciones, obedezca a la misma necesidad. En principio, pues, podemos admitir que la ciudad antigua, media y moderna ha sido la más refinada forma de cautiverio. Cuando en la Edad Media sirvió de refugio contra los peligros errantes, quedó convertida en jaula. Ahí se metió el hombre y después no pudo salir; y de presa fugitiva se convirtió en presa enjaulada. Se cazó a sí mismo. Igualmente es posible que la ciudad-cárcel haya sido una invención femenina, de épocas matriarcales. De todos modos, cuando el hombre erraba sin residencia fija, hizo los más grandes descubrimientos: las religiones, el lenguaje y la escritura, la metalurgia, el tejido y la filosofía y la poesía. Cuando se encerró, las invenciones se refirieron a todo lo estacionario y no se relacionaban ya con el destino del ser humano sino con el destino de la población.

Hacer cautivos debe de haber sido un prurito más decisivo que el afán de dominio, pues hoy vemos que cuando los hombres de presa renuncian a poseer, bajo concepciones nuevas del derecho de la fuerza, todavía se dedican a sojuzgar. A la conquista sigue la esclavitud, y cuando el hombre de presa ha cumplido la primera parte del programa, pasa a cumplir la segunda, con lo cual tiene para entretenerse bastante tiempo. Entonces le basta con que exista una ciudad bien ordenada y limpia, donde cada cual cumpla sus obligaciones voluntariamente, y con tener algunos canarios enjaulados y cómodas habitaciones. Constituida la ciudad y hecho a su imagen y semejanza el ciudadano, aquella primigenia voluntad queda convertida en la magnificencia de las catedrales, de los edificios suntuosos, en instituciones benéficas, etcétera.

El hombre encuentra muchas veces la manera de llevar a cabo la satisfacción de instintos verdaderamente brutales, con aspectos plausibles. Se puede decir que ha jugado a eso a lo largo de su historia y hasta parece que cuando encuentra los aspectos plausibles no le importa mucho ya dejar en libertad sus instintos brutales.

La iconografía más antigua de toda ciudad es semejante a una cárcel. Antes de fundarse Buenos Aires la cárcel estaba, como la encina en la bellota, en la nave capitana de don Pedro de Mendoza. Había allí casi todo lo que después habría en tierra firme, naturalmente que según otros planes. También había un presidio flotante; y una de las primeras construcciones en tierra firme fue la cárcel. Los soldados libres no eran aún ciudadanos

cuando los presidiarios eran ya presidiarios desde antes del desembarco. Algunos descendieron a tierra para cambiar de calabozo.

Iglesia y cárcel se fundaban los primeros, para que el alma tuviera una salida abierta al cielo, y al mismo tiempo el cuerpo un ergástulo cerrado al mundo. Cuando se está encerrado, lo mejor es ponerse a rezar. En torno de la Iglesia, la Municipalidad y la Cárcel, creció la ciudad. Por mucho tiempo el Fuerte y el Cabildo sirvieron de cárcel. Así habrá sucedido siempre, acaso. Por eso toda ciudad es juntamente una corporación religiosa, una organización burocrática y una institución penal.

Hasta la habilitación de la Penitenciaría (28 de mayo de 1877), la cárcel del Cabildo era la principal. Siempre resultó estrecha para alojar a los detenidos, por lo que podría decirse que ése era el único sitio superpoblado del país. Los presos se sostenían principalmente de la caridad pública, que durante mucho tiempo solicitaban colocándose tras las rejas. Después tenían un día de la semana que se les consagraba, llevándoselos con custodia por las calles de la ciudad. También el corregidor tuvo a su cargo la colecta para sostenimiento de los presos.

Hombres y mujeres se alojaban en el mismo edificio. No tuvo sino muy tarde un «lugar común» para las necesidades más humillantes de todos los animales, el preso y el prelado. Las inmundicias eran tan abundantes que impedían transitar por los patios, y «las vertientes derraman por el conducto que sale a la plaza por el zaguán y portales», según un documento oficial de fines del siglo XVIII.

En la cárcel se torturaba a ciertos reclusos, acordando los regidores en 1753 comprar un esclavo ladino que sería instruido en el modo de dar tormento. Esta vieja costumbre colonial desapareció con el tiempo y, como todos saben, hoy no se tortura a nadie en las cárceles ni existen negros ladinos instruidos por sus superiores en tal arte.

A las mujeres libertinas se las recluyó en la antigua residencia de los jesuitas. Las delincuentes comunes se ocupaban en hacer la comida para los presos. Y como en la cárcel no había «lugar común» ni cocina, tenían que encender fuego en los patios, cuyo estado ya se conoce. Los días de lluvia cocinaban dentro de los calabozos.

Del estado antihigiénico de la cárcel provenían las epidemias que azotaban periódicamente a la ciudad. Para conjurarlas se hacían procesiones a San Roque y Santa Nieves. Los criminales seguían cometiendo

muerdes aun encarcelados y lo más práctico habría sido implantar el sabio sistema de *Erewhon*: poner en la cárcel a los enfermos y en el hospital a los delinquentes.

El habitante oriundo de toda ciudad es el que está preso, el ciudadano en grado absoluto; y el dueño absoluto de la ciudad es el que lo vigila. Si la ciudad es una cárcel inmensa de donde se puede salir y entrar con pocas restricciones además de que siempre se lleva al pie el grillete de las obligaciones urbanas, el vigilante era el dueño de la ciudad antigua en tanto la vida se refugiaba en las casas. El dueño actual, cuando ya la ciudad se ha instalado en la calle y está constituida ante todo por el movimiento y la actividad, es el chofer. Uno y otro encarnan el ejercicio de derechos natos: residir y transitar. De donde la específica rivalidad entre el viejo y el nuevo dueño.

La ciudad tiene que haber contribuido como ninguna otra institución de origen humano al *capiti diminutio* del hombre. Hoy no podemos desprendernos de la ciudad para comprender al ser humano en su forma verídica. El hombre por excelencia es el que inventa un aparato o un mecanismo, o una fórmula química, más bien que ese otro que inventaba la danza, las metáforas, los ideogramas y el discurso. Los grandes detractores de la ciudad y de la civilización, cuando tienen que pensar en la forma verídica del hombre, piensan en el salvaje, lo cual es absurdo y abyecto. Con razón se enfurecía Chesterton de tal apelación antropológica. El salvajismo es más bien el estado de supercivilización, donde el hombre en vez de manejar la clava establece una confitería y en vez de pasar a cuchillo a una familia entera, busca la producción de un gas mortífero para toda una ciudad. El estado natural del hombre no es el salvajismo, aunque tampoco lo sea el urbanismo. Ambos extremos están a la misma distancia del hombre propiamente dicho. Es hoy el ser humano un producto natural de la ciudad más bien que un producto artificial de la naturaleza. Cuando hombres como Thoreau, Hudson o Kipling hablan de las selvas y los campos, del mar o los ríos, no derraman acerbos reproches sino que llegan simplemente al olvidado sentido pánico de la naturaleza. Vemos entonces como por una grieta que se abriera en el muro de circunvalación que nos encierra, la perspectiva inmensa de la vida y el mundo, como los contempló el hombre propiamente tal, quizás el de la Edad de Bronce.

En vano se ha dejado para desahogo de la conciencia, más bien que para respiración de las construcciones, esos pedazos de plazas y parques como ofrendas a la naturaleza. Esa naturaleza en la ciudad es de la misma calidad de nuestra esclavitud y lo que el pájaro en la jaula: un simulacro de la verdad y de la gracia. En perpetua propensión a la demolición y a la fuga, el hombre urbano que es por excelencia el cazador, el destructor de vida, obedece a su viejo, inextinguible instinto depredatorio.

Pero también la ciudad puede haber sido una invención saludable, especie de trampa contra la fiera peligrosa. El ansia de extinción y crueldad que hizo a las ciudades, allí mismo se apacigua. Las ciudades, como el mar, son cazadoras de hombres tremendos. Gracias a las ciudades la humanidad ha podido seguir existiendo, como gracias a las cárceles se vive en relativa tranquilidad. Por lo menos se confía en que en las cárceles están los criminales y en los manicomios los locos. Suelto, en una vida libre, en la de la Edad de Bronce, por ejemplo, el ulterior *zoo* político habría necesitado apelar a formas de violencia inauditas. Habría atentado contra la especie, mientras que con la formación de las ciudades sólo atenta contra las poblaciones. La ciudad le suministra el alimento cotidiano para saciar su sevicia. En una gran ciudad hay diez mil pararrayos en que descargar la crueldad. Si tiene pájaros en su jaula, y si vive en una casa de muchos departamentos; si en su oficina hay muchos hombres como él, atados de pies y manos; si sus hijos van a la escuela y si el gato deja que jueguen con él, puede llegar a ser un ciudadano pacífico, de orden, feliz.

Y es que la ciudad, la cárcel que él inventó como un acto de cautividad inconsciente de una vez y para siempre, para sus enemigos y para todas las generaciones de sus enemigos, lo atrapó a él y a sus descendientes. La ciudad crea ciudadanos y no hombres, como la selva pájaros y no jaulas. Una forma de pensar, sentir y obrar tiene la forma de la ciudad, que ha devenido un claustro materno en que se gesta la vida. Hay hijos legítimos e hijos bastardos de la ciudad.

Pero el ciudadano conspicuo, el hijo legítimo de la ciudad, ¿no es el destructor por excelencia, terrorista o tirano? ¿No salen de ahí los operarios del diablo, que trabajan para la guerra? ¿No quieren matar a sus progenitores? Acaso lo que buscan es, simplemente, la destrucción de la ciudad y de los seres civilizados en un rencor tan viejo como las viejas

ciudades, contra sus padres arcaicos, los constructores de recintos amurallados. La guerra actual lo demuestra. Así la ciudad, después de haber absorbido al «hombre terrible en libertad», mata al «hombre terrible en cautiverio». Toda ciudad desea su propio fin, y la vesania de la guerra, que nace en las ciudades perfectamente disciplinadas, es el corolario de la vida cotidiana, de guerra en la paz.

¿Y qué seres se habrían salvado en virtud de ese suicidio de los presidiarios?, ¿la humanidad, la civilización?

Ahora cae la noche y han encendido lámparas en las casas de enfrente. La sombra de la ciudad penetra hasta mí. Siento soledad alrededor, y también un poco de frío.

Los moldes del ciudadano

De la escuela han salido ahora mismo los niños con delantales blancos y sus libros. Recuerdo sus rostros que hace treinta años contemplé, una tarde igual que ésta, con idéntica luz y el mismo timbre jubiloso en el aire. El tiempo se detuvo, tampoco yo envejecí y ellos con otros libros aprenden las viejas lecciones.

La ciudad los recupera, después de haberlos ocupado en una tarea que no les es penosa ni agradable, pero que los preparará para una vida espiritual más rica y provechosa. Eso les ayudará a vivir, Dios quiera.

No han recibido lección de un hombre o una mujer que los quiera de verdad y que les enseñe las pocas cosas que la vida tiene de admirables y dignas. Han estudiado en un texto que contiene la enseñanza adecuada a la formación de sus conocimientos para provecho general. Ahora salen de la escuela y vuelven a la casa. Ellos saben bien que las escaleras por donde descienden separan un mundo de otro. Saben que en la casa tienen que hacer un deber para la escuela, como que en la escuela han cumplido con un deber que en la casa se les explica. No estudian cuando viven, ni viven cuando estudian. Más tarde llegarán a la convicción de que saber es mejor que vivir y también de que se puede vivir mientras se hacen otras cosas sin sentido.

Como la naturaleza enseña a sus hijos, la ciudad enseña a los suyos. Éstos son los hijos de la ciudad, que tienen un programa social de vida y de

razón aprobado por un Consejo. La naturaleza tiene sus métodos didácticos y la ciudad también, con su programa tan estricto que el que no lo cumple, sucumbe. Los que la ciudad aprueba convienen a la civilización propiamente dicha; la pedagogía es su maternidad. La escuela es la plenitud del niño de la ciudad, y allá donde se le enseña a manejar las armas y a obedecer con fe los mandatos del jefe, alcanza su absoluta plenitud. El bosque es la existencia sin texto; en la ciudad es al revés. Un niño de la ciudad está tan naturalmente en el aula como el gorrión en el árbol del patio. Un niño y un gorrión son dos seres que difieren en mucho más que en lo que se parecen, y también por el grado de utilidad social que representan: el niño es un valor y el gorrión es una plaga. Rousseau, Tolstoi, Tagore y muchos otros, quizá con menos poesía, vieron que entre la escuela y la vida no debiera existir separación de técnicas. Y esto es un gravísimo error sentimental. La escuela de Yasnaia Poliana o la de Shantiniketan son tan absurdas, en el estado actual de la civilización, como el amaestramiento de los leones. Si se admite la ciudad industrial, hay que admitir que el niño no pertenece a la naturaleza ni a los padres, sino a la ciudad, que ha de enseñarle lo que la ciudad necesita que sepa. No se puede ya conciliar un mundo y otro. Ni conviene desarrollar en el niño las facultades del sentimiento, si no ha de abrazar esa religión hasta sus últimos y más desventajosos términos. La ciudad tiene su ley, sus métodos y sus fines. La ciudad cobra al niño como presa de su plan y en cambio le entregará algunas de las ventajas que produce: comodidad, saber técnico; y aunque le obste el ejercicio de los órganos naturales correspondientes, lo dotará de sucedáneos ortopédicos, con los cuales no sólo desarrollará su vida sino que se manejará con la infalibilidad de un arma de precisión.

Estaciones de descanso

Muchas familias prefieren la vida de pensión a la vida de hogar. Centenares de ellas viven en hoteles. Eluden las molestias del menaje y esquivan al mismo tiempo enfrentarse con la responsabilidad de su existencia. Un pensionista ha resuelto casi todos los problemas familiares. Ingresa en una comunidad más amplia, donde la familia estricta es absorbida por la vida colectiva, como la vida de la pensión por la ciudad.

Ésos son los habitantes lógicos de las ciudades. Pues una ciudad es el lugar donde se refugia el hombre mientras dispara del cumplimiento de sus deberes para con Dios, la naturaleza y sus semejantes.

Los hoteles son indispensables en las ciudades, tanto como las mujeres públicas, a las que se parecen también por múltiples analogías. El hombre necesita del hogar y de la compañía; pero no siempre ni a todas horas. El hotel es el simulacro del hogar, como la mujer pública es el simulacro de la esposa. Una esposa sin menaje. Los amantes que se suicidan en un hotel realizan un ciclo perfecto y completo de la vida de la ciudad. Se requiere un esfuerzo para no ver que el habitante de la ciudad es un transeúnte; que está de paso. Morir en un hotel es lo más absurdo, dentro del orden natural de las cosas, pero lo más natural dentro del orden absurdo.

En Nueva York, que es la ciudad por antonomasia, donde el estilo de edificación ha hecho indispensable el divorcio, la vida de hotel ha reemplazado a la vida de hogar. Nosotros gustamos de vivir en el hotel como en nuestra casa; pero el neoyorquino gusta de vivir en su casa como en el hotel. Para decirlo con mayor propiedad, ha invertido las funciones: come, se divierte y procrea en los hoteles y duerme en la casa.

También vamos en camino de esa vida, porque vamos en camino de gobernarnos por el sentido de la economía y la comodidad. Puede ser muy arraigado el sentimiento del hogar, del *sweet home*, en el norteamericano; pero entre el norteamericano y el inglés hay el abismo que entre el retrato y la caricatura. A veces la caricatura se parece más al ser viviente que él mismo, pero es otra cosa. Ese sentimiento nostálgico del hogar es propio del que ha renunciado a él (siquiera sea en su subconciencia) y caracteriza a los pueblos de navegantes. Asimismo el amor a la patria lejana es típico del que la ha abandonado.

Nosotros tenemos ya bares automáticos y restaurantes que nos economizan las molestias de la servidumbre cara y descortés. Se construyen departamentos en previsión de evitar el servicio doméstico y esto es una resta que al hogar hace el restaurante, porque el hogar se ha instituido también para templar a los hombres. Poco a poco vamos acostumbrándonos a comer fuera de casa, a divertirnos fuera de casa, a encontrar hecho lo que se hacía personalmente o se presenciaba que se hacía. Es el camino del adulterio.

Hoteles, restaurantes, bares automáticos, casas de hospedaje y de pensión, modifican nuestro sentido de la vida; porque ellos nacieron según los planes de la ciudad y nosotros según los planes de la embriología. Son comodidades de la ciudad que reemplazan a las incomodidades creadas por la ciudad. Primero nos aparece una incomodidad por la fricción de la vida con la ciudad, como una llaga en el pie por el roce del zapato; después la ciudad nos ofrece una comodidad como una tira emplástica. Más tarde nos acostumbramos y la costumbre es el callo. Al final la comodidad nos roza y nos forma otra llaga. Entonces la ciudad nos inventa otro lenitivo y así, a medida que nosotros nos hacemos más huéspedes, ella se hace más hospitalaria.

Hogares y casas

También en el aspecto físico Buenos Aires ha cambiado de alma. Pues el alma de una ciudad, aunque inmortal como es debido, cambia según las edades lo mismo que el alma del hombre. Puede ser el estilo arquitectónico mejor -en lo puro y lo bastardo- o peor; no interesa al caso del alma. Interesa que el sentido de la vida, correlativo del de la vivienda, indique un cambio esencial.

Las viejas ciudades europeas se envejecen, se renuevan y se modifican vegetativamente, con arreglo a las leyes de la botánica; las americanas se destruyen y metamorfosean aprisa, como los insectos. Nadie podría vaticinar hacia qué formas tienden ni qué ha de quedar en pie de todo lo existente. Como el insecto que él solo sabe qué está por hacer. Donde hace un mes alzabase un edificio de estilo Luis XVI, ahora encontramos una armazón de cemento que aún no ha sido desemballado, para una casa de departamentos sin estilo. Es lo común. Hoy nos sorprende más encontrar la misma casa en el mismo sitio en que estaba hace veinte años, que la súbita aparición de un palacio. Diabolismo que se advierte idéntico en nuestra libreta de direcciones, al punto de no saberse si la psicosis del cambio de domicilio es provocada por aquella fiebre de la transformación o al revés. Lo probable es que ambos fenómenos obedezcan a una causa común; por ejemplo, la inestabilidad de la vida y la fortuna.

Las refecciones tienen, por tanto, un sentido de fraude y de deslealtad. La ley no es variar, como las plantas, sino destruir pronto y rehacer más pronto. Demoler de noche y reconstruir de día, o todo al mismo tiempo, como enseñó Taylor.

Aparte el crecimiento de Buenos Aires, que corresponde mejor al orden de las cosas naturales que al de la política, el cambio de su estructura general va paralelo al de su volumen. Queda muy poco de la ciudad de antaño. Sólo quienes la ven meditándola encuentran indelebles los rasgos de su pretérita fisonomía.

El adobe, o ladrillo crudo de la pampa, fue el material corriente de construcción. Desdeñado como un tabú, sigue conservando su primitiva nobleza. En 1868 las cuatro quintas partes de los edificios de la República todavía eran ranchos de barro, paja y madera.

A medida que aumentaron las habitaciones, desde una, disminuyó el área del terreno, desde un cuarto de manzana. Hoy existen altos edificios que apenas tienen un pequeño terreno en la azotea. Se valoriza el suelo y debe compensarse la mayor inversión de capital con la mayor renta. El problema de la vivienda ha pasado a ser problema de réditos, y así se lo ha simplificado. El habitante no se ha expandido con la mampostería, sino que se ha constreñido con el terreno; parecería que el proceso es reducirle el terreno al tamaño del cuerpo.

Antaño las casas comunes tenían tres patios: el primero para la familia, el segundo para la servidumbre, el tercero para corral y huerta. Aljibe con brocal, alero interior de tejas, árboles frutales, cancel de hierro, puertas de una o de cuatro hojas; éstas en las casas de mejor suerte, como los tréboles. Era ésa toda la ciencia del alarife que hacía casas para vivir. Y en las tardes de estío una sombra de tinaja bajo los corredores y en los altos techos de madera blanca. Sombra que se iba como los gatos a lo más fresco. Por ahí dos, cuatro, ocho o doce esclavos, negros, y los chicos de todos.

Entre las casas y la vía pública había asimismo una separación equivalente a la de los patios; una distancia vertical. Las aceras quedaban a uno, dos y hasta tres metros sobre el nivel de las calles. Postes y lonjas de cuero entre ellos permitían atar los caballos, según relata G. E. Hudson en *Allá lejos y hace mucho tiempo*. Los techos de las casas eran por lo general de baldosas o lajas, de una vertiente, por cuya circunstancia tenía la ciudad un aspecto de chatura que presagiaba al

forastero las jornadas de leguas y leguas. Hacia fines del siglo XVIII, Buenos Aires y Montevideo eran de las pocas ciudades con azotea que quedaban en pie.

Nosotros estamos habituados a verla, mas al entrar a los pueblos del interior sentimos la misma impresión que los viajeros de comienzos del siglo pasado ante Buenos Aires. Ellos venían del extranjero y nosotros vamos de Buenos Aires al interior.

Nuestros pueblos se parecen a lo que Buenos Aires fue, por lo que toda gira al interior es andar para atrás. Recorriendo los pueblos según sus diferentes grados de importancia, hacemos un viaje retrospectivo. Sin embargo, aunque estacionario, ese interior avanzó a la zaga de Buenos Aires, y hay en Europa pueblos rupestres dos mil años más antiguos que nuestras pobres aldeas.

Así eran de desaparejas las aceras, las calles y las cosas, de uno a tres metros, cuando los ciudadanos pensaban más o menos lo mismo aunque se mataran por divergencias de antípodas. Después vino la nivelación de las calles, iniciada en la época de Vértiz, y los altos y bajos en las gentes. Corremos por las calles y no nos entendemos.

El transeúnte natural y autoritario era el agua, que en los días de lluvia entraba como un malón desde la pampa y se ahogaba en el río. Hubo que poner puentes movedizos: uno en Florida, cerca de Viamonte (del Temple), otro en Suipacha y Viamonte (de los Suspiros), otro en Perú cerca de Chile (de los Granados). Conforme desaparecieron los desagües torrenciales, la ciudad fue consolidando sus casas; pasó a ser vivienda del hombre seguro y, por fin, industria del hospedaje. Porque la industria genuina de Buenos Aires es la del arrendamiento, como la calidad del habitante es la de huésped.

Una vez que los desagües torrenciales cesaron, la industria de la propiedad raíz metropolitana se convirtió en la restinga más sólida, y hasta alcanzó la dignidad de una profesión. Ella transmitió su solidez a las demás construcciones financieras, económicas y mercantiles. El verdadero cimiento de la vida económica argentina es la propiedad raíz urbana. Con su consolidación cesó el desagüe torrencial del dinero, que siguió por sus cauces propios. Por tubos subterráneos el agua corre ahora vertiginosamente con el movimiento antiguo de toda la pampa, y desemboca imperceptiblemente a través del río en el Atlántico.

De paso

No hay por qué respetar, ni por qué comprender, ni por qué perdonar; eso compete a las autoridades policiales y edilicias, no a nosotros los transeúntes. Buenos Aires no tiene siquiera conciencia de lo que es la intimidad y el secreto, y propaga con la misma indiferencia los anuncios de mercaderías y las noticias de los escándalos domésticos. En Buenos Aires todo está a la vista y es conocido; por eso todo nos interesa apenas y por poco tiempo. Carece de ayer y no tiene forma adulta. De esa falta de forma adulta, de plenitud de vida interior, nace su ilimitada y loable esperanza en lo por venir, que tanta grandeza material representó para la urbe. De esa falta de plan orgánico nace la intrascendencia y superficialidad de la vida en Buenos Aires.

La casa de departamentos es hoy, por antonomasia, el hogar metropolitano y la aspiración del huésped que no ama al país. Por otra parte, y con arreglo a los gustos de la inmigración, nada hay tan parecido a un transatlántico o un tren en que se viajara sin saber con qué destino –la muerte–. Transcurren veinte años de convivencia y no conocemos al que ocupa, pared por medio, el departamento contiguo. Ignoramos quién sea y no nos interesa; ni lo estimamos ni lo odiamos; no existe más que para él. Va, como nosotros, con un rumbo general y abstracto y llegará un poco antes o un poco después. Indiferencia absoluta como si un departamento estuviera separado por países, por idiomas, por seres de distinta especie. Las paredes absorben el ruido, el calor, la simpatía y el odio. Parecen de amianto, corcho, ebonita. Podemos hablar de raza, de religión, de ideales, ponernos de acuerdo y salir a la calle a morir juntos por la misma causa; todo eso no tiene más que un sentido mecánico, tal como un sentido industrial el hogar en la casa de departamentos.

En los trenes ni en los navíos interesa a fondo lo que no sea la buena comida y el buen tiempo, aunque el naufragio o el descarrilamiento los amontone a todos y los mate juntos. La casa de departamentos no es el hogar; es el hospedaje, un lugar cotidiano para pernoctar. Los habitantes de Buenos Aires somos sus inquilinos, la ciudad es una inmensa casa de departamentos donde nada nos interesa de nadie. Somos una población de todas las edades, nacionalidades, credos, formas de conducta y de cultura, aspiraciones, que nos hemos encontrado en esta urbe para seguir camino.

Unos viven en mansiones de lujo –tienen mucho–, otros en casas cómodas –tienen menos–, otros en habitáculos –no tienen nada–. Pero una y otra circunstancia carecen de sentido profundo y no vale la pena meditar sobre ello; el espectáculo es el mismo: nos vamos.

Antaño y hogaño

El Buenos Aires antiguo está representado por la Pirámide, que señala tanto el fin de la época colonial como el comienzo de la nacionalidad; y el nuevo Buenos Aires tiene su alegoría en el Obelisco, que apunta al cenit sin evocar ni representar, aunque pueda vérselo como el símbolo de la aspiración informe y anónima hacia lo infinito y lo eterno. Los constructores de la Pirámide sabían qué suma de sentimientos y de afanes comunes perpetuaban; pero los constructores del Obelisco no supieron para qué lo erigían, ni pusieron en la obra ningún fervor, ni siquiera la aseguraron para una existencia efímera. Las lajas del revestimiento desprendiéronse apenas terminado, las trepidaciones del suelo y del subsuelo conspiraron contra su estabilidad y así adquirió una fama escandalosa, como si hubiera sido engendrado por viles propósitos y sin un designio apoyado firmemente en la tierra.

Ambos monumentos vinieron a quedar en el aire, por socavárseles antes o después la base, por las excavaciones para los subterráneos, con lo que una y otro quedaron sobre el vacío. No es justo ver en esto sino una coincidencia del azar; pero lo cierto es que precisamente los dos símbolos del pasado y del porvenir quedaron fundados sobre el vacío, que es más o menos lo que nosotros hemos hecho al construir en el aire y al quitarle a la historia y a la grandeza efectiva del país sus cimientos verídicos y naturales. La estabilidad del pasado y del futuro puede ser la misma, pero siempre habrá una grande diferencia entre un puente y un istmo.

En la Plaza de Mayo, que fue el escenario de los hechos más ilustres de ayer, se alza la Pirámide con la estatua de la República, y en la Plaza de la República se erige el Obelisco sin estatua, misterioso como un menhir. Una habla al corazón de su pueblo con humildad y franqueza; el otro permanece mudo, con inscripciones que no superan la mortuoria sobriedad de la cita histórica y del epitafio, que cuando retiene sólo el nombre y las fechas

alcanza el desiderátum de lo que podemos llamar la historia documental, inconclusa. ¿Para qué estatua se reserva ese pedestal? Un Obelisco no es un pedestal sino el moderno trasunto del altar común en la Edad de Piedra, cuya reminiscencia de un culto fálico ha sido captada por el pueblo bajo, tan propenso a revivir estados arcaicos de la psique. Lo cierto es que en los últimos años se notaba una indiferencia casi ultrajante hacia la vieja Pirámide, sobre la que recayó un poco de la sombra de la Casa de Gobierno. Verdad es que el sol se pone tras la Pirámide, pero también es verdad que el rubor está en la fachada del Palacio y no en el rostro de la República. Rogelio Irurtia ha trabajado con todo su genio y su paciencia en un proyecto de Pirámide gigantesca, dentro de la cual quedaría la actual, simbolizando el monumento, del que sería la entraña, el Pasado, el Presente y el Porvenir. Se encontró más fácil hacer algo distinto y no hay duda de que las ganas no les habrán faltado a los ediles y su corifeo, de arrasar con la vieja Pirámide que no tiene voz para ellos ni puede significar más que un monumento de mal gusto arquitectónico. No es visible el mal gusto histórico, y por eso nadie puede ver la belleza de la Pirámide y la fealdad de muchos espíritus exquisitos.

Sobre todo es ineludible considerar el hecho de haberse erigido el Obelisco antes de glorificar debidamente la Pirámide, como un acto agresivo de los hombres significativos de la actualidad, con su falta de respeto y amor al pasado pero con su falso orgullo del porvenir. La erección de aquel simulacro no es un nuevo ornamento de la ciudad sino una réplica paródica del Viejo Monumento. Se quiso demostrar que los constructores del porvenir superaban a los constructores de la nacionalidad. Por eso es una obra destructora. El más lejano horizonte histórico de esos hombres nuevos está en 1820 y no en 1810. Cuando en 1820 las montoneras entraron en la ciudad, los caudillos ataron sus caballos al pie de la Pirámide. Entonces comenzaba la nueva era generadora de toda la miseria ulterior, de la anarquía espiritual y de la audacia política. Veremos si otras hordas invadierán más adelante la ciudad, qué colgarán a lo largo del Obelisco, pues para ellos el Obelisco es un pedestal de su personal ambición y un mástil de su egoísmo de próceres sin programa de acción. Ellos, que nunca han pensado que las banderas de los edificios nacionales debieran ser amplias y limpias, sin desteñir ni remendar, anhelan tender a lo largo del Obelisco alguna enseña bastarda que les hable de un futuro absurdo más bien que de un pasado glorioso.

Por alguna ciudad europea o norteamericana debe de haber algún obelisco semejante, sin el cual no se explicaría éste. Aunque es evidente que no se ha inspirado en el de Washington sino en el de Tannenberg... Mientras se le encuentra otra explicación mejor (lo que vendría a ser como colocarle por anticipado alguna estatua en la cúspide), representa la pujanza abstracta de la ciudad de todos y de nadie, la juventud sin ideales concretos y el asombroso aumento de la población vegetativa. Buenos Aires recobra por él su blasón de ciudad cosmopolita, sin alma ni carácter. Si históricamente el Obelisco marca el fin de la era de la Pirámide, políticamente marca la ruptura casi definitiva de la nacionalidad. El símbolo de la ciudad es ahora una abstracción.

Desde el punto de vista de la perspectiva, era irremediable colocar «algo» en el centro del *rond point* de esa plaza, que algún día señalará el punto de arranque para internarse en el país por el sur y el norte. Será su mejor destino si se convierte en un punto de arranque hacia el interior y no en un polo magnético al que converja la intermigración de los campos. Es decir, si se le toma de punto de partida para la conquista contemporánea del desierto y no de palenque para las cabalgaduras de los fugitivos de las tierras fiscales y de las provincias azotadas por los caudillos. Lo mejor de todo, para quedar bien con los de ahora y con los que vendrán después, fue elevar un monolito apócrifo que puede simbolizar todo y nada. Es decir: lo de hoy tanto como lo de ayer y lo de mañana. Más bien un pedestal vacante para colocar en él alguna estatua colosal; y así, mientras no se la coloque, cada ciudadano eminente puede soñar lo que quiera e ir usando para sus adentros del pedestal. También puede considerársele como un postizo provisional, porque ese «algo» debía colocarse en la pampeana avenida de la República si no queríamos que se instalara la pampa auténtica a reclamar para ella ese espacio abierto como su más legítimo símbolo urbano. Si debiéramos borrar toda sugestión del desierto y de la despoblación del país, lo mejor era colocar un semáforo cosmopolita que rompiera el ensalmo de la evocación.

Para muchos de vista más corta y de cabeza menos firme, el Obelisco sirve de punto de orientación cuando salen de los cines con los cuatro puntos cardinales patas arriba. De día es el más gigantesco reloj de sol y de noche todavía el sol sigue alumbrándolo a través de la tierra, cuando la ciudad se oscurece, para que señale la hora a los que están dormidos.

Pero ¿había de permitirse que la Plaza de la República fuera tan luego un pedazo de territorio desolado como si el baldío pudiera servir de emblema mejor que la Estatua del Prócer Desconocido? El Obelisco servirá, al menos, como confirmación de la fuerza fecunda e impúdica de la ciudad capital y como Negación del Baldío.

La herencia del hortelano

Ensanchar una calle es reducirle el fondo, pues el mal original de Buenos Aires es tanto las calles estrechas como los solares de diez varas de frente por setenta y cinco de profundidad. Sin duda en el trazado primitivo se previó la ulterior necesidad de ampliar las calles. Toda ciudad mal trazada es fuente inagotable de riqueza para los industriales del urbanismo. Aunque la verdad es que se trataba de quintas que se subdividieron longitudinalmente. El plan originario de la ciudad es el que convenía a los hortelanos, y San Isidro y San Roque debieron ser los patronos de Buenos Aires. De donde lo que le ocurre a un terreno al que se le corta un pedazo transversal es que viene a quedar como debió de haber sido, a no descender de labriegos.

Acaso la solución más plausible a la necesidad de agrandar las calles fuera abrir avenidas por medio de las manzanas. Eso se hizo con la apertura de la Avenida de Mayo y, tomadas al sesgo, con las diagonales. No se explica uno por qué no se siguió el sistema, que era bueno. Habría resultado más económico para la Municipalidad y más conveniente para la ciudad, aunque no tan ventajoso para los propietarios. Las avenidas interiores habrían dado a los terrenos dos caras: una al pasado y otra al presente.

El recurso de demoler los frentes de las casas para ensanchar las calles, se presta a pensar que se comete deliberadamente la profanación del hogar, de lo radical, o sea el derribo de la fachada y la sala. Sin contar que de los escombros podía renacer el fénix eternamente incinerado y vivo de la industria de la expropiación. El fénix inmortal de los escombros, que empolló a Mr. Sartorius, ha dado a los especuladores más riqueza que el ave Rok y sus demás compañeras de rapiña, el aventurero Simbad.

Proceder como se ha hecho, cortando la cabeza a las casas, es seguir el procedimiento gordiano tradicionalmente en uso, y hacer la incubación más larga; de manera que cuando se ha terminado de ensanchar una calle, hay otras que necesitan la misma cirugía, y para entonces los munícipes, que tienen la facultad de modificar los planes de sus antecesores, en vez de pensar a lo ancho piensan a lo largo. Y de esa suerte la ciudad, que tiene forma de damero, se presta a toda clase de juegos prohibidos.

El fenómeno paradójico es que cuanto más anchas son las calles, mayor es la congestión del tránsito, como cuanto mayores son los cinematógrafos y las cubas, se llenan más. Una avenida nueva es un atractivo para el peatón y una oportunidad de lucimiento para quien guía su auto, sobre todo si es nuevo. Inmediatamente la circulación se derrama por la nueva vía y entonces lo mejor que puede hacerse, si se está apurado, es tomar por la vieja calle estrecha, que se torna más ancha que la otra.

Después de treinta años, las Dos Diagonales han avanzado menos que otras avenidas, y eso que marchan oblicuamente, que es la forma de adelantar más pronto en Buenos Aires. Y para cuando se hayan dilatado las calles se habrán encogido las veredas, pues donde mejor se nota la estrechez de miras del colono es en las aceras. Solían tener una vara de ancho y a veces en el borde tres o cuatro metros de profundidad. Muchas conservan aún esa angostura que se sabe que es hereditaria como la miopía. La calle 25 de Mayo va perdiendo su vereda por absorción, como los viejos la encía. En lugares céntricos, como la esquina de Cangallo y Reconquista, las paredes desalojan al peatón. La basilica de La Merced está casi sobre la calzada, y la vereda que tiene apenas es una cornisa que se le ha caído a las 12.10.

Ni las diagonales ni las avenidas solucionan el problema urbano. Parecería ser que no hay otra solución que la que propone el arquitecto Wladimiro Acosta en *Vivienda y ciudad*, consistente en modificar por completo la anatomía y la fisiología de la ciudad, partiendo de lo fundamental. Vale decir, que mientras se proceda a modificarla respetando la estructura pompeyana, grata al horticultor, no se logrará nada sino enriquecer a los propietarios y a los industriales de la demolición.

Hay que hacerla de nuevo y en otra parte.

Calles de Buenos Aires

Hay calles con vida y calles momificadas; por unas se vive andando, por otras se pasa caminando. Las primeras préstanse al recuerdo, la evocación y a todas las actividades reconstructoras del pasado; las otras se entregan pasivamente al tránsito, y nada más.³

Entre las calles vivas están Florida y Corrientes en primer término. Cauces de vida torrencial, incesante, con la multiforme personalidad de los hormigueros y las colmenas, no obstante inexpresivas de sentido. Y hay otras calles de vida individual más intensa y de mayor significación, en la modestia de sus destinos menos esplendorosos: Balcarce, Venezuela y las de muchos arrabales, donde un pasado que es el mismo de algunos ciudadanos se infiltra en el presente. Calles de Evaristo Carriego y de Jorge Luis Borges; de Fernández Moreno y de Macedonio Fernández; calles que los ediles y arquitectos desdeñan y por donde es indispensable andar un poco, de vez en cuando, como si nos pusiéramos a revisar fotografías y flores secas en álbumes y cofres.

Por esas calles lejanas monologan su soltería las humildes muchachas románticas; allí el sol se recuesta mimoso como un gato contra las tapias de revoque caído y en los fastigios de las casas, soñoliento en la humedad que mantiene una flora de yuyos sin flor y acaso fuera de la nomenclatura botánica, pero que se coloran al caer la tarde con cierta belleza silvestre y pretérita. (Antiguamente también las iglesias angelizaban sus tímpanos y campanarios en esa forma. Allí la lluvia y la luna

3. Sin contar algunas calles cuyos nombres no sé si se refieren a cosas, personas o lugares, he aquí una estadística de los nombres de las calles:

De patricios, jueces, legisladores y estadistas	70
" escritores, músicos, poetas, actores, pintores y periodistas . . .	112
" militares y marinos	165
" políticos	27
" hombres de ciencia y filósofos	48
" naciones, ciudades, fechas y lugares	495
" de cosas o de abstracciones	199
" personajes argentinos, ilustres o memorables	430
" santos	32
" pájaros y aves	8

tienen todavía un sentido poético y los pianos crepusculares dan a la juventud anacrónicos languores de vejez.

En esa hora de fina luz arenosa,
mis andanzas dieron con una calle ignorada,
abierta en noble anchura de terraza
mostrando en las cornisas y en las paredes
colores blandos como el mismo cielo
que conmovía el fondo.

(Borges, *Fervor de Buenos Aires*)

Calles con escuelas y con algún pasto furtivo en las junturas de las piedras; con pájaros que se posan en los balcones y en los umbrales y que por los zaguanes entran hasta las macetas de los patios. Gorriones y palomas van a esas calles solitarias a recordarnos el deber de la libertad y del amor.

La vitalidad de Florida, Corrientes, Callao y Carlos Pellegrini responde mejor a la vitalidad de la ciudad completa; pujante y optimista. Esas calles no penetran en uno sino que absorben y diluyen. En vez de remover su alma, lanzan al transeúnte como *boomerang* hacia el futuro, con la consigna de volver al punto de partida al doblar por la primera calle adyacente. Se sueña con la grandeza y la gloria, y actúan análogamente a esas escaleras mecánicas que nos elevan sin esfuerzo a una superación de nosotros mismos, sin tener en cuenta lo que somos capaces de realizar. Transmiten de su vida al peatón, al simple contacto con el suelo, y esa fuerza se sube a la cabeza exaltada por las luces de los escaparates y por la arrogancia de los viandantes. Muchos quedan bajo la obsesión de esa euforia hipnótica durante algunas horas, como si se encontraran de pronto en un Walhalla de dioses vivos y combatientes.

En cambio hay calles apáticas, por donde entramos y salimos como de un túnel. Calles inexpresivas, exclusivamente viales: Rivadavia, Rodríguez Peña, San Martín y la mayoría de las del lado norte. Digamos todas aquellas calles sin vida tras las persianas, donde los inquilinos viven su propia conformidad sin mirar afuera. Casas y calles aletargadas de bienestar y de hartazgo.

Los barrios pobres están en comunicación con la gente que transita: nada humano les es extraño. Los ruidos, el pregón de los vendedores ambulantes, los altercados y las canciones, entran y salen. Hay recíprocamente una especie de cuidado permanente por lo que pasa en la calle, como el oído de las madres cuando los chicos han salido a jugar; se diría que no media entre las habitaciones y la calle nada más que la pared. Cualquier accidente o perturbación del tránsito agolpa a los inquilinos en las ventanas y las puertas. Los habitantes de las otras casas que tienen a la calle la comodidad y la pared, no levantan siquiera los visillos para ver qué ocurre.

Asimismo, hay las calles exóticas, que viven un ideario y un idioma que no nos son desconocidos. Penetramos por las calles de La Boca y estamos en otro país. Reconquista, desde Corrientes a Retiro, es un Cercano Oriente donde palpita una sensibilidad de brujería, quincalla, géneros y ropas polímitas. Reconquista conserva reminiscencias de su anterior avatar otomano. Olores untuosos, etiquetas de gusto infantil o celestial, botones de nácar y cintas de muaré, sonidos de hablas bíblicas y coránicas.

Paseo Alem, hasta en el nombre, parece un mercado más bien que una avenida; un mercado puesto en fila y metido en la pared con un caos de mercaderías donde abunda cuanto no necesita el hombre de la ciudad. Es la traducción al esperanto de las joyerías, como Reconquista es una versión bárbara y miserable de *Las mil y una noches*. Para cada comprador de joyas hay quinientos compradores de objetos igualmente inútiles, pero de un valor puro y de un costo de juguete. El afán del niño consiste en tener; especie de amor platónico por lo perdido y ausente. Idéntica necesidad de averiguación pueril y de gozo imaginativo lleva al adulto a comprar innumerables chucherías en esos cambalaches donde también se venden armas que fascinan con el ojo oscuro del cañón o con el arabesco de los cabos cincelados, y tarjetas con palomas y golondrinas que llevan mensajes de amor casi ilusorio.

La marea incesante de Buenos Aires arroja sus desechos a esas calles limítrofes de la nacionalidad, en que se juntan con las botellas y tablas de todos los naufragios. Mujeres que inician sus primeros pasos vacilantes por los caminos de la infamia; marineros que sueñan que han pisado tierra y que gastaron los jornales de toda la travesía; desocupados, estafadores y también artistas como aquel Brindis da Sala, el Paganini negro, que murió

en una de esas fondas, enfermo, pobre, sin amigos, después de haber empeñado su estradivario por los pocos pesos que iba a costarle su agonía.

Costa de un mar de ignorados dramas y de frustradas glorias; muelle donde el ser humano ambula sin pasaporte ni ancla. Pasan por ahí los fantasmas vivos que se detienen ante las vidrieras a contemplar cómo cuelgan de las perchas espectrales ropas usadas o los pájaros embalsamados que todo lo miran con la indiferencia de sus ojos de vidrio.

En los barrios del oeste, por donde Horacio gustaría de pasear su conformidad con la suerte y su interés por el hombre cabal, las casas de la familia satisfecha dan a las calles cierta hospitalidad de patio. Los pequeños jardines que se exhiben como un primor de mujeres hacendosas, perfuman en la primavera, y con la brisa, que por allí divaga con gracia y frescura que no tiene en otras partes, lleva su ramo invisible a los vecinos.

De modo que las calles entran a formar parte de la vida local como una propiedad colectiva que cada cual considera de su deber hermosear. Un poco del orgullo del propietario adhiérese a la fachada, y por las tardes sirve de fondo a la maternidad que posa con su prole para una fotografía imaginaria con cierto afán de eternizarse juntos, que es lo que ocurre en la placa.

Poco le basta al hombre en verdad para quedar tranquilo y para aceptar la muerte resignado; pues esos habitantes de los barrios felices, que proclaman la necesidad de un pedazo de tierra para calmar el ansia de aventuras, infunden con su mansa bonhomía la certeza de que la conformidad rebasa hasta más allá de su existencia. Quizá poseer una casa equivale espiritualmente a la seguridad de una tumba, y sin ninguna duda el que construye su hogar realiza con perfección absoluta el logro de un sueño, del sueño sin sueños. Se advierte muy claramente cotejando los rostros con las casas y el cariño con que se cultivan las flores del pequeño jardín. De ahí, probablemente, la calma profunda y sin fin de estas calles, en la noche, cuando los hombres honrados, con la doble fatiga de su honradez, descansan sin insomnios ni pesadillas.

Por la zona del Riachuelo -Barracas, Nueva Pompeya-, en donde hace muchos años estaban los Mataderos, conservan las calles no sé qué lobreguez arcaica. Los viajeros ingleses, entre ellos Darwin, presenciaron allí el degüello de las reses, entre mugidos estertorosos y gritos de los matarifes y de las aves que revoleaban ávidas de beber la sangre fresca. Algunos perros supérstites de aquellas manadas embravecidas, de andar

sin hogar y sin dueño, que a veces hubo que exterminar a tiros porque acometían a las gentes, aún corretean sueltos, pero flacos y amedrentados. Miran al transeúnte como si le preguntaran por su amo, perdido hace ochenta años: lo siguen un trecho, a distancia, y después desaparecen, porque en realidad tienen casa y sólo salen por hábitos antiguos.

Al atardecer, la noche se apresura a quitarle al día sus últimos instantes, arrancándolo de algunas casas de cinc donde él quiere demorarse con exangüe palidez. La noche cae impotente en las calles y el noctámbulo percibe que desde lejos, muy lejos, la pampa instila sus drogas sutiles de silencio y de soledad.

Desde el cielo

Para comprender y para interpretar a Buenos Aires; para captar con el intelecto y con los sentidos su forma informe y pujante, tal como se la percibiría palpándolo, es indispensable llegar desde lejos (no desde fuera), por ejemplo, desde el fondo del país.

Desde 1500 metros de altura sorprende en seguida que lo más parecido que hay a la ciudad es su plano. El plano es Buenos Aires visto desde 1500 metros de altura hecho para hombres de buena vista, como el verdadero Buenos Aires a 1500 metros de profundidad es su plano para uso de ciegos.

Admira comprobar cómo las indicaciones del plano corresponden a la realidad de la urbe, al menos en sus líneas gruesas, pues lo usual es que la realidad y la teoría marchen con una hora de diferencia. Si es muy fácil dibujar el plano de Buenos Aires debe de ser porque fue muy fácil hacer la ciudad, pues Buenos Aires no se hizo por sí, como casi todas las viejas ciudades que no sabían dibujo, sino que la trazaron y después se hizo.

La diferencia principal entre Buenos Aires y su plano es que Buenos Aires no tiene la periferia neta de éste, por lo que es mucho más simple de comprender que el plano. En el plano la ciudad se recorta del margen blanco de la tela, e ignoramos si efectivamente es una abstracción que tiene la pared por alrededores, o si está, en efecto, ligada a otras poblaciones. Pues más bien parece una isla. En la realidad se ve que empalma con las localidades suburbanas que se ha fagocitado en un macizo continuo;

y que así se vincula, no sólo con las demás poblaciones, por sus líneas férreas y caminos, sino con la pampa y con el país.

La formación de Buenos Aires se ha producido por un movimiento centrípeto y no de expansión. Éste es un punto de vista previo para todo examen de los problemas relacionados con él. Ha concluido por absorber y adherirse a las poblaciones circundantes, alcanzando su influjo hasta las más remotas, con las cuales está en todo sentido desconectado. Es la ciudad de la pampa y un mismo horóscopo rige a las dos. Ha tomado vida, se ha organizado, la llanura. Un antiguo sueño, soñado por los buscadores de la Ciudad de los Césares, ha obrado el prodigio de que setenta mil hectáreas de pampa hayan cobrado existencia, aunque desde tan alto parezca deshabitada.

Se ve bien que Buenos Aires no sólo tiene la forma coordinada a la del país, sino que es la realización de lo que el país quiso ser: riqueza, seguridad, confort, densidad de población. Lo que quiso ser cuando sus deseos se pusieron al servicio de la necesidad. Desde 1500 metros de altura hemos logrado una dimensión de espacio indispensable para comprender a Buenos Aires a fondo y la dirección propicia a su perspectiva optimista: la vemos desde lejos y desde arriba.

Desde el cielo, Nueva York es una colmena de estalagmitas de mampuesto. Buenos Aires es llanura y cielo. Como a la pampa hay que mirarla desde abajo, porque sigue por el firmamento (y aun puede decirse que es más cielo que tierra), a la metrópoli hay que mirarla desde arriba (porque es más techos que paredes). El verdadero frente de Buenos Aires son sus techos, como en el plano. La ciudad es una techumbre inmensa y cuidadosamente cuadrículada, como si fuera un pavimento. Sobre el suelo se superpuso un piso, sobre éste otro, y así se forma el suelo edificado a semejanza de los pisos de la tierra pampeana.

Borremos las huellas

Buenos Aires ha avanzado borrando sus pasos. No todos. Todavía se pueden observar, andando, las diferentes etapas de su adelanto. Edificios antiguos permanecen en pie. Son huellas que no se han borrado, y como en lo recóndito de cada ciudadano late un natural instinto de «rastreador»,

le es fácil seguir sus pasos. No valía la pena intentar esa ocultación, echar abajo tantos edificios, puesto que no se trataba de una fuga, ni de una mala acción que ocultar. Ha echado abajo, como quien cambia de muebles y de casa en épocas de prosperidad, su pasado, sus edificios públicos, el Fuerte, las casas de los patricios, y ahora mismo la parte de la Casa de Gobierno que estorbaba al Ministerio de Hacienda. Era su pasado arquitectónico, que no valía nada arquitectónicamente, pero que tenía un gran significado histórico. Ha demolido la arquitectura, pero ha derribado también la historia, sin que se sepa cuál era el móvil determinante, si éste o aquél. Por mucho que hoy quiera construirse arquitectura demoliendo la historia, ambas cosas son entre nosotros inconciliables y grandes a su manera.

Deberían ellos pensar que la belleza de una ciudad no consiste sólo en la magnificencia de sus edificios sino en la grandeza que representan para el espíritu. Para América entera aquellos palacios y edificios, muy feos sin duda, como todo lo que España hizo aquí durante su dominio, significaban mucho más que los rascacielos. Teníamos un pasado sin arte, sin solidez y sin dignidad, porque no se construía como en Roma, para siempre, sino para hospedarse el corto tiempo que durara la aventura. Sin embargo, tanto más grande resaltaría nuestro esfuerzo cuanto más pequeños se viera que fueron nuestros orígenes. Todavía se han cometido sacrilegios mayores que el de la demolición, que es la muerte y el sepelio, con la mutilación. Ahí está todavía una parte del Cabildo -«sin despenar», dirían en el campo- hasta que muy pronto se lo arranque de raíz. Ya la poda lo ha dejado sin vida, y un acto de contrición ha sido reconstruir su interior. Pero es una reproducción. Creen los gobernantes que se les va a revisar el árbol genealógico cuando se miran los pobres antiguos edificios, y de verdad no es así. ¿Quién piensa en ellos ni en sus padres?

La mutilación del Cabildo, que va seguida por la mutilación de la Casa Rosada, de la que se dejará indiscutiblemente el muñón a la vista, puede interpretarse en el lenguaje de la nueva psicología como un acto de represalia y de sonrojo. Se dirá que la apertura de la Avenida de Mayo o de la Diagonal Roca hicieron indispensable el derribo; como también se dijo, al echar abajo la vieja Recova, que necesitaba darse mayor amplitud a la Plaza de Mayo. Para erigir un nuevo monumento a la Independencia, se pensará en derribar, de un golpe en la base, la Pirámide de la Repúbli-

ca. Y así sucesivamente. Hay anhelo de mutilación, como en los patriotas de ahora que sólo mencionan el primer verso del Himno.

Dentro de los pretextos, mueve la mano de los ediles y gobernantes un sentimiento extranjero de vergüenza filial, un ansia de matar al padre. Pues las ciudades con historia han considerado siempre como sagrados sus monumentos y ruinas. Cuando el tiempo trabaja sobre ellas se las considera reliquias. La cárcel donde se dice que murió Sócrates y la estación ferroviaria de Astapovo, donde murió Tolstoi, así son más grandes que demoliéndolas para construir en su lugar un rascacielos. Ninguna nación se avergüenza de sus orígenes sino cuando ha degradado, y cuanto más oscuros esos orígenes más nobles ellas y los mismos orígenes. El pasado es la unidad ciudadana, y aquellas enseñanzas arqueológicas dicen más al transeúnte que las prédicas del político y las protestas de grandeza en las fiestas oficiales. Mientras existen enteras es difícil que se pueda citar sólo un verso de ellas.

Esos insensatos que han tirado al suelo los edificios antiguos en alarde de iconoclastas y progresistas, tienen también sus fetiches que veneran en secreto. Veneran un pasado que modifican a su antojo y que consiste casi siempre en arrasar con la verdad y la realidad superviviente (enclavada en tierra) para adorar regularmente una ficción empotrada en una cláusula retórica. Así como nuestra historia ha sido involuntaria pero sistemáticamente falseada por escrúpulos urbanísticos, nuestra ciudad ha sido arquitectónicamente desfigurada y embellecida para uso de turistas. En uno y otro hecho hemos de ver la misma fuerza secreta que quiere hacerse un pasado que le venga bien a su persona, y una ciudad que embellezca los fondos de su casa particular.

No es el azar lo que vincula el fenómeno que llamamos «demoleedor» con circunstancias análogas en otro orden de sucesos. Tampoco es un fenómeno sino una enfermedad, una forma de neurosis freudiana que Andreieff en *El misterio* y Shakespeare en *Macbeth* ya habían tratado. Borrar las huellas se convierte en: iniciar una vida nueva, una nueva historia, una nueva aventura, de cuya serie a devenir, el enfermo es la piedra sillar y el punto de arranque. Los demoleedores borran su propio pasado, arrasando con el Pasado, y se construyen un monumento en lugar del que derriban. La fuga es, en fin, un emblema.

Lo que no han podido derribar en Buenos Aires son los monumentos más antiguos que el Cabildo, el Fuerte y la Recova; por ejemplo: los baldíos.

Tampoco se ha podido demoler la fealdad de los edificios nuevos que responde a la incultura del propietario, ni la sordidez de los inquilinatos. Demoler a los funcionarios municipales es más difícil que demoler la Casa Rosada, porque ellos son también más antiguos que el Cabildo y casi tanto como el baldío. No hablemos de las reputaciones que son indestructibles una vez levantadas, así el beneficiario escriba cartas a la posteridad rogándole que no olvide nunca que fue un insensato.

De estas consideraciones, que no importa formularse categóricamente sino que basta sentir las en lo hondo de la nacionalidad, resulta para todo transeúnte (estable o transitorio) un sentimiento ambivalente ante el espectáculo de la demolición. Cualquiera sea el edificio herido por la piqueta, una demolición es siempre un atropello. Esa razón invocó Cicerón a su vuelta del destierro, cuando su residencia había sido convertida en templo de la Concordia, en lugar público.

Tampoco hiere tan melancólicamente la acción del terremoto. Se ve, es cierto, la fractura producida por las fuerzas del subsuelo de la ciudad, pero hay algo de inevitable y grandioso en ello, como en la fulminación por el rayo. Es imponente, pero no es patético. La demolición consumada fríamente, con arreglo a un plan de urbanismo, es semejante al sacrificio de las bestias para la alimentación. Se elige la muerte en el plano como si se combinara una acción de guerra. Una avenida, un ensanche reclaman imperativamente el sacrificio de determinados seres. En su lugar quedará el pavimento, que es la losa de la tierra que muere. Sentimiento de conmiseración y de secreto gozo a un tiempo. Cuando los andamios se han colocado para la demolición, el transeúnte comienza a sentir ese redopelo frente a los operarios que llevan a cabo la destrucción. Están suspendidos entre cielo y tierra, con la muerte a veinte o cuarenta metros de profundidad. Ya sabemos qué mira el que se para a contemplarlos trabajar. Mejor dicho, qué espera ahí parado. Lo mismo ocurre con la caída a porciones de los muros y techos. Caen y mueren.

Mientras dura la agonía de la demolición y se desarma brutalmente y con cuidado lo que se hizo con esperanza y fervor, van quedando al descubierto las entrañas del edificio. Entonces advertimos que no era una casa lo que se demolía, sino un hogar, la residencia de una familia, un lugar para nacer y morir. Lo mismo que cuando cae del andamio un albañil, comprendemos que no era un albañil sino un hombre.

Quedan los muros al descubierto. Se ve desde la calle, sin pudor, lo que hasta entonces estaba vedado, circuido por la intimidad de la vida doméstica. Pudor, como si se obtuviera con violencia una desnudez. Ese empapelado, esas cornisas, esas ménsulas no se hicieron para ser vistos desde el exterior. Ahora la mirada profana los contempla desde una distancia absurda y de manera miserable. No sólo está desnuda la alcoba, sino expuesta con todo lo ausente que resta en ella, a la mirada indiferente del espectador. ¿Habrá muchos que sientan estas finas emociones de Rainer María Rilke?: «Se veía, en los diferentes pisos, muros de habitaciones en que el tapizado estaba pegado todavía; y aquí y allí, el encaje del piso o del cielo raso. Cerca de los muros de las habitaciones, subsistía aún un espacio gris blanco por donde se insinuaba, en espirales vermiculares y que parecían servir a alguna repugnante digestión, el conducto descubierto y mohoso del desagüe de los retretes. Los tubos del gas habían dejado sobre los bordes de los cielorrasos, surcos grises y polvorientos que se doblaban aquí y allí, bruscamente, y se hundían en agujeros negros. Pero lo más inolvidable eran aún los mismos muros. Con ninguna brutalidad que se le hubiera pataleado, se habría podido desalojar la vida pertinaz de esas habitaciones. Ella quedaba todavía; se retenía en los clavos que se descuidó de sacar; se apoyaba sobre un estrecho pedazo de piso; se había agazapado bajo esos rincones en que se formaba todavía un poquito de intimidad. Se la distinguía en los colores que había cambiado de año en año el azul en verde tostado, el verde en gris, y el amarillo en blanco fatigado y rancio. Pero se la encontraba también en los sitios que permanecieron más frescos, tras los espejos, los cuadros y los armarios, porque ella había trazado sus contornos y dejado sus telarañas y su polvo en esos aposentos ahora descubiertos. Se la volvía a encontrar aún en cada desolladura, en las ampollas que la humedad había soplado por debajo del tapizado; temblaba con los jirones flotantes y transpiraba en las horribles manchas que existían desde siempre. Y, de esos muros, antes azules, verdes o amarillos, que encuadraban los relieves de los tabiques abatidos, emanaba el hálito porfiado, perezoso y espeso, que ningún viento había podido disipar aún. Allá se retardaban los soles de mediodía, las exhalaciones, las enfermedades, antiguos humos, el sudor que filtra bajo los hombros y hace pesados los vestidos. Estaban allí el hálito desabrido de las bocas, el olor aceitoso de los pies, la acritud de las orinas, el hollín

que arde, los grises vahos de las papas y la infección de las grasas rancias. Estaban allí el meloso y largo olor de las comidas descuidadas, la angustia de los escolares y la humedad de los lechos de los jóvenes púberes. Y todo lo que subía en vaho de la vorágine de la calle, todo lo que se infiltraba del techo con la lluvia, que jamás cae pura sobre las ciudades.

«Y había aún allí muchas cosas que los vientos domésticos, esos soplos débiles y amansados que no salen a la calle, habían llevado y muchas otras cosas también, de las cuales no se sabía el origen» (*Cuadernos de Malte Laurids Brigge*).

En lugar de los edificios derribados para dar mayor amplitud a las avenidas o a la perspectiva, no siempre se elevan edificios mejores. Suele ocurrir que la casa de departamentos de diez pisos queda reemplazada por otra de dos pisos, con cavernas celulares o boxes cuando no con un tapial en espera de mejores épocas. Entonces la entraña de la ciudad sufre una ablación mortal; el trozo de víscera es reemplazado por un parche ortopédico y la perspectiva de la amplia avenida se estrella ante la fealdad y pequeñez de la nueva construcción provisional.

Se trata de compases de espera, de altos en la marcha del progreso, porque sin duda ahí se elevarán mañana los rascacielos que romperán por lo alto la línea armoniosa de la talla pareja, como ahora por lo bajo. Mientras llega ese tiempo, el lugar edificado transitoriamente tiene parentesco muy próximo con el baldío; es una máscara edilicia que cubre un vacío, no una casa. Se asemeja al frente modernísimo con que se afeitan viejas construcciones que debieran ser demolidas; se asemejan a los frentes de cartón piedra que se utilizan en el *maquillage* urbano de las películas. Pero no tiene nada que ver con la ciudad leal, que prospera asentándose sobre la tierra y sobre los pisos sucesivamente alzados de abajo para arriba y no del frente al fondo.

Ésa es la impresión que, después de una temporada en el campo, se experimenta andando por las recientes avenidas. Falta de honradez, cosmético de anciana impúdica, ficción. Hay que distinguir entre las formas de la ficción y las de la realidad, porque de no, ¿qué valores podremos considerar como básicos para juzgar de nuestro progreso? Ya la ciudad entera es una ficción, la más estúpida de las formas que la ficción ha logrado a expensas de la realidad, durísima pero muy noble, de la campaña. No hay relación entre esta Babel y aquella pampa, aque-

lla montaña y aquel bosque que son de verdad el país. A quien lo ama entrañablemente, no puede pasar inadvertido el trabajo alegórico de la demolición para el embellecimiento de la urbe. ¿Qué significa para nosotros este trabajo de deshacer en procura de la grandeza espectacular? ¿Acaso no hay cosas importantísimas que ni siquiera hemos comenzado? En verdad, Buenos Aires es una gran maquinaria que produce renta y que no trabaja con ni para el país. Absorbe brutal y ciegamente la riqueza del interior, devora presupuestos fantásticos, come como todo el gigante por la boca de su cabeza cercenada. Se alimenta de la miseria y del atraso, de la ignorancia y de la soledad. Buenos Aires es un muro en el horizonte urbano que impide mirar el interior. Dentro de la Ciudad, los hombres de miras reducidas, los que se conforman contemplando los frentes y los telones sin penetrar en los interiores ni en las vidas verdaderas, llevan a cabo esa simbólica y negativa destrucción de la ciudad. La demuelen porque no la pueden destruir; proyectan gigantes planes de embellecimiento porque no la pueden dignificar; la hacen poderosa y rica porque no pueden levantar a la Nación, que está postrada, tendida a lo largo como un cuerpo exánime, pero que la nutre con su mejor sangre, y de ese modo cierran los ojos ante la realidad, como la joven que se pone a mirar fotografías de actores célebres en su pobre cuarto de huérfana.

Todas las enseñas y una más

Nuestros primeros historiadores de la ciudad y Mitre y López hicieron constar que la casi totalidad de la población era nativa. En 1870 había aún mayoría de argentinos que conformaban la nacionalidad de la urbe. Pero el crecimiento de Buenos Aires coincide con su cosmopolización, y en este sentido puede decirse que lo foráneo constituye los pisos altos de la ciudad, donde flamean las banderas. Los inmigrantes que resolvieron no pasar del muelle han proliferado: lo dicen las estadísticas, que son la Biblia moderna, y los frentes de las casas en las fiestas nacionales. Todas las banderas de todos los países del mundo ondean juntas y el aire es un tumulto de naciones. Como decía D'Annunzio: «*Già tutta l'aria è solo una bandiera*».

Las banderas argentinas generalmente están ahí para escoltar a las otras, en una concurrencia obligatoria y protocolar. Sobre todo la *city*, que es netamente extranjera y muy dada a empavesarse en las efemérides cívicas, en algo así como un recuerdo de las patrias lejanas. ¿Celebran ellas nuestros fastos o aprovechan la circunstancia para rememorar los antiguos y actuales intentos de conquista? En muchísimas casas pudiera flamear la bandera nacional, pero lo cierto es que no se la enasta sola. El hombre humilde, hijo del país, no gusta de embanderar su casa; se diría que cree que la bandera argentina sin más es un símbolo incompleto. La verdad es que ese gusto no condice con su índole, y en el campo más que en ninguna otra parte se ve que el alarde patriótico y la inclinación a exhibir otros símbolos son gustos enteramente de gringo.

Sólo colocan banderas los extranjeros y alguna que otra casa de comercio de aquí, como si la fiesta nacional no fuera la de todos los hogares de la República. El centro está profusamente embanderado y hacia la periferia decrecen las banderas en tamaño y cantidad hasta perderse en banderines esporádicos. De donde pudiera inferirse que el crecimiento vertical de la población es extranjero, pero el ensanche y la dilatación horizontal hacia el campo, son nativos. El extranjero se multiplica hacia arriba y el nativo hacia el campo. Del movimiento de la ciudad, la periferia rotativa es la más centrífuga y corre el riesgo de ser desprendida y arrojada al espacio. Formarán la luna de este planeta capitalista. Pues en el fondo quiere decir que la *city*, la riqueza comercial y el confort, está ocupada por aerolitos de naciones extrañas en los cuales flamean, escoltadas, las banderas originarias. Es el archipiélago de la ciudad libre internacional en la ciudad.

La bandera argentina casi únicamente ondula en el fastigio de los edificios públicos, pero desteñida y a veces en jirones y con remiendos afrentosos. Precisamente allí es donde se la iza con menos devoción y respeto, como una incidencia de la vida burocrática. Aun en la Casa Rosada suele verse una bandera de género ordinario, pequeña para el edificio, en un asta sostenida por riendas, decolorada y con parches azules en el celeste. No la bandera argentina, sino la que, según Mitre y Sarmiento, era la que impuso Rosas suplantando el celeste por el azul oscuro. Pero la naturaleza rectifica por sus medios naturales los yerros y perversidades de nuestros destructores de la nacionalidad, y con su sol, su aire y su lluvia va cambiando ese

azul apócrifo por el celeste del cielo, restituyendo la enseña a sus orígenes. ¿No hay en esa incuria o en esa miseria irreverente otro síntoma del secreto encono del patriota charlatán contra lo argentino auténtico, la confesión de su sentimiento reprimido de disgusto hacia lo nuestro, que precisamente nace con Belgrano? ¿Por qué a ninguno de esos epígonos de los godos se le ocurrió colocar amplias banderas de seda, mórbidas y luminosas, con sus suaves colores verdaderos, al tope de sólidos mástiles, y castigar con la rebaja de sueldo al que la rasga o con el destierro al que la remienda? No se sabe en qué batallas hayan quedado así nuestras banderas si no es en las manos de los recentales del fisco, que creen que todas las cicatrices son gloriosas, hasta las de la lengua del que se la muerde por comer ligero.

La más noble, bella y humanitaria de las enseñas; la más pura y de paz no tiene, en los únicos sitios en que debiera ondear, la pulcritud y la integridad que corresponden al símbolo de una grande nación, a la de verdad grande (y no a esa que se avergüenza de cantar íntegro el Himno y de decir qué expresan los emblemas del Escudo).

Las cuatro caras

Los cuatro lados que delimitan el ejido de Buenos Aires y que consideraríanse las líneas ideales de circunvalación, están al norte, sur, este y oeste. No es exacto, mas coincide con los puntos cardinales, y cuando una inexactitud se apoya en la brújula (o en la pólvora o en la imprenta), puede uno errar con tranquilidad.

También podemos decir que Buenos Aires tiene por confines el río de la Plata al este, el Riachuelo al sur, la pampa al oeste y el Virreinato al norte. Dos lados de agua, uno de pasado y otro de porvenir. A primera vista Buenos Aires yérguese en el punto de convergencia de un desnivel del territorio, porque hacia él desaguan los ríos y las precipitaciones pluviales de la pampa. Mirando mejor, también está situado en un delta de confluencias fertilizantes, pues desembocan en la metrópoli todas las líneas ferroviarias (directa o indirectamente) y todos los seres y productos de valor. Tales son las gruesas razones del engrandecimiento de Buenos Aires. De haberse destinado al cultivo, la tierra que está debajo del pavimento habría sido muy fértil.

La voluntad de las cosas y la voluntad de los hombres que sirven esa superior voluntad ha querido distinta suerte para este trozo privilegiado de nuestra tierra, que es muy fértil para las semillas y los cimientos.

A semejanza de todas las ciudades del mundo, particularmente de aquellas formadas por aluviones migratorios (ciudades de transeúntes que pernoctan), nuestra metrópoli tiene multitud de fisonomías y de almas; es policéfala y multánime. Lados, sólo tiene cuatro, pues no hay más que cuatro puntos cardinales. Cuatro caras y dos puertas. Por la puerta de tierra entra el país; por la de agua, sale.

Los ejes imaginarios que dividen vertical y horizontalmente la ciudad en el plano, son la Avenida de Mayo y la Vía Apia Rivadavia; Boedo en la sección sur y Pueyrredón en la norte. El centro de gravedad imaginario no es la intersección de dichas líneas, sino la Casa Rosada. Lo que Buenos Aires es para la República, la Casa Rosada es en el plano municipal: el centro, en el margen.

Si se puede hablar de la orientación de Buenos Aires y de las direcciones en que miran sus cuatro caras, no se puede hablar de sus límites. También es arbitraria la delimitación del mapa municipal, pues es cierto que la ciudad llega sin solución de continuidad hasta Tigre, Quilmes-Temperley y Morón. Inconcebible urbe para albergar un país entero, resultado de nuestro temor al desierto. Los límites edilicios son, pues, otros que los del ejido, y sin embargo éstos todavía no son los reales límites extremos. Política y económicamente, los límites de Buenos Aires son: un pasado de siglos, al norte; la pampa, los cereales y las haciendas, al oeste y al sur; Europa, al este. Uno de los lados de Buenos Aires no es el río de la Plata sino Europa.

Entrando en Buenos Aires, para no perdernos en su astronómica periferia, encontramos sus cuatro lados verdaderos, que pueden a la vez ubicarse y simbolizarse en: Barracas y los Mataderos, al sur; la Avenida Alvear, al norte; calles Boedo y Pueyrredón, al oeste; el puerto, al este. El sur y el norte son antitéticos y, como en la brújula, complementarios. El norte es la *polis* alta de los templos; el sur el *asty* bajo de las encrucijadas. El pampeano río de la Plata tiene su par en el bituminoso y glúteo Riachuelo, que carece de apelativo. Los nombres de ambos ríos, el uno con el advocativo de la opulencia soñada por el conquistador, y el otro con su diminutivo común de jornalero. Todavía hubo el río Maldonado, que evocaba, como el

Riachuelo, un pasado menos remoto, pero de pésima fama. Se lo entubó, con lo que ya dejamos de pensar en él.

Asimismo el oeste, que es pampa y desierto desde *La cautiva* hasta *Una excursión a los indios ranqueles*, se concierta con el norte, que sigue trepando por imperceptibles planos ascendentes hasta llegar en Córdoba y Santiago a una fecha de la Colonia y en Jujuy y el Chaco a otra fecha de América.

El río de la Plata antes de llegar al puerto se acicala por última vez; viene deslizándose poderosamente desde las selvas primitivas; en seguida arroja a un lado los camalotes y se pone a maniobrar transatlánticos. Deja, para internarse en el océano con otras muchas cosas que se van, riberas gloriosas de belleza y denuedo. Primeramente se le creyó un mar: el Mar Dulce; ahora sabemos que es el estero de confluencia del Paraná y el Uruguay. Mañana se dirá que es todavía la pampa que ahí se hace agua, como por otros sitios se hace techos o cielo.

En cambio, el pobre Riachuelo arrastra sus seculares detritos de las curtidurías y los saladeros, lavándose constantemente en su misma suciedad, como lady Macbeth en su remordimiento. Sangre, materias orgánicas, desperdicios. Para la enfática ciudad es una mancha originaria que anda, un monumento imperecedero del ayer desembocando frente a la gran urbe, en un gran mar. Por la mañana, el grande río se ilumina con brillos argentados; por las tardes el Riachuelo profundiza su lobreque de tinta china y emana olores enervantes... Hace muchos, muchísimos años que el matarife lo convirtió en jamerdana, y desde entonces arrastra, sumiso, los desechos de curtidurías y frigoríficos. Todo hacia el Mar Dulce, donde también desaguan tantas fortunas y esperanzas, filtradas en las arenas de plata, y hacia donde, para decirlo de una vez, todos somos diaria y sutilmente arrastrados a la deriva.

El norte es nuevo y el sur antiguo, en la ciudad. Uno data de aquella época de súbita prosperidad que puede situarse en la economía y en la cultura alrededor del año 1880; otro tiene ahora cuatro siglos. Espiritualmente, el norte es anterior a la Conquista, porque había sido soñado, como el hijo antes de nacer. Y también porque el ocio es anterior al trabajo, en el Génesis del catolicismo: el domingo es el primer día de la semana.

El ocio señorial es la característica del norte, donde las magníficas mansiones que prosiguen su dominio latifundinario salen hospitalariamente con sus alamedas al encuentro del transeúnte, según la vieja y noble costumbre española. Le ofrecen la sombra, mientras pasa.

Desde el fondo de la historia económica, por lo menos, trae el sur su negro chorro de sangre de mercado. No obstante, entre el norte y el sur no hay antagonismos: uno es rico y el otro pobre, como sucede en el seno de cualquier familia. El antagonismo leal, frontal, abierto, existe entre el este y el oeste. El oeste sigue siendo la más rural de las zonas metropolitanas, o la más cívica de las zonas del llano, según se considere que Buenos Aires desborda sus casas hacia la pampa, o que ésta entra, por el subsuelo, hasta el estuario. Es una franja de sutura del país con la urbe. Por ahí sale y entra constantemente, con el viento que propaga los alegóricos yuyos, el hijo del desierto, que no comprende aún el progreso exclusivamente urbano.

Por el contrario, el este no sólo es de agua en vez de tierra, sino que también es de origen y progeñe diferentes. Por ahí el hijo del inmigrante se detiene a mirar por sobre la ciudad el nivel de la vasta llanura, y tampoco comprende el prodigio.

El este es la zona de contacto con Europa, con lo europeo y con todo lo que no nos pertenece a fondo, inclusive lo que se aclimata a la nacionalidad y la quiere hacer saltar por cualquier extremo. Si al oeste comienza la llanura del interior, al este concluye la del exterior. Por el oeste se sale del país metiéndose en Buenos Aires: por el este se sale de Europa metiéndose también en Buenos Aires.

Formando parte del este cosmopolita está Florida, vieja y linajuda calle del Empedrado que conserva su costumbre porteña de sacarnos a pasear por ella todas las tardes. A Florida opónesele Boedo. Ya estas dos palabras: Florida, tan fina y floral, y Boedo, tan báquica y compadrona, son dos emblemas. Cada una de ambas calles es, justamente, historia, religión, psicología, si no modo de encarar la vida.

Lo que en Florida es lujoso y festival, sublimándose en los escaparates con gemas que efluyen éxtasis de narcóticos, en Boedo es barato, para los días de trabajo, mucho más cerca de la verdadera realidad, tanto en los escaparates como en la calzada. De la verdadera realidad que comienza hacia el oeste y no de la que prosigue más allá del río.

Visitas al ausente

Palermo se llamaba el primitivo dueño del predio, y ese nombre quedará para siempre al lugar más poético de la ciudad. Nombre poético en sí y que por eso se ha perpetuado a pesar del propósito de borrarcelo por el otro más prosaico y afrentoso de «3 de Febrero». Hoy rememora, más que un apellido de oscuro hortelano, la corte fastuosa de Federico II, poeta, político y sibarita de todas las exquisiteces de la inteligencia y la sensualidad.

Muchos criollos, al regreso de Francia, han querido comparar Palermo a Versailles o al Bois-de-Boulogne, nada más que por el prurito de encontrar a cada cosa nuestra un parecido con otra cosa extraña. Sin embargo a ninguno de los hombres habituados a pasear por Versailles y por el bosque de Boulogne les ha sugerido esa semejanza. Más bien han procurado darle una definición original, con lo que también cayeron en la trivialidad por el otro extremo. No tiene semejanza con ninguno de los parques de Europa y por eso no pierde ninguno de sus encantos de amplitud y sosiego. Lo que da su peculiar encanto a Palermo es la ciudad misma, por contraste de su duro gesto de edificios en bloque, de calles angostas y rectas, de aire enrarecido. Palermo es, precisamente, lo contrario de la ciudad y nos atrae en razón directa de como nos repele Buenos Aires.

Si se observa bien, lo aristocrático de Palermo reside en el porte señorial de las familias (no de los individuos), en el lujo de los vehículos, que antes, tirados por troncos de pura sangre, eran la prez de antiguos apellidos; en fin, en cuanto no le pertenece materialmente; en valores de carácter espiritual. El parque conserva una tonalidad agreste, simple y hospitalaria, como debieron tenerla un siglo atrás las fincas suburbanas, pero su grandeza le es dada por los concurrentes, que van a él como a un recreo sobre el que se sienten con cierto derecho de propiedad de casta y de rango. Todos nos sentimos en algún grado accionistas de esa posesión ancestral que sería absurdo considerar perteneciente a la Municipalidad. Palermo sigue siendo una finca de propiedad privada que tiene un dueño ausente y que nos está permitido disfrutar con tan legítimo derecho como disfrutamos de los bienes inmateriales que nos legaron los próceres. Por tanto, no debe ser censado entre los bienes del patrimonio municipal sino entre los bienes espirituales de la población.

Sus avenidas, lagos y senderos no evocan como Versailles y el bosque de Boulogne –ya que se quiso compararlos– un pasado de nobles cortesa-

nos ceñidos a la etiqueta de los trajes y ademanes. Porque París es imperial a pesar de la República. Sus avenidas, lagos y senderos hablan de libertad, de bienestar, de salud; y por eso es un oasis nuestro en la ciudad vendida. Es cierto que al atardecer toma tintes atenuados de viejos gobelinos y de láminas antiguas; mas no pasa de ahí su ternura sentimental. Si se le busca una reminiscencia palaciega, habrá que recurrir a la música más bien.

De todas las fotografías de antaño que se conservan, esas de Palermo guardan una actualidad que debió de ser la misma cincuenta años antes. Palermo ha sido siempre medio siglo más viejo que la ciudad. Ellas prueban que nada tienen que ver los duques ni las marquesas con esta belleza silvestre a trechos, mísera por sus monumentos escultóricos y botánicos y que se sublima en el boato de los paseantes. Todo lo contrario de la calle Florida, «que transmite de su orgullo al peatón». A los antiguos faustos señoriles se mezcla la libre vida americana.

Este oasis tiene un borde de edificios modernos y de río; pero lejos se presiente la calma de la pampa. El carácter de Palermo es también contradictorio, aunque sea de lo menos heterogéneo, en el estilo de otros barrios. Cisnes, garzas y flamencos se confunden a la distancia con bicicletas, automóviles, caballos de pista y botes con nautas ocasionales. Entre el follaje se delinean frontispicios de palacios, fachadas de casas de departamentos, recreos y cielos destrozados. Ésas son las cosas de Palermo; la unidad está en el alma.

A Clemenceau le sorprendió Palermo por lo que nunca tuvo: «Palermo se anuncia en belleza», dijo, y no es belleza lo que hay en él sino fina languidez y maternal amparo. Es difícil que el extranjero sienta como nosotros a Palermo, porque su alma es distinta de la nuestra. Por ejemplo, Jules Huret llamó a la Avenida Sarmiento «la avenida de las declaraciones amorosas», como si todo Palermo no diera esa impresión de noviazgo y de arrobó. El amor galante y de ninguna manera libertino impera aquí; el amor que comienza declarándose con la felicidad que se respira. Diríase que todos van regidos por íntimas músicas de Mozart y que de un momento a otro resultarán formados, al azar, cuerpos de contradanza. Renace en los rostros marchitos por las preocupaciones y las tareas cotidianas, la frescura inmarcesible y la juventud y el ocio. Palermo es un intervalo en la semana, el día de fiesta de la ciudad, que reconstruye en pocas horas los tejidos destrozados por el trajín de la urbe. Allí vuelven a encontrarse la

mujer y el hombre limpios de la toba del vivir en tensión y a presión altas. No es la niñez, como en la Avenida Costanera, sino la adolescencia la edad de Palermo. El ser humano sonríe imbele en los rostros que se expresan en amor; el lujo y la pobreza acuden juntos, miembros de una numerosa familia, sin enfrentarse ni contraponerse, cada uno con la necesaria recíproca indulgencia, como en las leyendas hagiográficas. La pausada vectación, la marcha peripatética, la formación de tertulias que avanzan con la armonía de las figuras del rigodón, nos avisan que estamos en una zona neutral de Buenos Aires, como dentro de una heredad cuyo dueño hubiera muerto en tierras lejanas. Ésa es la verdad. A Huret también le llamaron la atención el sosiego y el lujo: «Cae la tarde. Poco a poco las filas de coches se acortan, se desvanecen... Los suntuosos autos hacen brillar en el interior sus lámparas eléctricas, reflejándose la luz sobre los acolchados y los metales de la carrocería». Bien hecha esa descripción en el lenguaje de los ambientes domésticos. Para Paul Morand, muchos años más tarde, el mismo espectáculo de brillo y sosiego suscitábale emociones de tristeza, evidentemente supuestas por las exigencias de cronista bien informado: «Palermo, tan triste en su riqueza, tan absolutamente de buen tono, el barrio de los cabellos relucientes y de los botines charolados, donde los automóviles, más relucientes todavía, circulaban lentamente, llenos de familias vestidas todas de negro, que saludaban a otros carruajes que iban en sentido contrario, llenos de familias vestidas también de negro».

Nada de esto pasa de ser literatura de turista que no tiene tiempo de dejarse inspirar por las cosas y recurre a impresiones del momento. Palermo tiene una fisonomía (la de la época de Rosas) y una historia (la de los viejos salones porteños). Hasta aquí llegaba antes el río, sobre un lecho de sábulo y de sílices ocre. La Avenida Alvear era un camino de conchilla y ahora en ella se estrella el oleaje de la urbe; es el rompeolas de su fragor y a cada lado el movimiento y la orientación de la vida son distintos. Aquí es ya la paz, el sosiego de 1840.

Desde hace más de cincuenta años todas las tardes, particularmente de domingo, concurren estas caravanas de coches y viandantes como a una visita sin recepción. Acuden como por la necesidad del trato y la plática con un hombre que representó al país mejor que nadie.

Esta era la posesión particular de don Juan Manuel de Rosas y aquí se alzaba su residencia, llamada «La Quinta». El nombre de Palermo ha

perdurado a pesar de la caída y aborrecimiento del tirano, cuya derrota –si fue así– el 3 de febrero de 1852 se quiso celebrar con un bautismo sin padrinos que nadie recuerda ya. A esto se debe que siga siendo una propiedad privada, cuyo carácter de tal se percibe en la familiaridad de los concurrentes.

La adornaban entonces árboles frutales y plantas de claveles, alhucemas y, naturalmente, de rosas que persisten alegóricas en profusión y variedad únicas en el mundo. La rosa se pluraliza y celebra así, en su tierra, el nombre del verdadero dueño, en blasón vivo y reivindicatorio. Algún estanque, menor que este lago que vemos, daba frescura al cielo. Palermo es todavía una fiesta con invitados que han olvidado el objeto de la visita. Después de aquella fecha, que quiso ser un nombre, se abrió al público por invasión. Aquí los partidarios de Urquiza castigaron con la horca, el cuchillo y el fusil a los partidarios de Rosas. Este parque señorial fue confiscado y el visitante de Palermo lo siente sin saberlo: no está en un sitio de la ciudad sino en una posesión privada. Es tanto un lugar de solaz como de meditación y nos gusta porque, sin pensar en ello, nos sentimos propensos a perdonar a la gran urbe sus errores y a sentirnos solidarios aun con sus yerros.

Muy cerca se levantan las tribunas del Hipódromo, que es asimismo pasado, presente y porvenir. Allí se celebra semanalmente un rito social y popular de significado para nosotros tan profundo como el de Dionisos en Grecia y que veneraban los hombres de Rosas. En ese estadio se sueña con resumir el futuro en pocas horas y se purgan las violentas pasiones de la disconformidad. Se tienta la suerte y se contempla, sobre la pista mejor que sobre el pedestal, al ídolo del fervor del hombre de la llanura. El caballo de carrera es también una sublimación de nuestra ruda realidad.

Hasta 1899 permaneció en pie la casa de Rosas, cuyas habitaciones del lado del río ocupaba él con su sobrio moblaje. La ocuparon más tarde el Colegio Militar y la Escuela Naval. Al fin se la demolió, y no quedan sino los duendes que divagan haciendo prosélitos para la causa del Restaurador.

Pellegrini fundó el Hipódromo y Sarmiento el Jardín Zoológico y el Parque Botánico. Nada de esto es casual ni carece de providencial significado. Infinidad de especies se exhiben, aclimatadas o sometidas. Plantas y fieras traídas desde sus patrias originarias sobrellevan el cautiverio

del invernáculo y de la jaula. Conviven su inmigración forzosa. Lugones puso allá el más gallardo león.

En una parte se sueña con la fortuna, en otra con las selvas, en otras el amor. Libres, se congregan a un lado los que aman la naturaleza hasta en el estado de esclavitud; a otro lado pasean los que aman el confort de la vida moderna y los aromas lejanos de la colonia. Unos y otros, además, contribuyen a la grandeza de la metrópolis que los devora inexorable y lentamente. De vez en cuando, al caer la tarde, sobre la quietud de los parques y por encima de las carrocerías brillantes, pasa el rugido del león, profundo y húmedo como una cueva.

Lo más lejano

A lo largo del río –y pronto desde Tigre hasta Quilmes– se extiende la más popular y cordial de las avenidas. Por ella pasean sin recelos aquellos mismos que en las calles céntricas se escrutan al pasar, confundidos en la emoción de las inefables tardes en que el río se torna una inmensa lámina de ópalo. Buenos Aires depone su adustez monacal y se rejuvenece allí. Un hálito de juventud penetra hondamente en el alma del paseante, y si hay en la ciudad un lugar en que la infancia impera es esta avenida que festonea un mar de tierra líquida.

Del río viene a la piel una brisa remota y sedativa; de la ciudad, la onda cálida de su hervor. Las mañanas hormigean de ciclistas, las tardes prolongan jubilosas exhibiciones de patín, las noches se entrelazan de bailes. Todo lo intrascendente brota por contagio en el alma del transeúnte y penetra con persuasivas voces y colores en el ánimo, incitándolo a florecer. Ingenuidad y niñez discurren triunfales, surgidas de los juegos, puestos allí para deleite de los hijos y los padres.

Un costado de la avenida está flanqueado de álamos que cobijan en el césped las siestas del sol, cuando se cansa y se duerme debajo de los asientos, en las ramas de los árboles, sobre la grama. Entre los álamos y el pretil desfilan peatones, carruajes y autos con lentitud señorial, en nada parecida a la que en Palermo evoca cortes y poemas del Renacimiento. La romería marcha substraída a los cotidianos problemas, como si la avenida fuera una lonja de tierra cinematográfica donde pasear es el

más importante negocio. No existe en Buenos Aires un lugar tan natural y balsámico como éste, que amalgama todas las cualidades inversas a las de la ciudad. El panorama fluvial, la anchura de la calzada, la lentitud de la vectación, el aire limpio, la abundancia de cielo, la ternura de la alameda, el vuelo purísimo de las palomas, la indulgencia de los rostros, los niños que juegan sin apartarse de los desconocidos, la mansedumbre de los ojos del mendigo, los ruidos y las músicas, todo crea una atmósfera de novela del mil ochocientos y por momentos se tiene la impresión de que estamos cien años atrás y en otro país.

A los lados quedan las dársenas, que ya es otro mundo. Tras los árboles, aquella máquina de vivir que vibra siempre, día y noche, funciona en la exaltación de los sentidos, anhelante de triunfos y contiendas, que nos incita a la vigilia hasta el insomnio, como si el mismo sueño fuera un peligro en el tráfico.

Aquí, enfrente, está el puerto, con sus muelles y escolleras; los vapores con sus tripulaciones morosas y sus máquinas aprestadas para zarpar; y el río que se queda y se va, como la vida. Junto a estos muelles anclan los transatlánticos que llevan productos agropecuarios y traen mercaderías elaboradas y viajeros en estado de materia prima o industrializados al colmo. Barcos de matrícula extranjera atracan sin escolta, amarran sin otros barcos que los acompañen, como a un puerto libre internacional en que flamean, igual que en la *city* los días patrios, todas las banderas. En su visita entran en un puerto donde no encuentran flota mercante argentina, engalanando ellos sus mástiles con la insignia local, conforme al protocolo náutico. Este puerto nos pertenece geográfica y políticamente, pero económicamente pertenece a las empresas cosmopolitas de transporte. Otros barcos llegaron antes, desde muchísimos años, y muchos más zarparán en promiscuidad portuaria. Entran atoados y timoneados por remolcadores que están al servicio del que llega y que nos pertenecen. Sin esa ayuda no podrían arribar ni partir. Son barcos jornaleros, los nuestros: chalupas, barcasas, chalanas y botes, al sur.

Los grandes transatlánticos han venido por necesidades propias, y cuando no convenga más a sus intereses, dejarán de venir. Buscarán otros puertos que ofrezcan mayores beneficios mercantiles a sus armadores, y nosotros nos quedaremos con nuestro río y con nuestra soledad. Casi todos ellos abordan a la dársena norte, que es el punto cardinal de

la Colonia; y a la dársena sur, que es el punto cardinal de lo interior profundo, de lo que apenas se mueve y persevera, los barcos de cabotaje, mucho más pequeños y humildes, a turbina los mejores.

Hay entre esos barcos y el país la misma relación que entre aquellos transatlánticos y Europa, y a la altura de la Avenida de Mayo se dividen en verdad dos historias. De la Avenida de Mayo al sur, todo tiene un estilo americano, de menor fuste pero mucho más hondamente ensamblado con la realidad, y de ahí para el norte, todo se orna con un estilo mundial, asentado suavemente sobre la tierra, con cierta inestabilidad migratoria. Quien entra en la República por el puerto de Buenos Aires cae bajo los efectos de una fascinación de estilo monumental, y difícilmente podrá coordinar sus ideas al penetrar en lo íntimo del territorio. Ni se explicará, de regreso, que, efectivamente, esta metrópoli gigantesca se relaciona por órganos vitales a la vida mortecina de la campaña. Notará que Buenos Aires es el punto final de su viaje, la última gran ciudad en el concierto de las urbes mundiales; pero no comprenderá que es la cúspide, a la vez, de aquella llanura de cereales y ganados, abandonada sin compasión a su destino.

En cambio, quien desembarca hacia las costas patagónicas y recorre el país, como Darwin, irá viendo paulatinamente elevarse las formas de la existencia nacional hasta el corolario de aquel esfuerzo tenaz que es Buenos Aires. Uno y otro viajero tendrán visión distinta del país y del habitante.

El huésped que entra por los muelles metropolitanos es un huésped de honor; regularmente no viene a visitarnos sino a descubrirnos o a proseguir en el interior de las oficinas los cálculos iniciados antes. Abrevia las etapas de centenares de años que hemos andado nosotros para llegar desde el interior hasta el puerto. Encuentra al país hecho, montado, funcionando. Desde aquí lo llevaremos a que vea lo que se le puede mostrar, según sus puntos de vista de la grandeza y el arte, según sus prejuicios de observador de museos y exposiciones; lo restante no le interesa tampoco al cicerone, ni lo comprendería. ¿Cómo relacionarlo con esto, por grandes esfuerzos que hiciera? Juzgará que Buenos Aires es una cosa y que el interior es otra cosa. Mientras que llegando desde los confines del país verá que Buenos Aires es la sublimación, casi diríamos onírica de aquello mismo que es la gran capital del sur. Pues aunque Buenos Aires sea la cabeza decapitada de ese cuerpo inmenso, le pertenece anatómica y fisiológicamente.

No advierte, quien viene desde el océano, que en esta playa enorme y chata la pampa aflora casi bajo las aguas color de la tierra litoral. No se fija siquiera en las dragas que todos los días dejan expedito el canal de tránsito, en la cava inevitable para no quedar bloqueados por la restinga latitudinal. No percibe tampoco que la ciudad entera es un canal de drenaje entre el interior y lo extranjero; que la ciudad excava invisiblemente, como bajo las aguas la draga, con todos sus edificios y su tráfigo, la vida del intercambio económico.

La naturaleza no consintió nunca el contacto abierto con Europa, sino restringido y condicional; el río de la Plata es un estero del océano; hay que dragarlo constantemente, abriendo hacia Montevideo un canal que lleve al mundo. Las dragas trabajan y el agua también, cada una según sus deberes.

Pero en esta zona que podríamos designar como el punto culminante del drama de nuestra historia y de nuestra realidad, el paseo señorial que la embellece pone una franja de sosiego y de confianza en las fuerzas nobles y victoriosas del hombre. Pues por aquí se sueña la bondad y la simpatía para todos los seres extraños, como si la Avenida Costanera estuviese inscripta en un pedazo del país donde se sueldan indiscerniblemente el pasado y el futuro.

¿Por qué siento, paseando por el puerto y sus adyacencias, que soy como un desterrado y a la vez como un cautivo?

Si se mira bien, somos un país de costas, mas estas costas no significan nada, a no ser que representen un deslinde entre el país y la soledad. Están frente a la soledad del océano, guarnecidas por la distancia, sin necesidad de patrullaje. Las recorta un abismo insalvable de aislamiento, como las montañas con el cielo. El océano ha cubierto durante siglos y siglos gran parte de nuestro territorio; somos en realidad un país oceánico; y, sin embargo, nada nos es más extraño que el mar. Lo siento contemplando estos navíos, que como aquellos otros de Baudelaire, también me invitan a partir. Por una fascinación intrínseca de los navíos, no por mí. Tampoco nos consideramos seres siderales, a pesar de que tenemos el más grande y luminoso de los cielos. El mar no nos habla al corazón sino a la fantasía. No nos atrae sino en cuanto nos repele la tierra. No queremos internarnos en el mar, sino huir de la tierra. Nuestra sangre se apresura ante la selva, la montaña y la llanura; a pesar de que somos oceánicos y siderales. Nues-

tros antepasados temían el mar y amaban la fijeza del suelo. No hemos heredado la sed británica de aventura, y sí el castellano espíritu aventurero. Odiseo nos parece un tema literario sin que nos arrastre consigo. Estamos seguros, firmes, y el puerto es un accesorio de la vida urbana más bien que una puerta abierta al ideal. Está allí para verlo, no para llegar y salir. La Avenida Costanera convierte al río en espectáculo mejor que en aventura. Lo coloca en un marco para ser visto, como colgado de una gran pared de firmamento. Se lo mira como una de las obras maestras de la ciudad. No es un puerto en el sentido psicológico y poético; es un puerto urbanístico, semejante a un parque inundado. Para serlo hace falta el navegante, el soñador, el emprendedor; además, hace falta del otro lado la aventura. Si del otro lado está el océano planetario y solitario, nos volvemos a nosotros como eco rebotado por su inmensidad. El océano inmenso nos empuja atrás. La aventura del mar es saludable y gozosa, como la aventura de tierra es taimada y sin conciencia. Todo lo peor que ausculto en mí mismo proviene de mi prehistoria rupestre.

Los países que dan al Mediterráneo han sido los países de la cultura y la poesía: los que no tienen mar que sea como un interior de agua, vegetan con ideales a ras de tierra. Y cuando el océano los circunda, transfieren a la empresa de largo alcance el instinto rapaz. Si al partir por el río a la aventura, se nos rebota a la tierra firme, esa ansia de aventura puede desaparecer o tomar caminos de tierra. Un aventurero sin mar truécase en enemigo terrible. Comercia, litiga, presta dinero con usura, asalta con toda cortesía y el pirata adquiere modales de diplomático.

El mar latino de la aventura fue una necesidad moral del hombre; lo desahogó y liberó de atávicos lastres. Los antiguos países marítimos han purgado mucho del antiguo *homo* de las cavernas. Toda gran civilización ha tenido al mar por puerta franca y no por frontera, al mar selector y purificador. Países limpios que han evacuado su insania ancestral y que han promovido la añoranza de las tierras incógnitas. El vikingo era un gran señor que hacía grande con su ausencia al país, como el cazador de fieras. Lo liberaba de su peligro y le dejaba una progenie resuelta y corajuda. Hacía su juego y su aventura con la naturaleza viva y no con el hombre infeliz.

Quien ha recorrido muchas veces el puerto, ha experimentado un sentimiento nostálgico que nace de la frecuencia de pasear junto a él más

que de la ausencia que da la nostalgia verdadera. El atardecer sobre el puerto es melancólico y angelical. Apacigua y dispone, como mirar al cielo, a un indulgente retorno al hogar. Los transatlánticos parecen láminas de libros leídos en la niñez o que leyeron nuestros abuelos. En vez de incitarnos al viaje, nos dan resuelto un problema de inquietudes. En los transatlánticos se ven acodados en las bordas hombres de rostros exóticos, que nos miran tan lejanos como lo están sus países. En las proas y en las popas nombres que evocan siempre algo significativo en el plasma marítimo de la sangre: Thalassa, Norge, Augustus, Nelson. Variedad de lenguas y de silencios, variedad de semblantes y de gestos en la unidad antropológica que vincula secretamente a los seres. Invitan a partir y estamos anclados. Mudos e indiferentes, nos dicen que estamos arraigados bien hondo. Aquellos seres de a bordo no son seres humanos en el mismo sentido que nosotros; Conrad y Kipling han demostrado que la humanidad verdaderamente noble, idealista, heroica, está en el mar. Estos seres que vemos con su camiseta sucia y su barba crecida, no parecen superiores, porque la superioridad a que se referían Conrad y Kipling relacionábase con un índice de valores substanciales, de ser humano a ser humano y no de persona a persona. He venido a dejarme llevar.

El río extiende sus aguas de colores minerales. No es el mar que cantaron Homero y Esquilo, y bien lo siento. No es el río tampoco. Es un frontón en el que nuestra ansia rebota y cae a nuestros pies. El horizonte y el cielo no alcanzan a darme la sensación que el horizonte y el cielo de la llanura, vivos y fascinantes. Me limitan e impelen con fuerza a mi tierra. Pero estos vapores extraños tienen una vida y una fascinación también que difieren substancialmente de aquéllos.

Siempre he pensado en Ibsen mirando los barcos, y me parece que por ninguna razón lógica, porque otros autores hay con mejores derechos que él para ser evocados a la vista de los navíos. Pero en Ibsen lo marítimo es lo psicológico, y él tuvo como ninguno aquella esencial cualidad marítima de la psique. No *La dama del mar*, *El pequeño Eyolf*, ni *Las columnas de la sociedad*, ni *Terge Vierge*, ni dondequiera que se sienta el mar como sostén; son los seres humanos de su teatro lo que me evocan el mar y los navíos. La psicología de hombres y mujeres de aventura marina, de seres oceánicos y solitarios, de viajeros. El río no forma un fondo natural a esas gentes y esos vapores. Algunos yates y cúteres ponen a esa hora ibseniana

una nota nostálgica de ala de tela. Lejos, las dragas. El cúter es el ala y la draga es el pico. El canal anuncia los altos calados y las largas travesías.

Del río adelante sigue el océano, otros continentes, otro mundo. Este puerto tan amable y hogareño está en el confín del país, lo más distante del país: Tierra del Fuego, en muchos sentidos.

Este río me aclara por qué yo estoy de espaldas a Buenos Aires, mirando la incommensurable llanura y sintiendo, como el vértigo de un gran vacío, que estoy solo y que lo que todavía falta es también soledad.

Vista

También la vista y el oído son órganos de tacto más que la mano, en la ciudad. Indican el espacio y el movimiento en tres dimensiones, donde todo lo que ocurre corresponde exclusivamente a la cinética y se refiere a nuestra seguridad personal. Nuestros oídos calculan precisamente la distancia del peligro y la vista pierde su cualidad óptica para reducirse a una función compleja de espuela, rienda y freno, al gobierno material del cuerpo que anda entre cuerpos contra los que no hay que chocar. Fisiológicamente y según el plan de organización de los seres vivos, el oído y la vista tienen misiones puras, y por eso los órganos están constituidos según la maravillosa técnica de los instrumentos estéticos; en la ciudad tienen una función táctil, como herramientas que se aplican directamente a las cosas. Anticipan el impacto y repelen los objetos o buscan los senderos expeditos en la maraña de obstáculos móviles. La vista no es empleada para percibir las formas y los colores cuanto las masas en movimiento y su proximidad. Si vieran el color, las formas y los dibujos, no avanzaríamos mucho, porque a cada instante hay en la ciudad prodigios de esfumaturas, matices y detalles que nos fascinarían. Ni más ni menos que la naturaleza, tiene escondidos tesoros en cada partícula de su masa informe, en los panoramas y en los pormenores. La luz, el color y las formas derrochan obras maestras en un pedazo de pared, entre las ramas de un árbol que tiene detrás un edificio, en una perspectiva irregular, en una cornisa, en un zaguán. Marchamos pisando joyas. Es un maremágnum de imágenes quebradas, de escorzos y de porciones de belleza virginal. Lo que Cellini veía en cada relieve anatómico de un cuerpo hermoso, es

posible ver en cada fragmento de la ciudad. ¿Quién puede andar de rodillas? Nuestros ojos tiran de nosotros como un cabestro.

Cuando Kate Weintzel nos enseñó a mirar con atención rincones y trozos insignificantes de la ciudad con su ojo fotográfico –una caja de fósforos junto a la rueda de un coche, un pedazo de puerta al sol, una pierna que sube la escalera–, comprendimos que nuestros ojos están ciegos. No nos sirven nada más que como lazarillos para cruzar las calles, no tropezar con otros y ganarnos la vida. El ojo ideal sería la célula fotoeléctrica. La ciudad pervierte así nuestros sentidos y, finalmente, nuestra inteligencia, que en vez de ser órgano de percibir la belleza, el bien y la verdad, se convierte en órgano de lucha y defensa, ocupado en eludir peligros y en acrecentar las reservas de pequeñas ventajas acumulativas. Inteligencia en la yema de los dedos, como el ojo del ciego.

En este orden de cosas, Buenos Aires todavía no ha sido descubierta, y aun para los que acostumbramos acariciarlo voluptuosamente con la vista, todos los días tiene sorpresas de emoción que venimos a estimar cuando estamos lejos de allí. La estética de la ciudad, ¿corresponderá al álbum más que al libro?

Oído

Si se tratara de suprimir los ruidos molestos la ciudad entraría en un pozo de silencio, pues en la ciudad todos los ruidos son molestos. Hasta el sonido se deforma y degrada como si perdiera el alma, pues el ruido es el cadáver del sonido. La *jazz* es la ampliación ciudadana de la música de cámara. Los altoparlantes demuestran que por razones acústicas y a semejanza de lo que resulta con los espejos curvos, toda imagen de sonido es convertida en caricatura por la ciudad, es decir, en ruido. Apenas recuerda uno como algo paradisíaco aquellos tiempos en que los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía con voz clara y fresca, particularmente el pescado. Sonaban las notas finales del pregón como una proeza de ópera, y la frescura de la voz anticipaba el sabor de los langostinos y las ostras. Hasta la voz de cuerno del mayoral de tranvía parecía el solo de Sigfrido, y cada uno tenía su frase melódica, como en Wagner. Salía la voz retorcida con la figura sonora del cuerno, acompañada de herraduras

en el empedrado. Los días de lluvia, esas notas pastoriles arrastraban la ciudad entera como en una carreta hacia los campos, y los chicos nos quedábamos en las puertas como si viajáramos.

El clarín de los bomberos emocionaba como al griego antiguo la recitación de un canto de la *Ilíada*. Pasaban las bombas como si llevaran más llamas al incendio, y el clarín era una lengua de fuego. Las bandas romantizaban las tardes de las plazas y Malvagni hacía sonar las luces de sus anillos. Música para sentarse un rato a su sombra fragante; música para huérfanos. Pudo ser que nuestros oídos no supieran entonces distinguir bien un ruido de un sonido; pero es más probable que hoy la ciudad deforma y envilece los sonidos y que la edad del organillo y de las serenatas se llevó consigo una sensibilidad. La voz de los pregoneros y de los lecheros que cantaban estribillos, enmudeció; los serenos no existen; la sirena reemplazó al clarín; el vendedor de barquillos y el afilador que ejecutaban con una unción que les salía del alma, desaparecieron; los altoparlantes a disco reemplazan a la vibrante voz de las arengas, los escapes y explosiones y el crujido de los frenos a la geórgica voz de las trompas de asta que cantaban refranes de amor. Todo esto ocurrió hacia el año que murió Carriego. Ruidos de contenido furor, producidos con el pie o con la mano y no con las laringes y los estrangules, resecan el aire y apergaminan los tímpanos. La ciudad se ha tragado las voces individuales y en cambio emplea su estentórea voz colectiva, de fuerza industrial, de aviso perentorio de que junto a nosotros pasa rodando la muerte.

Tampoco son los mismos individuos eufónicos los que dialogan en las orquestas populares, ni cuentan las mismas cosas. Buenos Aires cambió de voz a falsete. Muchos años, desde que comenzó la pasión del tango, hasta lo que podríamos llamar la era de Pacho y Berto, como los ingleses dicen la era victoriana, el instrumento preferido del pueblo fue el bandoneón. Era su voz de gris y húmedo timbre, vibrante de un eros contenido y muscular, más hombruna y sensual que la de ahora. La nota nítida y gruesa, emitida con la redondez del tubo donde el viento la formaba y expulsaba, ampliábase luego como el goterón de lluvia que absorbe la tierra caliente y a la luz de las lámparas de acetileno era como un hipnótico de cloroformo y cantárida.

La guitarra y la flauta acompañaban al bandoneón como la novia y la hermana, y completaban el trío de las voces de la sensualidad imbricada.

En los bailes familiares el arpa, el piano y la flauta llevaban en sus alas de paloma de tarjeta postal, vales, schotis, polkas y lanceros. La flauta acentuaba con su sístole la síncopa del tango y siempre en ella se reconocía esta virtud que le atribuyó Berlioz: «Y es concebida en semejante modo la melodía de Glück (escena de los Campos Elíseos, de *Orfeo*) que la flauta se presta a todos los movimientos inquietos de este dolor eterno, todavía marcado con el acento de las pasiones que agitan la vida terrestre. Al principio no es más que una voz apenas perceptible, que se diría temerosa casi de hacerse oír; en seguida gime sumisamente, elévase el acento del reproche, al del dolor profundo, al grito de un corazón dilacerado con incurables heridas, para recaer finalmente poco a poco en el lamento, en el gemido y en la amargura de un alma resignada...».⁴

Más tarde la flauta fue desterrada por completo de nuestras orquestas populares y el saxófono ocupó su sitio, más flexible a la línea quebrada de la *jazz*, esa música de prohibicionistas que gustan del alcohol clandestino. Bandurria y gaita eran instrumentos de rondallas y desterrados. Así como el acordeón venció, tierra adentro, a la vihuela tradicional, así el bandoneón venció en la metrópoli y acabó incorporándose con nuevas técnicas a la orquesta típica de los cafés y a las bodas de obreros. La guitarra tiene todavía hoy en la radio una íntima fascinación, y como casi siempre trae del fondo de la vida rural sus perfumes campestres, llega en las zambas y vidalitas con el encanto nostálgico de tierras y años perdidos. Siguen después los instrumentos de las bandas, voces cosmopolitas y extrañas a nuestra sensibilidad lunática.

La promiscuidad de vida ha creado una promiscuidad de voces. Toda la orquesta de la *jazz*, con sus instrumentos de ricos matices de timbres y temperaturas, ha pasado a primer plano. El ukelele, el saxófono, el oboe, el clarinete, se enseñorean de la orquesta, como reyes legítimos que de ella son. Han creado una sensibilidad superpuesta que ofusca los sentidos pero que no nos llega al corazón. Podría hacerse una estadística de la extranjería al confrontar los programas de los bailes populares y de los cafés danzantes. Una voz nueva ha sido el cantor solista, parodiado de la *jazz*, extraño a su papel, todavía no aclimatado, que trae a la melodía mo-

4. *Gran tratado de instrumentación y orquestación modernas.*

dernizada de la canción, su quejido de barrio pretérito, a igual distancia de la quejumbre indígena y de la bravura del virtuoso.

He de tratar aparte la concertina, flor espiritual y evangélica de los instrumentos, que sólo se oía en los circos y en los números de acróbatas excéntricos del Casino, los domingos por la tarde, por ejemplo, cuando ese teatro era accesible a las familias y a los niños. Sí; instrumento cuya voz sueña sobre nubes, nimbando rostros angélicos, con sonidos que equivalen a los frescos colores del arco iris y de las mejillas y frentes de las jovencitas apenas púberes, con el candor de la alegría de la primera ráfaga del amor. Sin analogías con el bandoneón, que es la madurez del adulto en la edad de los deseos lóbregos, la concertina levanta su hálito de percalinas, piqué almidonados, gasas traslúcidas y sombreros de paja con cintas. Así vi yo una concertina en una fiesta infantil, seguramente en la fiesta de la Primavera, hace muchos años, allá por el 1874 o 1904, ya no recuerdo bien. Y esta lámina se liga a otra, como dos imágenes superpuestas en una vitela.

En la Plaza Constitución, los domingos, solían congregarse oficiales y soldados del Ejército de Salvación en los comienzos de la prédica. Cinco apóstoles de la nueva fe, con cinco voces falsas, desgastadas, ausentes, salmodiando la Biblia. Eran aquellos años de ciclones y volcanes –¿se acuerda usted?–, cuando nueve años más tarde pasó otra vez Beatriz desdeñosa, y el alma andaba por un lado y el cuerpo por el otro. Al atardecer formaban un círculo aquellos pintorescos cruzados de uniforme marcial, tan lejos de la mística de San Francisco como de la épica de don Ignacio de Loyola, aunque inflamados por la misma ola de fervor. Caía la tarde entre los árboles, con un amarillo de ámbar y hojas marchitas; el aire de una remota y árida soledad hería como un cuchillo, y cuerpos de carne fatigada entraban y salían de la estación. Parece un sueño, ahora. Después de un breve sermón, apenas comprensible, emitido por la nariz que apretaban los lentes junto a las fosas, aquellos ridículos soldados de la fe entonaban un cántico acompañado por las notas siempre bíblicas de la concertina. Cantaban de Jehová, de los ángeles y de los suplicios del Salvador. Las voces, levantadas por las alas de la concertina, atravesaban nuestros pechos y se esparcían por la gigantesca ciudad vacía, como un bálsamo para los tristes y afligidos. A los dieciocho años, estos espectáculos tienen siempre la virtud de atraer a los elegidos: «Jehová, consuelo de las almas, arráncame esta tristeza, aunque te lleves mi corazón. Líbrame de esta angustia infinita de mi vida; haz que

vuelva a mí sus ojos o dame una muerte conforme, antes de que beba más de tu cáliz de insondable amargor». Las voces, en inglés, fluían y perdíanse indiferentes. Asociada a ese cántico de desconocidos, en un lenguaje extraño, con la concertina como honda identidad, el alma encontraba un instante de compañía y como de consuelo en tanta soledad. Poco después la plaza quedaba otra vez en silencio, manchado de luces y de ruidos. Las estrellas arriba y lágrimas salobres y calientes sobre la cara.

Tacto

El tacto de la ciudad es percibido por los pies. La mano es inútil para palpar la ciudad. No podemos entrar con ella en contacto si no es por los pies; se la palpa caminando y es durísima. En verdad, refractaria. Ésa es su piel, de pavimento. De acuerdo con las teorías de la evolución, que explican el casco del solípedo para la acción mecánica de la percusión en la marcha, el pavimento debe explicarse por los mismos factores que el carapacho del armadillo y la dermis del paquidermo. Pero lo cierto es que la piel de pavimento, cuya dureza mineral perciben nuestros pies y la comunican en el cansancio y el mal humor a toda la psique, es aisladora y hostil.⁵ Es una planchada, especie de magma que separa al hombre del mundo. Cuando la Municipalidad deja, con exquisito gusto, algunas cuadras de vereda sin empedrar, el pie toma contacto directo con la naturaleza de todo el país y no es sólo el alivio para los pies fatigados, sino la sensación casi táctil de ese contacto. Sube por las piernas al corazón la sensación de bienestar que suministra siempre la tierra. La planta del pie siente la elasticidad de la tierra, que sobre el pavimento se produce a expensas de los tejidos vivos. Cede ella en vez de hacernos ceder a nosotros. También desde el punto de vista darwiniano es el pavimento una defensa económica de la ciudad para mantener su tránsito. Nos obliga a tomar un vehículo aun por pocas cuadras.

5. «Pero el sentimiento de lasitud dominaba todo. Sin duda debíase, me decía, a que yo circulaba a pie en lugar de hacerlo a caballo, sobre un pavimento pedregoso y no sobre el campo verde. No me vino la idea de que la causa era otra y que yo respiraba una atmósfera de pestilencia en que el veneno me trabajaba» (G. E. Hudson, *Allá lejos y hace mucho tiempo*, XXII).

Toda marcha a pie es agotadora; en verano se une a la dureza de la piedra el calor, y en invierno el frío. Una ciudad no ha sido adoquinada para caminar por ella sino para recorrerla en coche. El coche es el peatón natural de la ciudad; el neumático, no el pie; la llanta de hierro, no la pata. Para la pata se ha ideado la herradura, que preserva el casco como el pavimento a la tierra; para el pavimento se ha fabricado el automóvil.

En cambio, el campo invita a marchar. La pampa es también movimiento, pero no pesimismo y desaliento, sino ejercicio y salud. Aun los hombres ricos gustan allí de caminar, como aquí los pobres de andar en automóvil. Mucho de la manía del automóvil que aqueja a los porteños es una especie de reuma y de cansancio. A Ford le convendría hacer pavimentar por su cuenta el mundo entero. No es un descubrimiento mío que el automóvil ha sido creado por la necesidad del pavimento y no de la comodidad. Constitucionalmente ningún ser humano prefiere en estado de salud caminar sentado a caminar a pie, pero el reuma y el adoquín son dos asociados de las fábricas de automóviles. El agente intermediario entre el fabricante y el empedrado es el gusto del confort y el lujo. Esa tendencia al lujo y la comodidad nacen inconscientemente de los pies, que es algo así como la raíz del cuerpo y el almacén del pesimismo sistematizado.

Después del pie, sigue el cuerpo como órgano urbano de palpación. Vemos cantidad de personas que en las aglomeraciones y en los lugares concurridos frotan su cuerpo, como inadvertida o inevitablemente. Se diría que tienen el traje sensible como la piel, y la piel eléctrica como los gatos. La mano es utilizada en última instancia, porque en la mano está siempre la responsabilidad. Como que la mano es el más consciente de los aparatos del hombre y el más responsable, según lo demuestran las historias de la civilización y de la moral. La ciudad hace un traje de la piel y una piel del traje. Bástale a muchos ese roce furtivo para consuelo de su orfandad, y solamente las mujeres no comprenden bien esto.

Olfato

La ciudad atrofia los sentidos: acorta y enturbia la vista, encallece el pie, embrutece el oído. El olfato es atrofiado insensiblemente, como sentido de la intemperie y de los efluvios terrestres. ¿Quién huele la ciudad? Es

inodora. Tendrá su olor, pero no lo percibimos nosotros, como lo demuestra el hecho de que tenemos que ponernos a pensar a qué huele. Sólo llegando de las sierras, del mar o del campo, se barrunta apenas: humedad, gases de combustión, alquitrán, polvo y el complejo de las emanaciones que salen de los negocios, las casas de vecindad, los depósitos de comestibles. Cuando en cambio vamos de la ciudad al campo, el olfato se rehabilita. Percibe el aroma de las hierbas, de la tierra seca o húmeda, de los árboles, del aire y sus matices, de las flores y los animales invisibles. Este sentido, inexistente en la ciudad, sale de su letargo y redescubre el mundo. Como sentido el más adjunto a lo orgánico y vital, se restaura en seguida aunque se lo amortigüe al extremo. Tiene tendencia, la ciudad, a velar los sentidos en una especie de anticipo exquisito de la muerte, y para eso comienza a homogeneizar los olores; cada simple olor va disuelto en un tono urbano y todos juntos dan la suma de su olor, que al fin no percibimos. Todo tiene algo de pintado, para el olfato. Las flores de la ciudad son adornos para la vista; las de los cementerios tienen un olor funeral y las de los ramos huelen a florería más que a flor. El papel pintado es la imagen gráfica del olfato en la ciudad. No olemos nada, vemos más bien. El olor de Buenos Aires es una droga anestésica. Las iglesias, los Bancos y las tiendas perduran en sus notas olfativas genéricas y acaso únicamente los teatros y cines tienen un repertorio particular de olores, conforme a los programas. En fin, tenemos sordera de olfato.

El olor de Buenos Aires es cambiante y sutil, y si no tiene olor para nosotros es porque, en general, no la entendemos. El forastero trae su nariz cosmopolita obturada; al campesino le duele la cabeza y no sabe por qué. Antes Buenos Aires olía para todos, de creer a Hudson, hombre fidedigno como el que más. Él llamaba a Buenos Aires «la ciudad pestilente», porque la conoció cuando estaba en plena faena de servir a las industrias capitales del país.⁶ Ahora que sirve a las industrias del extranjero, no tiene olor: *non olet*, como Vespasiano decía del dinero de los impuestos a las cloacas.

6. «Este estado de cosas duró hasta el año setenta del último siglo; Buenos Aires devino entonces la ciudad más pestilente del globo y fue necesario llamar ingenieros de Inglaterra para realizar los trabajos indispensables y salvar a los habitantes de un fin seguro» (G. E. Hudson, *Allá lejos y hace mucho tiempo*).

La zona sur daba entonces olor a Buenos Aires. Ahí estaban los saladeros; olor de matadero y tenería.⁷ Como aun en ciertas noches de verano sahumaba su husmo de carne descompuesta o hervida sobre la silenciosa paz de los habitantes, contrarrestado por los aromas forestales de los otros barrios.⁸ Antes de hacernos perder nuestro olfato ha ido perdiendo su olor. Hace pocos años –veinte– el ciego podía aún orientarse por el olfato. Las farmacias emanaban prismas de alcanfor, desinfectantes, pastillas de goma e ingredientes de recetas complicadas; las tiendas, de jabones perfumados y telas, géneros y ambiente de cueva encantada; los mercados, de carne, pescado, frutas, hortalizas, bien definidos; los corralones, de estiércol; las fondas, de guisados y restos de vino en el mantel. Las notas que ofrecía al acto olfativo del ciego eran más nítidas, diferenciadas en relieves, y no necesitaba él de quien le guiase. Por eso ahora hay muchos menos ciegos por las calles; andan desorientados y perdidos por donde no se los puede encontrar. La locomoción a sangre saturaba de hierbas fermentadas el ambiente; las victorias y los carros cargados irradiaban efluvios que lo orientaban a uno y lo aseguraban de la estabilidad del barrio entero. Hoy son la nafta, el aceite quemado, las mecanizadas moléculas emitidas por los motores y el asfalto, cuando hace calor, lo que predomina sobre todos los olores característicos, hasta el punto de formar un olor homogeneizado que parece el de la Corporación Nacional de Transportes.

Los días de lluvia huele la ciudad en los cinematógrafos y especialmente en los cafés, tranvías y ómnibus. La humedad despega de las ropas una

7. «Una vez el animal apresado a lazo, se le cortaban los garrones y se lo degollaba; espectáculo terrible y abominable que se acompañaba del alboroto apropiado, vociferaciones salvajes de los degolladores y espantosos mugidos de las bestias torturadas. La bestia era desollada y despedazada en el mismo lugar en que caía. Se extraía una parte de la carne y toda la grasa; el resto era abandonado a los perros parias, a los gavilanes carnívoros y a una ensordecedora multitud de gaviotas de cabeza negra, siempre prontas a la cría. La sangre, tan abundantemente vertida cada día y mezclada al polvo, había formado sobre todo el terreno una costra de medio pie de espesor. Dejo al lector el cuidado de imaginar el olor que se desprendía de esta costra, como asimismo de las barricas de los despojos de carne y huesos que tiraban en cualquier parte, en montón. Pero no, eso no puede ser imaginado» (Hudson, *ibid.*).

8. «Los setos de ágaves, los bosques de olivos, albérechigos y de sauces, cuyas hojas empiezan a abrirse, dan a los arrabales de la ciudad un aspecto delicioso» (Ch. Darwin, *Viajes en el Beagle*, 20-IX-1833).

emanación que pertenece por igual al cuerpo del individuo y al de la ciudad, que depositan juntos sus exudaciones en el traje. En esos días Buenos Aires surge personal de la cáscara de los olores generalizados. Sí; es él.

La nariz de los extranjeros tampoco es testimonio eficaz. Buenos Aires huele a limpieza, a salud, a bienestar, a papel moneda, a lo que no significa nada para el olfato. Hamlet, ¿qué pensaría? Londres huele a carbón lejano y húmedo; París a tapices; Nueva York a cedro y bronce bancarios; Roma a piedra; Madrid a cocido y Buenos Aires ¿a qué? No podría decirlo, pero con la certeza del animal aquerenciado, la distinguiría de todas las restantes ciudades del mundo. Conocemos que cada barrio tiene su repertorio de aromas, y asimismo las casas de escritorios, los inquilinatos, los hoteles y, sin embargo, la definición se encierra en un enigma de cielo estrellado. ¿Serán las mujeres las que dan perfume y vida a las ciudades? ¿Serán ellas las que ponen signos reconocibles en las cosas de la ciudad? ¿Se ligará a sus cuerpos y sus ropas aquel instinto de la querencia con que dije que era posible descubrir a ciegas a Buenos Aires en el mundo? Al pasar, cada mujer nos brinda una variedad local de colonias y extractos y de corpúsculos de su ser, que suelen diversificarse siempre dentro de la tonalidad en moda y del barrio, la hora y el lugar precisos, conservando una tónica fundamental que condiciona los demás sutiles olores de las cosas. Señalaríamos sin error nuestra ciudad como el *amnios* vital donde existimos con la vida profunda del organismo aclimatado. Belgrano, Palermo, Boca, Chacarita, Caballito, tienen una resultante olfativa peculiar, como tienen su luz vespertina y su acento, y esto sólo puede sentirse como formando un plexo de notas vitales, orgánicas, que actúan sobre el instinto de la permanencia, como quizá la fuerza de cohesión de los animales gregarios, generalmente de olfato muy desarrollado.

Sólo percibimos la suma y no los sumandos de las cosas; no olemos, ni vemos, ni oímos las cosas sino la ciudad que ahora *non olet*.

Gusto

Un observador poco perspicaz podría sentar el axioma de que lo fundamental en las comidas es el tiempo y no el menú. En los grandes hoteles y en los antiguos hogares, comer es un acto complicado que insume un

par de horas por lo menos; en los restaurantes de mediana categoría y en los comedores burgueses poco menos de una hora, y en los restaurantes económicos, bares automáticos y dormitorios de pobres, algunos minutos. El tiempo de las comidas no guarda relación directa con el tiempo de la indigestión; de modo que se trata más bien que de los alimentos, del conjunto de los otros factores aparentemente extraños al acto de alimentarse, como las vitaminas lo son al volumen de lo que se ingiere. En fin, el menú suele ser con frecuencia el epítome culinario de la clase de vida que se lleva.

El gusto es un sentido que en el habitante de la ciudad va implícito en su situación social. Comemos bien, sin sibaritismo y sin personalidad, porque el gusto del porteño se ha tornado también mecánico y cosmopolita. El menú de nuestros abuelos, constituido por veinticinco platos distintos, conservaba un paladar nacional por el predominio de las carnes, especias y demás ingredientes preparados conforme a recetas oriundas del país o adaptadas desde siglos. Hoy en un almuerzo de tres platos reunimos tres países triangulares del globo, y no falta la promiscuidad de los banquetes oficiales donde el menú es un ágape de confraternidad internacional. Para nosotros comer no tiene nada que ver con lo que decimos y vivimos. Excepto los vegetarianos y dispépticos, nadie tiene prejuicios de raza en la comida. La mesa suele ser un programa de extrema izquierda, y no sé hasta dónde éste es un motivo de permanente lasitud de la nacionalidad, o de la anarquía en política y en ética. Se come de todo, sin discernimiento, pero no en cualquier parte ni a cualquier hora.

En los grandes hoteles, cuyos ventanales se le antojaban a Paul Morand palcos escénicos a la calle, se hace la fiesta de gala de la comida, mientras que en los bares automáticos se come como quien llena un zurrón. En unas partes se festeja bien y en otras se come mal.

El amante de las cosas del país puede encontrar loco, humita, empanadas, achuras asadas y otros platos nacionales, pero tendrá que dirigirse a casas que se especializan en esa clase de viandas exóticas. Lo que encontrará muy abundantemente son los platos tradicionales de nuestra cocina española, italiana y francesa. En resumidas cuentas, el puchero y el asado han permanecido hogareños; y si el visitante ha de guiarse sólo por el menú, difícilmente sabrá en qué país se encuentra. Tenemos el estómago poligloto e internacional.

Casi familiar, aunque precisamente donde hay menos familias y familiaridad, algunas casas sirven comidas módicas a precios económicos. Comedor familiar quiere decir únicamente comedor para pobres, dándosele al adjetivo la significación que tiene lo proletario con respecto a la prole.

Por pocos centavos pueden comer las vendedoras de tiendas, dactilógrafas y aquellos empleados y obreros de corto sueldo y larga jornada, cuando no quieren vender su patrimonio por un plato de lentejas. Comen la sopa, algún guiso, pan, y descansan un rato. Con muy poco puede vivir una persona, y aunque se ganara menos y se trabajara más, todavía se hallaría la forma de tirar adelante con la vida. Según estadísticas realizadas por personas competentes en la materia, con setenta y ocho pesos con cuarenta y cinco centavos puede vivir un matrimonio con dos hijos, incluyendo los gastos de tabaco del marido, alguna minucia de los caprichos de la mujer y el depósito de un peso en Caja de Ahorros para los chicos.

En esos comedores, instalados según el modelo del asilo para marineros, que son comercios aunque tienen el aspecto de asilos de caridad, entran gentes de todo matiz dentro de la variedad del obrero y del empleado, sobre todo las empleadas, que no pueden sentarse en el umbral a comer su merienda. Muchachas que visten bien, o a la manera de las que visten bien; muchachas que tienen vergüenza de que se las vea entrar en esos comedores, como si fueran a casas de cita. ¡Pobrecitas, con tanta abnegación y tanto pudor en la pobreza! Llegan, se sientan procurando hacer también economía del espacio que ocupan, y miran los precios de la lista antes que los platos. Piden lo que corresponde al precio, que casi siempre coincide con algo que estaban dispuestas a comer. En esos comedores se ve que la mujer necesita mucho menos espacio y mucho menos alimento que el hombre; son capaces de conformarse con su destino más heroicamente. Si después de haber comido se quedan un poco más, y esto suele estar en relación con la suma gastada, es porque no tienen adonde ir hasta la hora de volver al empleo. Algunas aprovechan para leer. Probablemente una novela –un poco autobiográfica– o los avisos de un diario del que han conservado sólo media hoja. No les interesan las noticias siempre tan abundantes sobre los sucesos mundiales, ni los acontecimientos importantes del país, como las elecciones u otras bagatelas por el estilo. Se limitan a leer en esta columna de esa página arrancada, algunos avisos jeroglíficos que sólo ellas entienden: «Se alq. alt. para joven c. o s. pens. \$ 35».

No falta quien las mire insinuante, con el ofrecimiento fraternal de sí mismo a que lo obliga la situación similar en que se encuentran y también porque toda mujer que padece –pobreza, luto reciente, temor, vergüenza– excita al varón. Ellas bajan la cabeza; extraen con prisa de su cartera el lápiz de *rouge* y el espejito, pagan y se apresuran a salir. Porque podrían creer que todavía necesitan comer algo más –y ellas están satisfechas–.

Roma o Cartago

La segunda fundación de Buenos Aires respondió a la necesidad de mantener un mercado de intercambio al comercio de ultramar con los productos del Virreinato. Desde ese momento, la historia de la ciudad siguió paralelamente el desarrollo del comercio, sea regular o fraudulento. Hasta 1860 ésa es la historia de Buenos Aires, y el tráfico de los contrabandistas que negociaban con la exportación de cueros es lo que constituyó la prosperidad de los grandes centros de riqueza pecuaria: Buenos Aires y Montevideo. Juan Álvarez, Adolfo Saldías, Juan Agustín García y cuantos se han ocupado en investigar el proceso de engrandecimiento de nuestra metrópoli, han llegado a conclusiones incontrovertibles sobre la naturaleza mercantil de la ciudad y el predominio del contrabando como factor de prosperidad.

La Corona restringía las relaciones del comercio legítimo, hasta el punto de convertir en natural ese género de transacciones clandestinas, que es lo que ocurre también en el terreno de la moral.

La fuente de producción eran los campos y la mercadería única el ganado. Las sequías frecuentes ocasionaban algunos años mortandades de cincuenta a sesenta mil cabezas, y contra ese desastre no había otro recurso que acudir a la protección de los santos: San Martín, San Roque y Santa Nieves, y después a los negocios turbios. Siempre el remedio había de venir de arriba. Hubo en la prosperidad de la gran aldea de entonces, un elemento ajeno a la voluntad del hombre tal cual hoy en los campos, que no permitía calcular de antemano el éxito, quedando sujeto el saldo a las contingencias de las lluvias o las epidemias. Si el habitante se dedicaba a la agricultura o al comercio, necesariamente había de hacerse supersticioso y jugador.

Los productos que se traían del Paraguay, hasta 1780, debían descargarse en Santa Fe. El virrey Vértiz dispuso que se trajeran sin transbordo hasta el Riachuelo. A medida que el monarca creaba dificultades a la expansión del comercio, Buenos Aires creaba arbitrios para burlarlas, con lo cual prosperaba y ensayaba sus propias aptitudes para defenderse de las trabas; más tarde obtenía alguna liberalidad y en este juego llegó la época de su emancipación.

La profesión del comercio era honrosa como no tenía por qué dejar de serlo en lo sucesivo, no obstante las necesidades en que se veían los comerciantes, de proceder con arreglo a sus intereses y al margen de las leyes. Entonces estaban tan ligados la conducta y el usufructo, que el cumplimiento estricto de las ordenanzas, o los azares minúsculos del género de negocio que se explotaba, repercutían en todo el organismo social.

Los «cambalaches y cambios» que hacían los pulperos de objetos que vendían por cuero, grasa y sebo con personas que no tenían hacienda y vivían del robo, debían prohibirse. Los pulperos sólo podían vender sus efectos a cambio de dinero. Los animales que los chacareros pretendían tener en sus chacras a menudo destruían en pocos días o noches el trabajo de largos meses. «Se sigue de aquí las desnudeces de mujeres jóvenes, las cuales no han oído una misa en su vida; de aquí sus prostituciones y de aquí la necesidad que induce al hurto y otras consecuencias fatales para cuyo remedio se puede establecer bajo graves penas que nadie tenga más bueyes y caballos que los necesarios a su labranza.»⁹ Todo se liga entre sí.

Por real cédula de 1794 se creó el Consulado de Comercio, designándose secretario a don Manuel Belgrano. Ese Consulado funcionaba desde nueve años antes, y reguló las relaciones del Virreinato con la Metrópoli, dando como su más hermoso fruto la conciencia de la realidad y de los derechos americanos al más grande hombre de la emancipación.

Una característica muy antigua de nuestro comercio fueron las operaciones de crédito, que los pulperos realizaban con los jornaleros fiándoles hasta el cobro de sus salarios, el día sábado. La pulpería era el negocio típico de la ciudad. Proveía de comestibles y tenía anexo, como nuestros almacenes de hoy, un despacho de bebidas que solía ser un lu-

9. Zabala y de Gandía, *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, tomo II.

gar de escándalo y reyertas. La mercancía peor elaborada y más cara era el pan. Hasta fines del siglo pasado, las panaderías se caracterizaban por la mala calidad del pan y por la sisa en el peso, repartiéndoselo a domicilio. El pan y la sal escaseaban. Eran muy comunes las tiendas portátiles que se ubicaban regularmente en las recovas. El negocio del tráfico de negros también era muy productivo. No era extraño que las congregaciones o cofradías se ocuparan en él. Por ejemplo, el hermano mayor de la Hermandad de la Caridad era al mismo tiempo agente de la Compañía Negrera de Filipinas.

Eso ya pasó. En la actualidad nosotros no vemos en qué aspecto de la vida de la ciudad persisten los rasgos que la caracterizan, fieles a su historia del comercio colonial, pero esos rasgos deben de existir puesto que los viajeros que nos visitan los advierten en seguida. Ortega y Gasset definió a Buenos Aires como una factoría, lo que quiere decir que para él el «rasgo prominente» consistía en su espíritu mercantil. En verdad, el sistema comercial nuestro no ha de diferir del de otras grandes urbes cosmopolitas. Mas lo que da el tono a una colectividad no son las cosas sino las acciones, el espíritu y no la materia. Probablemente el español no advierta tampoco que el tono espiritual de Madrid es el de la limosna. El forastero percibe que lo típico en Madrid es la esplendidez con que aun el más mísero de los ciudadanos tiene media o una peseta que dar al mendigo que tiende a él su mano. Otras ciudades, como Nápoles –con sus muchos resabios de la vida española–, impresionan también por la abundancia de pordioseros, pero ellos casi exigen un óbolo turístico del transeúnte. Madrid practica la caridad como una necesidad urbana más bien que humanitaria, y en tal sentido es posible que el extranjero vea que Buenos Aires practica el comercio como una necesidad orgánica que nosotros no vemos, porque sin duda formamos parte, inadvertidamente, de ese mundo.

Una característica muy perceptible es la del juego o del lucro gratuito que casi en general se ha difundido en estos últimos tiempos. Todo fabricante de mercaderías de gran consumo al menudeo, necesita ofrecer premios a los consumidores. Cigarrillos, aceites, jabones, cuanto producto se destina al uso personal y doméstico, debe dedicar ingentes sumas al sorteo de premios. Esto sí es significativo de una psique colectiva comercial. Se participa por ese modo en las ganancias del fabricante, aunque en pro-

porción infinitesimal. No es sólo tentar la suerte, sino sacar ventajas. Un detalle relacionado íntimamente con el sorteo de premios es la compra a crédito de ciertas mercancías, especialmente de vestido, que constituye el sistema normal, hasta el punto de que la adquisición al contado de un traje o un tapado se considera irregular. Todo deudor forma parte activa en el comercio que le fía y en cierto modo resulta un acreedor desde el momento de realizar la compra, pues tiene en su poder una porción de capital que al pagar las mensualidades va restituyendo, con la posibilidad de no pagarlas. Este comerciante del comerciante tiene un socio, que es el fiador. De los comercios establecidos, el más antiguo y representativo de Buenos Aires es el mercado, que sin duda es la forma prehistórica. Después del mercado siguen las tiendas de modas y las sastrerías. En esto Buenos Aires ha cambiado poco en dos siglos.

En su carácter de institución tipo, el comercio tiene entre nosotros una tradición de dignidad no sólo porque todo comerciante era en tiempos de la Colonia un ciudadano respetable, sino porque es la que conserva mejor un tono de cultura que no se halla en los demás órdenes de las relaciones sociales. Todo comercio es, entre nosotros, un lugar en que la amabilidad nos recibe en el mismo grado en que nos repele la agresividad de la gente de la calle. Entrar en un negocio a comprar algo es salir del infierno de la hostilidad ambiente y guarecerse en un refugio de cortesía y hospitalidad. La clásica hospitalidad porteña, desterrada de la ciudad, tiene sus reductos inexpugnables en las casas de comercio.

Cuando Buenos Aires era la Atenas del Plata y en las tiendas y librerías se realizaban las tertulias de la *élite*, puede decirse que el comercio porteño tuvo su época de esplendor.

La Administración Pública, que es la otra institución nacional tradicional, ha perdido su prestigio clásico. Si fuera lícito considerarla también como un comercio fiscal no podríamos explicarnos la grosería multiseccular del empleado sino admitiendo que, desaparecidas las mercaderías y restando sólo las oficinas de contabilidad, el funcionario público se considera condómino de una compañía anónima cuyos dueños verdaderos han desaparecido. Pero lo curioso es que un siglo o tres cuartos de siglo atrás, los dueños de las casas de comercio eran dechados de cortesía y de civilidad. En 1880, cuando Lucio V. López escribió *La gran aldea*, ya había decaído mucho el comercio en relación con el de

1860, su siglo de Pericles. No obstante eran entonces, y siguen siéndolo, los dependientes de tienda, almacén y fiambrería quienes cultivan el antiguo don de gentes: son elocuentes, obsequiosos y persuasivos. Esto se lee en *La gran aldea*: «¡Oh, qué tiendas aquéllas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle... Aquélla era buena fe comercial, y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclamaban nuestras madres como un derecho indiscutible. ¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! ¡Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la Colonia! No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento.

»Pero éstos eran los tenderos *dandies*; había además los tenderos sirenas... El tendero-sirena era ser humano desde la cabeza hasta el estómago y pescado desde el estómago hasta los pies. De busto correcto, su medio cuerpo no dejaba nada que desear desde el punto de vista de la elegancia; desde la parte exterior del mostrador el parroquiano no tenía nada que observar; pero la sirena no podía salir del mostrador sin peligro, porque como ése era su elemento, si lo abandonaba mostraba por fuerza la cola indecorosa: el tendero-sirena usaba levita de faldón largo para economizarse el uso de los pantalones, y zapatillas para ahorrarse las incomodidades del calzado; de modo que el mostrador servía para cubrir la parte menos bella pero no por eso menos interesante de la estatua».

Comercio y cultura, como hoy, eran la misma cosa, ya se los mirara desde adelante o desde atrás del mostrador. Antes el hortera era un *gentleman* que sabía hablar y escribir, y se parecía a lo que hoy llamamos un caballero. Los comerciantes y los caballeros han aprendido mucho desde entonces en cuanto a la etiqueta y a lo que les conviene traficar como principios morales, intelectuales y sociales. La civilización amplía las listas de las cosas negociables.

De las tiendas y librerías representativas del buen tono de la ciudad ahora quedan sólo las librerías. En cuanto a nuestros mercados, siguen pa-

reciéndose a los de Atenas, según las comedias de Aristófanes y las páginas de Tucídides y Jenofonte. Mercados y librerías suministran el alimento material y el alimento espiritual. Buenos Aires no necesitaría de otros negocios para existir con dignidad. Los mercados han fijado su tipo desde hace muchísimos siglos y quizá, cuando el hombre haya dado entero el salto mortal de su historia, sigan tales como fueron para los fenicios. Sólo una emulsión del apetito o de las necesidades elementales puede hacer confundir a un mercado con una librería. Sin embargo, hay quienes salen de casa con algunos pesos para comprar vituallas, se meten en una librería que les sale al paso, y vuelven con un paquete de lecturas; otros llevan el propósito de comprar libros y entran en cualquier mercado del camino y salen con un volumen de comestibles. A uno mismo le han ocurrido las dos perturbaciones, a los veinte y a los cuarenta años. Unos son artistas y otros *gourmets*, salvo el caso de que hubieran trastrocado las funciones cerebrales y las intestinales. Para conciliar ambos extremos hubo librería en Buenos Aires que vendió los libros por kilo y en algunos mercados envuelven las hortalizas con las mejores firmas de los suplementos literarios.

Sí; el estómago y el cerebro están muy íntimamente unidos; uno es la flor de la planta humana, pero el otro es la raíz. Turró ha escrito páginas definitivas sobre la base trófica de la inteligencia.

El hambre y el hartazgo los experimentan el cerebro y el estómago casi con los mismos síntomas, y hasta hay una semejanza muy profunda entre el rencor y la repugnancia. Hay quienes tienen el cerebro caído en un prolapso que se percibe al tacto de sus producciones. Lo que puede explicar la confusión de los compradores y de los lectores.

En la filogenia y en la cultura la división del trabajo aparece muy tardíamente, no por obra y gracia de las decisiones gubernativas. Cuanto más dinero gaste el Estado para la cultura, mayor auge del comercio y cuanto más dinero circule más posibilidad de que se compren libros. A mayores posibilidades pecuniarias, mayores probabilidades de error. Entonces ya no se fija uno en dónde se mete. Aparece esa diferenciación cuando el lector es capaz de distinguir entre una novela y un pastel de hojaldre. Entonces las cosas se acomodan en su sitio sin empujárselas, y un escritor es un escritor, un mercader es un mercader y un impostor es una porquería.

Nuestras librerías están mejor surtidas que nuestros mercados, prueba convincente de que los gastrónomos están en minoría con re-

lación a los lectores. Y otra prueba demostrativa: los libros argentinos valen más que los extranjeros, porque los libreros los tienen embalados en el sótano, que viene a ser como la caja de caudales de las librerías y lo que podríamos llamar el depósito de pensamientos reprimidos. En cambio, las conservas extranjeras están envasadas y la carne del país expuesta en los ganchos. Nuestro público prefiere los alimentos nacionales y los libros extranjeros, en lo cual acierta y demuestra su buen gusto, pues tenemos de la mejor carne y de la peor literatura. Al fin eso es lo importante, porque no haríamos nada con tener la mejor literatura si careciéramos de carne. Somos carnívoros y no bibliófagos, a Dios gracias.

Nada de esto da razón a un amigo mío, que cree que no tenemos escritores porque tenemos mucha hacienda, como si una y otra cosa tuvieran relación entre sí. El Gobierno dedica la misma atención a las artes y las letras que a la ganadería y la agricultura. Persigue con idéntica imparcialidad a los bichos dañinos y a los escritores perniciosos; a los buenos escritores les da oro a comer, designa a otros para que representen al país en cargos bien rentados, cuando hay langosta la combate y cuando muere un escritor extraordinario le edita las obras que dejó inéditas por falta de editor. De manera que andan las cosas bien barajadas.

Para cada cien comerciantes que se declaran en quiebra, apenas hay un escritor que declara su pasivo y su activo. Verdad que muchos sufren la misma quebradura, sin que eso les impida proseguir su negocio. Han descendido a la insolvencia total de ideas y de dignidad, pero siguen al frente de la fábrica, girando al descubierto. No hay ley de quiebras para estos fallidos. Verdaderamente son inmortales.

Otros abandonan temporaria o definitivamente el oficio. Suelen ser los mejores. Tienen respeto de buenos artesanos que no quieren envilecer su trabajo. Entre nosotros, todo escritor es otra cosa: empleado, periodista, corredor de comercio, rentista, corrector de pruebas. Tienen que transigir o que arrancarse la vida; unos se matan y otros se callan. Los demás trafican; entran a formar parte del gremio de los comerciantes-sirenas, que son por partes iguales dos cosas distintas.

Dentro del comercio de libros hay categorías, como entre los escritores: de nuevo y de segunda mano. Y el contrabando está en auge como en la época del cuero.

Hace muchos años, cuando el comercio no se había diferenciado aún, las carretas que venían del interior trayendo cueros, cerda y sebo, regresaban llevando mercaderías y libros. *Martín Fierro*, se vendía en los almacenes de campaña como un renglón más de los artículos de primera necesidad. Ahora en las librerías se venden ejemplares encuadernados con piel de vaquillona. En esa confusión de funciones los mercaderes vendían obras maestras con la misma naturalidad con que ahora los poetas venden baratijas de mercachifle. Cuando la voracidad elemental de la inteligencia es tan honda que se la confunde con la voracidad trófica del organismo, se compra o se escribe indistintamente un libro o una compota. Al madurar con los años suelen ocurrirnos otras correlativas confusiones: sentimos necesidad de comer y leemos; comemos un manjar apetitoso y sentimos una invencible repugnancia por cualquier novelista fabricante de embutidos.

El carácter mercantil de una metrópoli no está en las cosas que compra y vende, sino en el signo lucrativo que imprime a sus acciones. Cartago no era más venal que Roma, pero la venalidad constituía el principio del heroísmo cartaginés, y la virtud (*virtus*) la fuerza imperial de la codicia romana.

Las palmas y los laureles

En estas amplias instalaciones y en estos locales engalanados con primor se celebran los más importantes certámenes del país. De las cabañas y dehesas vienen los ejemplares mejores de las mejores sangres. Animales de bella estampa y de robusta complexión compiten en esa prueba de excelencia, seguro cada cual de su salud, su fuerza, su esbeltez, su raza. No se advierte en sus cabezas magníficas ninguna sombra de perfidia ni de deslealtad, ninguna inteligencia secreta con los miembros del Jurado, fieles a su propio ser y a lo que la naturaleza les ha dado con prodigalidad. Una Comisión Oficial, que integran a veces algunos expertos extranjeros, otorga los premios, según la especie y el tipo. El premio es honorífico para el animal y regularmente consiste en una escarapela que le prenden en el testuz, especie de toisón con que queda reconocido en calidad de caballero de la Legión de Honor Rural.

El campeón adquiere celebridad, aunque transitoria, y mientras dura la fiesta que se le consagra cada año, los diarios y las revistas im-

primen a varias columnas fotografías de los vencedores, de los trofeos y hasta de los propietarios, a quienes alcanza también una cuantiosa porción de la honra.

En cotejo con esas cabezas de expresión enérgica, modeladas conforme a los más puros cánones de su propia anatomía, los retratos de los personajes ilustres que han tenido la desgracia de fallecer cuando ellos triunfaban, parecen disminuidos de tamaño y de nobleza. La fotografía del toro, a dos o tres o cuatro columnas, atrae la atención de los lectores con natural fascinación, y el hombre ilustre tendría que poseer siete vidas y perderlas juntas para contrarrestar el atractivo de la excelente bestia.

Entre nosotros han obtenido premios toros, carneros y cerdos que podrían optar a distinciones mundiales, y hubo alguno que aspiró a ellas. Aunque con la apoteosis nacional les basta.

El interés de esos certámenes radica en la justicia de los fallos. Los Jurados proceden con honradez, aunque no entiendan bien el idioma, y sería inconcebible suponer que los candidatos trataran de sobornarlos. Ningún animal de raza inferior ha pretendido llevarse el toisón ajeno. Sólo una vez, me cuentan, ocurrió que a un asno le dieron un poco menos de lo que él suponía merecer. Después de empacarse en regla y de dar tres coces al Jurado, lo dejaron en observación, porque era un ejemplar magnífico de asno por la pinta y por la empacadura. Se trató de convencerlo, pero persistía sordo como una tapia. Al año siguiente, por unánime rebuzno de sus congéneres, no hubo más remedio que conferirle las palmas y los laureles que se había ganado por la extremada terquedad con que probaba su legítima *pedigree*. En un pesebre le pusieron las palmas y en otro los laureles. A él lo colocaron en el medio, a igual distancia de unas y otros, como a su antepasado, el asno de Buridán. Primero se comió las palmas y después los laureles. Porque era un asno que filosofaba, pero no hasta morir de hambre.

Volviendo a Matusalén

Como por suerte vivo frente a una plazoleta donde los jueves y domingos se instalan los puestos de la feria franca municipal, algunas mañanas me distraigo recorriendo las angostas calles de esa milenaria ciudad. El pregón

de los vendedores agita en el aire una mancomunidad de siglos y de razas, y existe un lenguaje convencional, de regateo y defensa de los productos, que tampoco es parte de las relaciones entre vendedor y comprador, sino antiguas fórmulas litúrgicas de valor universal.

Al hombre le ofende un poco ese llamado primario a las necesidades fisiológicas de alimentarse, que los vendedores tratan con cierto impudor de enfermeras; en cambio, las mujeres revisan las frutas, las legumbres o el pescado con mucha mayor naturalidad. La compra de alimentos también les parece a ellas, como a los vendedores, algo natural y que «tiene que hacerse», como cambiar los pañales del niño y darle de comer una papilla que primeramente llevan a sus labios, no tanto para comprobar que no esté muy caliente como por una reminiscencia que debe ser del mismo carácter maternal de la gallina que pica sin comer, el alimento destinado a sus pollitos. En la feria, la mujer recobra su arcaica, apenas alterada personalidad próxima a lo que no puede variar en la especie. Ellas miran las papas, los tomates, el apio o la lechuga y saben si son buenos o no; piensan que los maridos hemos de comer lo que comprenden, y en ese hecho hay también una precaución maternal. Ése es un sentido femenino, porque en cuanto a mí, yo no compraría nada de lo que hay en la feria, porque no comprendo, en el orden natural de las cosas, que haya relación entre lo que ahí se vende y lo que después me gustará comer. Entre el acto de recolectar yo arvejas y el de comerlas, no establezco una serie continua; y ese sentido de la continuidad, esencialmente terrestre, es el que la mujer tiene desarrollado, siempre que no se trate de una mujer que jamás ha jugado con muñecas. No es malo, sin embargo, conversar con los vendedores, cuyo conocimiento de las legumbres y hortalizas les da, a nuestro respecto, un tono femenino terrestre que no atempera su habitual aspereza de mercaderes de ínfima condición.

La feria es un ambiente donde cosas y personas pierden su individualidad. En cambio, el quiosco es la persona y su negocio una parte integrante de ella.

Los parroquianos se saturan automáticamente de un aire arcaicísimo por el solo hecho de entrar en una feria. La venta al aire libre, en plazas, calles y caminos conserva todavía sus notas pintorescas y la primitividad de toda relación entre la oferta y la demanda. Allí está la verdadera gente del pueblo en una tarea eterna, que no modifican los siglos, más de acuerdo con el estado verdadero del hombre que cualquiera de las otras tareas en que se

le ve al servicio de diversas finalidades. Los maridos están en su trabajo, en sus ocupaciones, muy distintas de las de aquellos hombres de mil quinientos o dos mil años antes de Cristo; pero sus mujeres están en la feria más o menos lo mismo que hace treinta siglos. Se piensa en la época del trueque, fácilmente comprensible en presencia de una necesidad tan sencilla como la de adquirir los alimentos. ¿Para qué habrá servido todo lo que está ocurriendo en estos mismos instantes fuera de la feria, si con lo que ocurre ahora en ella tendría el ser humano lo suficiente para existir? Parece muy sencillo que una mujer compre algunas hortalizas, carne y frutas y que se marche. Sin embargo, entre esa operación sencillísima y el dinero con que paga la compra, hay una complejidad tan inconcebible de operaciones intermedias, que si se suprimieran de súbito, el mundo regresaría a una época pastoril. Esa moneda que la pobre mujer extrae y palpa, como si se le fuesen dos juntas, encierra un misterio indescifrable. La feria lo pone de manifiesto, porque su estructura y su contenido corresponden a la época del trueque y no del dinero simbólico. Lo que evoca es el ágora que para el griego era Parlamento, Tribunal y Mercado. *Los caballeros*, de Aristófanes, nos prueba que hemos adelantado muy poco a este respecto o –lo más cierto– que hemos retrogradado muy poco, si se toma el conjunto del progreso en otros órdenes desde aquella época a la nuestra. Es un consuelo ver que la feria y el ser humano permanecen estrechamente vinculados a través de las edades, con muy poca modificación en su estructura, aunque el mundo entero se haya transformado de manera inconcebible. Queda la esperanza de que cuando todo ese aparato de civilización y progreso llegue a un punto crítico de evolución y no pueda seguir adelante, o amenace con la destrucción instantánea de la suma de su conquista, puede caer a lo tan antiguo, que permanece fiel a las leyes lentas e infalibles de la vida. Se destruirán las ciudades y el hombre se salvará; se destruirá todo el sistema industrial y mercantil, y la feria seguirá existiendo en las calles o en los caminos.

Aristófanes nos pinta en aquella comedia del mercado el prototipo del demagogo, que también ha variado muy poco en veintitrés siglos. Por un procedimiento que llamaríamos dialéctico o contrapuntístico, desarrolla el tema en variantes exhaustivas haciendo dialogar a Cleón y Agorácrato, dos fases de un mismo personaje, tan vivo que es actual.

Entre nosotros, empero, feria y parlamento no funcionan en un mismo lugar, ni estamos parlamentariamente en la época del trueque. No son

una misma cosa la calle en que discute por el precio la gente arcaica, y el recinto venerable en que se elaboran las leyes. Esta vez también se han diferenciado las funciones, y aunque el político sea de la misma pasta inmortal que el vendedor de legumbres, hay entre uno y otro la misma distancia que media entre el hortelano que araña el suelo para extraer la papa y el encantador de serpientes que vende un aparato para mondarla.

El negocio dentro del traje

Tienen las sastrerías maniqués vivientes, y las tiendas también. Lo advierto por si alguien cree que todos los *dandies* son autónomos. Como los *cabarets* sus parroquianas que beben whisky de té, esos negocios tienen sus figurantes a sueldo. No despiertan gran curiosidad, ahora que la propaganda moderna nos ha enterado de que aun una guerra imperialista se hace con teorías *ad hoc* con que muchas cabezas se visten a préstamo. Un tiempo llamaron la atención dos tilingos, no tanto por el corte de su traje, cuanto porque no se sabía si se trataba de dos homosexuales que iniciaban una nueva industria. Iban por Florida como los *dióscuros* o dos astros de la pantalla. En cuanto se supo que no eran lo que parecían ser, sino maniqués que al llegar a la sastrería, cumplida la jornada de exhibición, entregaban los trajes y se ponían su pobre ropa propia, al revés de los otros, no interesaron ya. Más o menos cada transeúnte es un maniquí viviente, y el juego no podía interesarnos una vez descubierto el truco. La definición de nuestro joven *snob*, superficial, de fea y deforme desnudez pero vestido a la última moda, que flota sobre la vida como un cuajo de resaca, que piensa según conmutadores centrales, es el de ser un maniquí que vive. Ni siquiera es homosexual tampoco.

Aparte esta analogía, existe una tendencia secreta a la elegancia, que desde los comienzos de la vida de la ciudad ha caracterizado a nuestros ciudadanos. Fue proverbial la elegancia de nuestros jóvenes, que cumplían ese rito del bien vestir como con la misa.¹⁰ Un afán de dominio

10. «Todo el día la iglesia estaba abierta a los fieles, pero el oficio principal tenía lugar hacia las 3 de la tarde. Era, en todo caso, a esta hora que afluían las gentes elegantes. Miraba yo cómo llegaban por parejas, por familias o pequeñas bandas, las damas escol-

en el terreno del amor, que es también competencia de plumaje, constituye al mozalbete en un *robot*. Muy difíciles debieron ser sus conquistas amoratorias cuando hubo de recurrir a esos ardides; muy difíciles de seducir las mujeres por los caminos naturales de la honradez, la salud, el talento, la fuerza y el valor.

Siempre vistieron nuestros jóvenes a la última moda de París o Londres, como siempre se pusieron la casa a la moda de los estilos en boga. Nuestros modistas fueron, allá en la época de la mayor grandeza espiritual y moral de Buenos Aires, poco después de la Independencia, hombres tan importantes como los profesionales de mejor fama (sastres y modistas, que son dos profesiones que no se determinan por el sexo ni por la función sino por las costumbres).

Hay una relación estrecha entre la vidriera y el elegante. Es natural que la vidriera exista para atraerlo, pero no es natural que el elegante viva para dar crédito y prez a la vidriera. La razón de existir el elegante callejero (que no es el aristócrata ni el millonario, sino el empleado y el obrero que se dan gusto así), es que está garantido en su buen tono por los modelos exhibidos en los escaparates. Si de pronto, una noche cualquiera, las sastreñas resolvieran quitar de los escaparates sus muñecos y poner las piezas de género en su lugar, nuestros elegantes estarían perdidos como si se les

tadas magníficamente por sus caballeros. Llegado al atrio, el caballero se inclinaba y se retiraba hacia la calle que bordeaba el edificio. Allí, todos aquellos que habían venido a acompañar a las damas se juntaban en una suerte de reunión a pleno aire y esperaban el fin del oficio. La batahola crecía y aumentaba hasta contar de cuatrocientos a quinientos señores, jóvenes la mayoría, agrupados en pequeños grupos y conversando de manera tan animada que la calle retumbaba del fuerte rumor de sus voces confundidas. Estos hombres, todos nativos, pertenecían a la alta clase de la sociedad indígena, y estaban vestidos a la moda de la época y de manera estrictamente idéntica. La uniformidad de tantas personas, jóvenes y de bello rostro la mayoría, plenos de animación, me fascinaba y me quedé a contemplarlos hasta que las grandes campanas que se pusieron a tañer anunciaron el fin del oficio. Entonces el innumerable enjambre de damas brillantemente ataviadas se derramaba fuera de la iglesia, los caballeros se separaron y se apresuraron a ir delante de ellas. Todos ellos llevaban el sombrero de seda y ropa de un fino género negro de lo más tornasolado —ningún pantalón que no fuera negro—, el chaleco de seda o de fino paño escarlata, y a guisa de flor en el ojal, enarbolaban una cinta roja prendida con un alfiler al dorso de la solapa, cuidado obligatorio en esa época para todo ciudadano de la República. Era lindo de ver, y este conjunto me hizo pensar en una reunión de estorninos militares, pájaro de plumaje sombrío o negro, de pecho escarlata y que cuentan entre mis aves favoritas» (G. E. Hudson, *Allá lejos y hace mucho tiempo*, VII).

hubiesen quitado sus puntos de sostén. Porque caminan por las vidrieras y no viven la elegancia del comportamiento, de la conducta, de las palabras y los gestos, sino exclusivamente del traje. Son, en cierto modo, maniqués vivientes que actúan en beneficio de las sastrerías sin costo para éstas.

¿Puede concebirse un elegante que vista a la última moda, irreprochablemente, pero que se porta como un gañán, que no sabe expresarse y que carece de vida interior? Si el traje es un adorno externo que tapa su vergüenza, especie de taparrabos intelectual más bien que de su desnudez, el elegante es un hijo de la vidriera. Y todavía hay el otro aspecto del hijo de la vidriera. Por lo general, se trata de verdaderos empleados a sueldo de las sastrerías. No les pagan para que se luzcan, pero ellos se cobran su diplomacia. Ese traje que llevan, esos zapatos, esa corbata, guantes y sombrero, pertenecen a la sastrería y a la tienda, aunque no los devuelvan después de cada jornada. No los devuelven, pero tampoco los pagan. Los comerciantes son los dueños de esos muñecos, pues no han pagado las prendas que visten. Han obtenido un crédito, y el dueño de su persona es el comercio o el amigo que dio la firma para que pudieran usarla.

Si al que se viste de ajeno lo desnudaran en la calle, los elegantes andarían sin taparrabos, aunque no tuvieran vergüenza que ocultar. Pero las sastrerías cuentan, en sus ganancias y pérdidas, con tales riesgos: gastos de propaganda, avisos y maniqués vivientes de toda especie. Los sastres tampoco pagan, y en paz.

Vendedores de menudencias

Entre el negocio establecido en un local y el vendedor ambulante, a igual distancia, está el quiosco. Existe en la calle y se piensa en aquellos dueños de tienda, de quienes Lucio V. López recuerda que a las tardes salían a sentarse en la vereda. Pueden ser los mismos a quienes el comercio se les ha adherido por falta de ejercicio. Todo comerciante lleva consigo un poco de lo que vende. Los que viven en el quiosco están apresados por esa cobertura crustácea del comerciante.

En el quiosco se vende variedad de artículos para la calle: cigarrillos, pastillas, revistas y periódicos, libros para leer en el tranvía o en el tren. Surte a sus clientes sin detenerlos casi, como el canillita, si bien es todo

lo contrario, pues el quiosco es inmovilidad y el canillita movimiento. De la circunstancia de estar instalado en lugares de tránsito, tiene todas las características de los negocios portátiles y son las antiguas bandolas a las que se les fue la recova. Su remedo perfecto es el paralítico que ofrece cualquier mercadería menuda.

En los quioscos se vende lotería sin terminación y cigarrillos con grandes premios. Lo simétricamente contrario a ellos son los negocios instalados en los zaguanes, pues también ése es un lugar de la calle dentro de la casa. Ambos han convertido en vidriera todo su *stock*. Y en esto aventajan a todos aquellos comercios de cigarrillos y pastillas que viven como parásitos intestinales enquistados en las vidrieras de los cafés. El quiosco está doblado hacia afuera y tiene las paredes al exterior; el zaguán está doblado hacia adentro. Al quiosco lo rodea la calle y al zaguán el comedor y el dormitorio.

El vendedor ambulante ha juntado dos cosas: el negocio y el transeúnte. Lo más lógico de un comercio de esta clase es el vendedor de chocolatines que termina comiéndoselos. Pues si el quiosco se ingurgita al comerciante y lo incuba, el vendedor que se come la mercadería procede al revés.

Más abajo siguen todavía los que venden lápices o fósforos. No se atreven a pedir limosna y lo hacen así. Pero la gente tiene duro el corazón y procede sobre un supuesto de franqueza y buena fe que exige que le pidan, y no que simulen venderles lo que no necesitan, aunque sea por unas monedas que tampoco necesitan. Lápices y fósforos son un antifaz, y nadie está obligado a dejarse engañar. Al pobre comerciante que no se atreve a ser franco ni a proceder sobre un supuesto de franqueza y buena fe, le sirve de andador su caja, hasta que aprende a marchar sin necesidad de ese adminículo y se acostumbra a tender la mano sin lápices. Lo que entonces vende es una mercadería inferior al trabajo, que es el cuerpo como herramienta: vende la ancianidad, la orfandad, la viudez y otros muchos retazos y migajas de la vida.

Del arte de la persuasión

Si Buenos Aires fuera de verdad una ciudad de comerciantes, como Juan Agustín García afirma; o una factoría, como dijo Ortega y Gasset, el cartel de propaganda sería su voz viva. Las paredes hablan al transeúnte,

y bien locuaces son, de aquello que a la ciudad le interesa. Cuando la ciudad necesita palabras más persuasivas, apela a los altoparlantes y a los carros carnavalescos que pasean sus vidrieras por las calles. Son carteles también, como todo lo que es vistoso y habla con voz fuerte en Buenos Aires.

Al comercio corresponde la propaganda en la razón directa de la liturgia al rito. Convertido el comercio en móvil central de la actividad urbana, el afiche pasa a la categoría de ilustración en los libros de cuentos infantiles. Se trata de una nueva adaptación por el comercio, de lo vital y fascinador en el adulto. La propaganda se ha convertido en Norteamérica y Alemania en una ciencia que abarca indistintamente la religión, las doctrinas sociales, la cultura y el comercio.

Entre nosotros está en el período escolástico; tiene excesivo interés en probar. La etapa ulterior llega al mismo resultado más directamente: nos sugestiona y nos vende lo que quiere. Para eso tiene que tocar nervios vitales que se encuentren ya excitados. En esa forma nos puede vender un cinturón, un tónico o un paraguas. Atrapar al transeúnte, retenerlo y convencerlo de que debe comprar algo que no necesita, es una forma de oratoria que Demóstenes no sospechaba siquiera. Con pocas palabras, con pocas líneas y con pocos colores, tiene que hacernos creer que nos interesa lo que no nos interesa. He ahí la bonita y honrada misión del cartel. En realidad, no nos seduciría, como la lámina al que lee el cuento, si no estuviéramos ya en disposición de ser ilusionados. Quiere decir, pues, que todo cliente es una larva comercial, como toda víctima del cuento del tío es un estafador en potencia.

Esos carteles pegados en las paredes son la verdad desnuda del 95% de la finalidad de las actividades urbanas. Si el hombre es un animal económico y si la economía política es la psicología de la civilización, el afiche, más que una lámina de cuentos, puede considerarse como el catecismo. El mismo objetivo de sustentáculo de la pared conviértese en la pantalla donde se proyecta un motivo que los interesa, e idéntico texto leído o visto en casa, pierde valor. La pared posee un principio excitante, propicio a la propaganda, y Dios sabe las cosas para las que ha servido la pared, todavía usada por los niños para inventar el dibujo. La página de la revista reemplaza a la pared. Hubo revistas murales antes que compaginadas. Antiguamente, el rapsoda era una biblioteca ambu-

lante. Los diarios y revistas tienen su pared, donde el texto está siempre sosteniendo un cartel de propaganda, que es el aviso declarado. El texto es el bastidor. Hasta los artículos necrológicos, las noticias sociales y las críticas de arte significan lo mismo que los folletos que acompañan el frasco de específicos. Teatro, deportes, crónica policial, responden a una finalidad comercial, porque se apoyan en el aviso como la pared se apoya en el cartel. Y cuanto menos avisos tiene un diario más bajo nivel moral acusa. Muchas de esas crónicas e informaciones se pagan a tanto el centímetro, pues son indispensables para sostener el aviso de enfrente. Y esas noticias del exterior, y esos artículos literarios, son avisos, si bien se mira. Sucede un caso de fascinación semejante al de la propaganda bien hecha. Parecen noticias y son específicos preparados para que compremos camisas o dejemos de comprar mercaderías de determinada procedencia. Ni siquiera parecen colgados en la pared del texto, sino que se los ve, como los avisos luminosos, colgados del cielo.

En definitiva, la más honrada forma de la propaganda comercial es la propaganda comercial; y de ésta, la que se hace en las paredes de las casas del vecindario. Se le ofrece al transeúnte la mercancía sin disimularla en envases vistosos; se le subyuga por medios leales.

La pared ha perdido la inviolabilidad de la propiedad privada: pertenece al pueblo. También ha perdido el recato y el pudor. Entre dos ventanas a las que se asoman las chicas por las tardes, se fija un cartel de profilaxis antivenérea, una lista de candidatos a concejalías y diputaciones, proclamas al electorado y advertencias a los contribuyentes. Sin embargo, la pared no ha perdido cierta relación con la cara interna, aunque se haya vuelto impúdica. Los políticos y las actrices cuelgan ahí sus retratos en vez de hacerlo en la sala, del otro lado de la pared.

En fin, independientemente de que las empresas periodísticas sean empresas comerciales, financiadas económicamente para defender todos los ideales y las instituciones y para orientar al público según el número de suscriptores que se borran, hay en el afiche y el cartel mural una técnica difícil con respecto a la cual los periódicos y revistas están en la edad del papiro. En primer término, hacen su juego con limpieza; el arte es la añadidura, al revés que en el diario. Si interesa es porque realmente posee un secreto atractivo que entra por los ojos y se hinca en un punto sensible de la psique. Busca los puntos débiles del ser humano: la calvi-

cie, el riñón, la jaqueca. Sabe en cada estación del año y en cada mes lo que puede interesar al cliente; lleva un registro psicológicamente exacto de lo que está pensando la población y de lo que cree que necesita; sabe qué enfermedad nos preocupa y qué sombrero nos agradaría tener. El cartel y el afiche saben más que uno mismo, y se anticipan a un deseo que a veces todavía no ha tomado cuerpo en nuestro capricho. El estado de ánimo general es a menudo el de querer algo, pero rara vez sabemos qué, hasta que leemos el aviso o vemos el afiche de viajes al Neuquén, de los analgésicos o de las rifas.

Ahora el cartel no sólo se pega por el lado externo de la pared, sino que entra desfachatadamente en el hogar. Penetra entre músicas y disertaciones eruditas, como los ladrones del *Alí Babá* en las tinajas. La radio-telefonía es el diario gratuito que no hay necesidad de comprar ni de leer y que contiene la misma proporción de textos y avisos, dibujados con sonidos. Por el aparato de radio llegan a nosotros los boxeadores, los gritos de las muchedumbres alborotadas, los embajadores, los pianistas, las actrices y los cretinos. La radio recuerda al antiguo hombre-sándwich, un ser humano entre dos carteles. Para un remedio o un zapato, buen envoltorio es la música.

Difiere de todos, como más noble y desmaterializado, el cartel luminoso, contra la sombra de la noche y la lejanía. Vive y palpita con luces semejantes a sangres y savias eléctricas. Cuando ya el transeúnte no mira las casas, en la hora de mirar el cielo, encuentra allí, velando el sueño de los comercios cerrados, esas voces de luz, más persuasivas y fraternales que las impresas y grabadas. Especie de veladores insomnes para el doliente y el amnésico, le recuerdan suavemente lo que olvidó. Se diría la voz de la conciencia. Algunas luces titilan como párpados picarescos, y todo un sistema de asociaciones oníricas es utilizado por los artistas de la propaganda luminosa. Hasta el instante en que ya los ojos cansados se cerrarán también, llevan su mudo pregón sibilino para que al otro día, al despertar, busque cualquier calmante, como en reminiscencias de un bien entrevistado en sueños, de un consejo musitado desde el más allá. Pues el cartel luminoso ha proseguido su trabajo en el reposo del cuerpo dormido toda la noche, como la nota más vívida y desinteresada de cuantas vio y oyó durante el día inútil, lleno de ruidos y de imágenes.

El juguete, el arma y la joya

Cuanto se exhibe en las vidrieras tiene algún atractivo para el transeúnte; ahí está lo que él necesita o desea tener. Joyas, armas, juguetes. ¿Para qué quiere un hombre de la ciudad un revólver o una escopeta? Los compradores suelen ser gentes del campo, que los necesitan. Desde *Los acarrienses*, de Aristófanes, las ciudades y no la campaña hacen la guerra y usan las armas. La armería representa para el hombre lo que la juguetería para el niño y la joyería para la mujer. Desde que el hombre fue Aquiles, el arma lo alucinó y lo atrajo a sí.

En 1887 había en Buenos Aires 115 joyerías y 12 jugueterías. Armerías hubo en cada negocio. Juguetería y joyería son equivalentes de dos edades distintas. Nürenberg fue la ciudad de los maestros cantores y de los juguetes. Antes de que Alemania aprendiera a fabricar juguetes convertibles en otra cosa, fabricaba los más interesantes artefactos de la imaginación. Un pueblo sin juguetes es un pueblo perdido irremisiblemente, y también si vilipendia al juguete y lo convierte en arma. La joya tiene el mismo sentido lujoso y lúdico. El que lleva un automóvil en el dedo o una casa en el pecho, es un soñador, como el que se divierte con los juguetes del hijo. Joya y juguete son las formas inanes del dinero y del arma. Es el oro eterno que responde del papel circulante en el comercio cotidiano en que se juega a vivir y a tener. El estudio del alma de un pueblo se puede hacer examinando los escaparates, espejo del alma de la ciudad.

La genealogía del arma arranca de la herramienta, como el juguete. De la herramienta salen como ramas divergentes, cada una con su repertorio de temas y variaciones, el juguete y el arma. Cada una de estas formas constituye a su vez puntos de arranque de otras series. La predilección de la mujer por la joya, en un amor tan pasivo y señorial, rememora las edades lejanas del matriarcado. Quizás el vestigio fósil más palmario es ese amor por el poder y la opulencia, tan manso y seguro. Es posible que hasta agotar todos sus desarrollos cada una de las series, el mundo esté en movimiento con una fuerza de pasión tan grande e ilusoria.

Esas vidrieras son vitrinas donde se exhiben los fetiches más antiguos que el hombre creó; ahí están a la vista los órganos vitales de la humanidad, bajo simbólicos aspectos. El juguete que es la creación pura,

la joya que es el poder tranquilo y bello, el arma que es la destrucción: Brahma, Shiva y Vishnú.

Filosofía de un tasador

Cada tasador del Banco de Préstamos es, necesariamente, un psicólogo y un novelista, porque lo interesante no es la joya o el objeto que se lleva a empeñar, sino quién lo lleva. Mejor dicho, el dueño del objeto es llevado por éste, y pasa a ocupar el significado de instrumento propiciatorio entre la necesidad y el necesitado.

Me decía un viejo tasador, que ha fallecido ya: «En el acto de pignorar algo hay un conjunto de emociones que nada tiene que ver, por ejemplo, con las operaciones de venta lisa y llana. El que vende se deshace de eso que vende y en seguida el acto se convierte en una cuestión comercial. Aunque se trate de una cosa estimada por motivos sentimentales, vender es renunciar a una posesión y a una propiedad, mientras que en el acto de empeñarla se tiene siempre la sospecha de que se entrega con relativo impudor algo que pertenece al mundo de lo personal y no al comercio en general. Vea usted: un anillo que se vende pasa a ser un objeto de oro, con alguna piedra, que se transforma en tantos billetes de diez pesos. Si se lo empeña, sigue siendo un recuerdo de familia, un miembro amputado o un talismán que es substraído por la inexorable fuerza de las circunstancias.

»Es preciso saber tratar a los clientes del Banco según su psicología, porque los hay tan habituados a entrar y salir de los boxes que parecería que encuentran cierto placer morboso en deshacerse transitoriamente de lo que tienen y hasta con alguna ostentación de negreros. Existen clientes que empeñan sin necesidad cosas por las que obtienen exiguo dinero y luego empeñan la póliza. Así el placer del rescate es dúplice. Se trata de efectos indispensables: un reloj o un par de gemelos. El dinero que consiguen no puede remediarles nada y es absurdo suponer que no tengan a quién recurrir para tan poco. Más bien creo que existe una manía pignorante, como las hay de cambiar de alhajas o de muebles, o de robar guantes y medias en las tiendas, y que corresponde a la psicología del eterno marido. Regularmente, esas personas son impúdicas en todos

los actos de su vida; me refiero, es claro, tanto a esos actos que tienen relación con el pudor como a otros aparentemente ajenos. Pues usted sabe que todo se puede hacer con o sin pudor: rezar, caminar, sentarse, beber café, hablar, reír. A propósito: ¿no ha oído usted, siquiera por radio, las oraciones del final de la misa, que comienza el sacerdote y prosigue el coro de los fieles? Pues es un caso palmario. El rezo impúdico es el del sacerdote, por el tono metálico de la voz, por la mecanicidad de la entonación, porque es un ejercicio automatizado o por cualquier otra connotación que no me voy a poner a analizar ahora. Pues volviendo a mi tema, hay también clientes impúdicos, que realizan el empeño de su billetera o de su alfiler de corbata con tal desparpajo que uno se siente humillado como si lo despojara de su prenda. Las mujeres, por lo general, presentan un fenómeno complejo de impudor y vergüenza. Creo que usted está conteste conmigo en que, fundamentalmente, la mujer carece de pudor en el sentido que le vengo explicando. Pudor de no dejarse ultrajar, o de no ser descubierta en sus intimidades, sin duda lo tienen; pero no crea usted que mucho tampoco. El verdadero pudor, el de la conciencia y el de la dignidad, es cosa masculina, mi amigo; sólo que nosotros se lo atribuimos a ellas. Como la mujer sólo tiene la mitad de la capacidad de relacionar los hechos profundos y de sopesar los valores finos de la civilización, suele usar, en el acto de empeñar una joya, la misma impavidez que caracteriza sus acciones ordinarias, y no creo que haya motivo para criticar ese modo de ser. Pignorar una joya no es deshonoroso, ni me dirá usted que desempeñamos nosotros funciones impropias de una persona decente. Pero hay que tener cuidado con las zalamerías de esas malas administradoras, porque cuando la mujer lleva algo a empeñar sin que el marido lo sepa, pisa el primero o el último escalón de la escalera del adulterio. Puede ser una manera mía de ver, pero esas mujeres desembarazadas a que me estoy refiriendo se despojan con toda naturalidad de sus accesorios íntimos.

»Naturalmente que no incluyo a las pobres mujeres, particularmente a las ancianas, que llevan cualquier abalorio o una máquina de coser o un prendedor de los tiempos de Maricastaña. Eso es otra cosa, créame. Estiran la mano y dejan la prenda sobre el mostrador como si devolvieran algo que hurtaron antes. Esperan en silencio que se les diga cuánto puede dárseles. Rara vez piden que se retase o se aumente el

préstamo. Al principio yo me conmovía, pero después comprendí que esa timidez en parte dimanaba de la humildad de la cosa empeñada. Quién sabe. Están conformes, y no sólo su rostro sino todo su cuerpo y sus ademanes son de conformidad y resignación. Una grande resignación las cubre en el acto de empeñar la baratija, porque seguramente han perdido algún hijo o al marido, y la vida las ha estrujado achicándolas en su propia piel, limitándoles los movimientos al mínimo como a los juguetes baratos.

»Un caballero, en cambio, siempre es un espectáculo desagradable, porque conoce de piedras como un especialista y sus alhajas son otra cosa de lo que uno piensa; y al fin se tiene la impresión de que no habla con usted sino con el Banco y de que se tratan de tú de institución a institución.

»Después tenemos al jugador, que es el más interesante y correcto de los clientes. En cuanto penetra en la sección usted sabe qué va a empeñar, lo que necesita, qué le ha pasado la víspera o qué le pasará, sin arreglo posible, muy pronto. El jugador es un tipo digno de todo elogio. Yo creo que entre nosotros, él y la adúltera son los únicos que tienen vida, personalidad, coraje, lirismo. Los individuos que empeñan por fútiles necesidades adventicias o por contingencias de la vida regular, llevan la confianza de que pronto recuperarán la prenda. En éstos usted ve que están por encima de las contingencias y que sus apremios les pertenecen, que ellos son los responsables de su situación y no el azar, que se abren la fosa con el torrente de fuego de sus pasiones. Empeñan, y si no pueden rescatar, eso no les importa; lo que importa es, llegado otro mal trance, tener nuevas cosas que perder. No sienten ningún apego por lo material y sueñan constantemente con algo grandioso, inesperado, sobrenatural. Realizan todos los actos como si fueran los últimos de su vida o los primeros de una nueva existencia. No se arrastran como reptiles por sobre los días, sino que saltan por encima del tiempo y las cosas. Hay un mundo ordenado, geodésico, que no les interesa. Todo lo que hacen y piensan son a modo de apuestas y desafíos, y cualesquiera acontecimientos percuten en ellos como pérdidas o ganancias. Son extremadamente pasionales y generosos. El dinero tiene para ellos el valor de fichas, y lo que están haciendo es jugar con fuerzas terriblemente aciagas y voluptuosas. Da gusto tener que tratar con ellos, y yo los encuentro seres humanos de verdad y no fantasmas que habitan en las cuevas del

miedo a la vida y a la ruina, más allá del bien y del mal, digamos». No sé hasta dónde aquel amigo había observado justo y hondo, ni lo averiguaré. Éste es un tema para mí muy desagradable, como supongo que ha de serlo para todo aquel que ha entregado una parte de su vida para salvar otra, y se encuentra que envejece y que ya ni vale la pena rescatarla con todo lo que ha tenido que pagar encima.

En la sala de espera

En el mercado del trabajo se vende una clase de mercadería humana, producida por el artesano que no tiene siquiera herramientas. Hermosos cuerpos y feos rostros. Ellos mismos son la herramienta que alquilan obligándose a hacerla funcionar. Los que en las agencias de colocaciones esperan sentados, no son esclavos; y, si se piensa bien, nada más diferente de los mercados esclavistas que esos bancos donde hay una cantidad de hombres esperando la demanda de sus brazos. Son hombres libres que se encuentran en esa situación transitoriamente. Pueden aceptar o rechazar la oferta, como a ellos les rechazan sus ofertas cuando no convienen. La locación de servicios en una forma contractual, es un contrato bilateral. Son hombres libres y no bestias de labor; pero ahora están ahí, esperando, cansados del ocio que les pesa más que una jornada de acémilas.

Regularmente, las agencias están establecidas cerca de las plazas y en las aceras donde da el sol. Un detalle para la prosperidad del comercio de colocaciones es que el sol dé al salón, en invierno. Los vendedores de su cuerpo toman el sol mientras esperan y conservan su libertad de aceptar o no el trabajo que se les ofrezca. Se diría que están esperando que se les ofrezca algo, para rechazarlo, pues tienen la conciencia de que son libres de hacerlo. Si no quieren trabajar, no trabajan; si no quieren comer, no comen. Todos esos que están ahí, sentados, apretujándose, al sol, regularmente silenciosos, con los codos apoyados en las piernas, son dueños de sí mismos, de la herramienta y de ese poco de sol que es una gloria de Dios sobre la creación. Debieran cantar, como Dimitri Karamazoff, porque están vivos y nada menos que al sol. Al sol y no a la sombra, ¿qué más quieren?

Lo que fue grande y ahora es feo

Aunque el ciudadano olvide la historia de los grandes hombres, la ciudad se los recordará en el nombre de sus calles y en los monumentos. Esos personajes de bronce o de piedra para muy pocos transeúntes son otra cosa que un ornamento de la ciudad. Una vez que la ciudad ha cumplido el rito multisecular de elevarles un recuerdo funerario, se los puede olvidar. Pasan a ser ornamento urbano. Estas estatuas son de la ciudad, no nuestras. Responden a un sentimiento decorativo y a la personal vanidad del que tiene que morir. Esas obras, casi todas, han sido esculpidas o fundidas muy lejos de aquí, por artistas lejanos a la vida nacional. Han representado a los héroes y han creado las alegorías conforme a un canon universal del heroísmo escultórico. Se comprende bien que más allá de lo que se piensa, una estatua universaliza al personaje, convirtiéndolo a la ciudadanía eterna del arte. Lo que falta es que como mérito la obra sea verdaderamente perdurable y universal, pues el héroe lo es siempre desde que pisa el pedestal. Entre nosotros la calidad de arte da a la obra un carácter local y al personaje un carácter universal. Sólo algún parecido fisonómico, que los griegos rechazaban por vil, y las cabalgaduras, lo sitúan en éste y no en otro país. Aunque el caballo es un magnífico pedestal para cualquier monumento y, como Paz decía, fue copartícipe del héroe en todas nuestras victorias, a los nuestros es precisamente lo que los desmerece. Las estatuas ecuestres son, justo, las que más denotan la procedencia extraña. Belgrano y San Martín son derribados de la realidad por sus cabalgaduras. Esos caballos encabritados los arrebatan a la firme y noble verdad de la historia. Por antonomasia, dos son los monumentos expresivos de la metrópoli: la Pirámide y el Obelisco. Sin embargo, entre los monumentos escultóricos que tenemos, algunos conciertan con una y otra condición: el Mausoleo de Rivadavia, la estatua de Dorrego, la de Alvear y pocas más. Lo restante es bazar.

Lo que en las casas pobres adorna repisas, ménsulas, cómodas y mesas de luz, en Buenos Aires adorna las plazas. Así las plazas se convierten en rincones de humildes viviendas cursis, con reminiscencias nupciales propicias a los deliquios amorios. Naturalmente, se da el caso de repetición de regalos de idéntica procedencia: tinteros, polveras, centros de mesa, *biscuits*.

¿Hablan esas estatuas al alma de las gentes? ¿No es mejor que signifiquen regalos y objetos ornamentales, si el héroe que representan ha muerto en el bronce o el mármol, sin el amor y el respeto de su pueblo? Recuerdo estas palabras de Lugones: «Irreparable, efectivamente, ese dolor de los pobres grandes muertos, a quienes ni la salva de cañón, ni el féretro en la cureña, ni la calle denominada, ni la estatua que los embalsama en bronce, van a quitar ni un solo minuto de las miserias que pasaron, de la ingratitud que devoraron, de la soledad que padecieron, porque de verlos dignos e incapaces de pedir, juzgáronlos indiferentes a las satisfacciones de la vida; o castigaron su altivez a ver si la quebraban, so pretexto de probarle el temple...; y ahora vienen con su efígie de bronce hueco, sus tiros de vana pólvora, sus calles con nombre, sus discursos más cuidados que la perra vida del célebre infeliz, en cuyo mismo despojo hallan causa para untarse de talento ajeno, exhibiéndose justos a destiempo, escandalosos de luto nacional, estos gusanos de la gloria...».¹¹

El ciudadano ya no comprende las perspectivas. A veces entiende un poco de escultura, pero de buena fe cree que una estatua puede estar indistintamente en la sala de una exposición o al aire libre, con un fondo de bosque o entre construcciones arquitectónicas. No comprende que la estatua es una parte integrante de las ciudades modernas, como lo fue antes de los templos y las catedrales. Hay que mirarla dentro de un todo de que forman parte la atmósfera, las calles, las casas, el movimiento de vehículos y gentes. Mucho menos que nada sabe de las perspectivas que exigen el sentido del panorama y de las distancias como espacios vivos. Odia la naturaleza, aunque defienda el arbolado de los bulevares; odia todo lo que no está al alcance de su mano. Se guía por un sentimentalismo digital que tiene con el arte la misma relación que la máquina de escribir con el piano. Tiene que tocar para ver.

¡Cuán lejanos y desconocidos, esos hombres honrados por hábito y no por veneración! El ciudadano, ¿qué siente de nuestra historia, convertida casi toda ella en objetos ornamentales? Tampoco siente la ciudad, ni sus parques, ni sus paseos, ni sus barrios, ni sus perspectivas. La única plaza que está en armonía con la ciudad es la Plaza Once de Septiembre, y preci-

11. *Historia de Sarmiento.*

samente ninguna ha sido objeto de una censura dactilográfica tan enconada. Sin averiguar más, podríamos abogar por que quiten los pocos árboles que aún quedan. En Palermo pueden replantarlos aquellos que creen que el arbolado es el telón de fondo indispensable de los monumentos. Quienes deploran que se hayan llevado los árboles que había en la Plaza Once, piensen en las pampas rasas y en sus propios hogares sin una enredadera. Piensen, además, que están en presencia de una obra que no tiene parentesco y que se sostiene muy bien sin la muleta de los árboles. Cuando se obedezca a la concepción del arquitecto estatuario que concibió tanto arte y tanta historia, quedará un espacio despejado, de soledad, de silencio y de tristeza. Porque ahí están los restos de Rivadavia. Esa plaza es ahora un templo y no un lugar de solaz y de oratoria política. Cuando se emplacen las fuentes laterales que proyecten a lo alto sus poderosos chorros de agua, columnas siempre en movimiento, como enhiestos propósitos de luz líquida, la plaza vacía vivirá entera con una vida espiritual profunda y poética. La vida sutil del agua en contraste con la rígida quietud y eterna conformidad del Monumento será uno de los túmulos más grandiosos que jamás se hayan levantado a la memoria de un hombre. He ahí poesía, grandeza, soledad y para nosotros expiación. Ese monumento, sin efigie personal y sin nombre, es la significación entera de Rivadavia. Urna cineraria, con simbólicos niños que juegan con guirnaldas y las asas de la Ley y la Justicia, como si fuese la tumba del genio desconocido.

Esta vez la pampa alrededor y el desamparo del transeúnte, mientras cruza frente a esas cenizas venerables, le harán sentir un gran respeto por obra y gracia del arte verdadero, y una congoja suprema de arrepentimiento. Moisés, el conductor de la fe a través del desierto, parece que nos redujera a la antigua culpa de los adoradores de baales de oro. Él custodia al hombre incorruptible.

Cuando el observador se acerque, en el invierno, sentirá el frío penetrarle en el alma; en el verano, el sol lo escaldará; sentirá la soledad y el desamparo, no sólo en el granito y el bronce, sino en su propio cuerpo. Ésta es la gran ciudad hospitalaria y éste es uno de sus mejores hijos. Murió en el ostracismo, con casi un siglo de silencio encima. Sentirá el transeúnte la noche y la muerte. El forastero puede ignorar a quién se erigió, pero no puede dejar de sentir, como una culpa en su alma, la muerte y el olvido.

Asisto en esta plaza, en torno del Mausoleo, a un acto cívico que reúne a millares y millares de seres de distintos puntos de la ciudad y del mapa. Rostros diversos como sus destinos, masa humana sin personalidad, flotante y, sin embargo, poderosa y viva. Llenan la plaza, no sé con qué objeto, ni me interesa. Mientras escuchan, cantan o desfilan, pienso: «Un pueblo nuevo es fácil de estudiar y, en cambio, inmensamente difícil de entender. Un pueblo de forma histórica adulta es comprendido a fondo en su espíritu, aunque se ignore cómo se formó. Los pueblos nuevos interesan más por lo que hacen que por lo que son. También pueden interesar por lo que quisieran ser. Es nuestro caso».

Ante todo, ¿hay pueblos nuevos? Nosotros somos un pueblo de tipo arcaico. Nos formó la cruz de una sangre brava, refractaria a las renovaciones lentas y regulares, y de otra indígena poco a poco eliminada por los aportes inmigratorios. En general, somos europeos de raza y americanos del sur por hábitos y gustos. ¿Qué más? Tenemos un puerto que linda con Europa, una ciudad que conduce al puerto y un vastísimo territorio que anhela penetrar en la ciudad. Por estas rarezas, al extranjero le será tan arduo como a nosotros mismos entendernos. La estadística demográfica y la etnología le darán datos sin ningún sentido. Precisamente estamos compuestos de imponderables.

Cosa distinta acaece con otros países de idéntica formación, donde el aborigen subsiste vivo y no sólo como espectro. Nosotros no tenemos el problema del indígena porque lo hemos resuelto hace muchos años eliminando a los indios; apenas queda alguno que otro extinguiéndose en la miseria, contra las fronteras. Vivimos una vida de estilo europeo sin la molesta presencia del *homo pampaeus*. Es una comodidad muy grave y costosa. Los indios muertos tienen herederos blancos y albaceas de ultramar. Lo mismo hicimos con los problemas culturales y económicos: los resolvimos por el sistema gordiano. Así se elimina un problema, es cierto, mas muchos otros surgen en su lugar.

Políticamente nuevos, si bien étnicamente arcaicos, apenas tenemos otros problemas que los que nos hemos creado. ¿Nos habían preparado para vida mejor? ¿Cuál es el año verdadero de nuestro calendario; las cifras que nos expresan en las tablas del saber y del poder? Hoy nadie puede contestar, ni siquiera aproximadamente, a esas preguntas. Mejor dicho: nadie hace ya esas preguntas, a fin de no contestarlas.

Vivimos el apéndice de la historia de la Conquista y estamos con las manos atadas por los conquistadores que han desaparecido hace varios siglos. ¿Somos, pues, un pueblo que se sobrevive, un pueblo póstumo? En ciertos sentidos, creo que ésta es la mejor definición que puede darse con pocas palabras claras.

Cortados los nudos de los problemas nacionales, la madeja ha sido diabólicamente enmarañada. Por ejemplo: hemos creado un cuerpo de legislación perfecto, que cualquier Estado podría adoptar con orgullo; y, sin embargo, no tenemos reglas de conducta. La ley funciona y nosotros vivimos. Tenemos una capital de dos millones y medio de habitantes, con rascacielos de 34 pisos; y, sin embargo, casi tres millones de kilómetros cuadrados de territorio siguen baldíos. Hemos hecho una gran ciudad porque no supimos hacer una gran nación. Y porque no supimos acatar las simples normas de la buena vecindad, tuvimos que hacer códigos perfectos.

Es desconcertante: muchos defectos magníficos provienen de una superabundancia de fuerzas. También nosotros padecemos, al estilo europeo, una crisis por exceso de riqueza. Lo malo está en que nuestra riqueza no tiene sentido humano, porque es la riqueza de la tierra y no la del esfuerzo. La fecundidad espontánea de la Naturaleza no sólo ha hecho al hombre confiado en la buena estrella y en la amistad influyente, sino que lo ha incapacitado para organizar sobre un plan industrial la explotación de su actividad de pueblo soberano. Una administración basada en la prosperidad inevitable de la tierra, es más bien la factoría de una jungla.

Todo marcha, pues, más o menos bien, llevándonos. Hoy somos muy pocos todavía los que creemos imposible subsistir así, resignándonos al bienestar que resulta de la feracidad del suelo, de climas óptimos y de que las cosas se combinan bien por azar para preservarnos de cualquier catástrofe, como las guerras providenciales para nuestros productos agropecuarios. Este aparente bienestar es nuestro viejo, muy viejo enemigo. Descansa en que hemos cortado más bien que resuelto los problemas y en que procuramos fijar un estado de cosas que es transitorio, confiados en la lluvia, en los funcionarios públicos y en la buena voluntad de Dios.

Azar: ésa es una palabra que podría simbolizar nuestro destino. Uno de los primeros exploradores desinteresados, Félix de Azara, a principios del siglo pasado, dijo que éramos un pueblo de jugadores. Sí; pero debió

agregar: de jugadores acostumbrados a ganar siempre. Hacemos un poco y lo demás se nos da por añadidura. Es nuestra historia, vale decir, nuestro destino. Somos un pueblo cuya fe en el porvenir es la del que gana siempre y que por eso jamás mira atrás ni adentro, igual que los viajeros de la pampa que marchan hacia un horizonte fugitivo, del que son centro a cada paso. El pasado no es una fuerza que nos impulsa hacia adelante; es algo de que tratamos de alejarnos, como si el futuro fuera un evento que puede improvisarse a medida que se vive. Económicamente, nos resuelven casi todos los problemas Londres o Nueva York; ni el estadista ni el operario necesitan preocuparse mucho del mañana. El mañana es bueno, generalmente, si lo dejamos llegar por sus propias fuerzas. Hemos heredado de los conquistadores esta fe católica en que es absolutamente seguro que el sol saldrá otra vez para todos. Alguien dirá que es una virtud; bien puede ser una irreparable desdicha.

Pero aquí mismo tengo ante mi vista los términos de un problema humano, sin ir más lejos, y que tampoco hemos resuelto ni planteado bien. La falta de cohesión espiritual o social conduce al triste espectáculo de las muchedumbres reunidas por motivos casuales, en las que sólo se encuentran los sumandos de una cantidad abstracta que no representa unidad, sino volumen.

Estadios, iglesias, congresos, procesiones, reuniones políticas, sólo tienen el sentido del hacinamiento de seres diversos que no están unidos profundamente por reglas comunes de conducta, por una misma fe, por idénticos sentidos de la vida o de la acción. Cada cual tiene su filosofía, su moral, su catecismo, su anagnosia; lo que equivale a decir que se trata del caos y no de un sistema. Sin embargo, la humanidad es una unidad de por sí, zoológica o gregaria, según se la vea. Lo que les falta a estas muchedumbres heterogéneas de diversos orígenes y disposiciones, es un ideal que se ajuste a la realidad, una realidad poderosa como para orientarlas, y esos ideales no pueden aparecer sino con el amor, cuando se aman la vida, los seres y las cosas que componen el mundo en que estamos enraizados.

Aunque se ha desprestigiado por su sabor de canibalismo, ¡cuánto hay, no obstante, de verdad en el mito de la sangre! Sigue siendo exacto que la sangre es un coagulante de capital importancia para el ideal. Yo no sé si es bueno o malo que exista esa especie de masonería que vincula a

los seres hacia una finalidad cualquiera, sea la religión, el patriotismo u otra de esas fuerzas magnéticas que concilian las diferencias, pero la verdad es que nada de lo oscuro y feroz, persistente y heroico de lo que da la sangre, existe entre nosotros.

En último término, si esto es una realidad, tenemos que buscarle el lado bueno y ver cómo de ese caos puede extraerse una ley que aproveche para el común beneficio una cualidad negativa, que en otros lugares puede ser vista como un caso límite de disolución de la personalidad nacional. Si nuestra nacionalidad está compuesta de partículas disociadas y refractarias a la cohesión, tendremos que aceptarla como una realidad positiva, o que buscar de amalgamarla por cualquier coagulante artificial que reemplaze el plasma de la sangre.

Pienso que resultará absurdo cuanto se haga por la violencia para lograr la unidad; y, además, creo que las condiciones naturales del medio, con sus aportes inmigratorios y su bajísimo nivel de instrucción y capacidad moral, constituyen ya una especie de unidad en el desorden. También el caos tiene su forma y, probablemente, sus leyes de desordenación. De ahí que la vida de estilo anárquico, en que cada cual busca sus propias satisfacciones y en que el ciudadano y el habitante procuran poner a su servicio las instituciones y las magistraturas como si se tratara de herramientas útiles en su lucha por la vida individual, tienen mayor valor que las formaciones eventuales de muchedumbres en que pueden verse elevadas a potencias extremas esas cualidades bestiales que Le Bon advirtió en esta clase de conglomerados humanos.

Bastante hemos hecho ya, aplicando a esta masa inmensa los preceptos pedagógicos de la política, la sociología y el arte de otros países. Eso es desconocer y despreciar nuestra realidad, como consecuencia, quizá, del desconocimiento de nuestra historia y de nuestras fuerzas. No creo que seamos un pueblo tan indigno que merezcamos un tratamiento vejatorio de la dignidad humana. Creo que en nuestros orígenes tenemos gravísimos pecados contra la naturaleza, de que no nos curaremos si rehusamos entrar a la comprensión honrada de nuestra historia colonial y posterior, si existe; creo que todo aquel que sale a buscar soluciones hechas para aplicárnoslas como camisa de fuerza, o que cierra los ojos ante la verdad y quiere seguir sosteniendo en vigor los sofismas de los que odian secretamente al país, y por eso proclaman que todo en ello es gran-

de «y parecido a lo que ya hace muchos años que se pudrió en Europa», no son simplemente seres equivocados, sino canallas encorados en cuyo interior hay un propósito de lucro ilegítimo.

Todo aquel que desconoce que somos un conglomerado amorfo de pasiones cosmopolitas, de ideas internacionales, de sangres confluentes de todos los riachuelos étnicos, no puede distinguir la verdad de la mentira. Pero precisamente es eso lo que tenemos que admitir, evitando el equívoco ridículo de aquel pedagogo que me afirmaba que la nobleza de sangre daba derechos de jerarquía para sojuzgar a las razas inferiores, sin haberse fijado que en las uñas le quedaban todavía los estigmas violáceos de su ascendencia africana.

Recuerdo estas grandiosas palabras de Ganivet: «Someter a la acción de una ideología invariable la vida de pueblos diversos, de diversos orígenes e historia, sólo puede conducir a que esa ideología se transforme en una etiqueta, en un rótulo, que den una unidad aparente debajo de la cual se escondan las energías particulares de cada pueblo, dispuestas siempre a estallar, y a estallar con tanta más violencia cuanto más largo haya sido el período de silencio. La filosofía más importante, pues, de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior a la imitación de extrañas filosofías; lo extraño está sujeto a alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente: es el cimiento sobre el que se debe construir, sobre el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo.

»¿Por qué ha de tener en el mundo, y ahora más que nunca, tan gran predicamento la simple exterioridad? Parece que hay miedo de conocer el fondo de las cosas. Estamos dominados por la manía de la unificación, y, faltos de calma para encomendar esta obra al tiempo, nos apresuramos a constituir unidades aparentes, contando con la ceguera real o fingida de los que presencian nuestras manipulaciones. Si yo fuera aficionado a los dilemas establecería uno, digno de hacer juego con el famoso dilema de Omar, que redujo a cenizas la Biblioteca de Alejandría: o los hombres tienden por naturaleza a constituir un solo organismo homogéneo, o tienden a acentuar las diferencias que existen entre sus diversas agrupaciones. Si creemos que tienden a la unidad, no nos molestemos y tengamos paciencia y fe en nuestra idea; si creemos que tienden a la separación, no cerremos los ojos a la realidad ni marchemos contra la corriente. No faltará quien crea que el dilema tiene una tercera salida: que los hom-

bres no caminan en ninguna dirección, y que hace falta que venga, de vez en cuando, un genio que los guíe; y es probable que quien tal crea, piense ser él mismo el genio predestinado a guiar a sus semejantes como una manada de ovejas. A tan insigne mentecato habría que decirle que no conoce a sus semejantes; que los hombres que creen haber guiado a otros hombres, no han guiado más que cuerpos de hombre; que han conducido cuerpos, pero no almas; que las almas sólo se dejan conducir por los espíritus divinos, y que la Humanidad hace ya siglos que tiene seca la matriz y no puede engendrar nuevos dioses» (De *Idearium español*).

Quien en presencia de nuestras multitudes arrastradas por impulsos bastardos no vea que en lo profundo vive una gran ansia de justicia y de sacrificio que no ha encontrado sus formas adultas de expresión y acción; quien pretenda imponer a esta realidad una norma que consulte un apotegma de carácter filosófico y no un estado de vida que es menester comprender, yerra y fomenta el caos. Los héroes de nuestro pueblo, entonces tan caótico como el de ahora, hicieron una grande realidad porque sacaron su ideal del seno de él y no se lo impusieron desde afuera. En esta masa humana hay también un caudal riquísimo de fuerza y de grandeza; no podrá tener otra forma que la que corresponde a su ser y hay que servir con humildad a su desarrollo, porque está gestándose para surgir pronto al mundo del aire y de la luz.

Hombres representativos

Las grandes urbes tienen sus hijos legítimos, en los que logran tipificar aspectos capitales de su idiosincrasia. Casi podría afirmarse que el estudio de una ciudad puede hacerse de manera completa y fidelísima por el estudio de sus personajes representativos, al menos lo que al fin concluye siendo una ciudad. Acaso lo que suponemos que haya sido una gran ciudad antigua dependa, en primer término, de lo que suponemos de sus optimates. Pero hay que hacer un distingo entre los grandes hombres que pueden en algún grado imprimir su personalidad a la ciudad y aquellos que aparecen señalados con los defectos y virtudes propios de ella. Pericles, Sófocles, Sócrates y Alcibíades parecen representar la Atenas del siglo v, que hoy es vista como poseyendo una personalidad de reflejo: la de

ellos. Cuando lo que ocurre, en verdad, es que aquellos cuatro hombres extraordinarios representaron en grado sublime a su ciudad y a su raza.

En esos cuatro grandes hombres se dieron, además, extraordinarias dotes de genio, si bien esas dotes llevaban los estigmas de un estilo de cultura, a la cual ellos pertenecían. Pero puede haber hombres representativos aun desprovistos de todo talento, si la ciudad encuentra en ellos los intérpretes fieles de su personalidad. Hasta pueden ser un elemento pasivo elevado a la jerarquía de tipo por el instinto tribal de la población.

Lindbergh es, para Keyserling, el hombre representativo de Norteamérica por el solo hecho de personificar un ideal colectivo de audacia juvenil, glorificada después por el horrendo crimen de su hijo, que agregó a las palmas del héroe las del mártir. Pero esto es en la esfera de los grandes hijos nacionales, como Hitler lo es de la nueva Alemania y Mussolini de la antigua Italia. Los ídolos de las ciudades pueden ser con toda legitimidad tipos del antihéroe nacional, exponentes de valores ínfimos, sin perder por ello su carácter de seres representativos.

De la categoría del ídolo, Buenos Aires tuvo sólo uno: Hipólito Yrigoyen. Los demás son también sus hijos legítimos, pero que reflejan sólo parcialmente cada uno el alma de la urbe. Entre las celebridades metropolitanas hemos tenido al general Eusebio, en tiempos de Rosas, que Hudson vio rodeado de su escolta de mariscal, y al negro Raúl, que todos hemos visto rodeado de su séquito de badulaques. Por qué estos seres pintorescos han llegado a ser vistos como productos nativos del medio, es un problema difícil de dilucidar, aunque muy probablemente puedan aplicarse al caso estas reflexiones del Dr. Alexis Carrel: «En todos los dominios (los débiles) son preferidos a los fuertes. Son ayudados y protegidos, a menudo admirados. Igualmente, son los enfermos, los criminales y los locos los que logran la simpatía del público» (*El Hombre: una incógnita*, cap. VII, X).

Aquellos personajes pintorescos (ambos mulatos) encarnaban bajo su responsabilidad y movidos por invisibles hilos, aspectos notorios de la urbe. Hubo otros también populares, de los que no se puede decir que tuvieron un sello de la ciudad en lo pintoresco; por ejemplo: la poetisa mendocina, la dama de los escapularios, el vendedor de pitos y juguetes para «hacer cantar el canario y, al mismo tiempo, divertir al niño», etcétera. El «payo Roqué» entraba en la clase de los hombres representativos.

Charlatán, sablista, *dandy*, diseminador de anécdotas insidiosas, era una especie de bufón amigo de todos los grandes personajes, de los que era su caricatura simbólica. El «payo Roqué» encarnaba los modales, el vestir, el *esprit* de los aristócratas de la banca, el turf y la política sin pasar de ser una parodia heteróclita. Tenía un poco de cada personaje ilustre de su época, ridiculizándolos en serio a todos.

En cambio, el negro Raúl, encarnación bufonesca y trágica del mulato de otras épocas, último vástago de la servidumbre colonial, fue un ente representativo de una zona y un momento de la metrópoli. En la década de su apogeo, daba lustre aristocrático a quien se acercaba a él. Hasta por su influencia hicieron muchos tilingos su brillante carrera administrativa. Tuteaba a legisladores y ministros, se sentaba a la misma mesa de los descendientes de los próceres y daba un timbre de distinción al que lo acompañaba, como las institutrices. Ir con él significaba ser un magnate. Vestía correctísimamente, con prendas de diferente procedencia, pero que armonizaban en su persona. Vivía a expensas de la estupidez de sus protectores y participaba en todas las fiestas escandalosas de la juventud de fuste. Un día pasó de moda, decayó hasta la mendicidad y el harapo reemplazó al chaqué. No se reconocía en él la antigua bizarría, y cayó aplastado por el agobio ancestral de su casta. De su reinado no conservaba más que el cetro, que era su bastón de caña de Malaca. Lo abandonaron cuando aquella juventud encontró otros entretenimientos igualmente molestos para el prójimo. Fue el último esclavo y el último negro manumitido; esclavo de una moda que tomó cuerpo en mozalbetes sin decoro, mucho antes de que Josefina Baker hiciera furor; ídolo de los adoradores del tango, el candombe y la catinga.

Muchos políticos quisieran haber tenido la popularidad del negro Raúl y sus probabilidades a ocupar, como su émulo Badesich, una banca legislativa, aun al costo de su dignidad humana. Porque la celebridad que da Buenos Aires cuesta muy cara y nadie deja de pagar ese tributo moral a la gloria que otorga. Es preciso descender a la categoría del payaso para merecer su aplauso, y en cuanto el héroe popular olvida que está sometido al capricho de sus adeptos, cae de plano y a lo largo. Una vez destituido, en vano cambiará de traje y de color.

Otros ídolos fueron, en distinto orden de cosas, Bettinoti y Gardel, los dos en su carácter de artistas representativos del alma popular. Por las rendijas de

la emoción entraron en la gloria. La muerte de Gardel congregó un público tan crecido como no se vio jamás, excepto cuando la muerte de Yrigoyen. Hombres y mujeres sintieron en su corazón la muerte trágica de este ídolo, que era un artista auténtico en su especialidad. En el Luna Park celebráronse las exequias, y centenares de millares de personas se congregaron con una compunción religiosa. Hombres y mujeres acamparon en la plaza y en las calles adyacentes, como en una peregrinación venida de todo el país. Así despedían al último cantor, al más querido de todos. No ha surgido otro ídolo. Hasta los grandes partidos políticos han perdido sus fervientes devotos de otrora, desde que Gardel ha concluido para siempre con la posibilidad de restaurar en carne y hueso el mito. Todo está preparado, pues, para un *putsch*.

Si pasamos a una categoría superior, encontramos como representantes de la capital a hombres que, sin haber alcanzado la popularidad ni la simpatía de aquéllos, tienen, asimismo, en sus cualidades intelectuales o personales, rasgos substanciales del alma de la urbe. Dramaturgos, novelistas, críticos, poetas, músicos llevan en su sangre «la cosa porteña», y, sin embargo, la plebe de abajo ni la de arriba los reconoce como consanguíneos. No basta tener mucho talento, sino que es preciso tenerlo de la misma clase de la cosa a la cual se aplica, y de ahí por qué la ciudad niega hasta después de muertos a tantos hombres de dotes intelectuales extraordinarias. Pero éste es otro problema, pues tampoco aquellos seres oriundos de su entraña merecen siempre los honores de la idolatría. Para poner un ejemplo de otro país, que será mejor comprendido, Walt Whitman es el poeta de Nueva York más bien que de Norteamérica, y, sin embargo, el ídolo es John Dillinger. Se diría que una gran ciudad es una cárcel y que el criminal más distinguido es su ciudadano eminente. ¿Por qué, si no, los delincuentes famosos, especialmente los que encarnan un gesto antisocial, reciben como Musolino, Pinales y Moreira cierta aureola de admiración y de secreta simpatía? Carrel se refirió a esta propensión de las multitudes urbanas, vista antes por Le Bon y Sighele. Pero faltaría saber si un criminal puede dar lugar a un culto religioso y si los grandes conductores de multitudes de hoy, *Führer* o *duce*, tienen implícito algún rasgo de esa índole que despierta igualmente el fanático fervor popular.

Pasando de la categoría de los escritores, políticos y artistas representativos a la de los criminales, debemos recordar que entre nosotros fue puesto en circulación por Eduardo Gutiérrez el mito literario del

criminal simpático. Hudson nos habla de Jack, el Matador, especie de siniestro numen de su niñez.

Desde Juan Moreira, Juan Cuello, el Jorobado, hasta Pastor Luna y Hormiga Negra, la literatura popular se plagó de asesinos que hubieran obtenido su consagración plebiscitaria cincuenta años después. Hemos tenido ejemplares dignos de los mejores del mundo. Tremblié, Schneider y Bonini, los descuartizadores, fueron arrastrados al crimen por la codicia, el amor y los celos, conforme a la historia que consagran las letras de tango, y el último de los tres se convirtió en personaje romántico; se le pidieron autógrafos, se casó en la cárcel, y después de satisfechas por el público sus concupiscencias espirituales, se lo olvidó. Toda fama llega tarde y dura poco. Tremblié, Schneider y Bonini hicieron algo que parece superar las posibilidades del hombre común, aunque el récord lo conserva aún, dentro de las proezas tenebrosas, Mateo Banks.

También nosotros tenemos necesidad de alimentos dramáticos, de esos que los griegos satisfacían con la tragedia y que deben ser vistos como resabios sublimados de canibalismo. Con igual finalidad catártica, los norteamericanos descubrieron el género de la novela policial. Ellos producen la novela y la realidad alternativamente, mientras que entre nosotros los pistoleros parecen imitar las películas sin originalidad ni grandeza épica. Tampoco nuestros novelistas imitan a los novelistas, sino lo que podríamos llamar los defectos de las traducciones. Ni nuestros criminales ni nuestros escritores merecen el título de nacionales. Ciertos diarios y revistas se esfuerzan por levantar ese género, convirtiendo a los criminales en literatos y a los literatos en delincuentes, pero hasta ahora al menos la empresa es inocua. Dentro de ese tipo, sólo alguno que otro autor ha logrado aquí y allá alguna página magistral, en el estilo entreverado del delito y de la prosa.¹² Escritores nacidos con un

12. Como ejemplo puede citarse este magnífico pasaje: «Irene, enamorada de un hombre que Moreno sospechaba fuese Monsalvat, había pasado una semana como una loca. Era todo nervios, exaltaciones. Por cualquier insignificancia se ponía furiosa, amenazaba a la madre, insultaba a Moreno, pegaba a los hermanitos. En seguida le salió un novio. Un muchacho que trabajaba en una peluquería del barrio. Era feo, extremadamente moreno y de poco airosa figura. Ella lo aceptó, nadie sabía por qué, pues juzgábase estúpido y vulgar. Un día, una mujer del barrio le dijo a Irene que el peluquero tenía una amante, una mujer casada que vivía allí cerca. Era exacto, pero la denunciante no contó que el peluquero

don natural para la delincuencia, echan a perder sus cualidades nativas en otras actividades afines, y verdaderos artífices se malogran en un atraco o un drama pasional fallidos que la crónica vespertina termina de frustrar. Ninguno es capaz de escribir ni de matar como Dios manda.

Pero un gran criminal ha surgido de la vida de la ciudad como su hijo putativo. Cada habitante contempla en él un *robot* manejado por las intenciones más bajas de la lucha por la vida, por lo que hemos llamado en otra parte la suma de las fuerzas anónimas de inferiorización. Fermentos y levaduras que levantarían la ciudad por los aires desde sus cimientos, encarnan periódicamente en esos hijos predestinados. En su carácter de víctimas propiciatorias que se llevan consigo al otro mundo o a las prisiones los pecados colectivos, es justo que tengan sus fieles y sus diarios en que se los glorifica. Literatura policial y delincuencia purgan sin necesidad de tragedia una inclinación arcaica. Cada crimen que se consuma, es una venganza saldada, y cada crónica policial que se lee antes de acostarse, un sueño penoso que se evita. Igualmente, tras un gran desfalco, durante cierto tiempo los Bancos y las casas de comercio pueden estar tranquilos, porque el empleado infiel ha purificado al personal de todos ellos. Fuera de los Bancos y de las casas de comercio, el público elabora la consiguiente mitología. El cajero Roura, que defraudó medio millón de pesos, se convirtió en astro de cinematografía, del que también se solicitaron autógrafos. Su fama se empañó cuando la policía encontró gran parte de los billetes enterrados en latas de conserva. Si

acababa de cortar esas relaciones para casarse con Irene, a quien comenzaba a querer. Irene sintióse humillada. Le pareció una injuria espantosa que aquel hombre la engañase. Su amor propio la enloqueció. Y una tarde en que sus padres no se hallaban en casa, Irene, para vengarse, llamó al primer hombre que pasó por la calle, y se le entregó. El peluquero lo supo y, exasperado, acudió con un revólver y lo descargó sobre Irene. No la hirió. Intervino la Justicia, y el peluquero fue a la cárcel. Irene huyó de la casa. Nadie sabía dónde estaba. Lo único que pudo averiguar Moreno es que todas las semanas su hija visitaba al peluquero en la prisión. Pero, ¿de qué vivía?

—¡Se ha perdido, doctor, se ha perdido! —exclamaba el padre llorando.

Era la flor de mi casta: era buena, trabajadora... ¡Y linda como ella sola, mi hija querida! Y pensar que yo tengo la culpa; yo, el más grande de los borrachos. ¡Las consecuencias del vicio! Porque mi hijita es una hija del alcohol.

Y se tapaba la cara con ambas manos, sentado en la única silla del cuarto, mientras Monsalvat se vestía» (*Nacha Regules*, del Dr. Manuel Gálvez, cap. XXII).

hubiera robado para sus prosélitos o para las bailarinas, ese héroe habría seguido alumbrándonos con vívido fulgor.

Más cerca de la literatura está el cuentero del tío que el estafador. Embauca prometiendo el amor, la fortuna o la salud. Por lo cual cobra a la vez categoría de arte y de vindicta social. Regularmente, se detiene a la víctima, lo cual lleva a pensar si en el caso de los criminales, los líderes, los tratantes de blancas y otros congéneres, no serán los culpables aquellos que aparecen como víctimas, que en cierto modo tentarían a los victimarios. Cuando se dice que cada día nace un tonto, se quiere significar que los diablos tentadores andan sueltos y que todo es cuestión de encontrárselos en el camino para perderse.

El cuentero del tío hace la novela con los deseos secretos del incauto. Se trata, en realidad, de una colaboración, y cuando la obra se logra y sale impecable el mérito debiera ser para los dos, como en las buenas partidas de ajedrez.

En su cualidad de autor, el cuentero del tío recibe el aplauso por ejercer juntamente dos actividades vilipendiadas por separado: la del cuentista y la del ladrón. No se le exige en estos casos que la hazaña sea épica, como en la epopeya, o que encarne un ideal de justicia, como en el cinematógrafo. Eso se exigía antes a los bandoleros para otorgarles la gloria de la estatua de terracota. Estafador o cuentero, basta que encarne una propensión sofocada, que violento con cualquier palanca ingeniosa el equilibrio de la sociedad dentro de la cual se vive forcejeando en resistencia pasiva. La resistencia pasiva es el sistema de sabotaje natural del habitante de las grandes ciudades, y el que fractura la estabilidad es un héroe. El grande héroe de las urbes mundiales es Omar, Atila o Hitler. Destruyen con la misma fuerza de creación que yace en estado letárgico en la casi totalidad de los ciudadanos. De ahí que John Dillinger alcanzara en Nueva York, Al Capone en Chicago y Scarfó en Buenos Aires una fama que ya querrían para sí muchos literatos y políticos que se degradan sin adquirir, en pago, la consagración del presidio, del gabinete ni de la popularidad.

Viajeros y exploradores

Desde aquellos viajeros ingleses que poco después de la Independencia iniciaron el crucero a estas tierras en busca de minas o de curiosidades,

casi ha sido ininterrumpida la visita de los huéspedes que se han creído en el deber de retribuir en la forma para ellos más adecuada los halagos de la hospitalidad.

Con la diferencia de que aquellos viajeros inaugurales eran incomparablemente más caballeros, perspicaces y comprensivos. Además, escribían mejor. Las páginas de Head, los Robertson, Proctor, Haigh, Gillespie; las de Azara, D'Orbigny, Darwin; las de Cunningham Graham contienen observaciones muy finas y dan la impresión de que se habían familiarizado con nuestras costumbres, aunque a veces las rechazaran con disgusto. Se comprende, pensando en ellos, estas palabras de Ph. Guedalla: «De todos los países del mundo, la Argentina es aquel donde los ingleses se encuentran como en su casa». Aparte la ironía que va arrebuja en estas palabras, es cierto; o era cierto.

En general, estimaban a nuestro país en sus características y peculiaridades, penetrando en el sentido de las cosas mejor que los nativos. Los huéspedes recientes y los comensales ya encontraron una ciudad de fisonomía muy compleja para poder interpretarla, ni siquiera comprenderla. Si hubiésemos tomado como maestros en el arte de escribir y de observar a los antiguos viajeros ingleses, habríamos adelantado en literatura tanto como hemos avanzado tomándolos por banqueros. Nos ofrecían un arte consumado de narrar, ver y sentir, y les dimos vuelta la espalda como si eso nos ofendiera. Los tesoros que nos ofrecieron con sus crónicas de viaje eran tan preciosos, o más, que el oro de los empréstitos. Pero no tuvimos conciencia de la belleza y de la realidad, por lo menos vista con lentes de aumento, como del dinero. Ahí está todo.

Aquellos viajeros que llegaron a buscar minas y nos dejaron los veneros auríferos de los relatos no se parecen a estos aventureros que vienen a buscar oro acuñado y nos dejan el magma de sus decepciones. Dejaron el poncho y se vistieron el *smoking*, y, en lugar de viajeros, se llaman conferenciantes. Tampoco son ingleses, sino de cualquier parte, buhoneros de bujería.

Es un lujo y un espectáculo, el conferenciante. Se lo trae desde lejanas tierras a que nos diga lo que sabemos o lo que no nos importaba, antes de su llegada, saber, sin que nos importe lo que dicen ni lo que escriben. ¿Saben ellos por qué se lo llama? Exóticos personajes para mirar y admirar, como las fieras del zoológico. Es el acto de la comedia intelectual

mejor acogido, que ellos saben que están representando y que nosotros sabemos que tenemos que aplaudir. ¿Green que vienen para ser escuchados y aprovechar de sus conocimientos? Se los trae para contemplarlos y para adornar la ciudad, como a un cuadro para adornar la sala. Esos pícaros lo saben y se largan a leer capítulos de alguna obra en prensa, a repetir lo que ya habían publicado muchos años atrás, a improvisar un ballet de sofismas, a decirnos la buenaventura. Salen a agasajarlos nuestros concejales de la cultura, los terratenientes del saber fiscal. Que después resulte que han escrito malas palabras en la pared, detrás de los cuadros, y que se burlen difamándonos o enaltecendo lo que está notoriamente rajado por el descrédito, no es más que el vuelto en la misma moneda.

Ortega y Gasset fue, entre nosotros, el primer conferenciante que enseñó el arte magnífico del actor y de la comedia de las ideas. Catequizó al auditorio por la brillantez y la elegancia de su palabra, y siempre se le habrá de recordar porque fue también el primero en decirnos con franqueza desprovista de contumelia, lo que le parecimos ser. Antes y después habíamos visto el elenco total de los personajes de la cátedra, sin su jerarquía didascálica. Poetas, historiadores, políticos, sociólogos, escenógrafos, filósofos, críticos, hombres de ciencia y farsantes y estafadores de la cultura; todos ellos han desfilado por nuestros escenarios y han recibido el aplauso con que se premia por igual al grande artista, al payaso y a la actriz.

Las observaciones de los postremos buscadores de oro son erróneos vicios originarios.

Huret y Clemenceau fueron hombres mundanos, acostumbrados a formular sus censuras diplomáticamente y a buscar de preferencia el lado asoleado de las cosas. Otros hurgaron en lo interior sin encontrar nada. Lo que les llamó la atención es aquello que también en sus países existe. Al fotografiarnos trajeron rollos de películas impresas ya, sin revelar, de donde la superposición de imágenes. Muchas veces nos atribuyeron los defectos de la placa. La vida social de las clases media, alta y baja de los *snobs*, de los políticos de todas las esencias y formas, la docencia o el gobierno, los *cabarets*, los *boudoirs*: eso vieron. El tango fue para casi todos ellos los lentes de vidrios ahumados que trajeron. Es la piedra de escándalo de la insensatez. Hasta Waldo Frank, tan sensato siempre, llegó a suponer que cuando la mucama oye sonar un tango se pone a bailar con

el repartidor de comestibles. Todo gira para ellos en un meceo de tango; el tango rige los movimientos del mótorman, el paso de los ujieres y el funcionamiento de los cilindros del automóvil. Tango: eso es para ellos Buenos Aires y, naturalmente, las infinitas eflorescencias y matices de formas y contenidos. Auscultar con ese prejuicio es errar. Si el tango se convirtiera en una de las infinitas expresiones somáticas y temperamentales de Buenos Aires, todavía faltárale entender sentir el tango. Porque el tango no se baila con el cuerpo, sino con la sangre y el alma. Pero en tal caso el tango dejaría de ser la llave maestra de acceso a la interpretación de la ciudad y del ciudadano, y no pasaría de ser un detalle, porque el alma es lo corporal de Buenos Aires.

Comparando los relatos de los primeros viajeros y los de los últimos, se ve que la literatura está en decadencia, pero también que algo que no es la simple relación entre ciudades ha cambiado y, por tanto, que algo espiritual, personal, habitual, ha de haber empeorado entre nosotros, con respecto al hombre de Nueva York, París o Roma o Darmstadt de 1830. Esto es muy posible. El Buenos Aires de hoy es superior, sin ninguna duda, al de 1830 en higiene, comodidades, grandiosidad de estilo urbano, arquitectura y riqueza. Aquel Buenos Aires de 1830 estaba empezando a formarse; éste está concluido. Pero los habitantes y todo aquello que formaba la atmósfera humana de la ciudad eran incomparablemente superiores. En el primer tercio del siglo XIX Buenos Aires alcanzó la máxima de cultura; era la época de los rascacielos espirituales tanto como ésta es la de los sótanos. La Atenas del Plata, aunque hediera a carroña, era de espíritu gentil. El hedor que emana ahora, limpia y pulcra, es el mismo que daba náuseas a Hamlet; el hedor del alma descompuesta. Hasta 1880 se engrandeció materialmente, aunque había perdido sus buenas cualidades; desde 1880 se le envileció el alma, las gentes se le mixturaron y saturaron, recíprocamente, con la hez traída de los países de Europa. Al predominio de las colectividades francesa e inglesa, siguió la inmigración de materia prima humana. Antes venían ingenieros, músicos, financieros, médicos; después se nos iban los que teníamos y en cambio nos mandaban moneda menuda de cobre. Onzas por céntimos. Dijo Emerson que el hombre puede conseguir todo lo que quiera, a condición de pagarlo. Buenos Aires consiguió lo que quiso, pero lo pagó. La grandeza material de la ciudad nos fascinó a nosotros que la habitamos. Pero nosotros no fascinamos ya al extranjero. Cuanto más

nos esforzamos por mostrar al huésped las grandes avenidas, los cuartos de baño, las aulas de las Facultades, los rascacielos, los despachos de las dependencias públicas, más nos huelen ellos a nosotros. En vez de seducirlos la ciudad, los desilusionamos nosotros. Olemos nosotros a ciudad. Guedalla se burló de las excesivas comodidades que se le ofrecieron en el vagón reservado del tren y del título de doctor y de profesor con que a la fuerza querían condecorarlo, como si su grado de Maestro en Artes no les pareciera suficiente para tanto agasajo. No se molestó por el exceso sino por la pequeñez. Pues para él era más ser Maestro de Artes de Oxford que doctor sin título. La calidad humana ha perdido mucho en cien años, aquí y en todas partes del mundo. Está en razón inversa del adelanto material. Mientras los ediles curules crean que el prestigio de una ciudad es cosa de fachada, y mientras los gobernantes crean que la grandeza de una nación es cuestión edilicia, hacen bien en burlarse de nosotros quienes valoran una civilización y una cultura por su contenido y no por su encuadernación. Con lo que ellos están disconformes es con nuestra manera de agasajarlos, de mostrarnos inteligentes, atentos, y no con la vajilla, los sillones y los autos, que son caros. Pues lo que en una buena mesa se come no es lo que entra sino lo que sale de la boca.

Entre los huéspedes actuales, también infinitamente inferiores a los del primer tercio del siglo XIX, abundan los lisonjeros, los criados y esbirros intelectuales, reposteros y rufianes de las letras, del periodismo y de los regímenes de fuerza. Vienen a despreciarnos y se vuelven elogiándonos. Pero ¿qué es lo que elogian? Cuanto está podrido espiritualmente: los políticos, escritores y pedagogos tendidos al sol con el abdomen tumefacto de vermes del Erario.

Son mucho más honrados los que ven los defectos y lo dicen, que los que ven los defectos y los alaban. No estamos aquí para que nos embauquen y nos hagan creer que lo inservible y lo apócrifo es lo que debemos seguir produciendo en gran escala. Estamos con las herramientas y las armas en la mano, procurando desbrozar y limpiar de guájaras y alimañas estas tierras de una gran historia desfigurada y de un gran porvenir que se quiere pignorar. ¿Cómo vamos a escuchar a los celebradores de la muerte, del fraude y de la impudicia, que publican allá sus artículos y sus libros con el propósito de recibir en cambio la caricia de alguna afelpada lengua de reciprocidad? Basta conocer las cosas que

ensalzan y los hombres que encomian como ejemplos de salud, fuerza y vida, para comprender que son hijos de esa misma podredumbre que nos vino en los camalotes del capital y del trabajo sin cuarentena. Ellos, corroídos y cariados, comedores de carroñas. ¿Quién les hace caso? «Dejad a los muertos sepultar a sus muertos.»

El cartero

Aquel funcionario del Correo que dio en la manía del automóvil de lujo como por un avatar de la caballería andante, tuvo un ordenanza que antes había sido cartero. Las várices y cualquier otro gaje del oficio lo redujeron a condición sedentaria. Su trabajo era estar inmóvil; la negación misma de su destino. Cumplía sus deberes con irreprochable estrictez, rígido como un centinela, inabordable como un ídolo. Pero sus pies eran de arena. Con aquellas personas a quienes concedía alguna confianza solía ser expansivo, sin extralimitarse nunca acerca de una serie de secretos que nimbaban la fama del superior. De pie o sentado junto a la puerta de acceso, se diría el guardián de una divinidad misteriosa. Él conocía no sólo la historia oficial del Correo desde los tiempos de los Galíndez de Carbajal, Melchor de Albin, Gervasio de Posadas, Esteban de Luca y tantos otros ilustres ciudadanos que vincularon su nombre a los gloriosos fastos de esa dependencia, sino la biografía y el anecdotario de directores y jefes hasta el suyo inclusive. Pero jamás decía una palabra que permitiera recoger un hilo de la deshilachada vida privada del penate postal que desde su despacho manejaba dos terceras partes de la población administrativa.

En su pecho ostentaba cinco estrellas de plata, que en el lenguaje de la astrología burocrática señalaban una constelación de veinticinco años de servicios prestados con lealtad y honor. Era la pura verdad. Su reciente uniforme de ordenanza no podía ocultar el otro más humilde y meritorio de cartero, que tantos lustros como estrellas llevó, y es seguro que en los días secos y fríos añoraba su heroico pedestrismo y la libertad relativa de la calle.

Ahora estaba condenado a ser el centinela del funcionario más estupeiado de los que conservaba en los registros de su prodigiosa memoria. Era un cartero bien educado, con muchas lecturas y una innata sagacidad

que, por razones del oficio, en los últimos tiempos lo arrastraron al espiritismo y la grafología. Leyendo la dirección de los sobres, descifrando sus logogrifos y por sagrado respeto a las incógnitas misivas que conducían a través de sus manos inocentes la tragedia y la felicidad, dio en leer a Allan Kardec, Camilo Flammarion y Conan Doyle, y a estudiar a los hombres por su caligrafía. Puede afirmarse que habría hecho una carrera tan brillante como la de su jefe de no haber sido por las várices.

De la costumbre de verlo a él antes y después que al jefe, de ciertas analogías que no se podrían especificar con claridad y de otras indescifrables circunstancias, se asociaba uno al otro como si se tratara de dos seres complementarios unidos por un mismo sino. Todo lo que había perdido de seso el uno lo había ganado el otro, de manera que podía llegarse a pensar que por medio del espiritismo u otra arte parecida trasegábase la cordura de arriba abajo. La cantidad de sensatez era la misma siempre, tomado el conjunto del binomio, pero repartida cada vez con menos equidad. Para restablecer el equilibrio, y a semejanza del tullido y el ciego que se valían mutuamente, el jefe consultaba los asuntos difíciles con el subalterno y el subalterno salvaba al superior de las entrevistas reveladoras aquellos días que estaba de atar.

En ocasión de celebrarse el Día del Cartero, encomendáronle un discurso de rúbrica. El jefe llamó al ordenanza y le mandó que lo sacara también en esa oportunidad del aprieto. Éste hizo lo que pudo, coordinando algunos pasajes de su memoria con ideas que se le iban ocurriendo, no muy dentro del estilo administrativo, aunque tampoco en la prosa vulgar. Retocaron, suprimieron y agregaron hasta que por fin el discurso quedó en condiciones de pasar a papel de oficio, bien que con una dualidad de forma que es, por otra parte, característica de las piezas oratorias fiscales, compuestas siempre a dos o a cuatro manos.

En vísperas de la fecha señalada, entre Navidad y Año Nuevo, al jefe se le ocurrió emprender una gira de inspección (en automóvil) por el interior, y el discurso, cuyo texto íntegro se transcribe, no se pronunció ni publicó.

«Excelentísimo, etcétera:

»Recordemos que los orígenes del Correo arrancan de los tiempos inmemoriales de los incas y los aztecas y que los chasquis fueron los portadores de las primeras comunicaciones escritas en el Continente. Debemos considerarlos como los antepasados del cartero de las edades

contemporáneas, que encarnan en nuevas formas siguiendo las conocidas leyes de la metempsicosis. Esto debe ser considerado como un precedente para el caso, tanto más cuanto que el chasqui llevaba mensajes consistentes en quipus, antes de que se difundiera el uso de la escritura cursiva que tanto ha contribuido al conocimiento del carácter y las inclinaciones del hombre.

»Ahora bien: el cartero, cuyo día celebramos hoy, sigue siendo un infatigable elemento de orden y disciplina en la sociedad, a quien la Providencia señala su ruta cada día para el bien y la concordia de todos los seres, respectivamente.

»Visto que tanto para el comercio como para los afectos más íntimos, el cartero es apreciado por todas las naciones, y considerando que a este respecto el vínculo que une a los seres más distantes como astros, planetas y satélites en el piélago sideral, se debe a la escritura epistolar, debemos considerar a este humilde si que también honrado servidor del Estado como pilar del progreso.

»Aprovechando la presencia del Excmo. Señor Ministro, que vela por los intereses de la repartición y de su personal, no es posible omitir que ese progreso parte de las esferas superiores y llega a los destinatarios por manos del cartero para que, fecho, vuelva a la procedencia a sus demás efectos.

»No debemos olvidar el nombre de don Melchor de Albin, de don Baltasar Ángulo y de don Gaspar de la Tapa, primer administrador, primer escribiente de 5ª y primer clasificador de 9ª, respectivamente, porque con la luminosa magia de su nombre se destacan en la historia, pues los tres llevaron el oro, el incienso y la mirra, conforme se ha dicho, al altar del nuevo y patriótico afán en pro del mejoramiento de los servicios.

»El 14 de abril de 1812 quedó incorporado a las prácticas del reparto de la correspondencia el nuevo reglamento de los uniformados de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Fecha gloriosa para la Nación y la repartición, respectivamente.

»El cartero que bajo el sol y la lluvia prosigue impertérrito, luchando con denuesto contra las inclemencias del cosmos, con sus pies llagados y sus piernas inflamadas, lleva a los hogares distantes el mensaje del amor maternal y conforme al bien y la concordia de que ya se trató a fs. 2 vta.

»Ahora bien: siguiendo lo expuesto, al cartero le está prohibido violar, sustraer, alterar la dirección, dejar olvidada o devolver indebidamente

la correspondencia de carácter actual y personal, que debe considerarse un delito, como lo establece la Ley 813 y el artículo 6º, inciso b) del Reglamento correspondiente. Para él es un deber sagrado el cumplimiento de esos preceptos legales y administrativos.

»Por lo tanto, en el día de hoy debemos recordar con patriótico orgullo al numen tutelar de nuestra administración: al general don Domingo French, primer cartero de Buenos Aires, creador con Beruti de los colores de nuestra enseña, prócer de la Emancipación y héroe de las jornadas de la Independencia, respectivamente. Él llevó con honor ambos uniformes, y obtuvo gloria que nos alcanza a nosotros.

»Son también deberes del cartero el aliño personal, la no concurrencia a lugares de dudosa moralidad, comités y reuniones políticas, y mucho más todavía no repartir escarapelas o banderitas como se le obligaba en las épocas nefastas y que el karma siempre alerta ha borrado de los archivos de nuestra historia.

»El deber del cartero es afrontar los rigores de la intemperancia, como se indicó precedentemente, pues su función es al aire libre, y la atmósfera es el lugar de residencia de los latentes enemigos de la humanidad, como lo sabe la Superioridad.

»Mensaje y carta contienen lo único eterno y verdadero de la sabiduría antigua, desde los incas y aztecas hasta los tiempos contemporáneos. Los libros más profundos del cosmos y el espíritu están escritos en forma de cartas y contienen mensajes inmortales.

»Camaradas y subalternos: Aquí veis, en este majestuoso Hall del Palacio, la estatua simbólica del cartero, que con su cuerpo de bronce avanza contra el granizo y los rayos del sol, llevando los mensajes y cartas de ultramar y del interior. He ahí el símbolo de la paz y el progreso: el cartero. Depositemos a sus pies estas rosas frescas.»

El chofer

Júzguese al chofer como el producto genuino de esa civilización maquinista cuyo símbolo viviente es la ciudad. Es un técnico sin técnica que tiene a su disposición un mecanismo de los más extraordinarios que el hombre inventó: casi un ser viviente por la regularidad de su funciona-

miento e instantánea obediencia; casi un ser inteligente por las rectificaciones que le hace al conductor que yerra en demasía. No se equivoca nunca y sabe detenerse, como la mula, cuando se lo quiere hacer funcionar contra su lógica interior.

De todas las máquinas, el automóvil es aquella de la que no se percibe que sea distinta del conductor, en comparación de la cual el mismo reloj de bolsillo resulta un accesorio autónomo, absolutista. En realidad, el automóvil es un aparato ortopédico del conductor. La identificación de uno y otro llega a ser tan perfecta como la del jinete y su cabalgadura. Pero el chofer no es un hombre de hoy, sino antiguo, y la máquina como tal le es completamente desconocida. La ignora más que el gaucho la anatomía y fisiología del caballo. La usa de manera tan insensata como el automóvil y el caballo usarían al chofer y al jinete. Carece el chofer de muchas cualidades urbanas, y el ejercicio de su profesión le va deformando de tal manera el carácter, que llega a ser un instrumento de los más hostiles para la población. Vindica una secreta humillación de todo servidor público. En cierto modo no es un siervo, porque circula en libertad y aun tiene opción de servir o no y de hacer que el viaje resulte una comodidad o una mortificación. Dispone del cliente y lleva una gran ventaja sobre el peatón, colocado en la necesidad de usarse a sí mismo para la marcha, y en inferioridad de condiciones con respecto a aquél, que es conducido y obedecido lo mismo que el viandante, y sin fatiga, por el pensamiento que le baja de la cabeza a los pies. En unos ese fluido se llama volición y en otros nafta.

Todos los choferes forman una cofradía de unión señorial, porque es evidente que su gremio es el más solidario y extremo. Estén afiliados o no a cualquier secta de mutua protección, integran un género de la zoología humana tan coherente y estrecho como el de los mozos de café. No es que se reúnan y conspiren, es que la identidad de las funciones en su relación con el género humano visto como enemigo común y comanditario anónimo (puesto que en ambos el servicio es personal) crea una unidad de conciencia gremial y de táctica de defensa y vindicta que da a unos y otros fisonomía de parientes consanguíneos.

Implacablemente los choferes han derrotado al cochero, cuya derrota alcanza al coche, al indumento y a la bestia. No es sólo el triunfo de los caballos de explosión sobre los caballos de palpitación, del chofer

sobre el auriga; es el triunfo de una casta sobre otra. Actualmente sólo tienen primacía de alcurnia y dignidad en el desempeño de su oficio los cocheros de pompas fúnebres, que juntan en sí el orgullo del portero por la librea, de los choferes por la cantidad de caballos que manejan y de los altos funcionarios públicos por el empaque con que van en el lugar prominente de la carroza.

Naturalmente, entre el dueño de la ciudad y el dueño de la circulación hay una rivalidad manifiesta. Uno encarna el pasado y el otro el porvenir; uno cuida de que lo activo no se precipite sobre lo pasivo y el otro cuida de que el movimiento no cese, con lo que peligraría por embolia la circulación entera.

Superior al chofer es, entre nosotros, el mótorman del subte. No tiene que cuidar sino de sí mismo y le está permitida toda la velocidad. Le han sacado los peligros del camino. Es una flecha en pleno cielo, un potro en pleno campo, un impulso circulatorio envasado en su vena, la verdadera sangre material de la urbe. Pero lo representativo máximo del mótorman no dimana de su personal o profesional superioridad sobre el chofer, sino de que el subterráneo es el vehículo propio de la ciudad y de que el tubo por donde dispara está al mismo nivel de los sótanos, que son los edificios más antiguos que construyó el arquitecto cuadrúmano inventor de las ciudades.

El vigilante

Es inconcebible el desdén de Quevedo por los corchetes, alguaciles, notarios, abogados y demás encargados de hacer prevalecer la justicia y el orden entre los mortales. ¡Lindos los ha puesto en *Los sueños* y en dondequiera que se le aparecían!

No participo de ese desdén del gran satírico, aun cuando descendan los nuestros de hoy de aquellos del Madrid de antaño. Quevedo fue a dar con sus pies, que nacieron predestinados a la cárcel, a la torre de San Juan de Luz, y yo no quiero ocasionar ninguna molestia a los guardianes de la justicia y del orden, a quienes Dios guarde. Más bien les tengo entrañable simpatía, y lo declaro aquí por si este libro cayera o fuera llevado a sus manos. A los agentes del orden público los considero como los más esforzados

paladines del bienestar callejero y algo así como las víctimas sempiternas de nuestros excesos. Cumplen una misión providencial.

Hemos quedado convencidos, por el conato de probar esto en otro capítulo, de que toda la ciudad es una cárcel con presos tan dóciles que no necesitan del encierro individual, bastándoles saber, para quedarse conformes, que millones de otros están como él. Apenas se advierte ahora la relación íntima que existe entre la policía y la ciudad, porque una y otra han cambiado mucho, aunque hayan permanecido cada cual en su lugar. Adaptándose para no perder el significado, el vigilante ahora cuida de la vida de la ciudad, la circulación, como antes cuidaba la vida de los vecinos. Poco a poco dejó de servir a un amo para pasar al servicio de otro, y si antes se relacionaba con el orden humano ahora se relaciona con el desorden urbano. En lejanos tiempos los vigilantes vivían y era posible que nos comprendieran en nuestras tribulaciones. Se podía acercarse a ellos como a hombres, preguntarles, pedirles indicaciones y hasta consejos. Tenían algo de tutelar y bastaba verlos en la esquina para entrar de cabeza al sueño. Hoy se acerca uno a ellos como a un aparato automático que representa una institución y del cual puede salir una respuesta afable o dos rayos mortíferos. Sus movimientos se han automatizado también; son *robots* a los que hace funcionar el traqué de la urbe. En sus garitas sin paredes son semáforos del tráfico. Sus movimientos mecánicos están dirigidos por un centro motor que también pone en movimiento al tránsito. No se mueven como ellos quieren, sino como quieren los coches y peatones. Tienen movimientos reflejos de la ciudad. Llevaban en épocas remotas un largo sable cuya esgrima exigía una mano fuerte y un corazón grande. Jules Huret los vio así en 1910: «El gran número de automóviles y berlinas particulares que circulan por las vías contribuye a formar la atmósfera de lujo de una ciudad rica. La única nota local, típica, la dan los vigilantes o guardias de baja estatura y tez achocolatada, de indios mestizos uniformados a la inglesa, todo de negro, incluso el casco, *carrick* negro también con botones de metal blanco. Se hallan siempre en medio de la calle, visibles y atentos siempre y bastante amables para los extranjeros que se dirigen a ellos». Ahora han crecido ellos por empequeñecimiento del sable, y el metal se les ha convertido en madera. Tampoco se les designa por los botones que distinguen hoy a los guardianes de las puertas de las confiterías y grandes tiendas. Están derrotados. En realidad, perdieron

su señorío. Como instrumento mecánico de la circulación, el vigilante no es un tipo representativo de la vida de la ciudad, sino el centinela de la ciudad, con una vara que es como batuta más bien que cetro.

Ya no es la ciudad una cárcel, sino una máquina. No interesa lo que hay de estático en ella, sino lo que hay de acción y movimiento. Aun la casa ha dejado de ser una celda para convertirse en un órgano viviente de habitar. La casa funciona con la luz, el aire y la colaboración que presta a la satisfacción de vivir del huésped, por el confort. Por lo que el vigilante viene a ser el tipo representativo de una máquina urbana que vive, como por la sangre el ser viviente, por la circulación y el tránsito.

El correlato del vigilante es el chofer. Éste es un tipo representativo de la civilización actual, según Keyserling. Lo es porque representa a la ciudad actual mucho mejor que el vigilante, que sigue siendo, en comparación de él, el representante de la ciudad antigua.

El poeta

Al fin, Buenos Aires no tiene su poeta ni su poema. Ni Whitman ni *Las flores del mal*. En cambio, la Pampa tiene su *Martín Fierro*.

Los cantores de Buenos Aires no han encontrado más que los temas en que la ciudad se relaciona con ellos. Han escrito algo así como versos de amor en que ellos son el amante y Buenos Aires la amada. Se han puesto la ciudad como guirnalda en las sienes y no hay un solo poema en que se sienta la vida de la ciudad irrumpir en la voz del cantor.

Sin embargo Buenos Aires ofrece material tan importante como el que Hugo, Dickens o Balzac encontraron a mano para componer sus extraordinarios frescos donde la ciudad vive y habla, sufre y ansía. No falta la ciudad, sino el poeta. Y es porque Buenos Aires es destructora de poesía y no creadora. Podemos esperar veinte siglos a nuestros maestros cantores mientras los albañiles y los munícipes sueñan en Babilonias de ladrillos y en digestos necropolitanos. Ningún gran escritor ni poeta ha nacido en Buenos Aires, en lo cual se parece a Roma. Les da el pretexto para su obra; ninguno se ha formado en sus colegios ni en sus calles. Han venido hechos, con la poesía nativa en el alma, como el pájaro se lleva de la selva el canto y el plumaje, y han escrito aquí, en la jaula.

La matriz de Buenos Aires está fatigada de crear grandeza, movimiento, adelantos, prosperidad; no cultura, ni poesía, ni música, ni pintura. En cambio, como Roma, puede hacer que el talento del muchacho de provincias, nacido y criado en contacto con la naturaleza bajo su grandioso y luminoso cielo, sobre su grandiosa y luminosa tierra, alcance su máximo poderío en su amargura y desaliento. Como el vendedor de pájaros no puede fabricar un pájaro canoro, pero puede hacer que alcance la suprema gallardía del canto. Para lo cual tiene que arrancarle los ojos.

Si Buenos Aires hubiera seguido siendo la Atenas del Plata, habría perfeccionado sus dos ensayos frustrados en Florencio Balcarce y en Juan Cruz Varela. A la Atenas del Río de la Plata, sus correlativos a la misma escala. Mejor que ellos representó a la seudo-Atenas Carlos Guido y Spano, gréculo y guaranículo insigne. Era argentino hasta la muerte, porque había nacido en Buenos Aires. Desafió los desaires con que lo trató la suerte y otras muchas objeciones críticas, en su calidad de porteño legítimo.

Este venerable anciano vivió tanto como Sófocles y escribió tan bien como Matusalén. Fue un hermoso ejemplo de longevidad. Tuvo la ventaja de que nadie lo acusara, como a Sófocles, de imbecilidad senil, por lo que tampoco necesitó él probar ante los Tribunales que no era eso, en cuyo trance, en cambio, se vino a encontrar el más grande de los novelistas porteños. Guido y Spano soportó con el mismo estoicismo que los desaires de la suerte, la gloria de patriarca que rodeó como una aureola su cándida senectud. En la caoba del respaldo de su lecho donde incubó sus mejores poesías, destacábase su testa de viejo cacique helénico.

Todos los años iban a su domicilio, en religiosa peregrinación, los niños de las escuelas, con banderas y laureles, y se llegaban hasta su níveo lecho. Depositaban en sus níveas sienes las ofrendas y él agradecía en versos blancos. Toda la ingenuidad del pasado y toda la suspicacia del presente se agrupaban en torno de su lecho, donde permanecía él postrado, en lo cual se parecía también a Heine.

Hay en la historia de este patriarca porteño páginas sublimes. Cuando la fiebre amarilla, el poeta se comportó como un santo por la inmensidad de su alma generosa y la sublimidad de su sacrificio. Entretanto huían todos de la ciudad pestilente, él quedó. Con sus manos consagradas por el uso de la lira ayudaba de noche a sepultar los muertos que los mismos deudos abandonaban con horror.

También escribió algunos versos buenos. La posteridad despiadada olvida su humanitario heroísmo y sólo recuerda de él sus composiciones y sus actitudes más ridículas. Lo contempla desafiando a la muerte en su tumba de lana y no al borde de las sepulturas, con la pala. En las fotografías que publicaban las revistas todos los años en el aniversario de su natalicio, se ve que ni siquiera tuvo el fotógrafo el respeto de retirar el trasto inseparable de su postración. Se comprende sin réplicas que no creían los fotógrafos en la inmortalidad del poeta, que casi fue inmortal de verdad, ni en la de su obra, ni en la de su propio arte fotográfico. Al cabo de los siglos, lo imaginarán los niños destilando gota a gota sus endecasílabos, o preludiando en la lira su nenia guaraní. Con nadie se ha ensañado como con él la gloria; con él, hijo de Buenos Aires, argentino hasta la muerte.

Por muchos siglos Buenos Aires no encontrará otro que quiera ser su poeta predilecto.

El tilingo

La variedad psicológica del tilingo se acentúa en el varón. La mujer disimula mejor esa conformación deficiente de la psique a que se refiere tal denominación, porque dispone de muchos recursos naturales para sublimar sus imperfecciones.

Pero el tilingo varón, el tilingo propiamente dicho, declara categóricamente en cada uno de sus actos, gestos y palabras, que pertenece a una clase privilegiada, para la que el complicado sentido de las cosas se simplifica y reduce a notas sin trascendencia, porque vive en cierto constante estado de beatitud que nada perturba ni malea.

Para definir al tilingo hay que valerse de imágenes, reconstituyéndolo mediante símbolos, pues la fotografía y el calco literal de sus rasgos nos dan un tipo correcto, común, casi digno de las condecoraciones oficiales y de las palmas académicas.

Por desdicha, todos hemos encontrado repetidas veces, en el intercambio de las relaciones sociales, algunos de estos curiosos ejemplares de la estirpe humana; circunstancia que nos permite entendernos acerca de sus dotes genéricas sin necesidad de que le describamos en su aspecto externo.

Cuando mucho, se le distinguirá por la flor en el ojal de la solapa; por el glaseado especular de sus uñas; por la medallita de su reloj pulsera o por la corbata más en su sitio que el esternón en el suyo. Nada, en fin. Pero el tilingo está adentro, y lo externo apenas trasunta la personalidad, aunque tampoco la contradiga.

En todos los países civilizados coexiste la variedad. No obstante, la palabra tilingo, con la irisación que toma dentro de nuestra nomenclatura de lo inefable –también guarango, taita, macaneador, cabulista, otario, etc.–, sobrepasa toda acepción analógica y requiere un estudio, un ensayo o una novela para explicarla. Entonces cualquier lector de cualquier país se encontraría, acaso, con un espécimen conocido, salvo el matiz local. Porque el tilingo tiene carta de ciudadanía universal; su prosapia es muy rancia, su *habitat* muy dilatado y las influencias del medio sobre él casi nulas.

Las grandes ciudades es la zona geográfica en que abunda, y dentro de las grandes ciudades, especialmente, prospera en aquellos sitios donde se cultiva artificialmente la vida de relación. Viene a ser parásito, por decirlo así, de los estados de cultura con grietas, en cuyas quebrajas sabe acomodarse. Es muy raro encontrarlo en el estado rústico, y no sé si el necio puede ser considerado como la variante silvestre del tilingo urbano. Pues el necio se da también entre los tipos del cultivo social, aunque revista siempre características de zafio montaraz.

Por tilingo, en fin, entendemos una clase de personas que se ha detenido a la mitad de su desarrollo, creyendo haber alcanzado la estatura media; especie de enano privado del sentido de las medidas de altura. Hombre de dos dimensiones, cuyo interior es también una superficie, como en las láminas anatómicas, vive y actúa sin malicia ni pensamientos ocultos; su escepticismo no afecta a su credulidad, y aun en sus momentos más inspirados y certeros, parece inoportuno y enterado a medias de la materia en debate.

Existe según un reloj que retrasa algunos minutos de la hora meridiana y habita en la planta baja, desde donde ve a su nivel los sucesos de la calle. Servicial, de cierta glucosuria ética que almibara su vida y su obra con un resabio de la edad infantil, anacrónico con su barba rasurada hasta lo azul de la raíz. Se teme, en su presencia, herir recónditos órganos de la pulcritud moral, pero en realidad no se sonroja ni se irrita, más allá del bien y del mal.

Organiza fiestas a la poesía y declama, sin que tenga necesidad de afiliarse al género neutro que pendula en la zona equívoca de la sexualidad. Conoce la genealogía de los próceres, el abolengo de los apellidos y, con idéntica santa simplicidad, las anécdotas ingenuas o perversas de todos sus amigos. Posee una memoria infalible para los onomásticos y los obituarios. Delata el camarada con intención de favorecerlo, con tal candor, que siempre se acaba dándole las gracias; divulga secretos de cuya trascendencia no se percata, e interpreta sueños. Necio cuando se cree aludido, perdona pronto y con naturalidad, porque también ése es su fuerte. Conoce el lenguaje de las flores, los horóscopos y las piedras preciosas que les corresponden; ensalza el amor platónico y la pintura cubista. Está al tanto de las informaciones sobre novedades de la ciencia y del deporte. Piensa como una resultante del pensamiento global de todo el mundo, resolviendo los problemas de cualquier laya por el método del sentido común. Puede hablar de lo prohibido sin ofender e incita a la confidencia con una sonrisa que le baja desde sus ángeles custodios.

Ante él la franqueza y el pudor son posturas, ya que todo él es un estado natural. No omite saber quién muere ni quién se casa. Su pésame es el primero que llega al deudo, por la misma razón que su despedida es la última en las tertulias donde está de más. Sabe cantar; conoce algo de filatelia y a veces desconcierta por la puerilidad con que defiende las modas pretéritas, contrastándolas con las doctrinas sociales en auge. Si de un día para otro cambia de opinión, lo hace con un antiguo convencimiento, que persuade como si por fin hubiera encontrado las ideas que le quedan de medida.

Tiene, frente a la vida, la técnica torpe, daltoniana, de un mal jugador de ajedrez ante una posición clara. Desafina y yerra por norma, de modo que, siendo falso su sistema y lógico su método de desarrollo, no sabe uno si atribuirlo al clima o a la Providencia.

Es de una idiotez disimulada y hasta suele lograr fama de talentoso, de elocuente, de cortés, de crítico literario y musical, con el inconveniente de que el músico lo alaba como poeta y el mundano, como probo, etc.

Sería un hombre interesante en un mundo que no valiera la pena de ser habitado, ciudadano honorario en un pueblo donde la gente se saludara quitándose el sombrero, animador en un club de convalecientes.

Admira sin reservas o desdeña entero; mas en el fondo es indiferente.

Esos sentimientos resbalan por un epitelio amortiguador de sus sentidos. Es un hombre cuya piel parece un guante en que se hubiera enfundado desde chico, y de eso resulta que tiene una sensibilidad con sordina, pasiones que andan de puntillas, oídos con cataratas acústicas, ojos con párpados transparentes, vitalidad delicadamente cloroformada. Es un bemol.

Cuidadores de coches

Si nos viéramos obligados a admitir que el barrendero es un *phtirius* del caballo, replicaríamos en seguida que entonces el cuidador de autos es un hongo de la carrocería.

El plumero y la gamuza reemplazan a la pala y el cepillo. La vigilancia de los coches tiene un acentuado carácter de trabajo casero realizado al aire libre, y es de imaginar la perplejidad de este portero de casitas de juguete a quien se le van los inquilinos dentro. Pero, en resumen, lo que les importa a los cuidadores de coches es el espacio y no el cuerpo que lo ocupa. Él tiene dividido *in mente* el vacío de que dispone, de modo que cuando los autos van llegando trata de colocarlos en las casillas de su cabeza. Nada tiene esto que ver con la ciudad ni con el tráfico; precisamente él es el guardián de un garage sin puertas ni paredes ni techo situado en una zona neutral. Lo que alquila el cuidador es un trozo de pavimento con su caja de nada correspondiente y que pertenece al municipio. A eso vino a quedar reducida la enfiteusis de Rivadavia. En el momento de arribar el coche comienzan sus funciones, consistentes en indicar por señales, ademanes y visajes que parecen actuar directamente sobre el volante y el acelerador, según la acción a distancia de los hipnotizadores. El conductor está durante esos instantes a sus órdenes, sea gerente de Banco, de casa cerealista o magistrado. Utiliza un código de señales que tampoco existe y que es interpretado de inmediato automáticamente por el conductor, que mirándolo a él ve como en un espejo lo que tiene detrás y a los costados. Acciona en un automóvil imaginario que maneja con el cuerpo, los brazos, las manos, la fisonomía, con un enorme volante al que para virar se le da vueltas como a la manivela de un organillo. Un loco, por ejemplo, reproduciría esos ademanes y mímicas si tuviera que

obligar a un automóvil a meterse en su lugar sin hablarle. Y si el mismo cuidador, con su delantal de dril celestial, sus mangas blancas, su plumero y su gamuza se pusiera a trabajar antes de llegar los automóviles, sería tomado por loco; igual cosa le ocurriría al violinista que se ejercitara sin arco ni violín; o a la tejedora sin hilo ni agujas. Lo que quiere decir que el loco es aquel ejecutante a quien le falta el instrumento que debiera colocarse entre sus gestos y algo que quiere hacer funcionar. Las gesticulaciones y señas del cuidador no van, en realidad, dirigidas al que maneja, sino al cuerpo externo del automóvil, sin que le interese tampoco lo que ocurre en el interior de la carrocería. Para él el automóvil es en primer término los guardabarros, y su maestría está en que se ciña bien al agujero que él tiene de antemano en sus ideas. Su mortificación mayor es que entre al sesgo, como esos pasajeros del ómnibus que sólo le dejan al vecino un rincón de forma irregular para que apoye un ilíaco. El cuidador ama la rectitud y la equidad. Cuando tiene una fila completa de automóviles bien alineados, pasea frente a ellos con el orgullo de un teniente de caballería que apenas ve luz entre un estribo y otro. La mirada del cuidador calcula del buen orden de su tropa por los estribos. También se ufana cuando pasa por detrás de los coches y los ve que apoyan las dos cubiertas en el cordón de la acera, ni mucho ni poco, así como si el cordón les sirviera de calce. Una fila desapareja, con coches mal puestos (como suele verse los lunes por la mañana), con desperdicios triangulares de espacio entre ellos, con ruedas delanteras torcidas como para salir atropellando al vecino, echa sobre el cuidador un baldón que tiene que herirlo por poco pundonoroso que sea. La inhabilidad del conductor recae sobre el decoro y la responsabilidad profesionales del cuidador, que está ahí, precisamente, para que se cumplan las leyes del racional parcelamiento del espacio, que es uno de los preceptos del decálogo de estos póstumos practicantes de la enfiteusis.

Barrenderos

De los individuos parasitarios de la urbe, aquellos que viven sobre o en su piel (cuidadores de autos, jardineros, vigilantes, carteros, vendedores ambulantes, mensajeros, repartidores, lustrabotas, canillitas, cobradores,

choferes, cambistas de tranvías, operarios de reparación de cables eléctricos y de tubos de desagües, sepultureros), el barrendero pertenece a un pasado ni muy lejano ni muy próximo; está situado en el deslinde de dos épocas. Sobreviviente aún, puede considerársele el más anacrónico de los habitantes de la piel de la ciudad, el último representante de una especie en vías de extinción, que desaparecerá cuando el caballo sea desplazado definitivamente. El desplazamiento total del caballo será un acto cruel, como la demolición de los edificios que evocan el pasado; a nadie le gusta en Buenos Aires que mencionen la vaca y el caballo. Algún automovilista hizo mugir por las calles un claxon que imitaba el cartilaginoso lamento de la vaca, y a nadie le hizo gracia. Como también hay contra el caballo un complejo histórico muy agudo, el barrendero no sobrevivirá a los embates de la piqueta municipal. Su destino está ligado al del caballo, y aun a la muerte seguirá tras él. Jinete y barrendero representan la grandeza y la miseria de la equitación.

El más humilde de los que viven del presupuesto de la Comuna está propenso a la muerte súbita que padecieron ya los faroleros, también laciantes casi impersonales del presupuesto. ¡Humildísimos y respetabilísimos benefactores de la urbe, obreros de su salubridad y pulcritud! Estos anónimos héroes, fichados con un número en la partida global, merecen gran parte de la fama de Buenos Aires; ellos realizan la penosa tarea de arrancarle los estigmas del pasado, y la gloria se la llevan los concejales que la embadurnan. No forman gremio, ni tienen oradores, ni caudillos que quieran ir en su representación a ocupar un sitio en el Concejo.

Al amanecer congregábanse en los corralones municipales en busca de sus adminículos, silenciosos, abatidos, con su uniforme azul, camisas pardas, borceguíes de fajina, pipas o cigarros de masticar (de cuerda, les llaman), dispuestos al asalto de sus posiciones. Representaban el peldaño ínfimo de esa escala de Jacob del estamento comunal que asciende hasta la Intendencia. Del corralón pasaban a la tarea de asear las calles. A medida que iban suprimiéndose estos puestos de parásitos antisépticos de la ciudad, se iban creando otros de parásitos del presupuesto, cuyo precio es, aproximadamente, de dos barrenderos por cada burócrata. Es como decir que los parásitos de la piel se convirtieron en parásitos intestinales.

Con los años reaparecieron en cuerpos motorizados, vástagos de aquellos infantes de bigote, cejas y corte de pelo a lo Humberto, en for-

ma de triple cepillo. En el pescante de los gigantescos triciclos, parecidos a tanques en miniatura, nuestras tropas de asalto guían cepillos dobles que giran en sentido inverso al de la marcha. Unos tras otros desfilan al cerrarse las salas de espectáculos, acompañando los carros de riego. He ahí el cambio de los tiempos y las costumbres. Los barrenderos que aún quedan han pasado al servicio doméstico de los pocos caballos que todavía se emplean en vehículos oprobiosos.

También van en vía regresiva las máscaras de la propaganda comercial, que eran los únicos seres que solían platicar con ellos en plena calle. Porque a los barrenderos nadie les dirigía la palabra, ni en casos de apremio. Era preferible equivocarse de tranvía que preguntarles una dirección. Cargaban con la responsabilidad del olor cívico. Durante sus largas horas de plantón los hombres sándwiches dialogaban con ellos, y también aquellos enmascarados de tiendas y bazares que en verano iban disfrazados de Santa Claus y en invierno de pelotaris para llamar la atención. Había otros de mayor investidura (antes de 1918): Emperadores y reyes con corona de cartón, cetro de cartón piedra y estandarte con aviso. Eran, el emperador y el barrendero, los grandes señores de las calles y se hablaban de igual a igual, de península a península. En las esquinas solíaseles ver: uno arrogante, con su barba hospitalaria, y el otro con su cepillo a manera de tridente, Agamenón y Neptuno. En aquellas edades mitológicas reproducían el coloquio homérico, indiferentes al menudo hervor de los pigmeos efímeros.

A las dos de la tarde, un día de enero y con barba de lana, hopalanda y corona, un rey no puede abrigar sentimientos de indulgencia para la humanidad plebeya. Ni un barrendero de facción en un sector de ocho cuerdas por donde ha pasado un gran personaje con su escolta puede sentir veneración por la monarquía. El diálogo aquella vez no tuvo nada digno de la epopeya. Con el cepillo, el barrendero destruyó la corona y tendió al rey a todo lo largo de su cuerpo inmortal. El estandarte cayó sobre su pecho: «El rey de los reyes. Contra el dolor de cabeza».

Canillitas

Con agilidad simiesca, trepan y se descuelgan de los ómnibus y tranvías a toda velocidad. Debajo del brazo llevan la mercancía con que se ganan

el pan, como los otros chicos llevan la cartera escolar. Sin embargo, nada más distinto que una y otra carga. La escuela cruel de la vida tiene abiertas las puertas y las aulas día y noche.

Atruenan con su pregón, al que suelen agregar frases alusivas o picarescas. Los proveedores mayoristas les indican si hay alguna noticia sensacional, y ellos la pregonan, pero la ignoran. Ignoran todo lo que hacen, e inclusive por qué y para qué. Como si jugaran, pero no es juego; como si estuvieran libres a semejanza de los gorriones, pero no están libres; no roban el pan, que bien caro pagan.

Su voz es la voz de la ciudad, la voz callejera de los diarios y revistas, equivalente a los títulos que llevan impresos bajo el brazo. Proveedores volantes, pues ni alcanzan a serlo a domicilio; en el camino, mientras andamos, venden su mercancía. Lo que para nosotros es movimiento, para ellos es un punto quieto, porque van arrastrados por el sistema circulatorio, como partículas insignificantes.

Permanecen ajenos al mundo, aunque propagan los ritmos de su vida y el mundo permanece ajeno a ellos. Todos los días cambia el mundo y todos los días ellos conducen las rectificaciones y modificaciones que el tiempo produce en los hechos, cual si fuera la misma carga de años atrás. El movimiento, la vida, los dramas y descubrimientos, las epidemias, guerras y terremotos, todas las palpitaciones de las sociedades y de los países pasan bajo su brazo como pasaron por el cable.

Cuando también alguno de ellos entra al diario que venden, a ocupar algunas líneas en las páginas que ellos reparten y no leen, tampoco lo saben. Su brazo descansa, porque entonces para ellos la escuela tan amarga y cruel adonde iban con sus papeles a estudiar y comprender la vida, ha cerrado sus puertas.

Jus, o la divinidad hidrostática

Hace muchos años, cuando todavía el Cabildo ostentaba su esbelta y bizarra torre, en ella lucía la palabra «JUSTICIA». Un rayo cayó sobre la torre y arrancó la palabra de raíz, pues precisamente suprimió la sílaba «JUS». Desde entonces nunca más ha merecido la Justicia el castigo de Zeus, señor del rayo, de la injusticia y de la perfidia.

A partir de aquel episodio, que fue una especie de sacrilegio al revés, se buscó poner las tablas de la ley al amparo de la cólera de los cielos. Se proyectó un edificio invulnerable a los rayos, refractario a todo fuego, sagrario del Derecho imperecedero. Muchísimos años transcurrieron desde entonces hasta que se elevara, macizo, inexpugnable, el Tabernáculo de los Códigos.

Uno de los edificios más conformes con el alma de la ciudad, y de todos el más parecido al antiguo Fuerte, es el Palacio de Justicia. Mientras se lo construía permaneció siendo un enigma para muchos, pues no se sabía si al final de su lenta construcción resultaría una mastaba egipcia, una fortaleza romana o un laberinto, sin que nadie incurriera, empero, en el error de suponerlo una mole a prueba de rayos.

Era a la sazón uno de los más grandes edificios públicos y dio también origen a uno de los mayores escándalos de los muchos que se han ventilado en el Congreso, porque la empresa constructora y el Gobierno discreparon en la interpretación de algunas cláusulas del contrato, y, naturalmente, eligieron el camino del pleito. Nació, pues, bajo los auspicios de Eris y Themis, el Parlamento lo patrocinó y empezó su historia bajo óptimos augurios.

Para testimonio de que toda obra humana es imperfecta en relación con las obras divinas, particularmente cuando atañe al derecho y las leyes, se lo abandonó sin miras de concluirse durante muchos años, como aconteció con el Congreso y la Facultad de Derecho. La Facultad de Derecho gótica, el Palacio de Justicia egipcio y el Congreso capitalino quedaron inconclusos, como la Sinfonía de Schubert, sin que por eso desmerezcan en nada. El tiempo que les falta los hace todavía más graciosos y solemnes. Cada uno de los tres representa una civilización. El Buenos Aires de Garay se llamó de la «Santísima Trinidad».

Si el Congreso es romántico por su arquitectura y por la grandeza moral de los padres de la patria; si el edificio de la Facultad de Derecho es eclesiástico por su estilo sonoro de órgano catedralicio y además porque está desollado como San Bartolomé, el Palacio de Justicia es faraónico y efluye un fluido multisecular y cuasi cósmico que concierta las cosas terrestres con las leyes supremas. De sus recintos y corredores se adhiere a uno la humedad del origen de las instituciones. Se siente en la piel que la ley es fría, desapasionada, intemporal, automática. El palacio donde

vive la Ley es un tímpano; así es el templo de la Ley de ojos vendados en el perpetuo punto muerto de su balanza. No encontraréis gente cerca de las paredes, porque helarían su médula y congelarían su corazón. Por momentos se teme que las aves negras sean efectivamente murciélagos que anidan en los artesones y que de pronto pueden echarse a volar difundiendo un aire glacial con sus alas.

La única vez que he visto a un hombre en el acto de suicidarse, ha sido en la Plaza Lavalle. Salía del Palacio de Justicia y se mató fríamente. Era un hombre de cuarenta años, más o menos. Desde hacía mucho tiempo se había visto envuelto en una litis que empezó en un común juicio de desalojo y concluyó en un juicio de reivindicación de propiedad. No puede decirse si el litigante tuvo al principio ni durante el proceso de metamorfosis de su pleito, idea de lo que ocurría. Lo que sucedió fue, en efecto, una metamorfosis. Se le incubó la ruina lentamente como un mal de su organismo contraído por sus antepasados. Es posible que haya sucumbido al peso fatídico del fárrago del procedimiento judicial más bien que a la catástrofe que significaba para él, infaliblemente, la pérdida de una casa heredada del padre.

He pensado muchas veces si además de la justicia no coexiste con ella, parasitariamente, por decirlo así, una ley de herencia mediante la cual las cosas vuelven, al cabo del tiempo y desaparecida la causa de la transitoria perturbación, a su equilibrio y nivel naturales. Entonces el juez y la ley representarían papeles pasivos y de agentes estabilizadores, cumpliéndose la justicia por sí misma, que es lo que sin duda le aconteció al suicida a quien me refiero. Probablemente tampoco supo él cómo un intruso que no le pagaba los alquileres podía, al fin del proceso de la metamorfosis, quedarse con la casa. Hasta llegó a perder el sentido de su pleito y a sufrir atolondramientos que las divinidades del derecho hidrostático parecía que le pusieran en los sesos para perderlo y volver las cosas a su nivel. Cada día surgían nuevos testigos con nuevas pruebas, sin que llegara a saber si se trataba de los mismos o de otros, si efectivamente estaban enterados del asunto que él ignoraba cada día más o si sólo recibían instrucciones misteriosas y se limitaban a declarar conforme a la mejor manera de enredarlo en esos hilos invisibles y estrangulantes que lo arrasaron al suicidio. Yo tampoco lo comprendí, mientras tuve de los pleitos una idea profana y longitudinal, ignorando que un pleito es una incuba-

ción del dios del derecho en el cuerpo del litigante. Treinta años más tarde, cuando leí la novela de Kafka, *El proceso*, supe con evidencia irrefragable que aquel pobre hombre había sido víctima de lo que podríamos llamar la fuerza oculta (eterna y universal) de los procesos, y que había reaccionado con una intuición genial de que detrás de todo sencillo asunto judicial está funcionando la máquina cósmica de la justicia incomprensible para el lego, como si al transponer los umbrales del Palacio Misterioso saliera atado por un hilo de araña que, a medida que anda y vive, lo fuera envolviendo imperceptiblemente hasta concluir con él.

La muerte fue espectacular y sencilla. Eran ya las 5 de la tarde y en la plaza había paseantes, criaturas que jugaban, niños en sus cochecitos, niñeras, y también, en los bancos que constituyen su residencia habitual, los testigos que se pasan horas y horas como aves gemelas de las que habitan los artesones y cornisas. Ahí mismo, entre dos bancos con cuatro testigos profesionales en cada uno, el Desconocido sacó del bolsillo un revólver y se disparó un tiro en la sien. Pero, para su desgracia, esa vez también hizo las cosas tan desacertadamente que ninguno de los ocho testigos vio ni oyó lo que había pasado. Sólo se acercó a socorrerlo una nodriza que todavía empuñaba el biberón en una mano. Los ocho testigos desfilaron silenciosamente, cuatro por la izquierda y cuatro por la derecha, según los bancos en que estaban posados. Años más tarde se suicidó un anciano dentro de la Catedral, lo cual es cierto que no tiene nada que ver con aquella historia. En este caso se hicieron las abluciones rituales; pero como aquel otro desventurado se mató en la plaza, la justicia se contentó con que le hicieran la autopsia.

Sin embargo, en ese Templo de la Justicia reside la seguridad de todos los principios jurídicos de la sociedad, la sustancia inmortal incorruptible que la misma divinidad administra por medio de los magistrados. Cuando el hombre no cree ya en ninguna religión, aún sigue creyendo en la Justicia y hasta puede decirse que cuanto más cree en la Justicia menos cree en Dios. No porque se trate de divinidades exclusivas, sino, acaso, porque tiene necesidad de creer que hay algún poder que acierta cuando él yerra y que hasta lo que puede parecerle injusto participa de una justicia trascendental. Todo está, pues, en atribuir a uno u otra ese poder supremo que hemos aludido como de índole hidrostática. Pues parece inevitable, por similitud con las leyes físicas del Universo, que todo suce-

da con equidad; y quien crea que las fuerzas últimas son de azar, más que un ateo es un insensato. En tal sentido la divinidad monoteísta vendría a ser una hija descastada de la idea de justicia y el Dios bondadoso la negación de la Ley. Cristo fue considerado por los judíos como el destructor de la Ley. Lo que lleva a suponer que la idea de justicia es originariamente un viejo instinto de venganza.

Quién sabe por qué, el templo de esa divinidad hidrostática es frío y mortuorio. Esa frialdad de panteón, ¿proviene de que no ofician allí seres humanos sino instrumentos del Equilibrio? El juez deja que Dios hable por sus fallos, y lo que falta saber es si se complace íntimamente en el ejercicio de su profesión. A Marción, que fue considerado hereje, se le ocurrió decir que siendo Jehová «justo» no podía ser «bueno».

El culto de la justicia está muy arraigado en nosotros, pero debería averiguarse si creemos realmente en ella o sólo la tememos. El templo que le hemos construido no sugiere ningún fervor, sino más bien un meandro que infunde un vago temor de hospital y de cárcel, los otros lugares donde la justicia incomprensible incuba sus metamorfosis reparadoras del equilibrio universal. Se penetra en el Palacio por los halls y las galerías, y en los despachos se percibe un frío de inmovilidad del tiempo, como cuando se baja a una cripta. Es el frío de las viejas construcciones romanas que todavía nos hablan del derecho que hizo eterna a Roma precisamente después de suplantar la fe por la liturgia, el amor por la ley. El frío penetra hasta los huesos; ráfagas heladas atraviesan como espectros la atmósfera inmóvil de los halls, galerías y despachos. No es un hospital ni una cárcel, pero tiene la temperatura al mismo tiempo cálida y glacial de los hospitales y las cárceles. Enfermedades de la sociedad, plagas y dolencias epidémicas y específicas: la ambición, el odio, la abyección, conducen a los pacientes a ese inmenso edificio que tiene a la vez la solemnidad de los hipogeos y la humedad enfriada de las Termas. Cuantos males aquejan a los hombres que viven en sociedad a pesar de sus instintos, allí se ventilan, se exponen como en la camilla del médico y son tratados por la Ley. Incorruptibles, inalterables como los cirujanos, los jueces disciernen el galardón y la pena en esos despachos fríos, grandiosos, dentro de ese edificio inmenso y polar. Al salir, cualquier temperatura ambiente parece cordial, acogedora. Saliendo de allí, las calles han perdido su habitual agresividad y cada transeúnte se dijera que nos sonríe y que está

dispuesto a tendernos los brazos y a ofrecérsenos de testigo. Entonces se advierte que Buenos Aires es una ciudad hospitalaria y jovial.

Muchas veces me he preguntado si los optimistas serán los que salen de ese Palacio hacia la calle, y los pesimistas los que de la calle entran en ese Palacio.

Los testigos ocasionales pueden ser considerados como acólitos de aquella divinidad. Ni pesimistas, ni optimistas, son altruistas; especie de parteros socráticos que a su modo ayudan a que los fallos se den a luz. En la Plaza Lavalle tienen su área de existencia, y ahí están en espera de poder levantar algún testimonio verdadero y de decir la verdad, cuando ello convenga a los fines trascendentales. No tienen nada que ver con lo que ocurre en los estrados ni con las personas; ellos practican la veracidad por devoción. Son simplemente una clase ínfima de profesionales de quienes siempre alguien necesita y sin los cuales muchos fallos requerirían la intervención cesárea. Son los ministriles del Octavo Mandamiento, irresponsables también, en su pequeñez, como humildísimos instrumentos de la justicia hidrostática.

El llanto del cielo a nuestros pies

El río entraba en la ciudad, cuando las calles se internaban en el río. Transformábanse las calles en hondos cauces de desagüe, especie de enormes tubos descubiertos, no por el arrastre de las aguas, sino porque los vecinos sacaban de ellas la tierra que necesitaban para hacer ladrillos y construir las casas. Los hijos de aquellos rapaces, que edificaban con la tierra municipal, tiraron después la casa por la ventana, por una Ley de Compensación universal que Emerson explicaba a su manera, conforme a no sé qué hidrostática trascendental. Se hurtaba al municipio para la propiedad privada, y eso sin necesidad de recurrir a los tribunales. Puede imaginarse cómo la propiedad había de resarcir al municipio, por poco universal y verdadera que sea aquella ley hidráulica de la compensación.

Los huecos de las calles se rellenaron con basuras; la basura era fofa y de precaria consistencia; además, la basura que se entierra no sirve para fundar sobre ella nada firme ni duradero. No sólo las calles, sino institucio-

nes y personalidades han sufrido los mismos inconvenientes del pavimento, aunque una buena reputación es de mucho más aguante que el asfalto.

Posteriormente se pavimentaron las calles, sin duda para que sirvieran al tránsito y no para matar lapidariamente aquellos originarios desperdicios. Durante muchísimos años el problema de la pavimentación fue de los más graves en Buenos Aires. Algunas empresas de afirmados especularon con el subsuelo movedizo e hicieron su fortuna firme con pavimentos endebles, de duración menor que la de los ladrillos de las casas frontales. El pavimento comenzó a ceder en muchos puntos, lo cual en el lenguaje de la filosofía de Emerson era empezar la basura a tomarse el desquite y a querer ponerse por encima de la lápida. Poco a poco las calles se llenaron de baches, de grietas, de hondonadas, como si persistiera en ellas el atavismo de las huellas pampeanas. Se las pavimentó de nuevo y todavía estamos en esa tarea: tapando los desechos del pasado.

Otra venganza de la basura subterránea se ejerció sobre el sistema de desagües. Cuando las aguas corrían por la superficie lo hacían mucho mejor. Los constructores de las obras sanitarias desconocían el pretérito inmediato de la ciudad, ignoraban la cantidad de agua que cae del cielo y la cantidad de desperdicios que se eliminan por las cloacas.

La basura de los tubos se entendió con la del subsuelo y produjeron en mancomún el atascamiento de los caños. Barrios enteros quedaban inundados en seguida de arreciar los temporales. La lluvia colaboraba, con su terquedad habitual, en la tarea de la compensación universal, pues acaso es la máquina divina de restablecer el equilibrio de todas las cosas.

El agua quedaba borbollando en los sumideros y salía regurgitada de las bocas de tormenta como de la garganta de Caribdis. Aun semejan gárgolas de monstruos subterráneos. Grandes lagos y lagunas coadyuvan a la faena de las lluvias; de ahí que también llueva horizontalmente. Los vehículos, que corren más ligero cuanto más agua hay –pues éste es un deporte para muchos automovilistas–, aspergen lodo a las piernas de los transeúntes. Las baldosas y mosaicos de las veredas, casi siempre sueltos por solidaridad con la calzada, completan esos pediluvios y duchas de impresión. Escribió Gómez Carrillo: «Por la acera, verdadera vereda, marchamos a saltos sobre los charcos»... Y Guedalla: «Y aun cuando condescendía en llover verticalmente, lo hacía como nunca lo había visto en nuestra tierra, ya que algunas veces parecía brotar el agua debajo de los pies. Había al-

gunos defectos en el pavimento de aquella ciudad meridional, y la lluvia causaba la mayoría. Aparecieron lagos en calles elegantes; en el pavimento, frente a costosas mansiones del mejor estilo francés, se desarrollaban incómodas vertientes, semejantes a los sistemas complicados de las faldas alpinas; y los visitantes, al bajar de los coches, se hundían en el agua hasta la rodilla antes de que pudieran llegar al timbre de la puerta».

Guedalla no percibió más que lo de arriba. Lo que le hubiera costado trabajo explicarse es por qué las calles están mucho mejor cuidadas y en mejor estado que las veredas, en lo que Gómez Carrillo estaría de acuerdo. Las aceras son para el tránsito del peatón, y el peatón ha sido siempre un ente extraño en la capital. Recuérdese que es una ciudad hecha para caballeros. Samuel Haigh observó que «la mayoría de los naturales andaban a caballo», y Hudson atribuía su cansancio al hecho de ir a pie, siendo lo corriente cabalgar. El auto, que reemplazó al caballo, sigue siendo la cabalgadura natural del porteño.

En los días de lluvia llueve en todos los sentidos, de acuerdo con la arquitectura: desde el cielo, desde la calle y desde los balcones, de modo que se llega a casa con los pantalones húmedos y desplanchados, como si se bajara de un caballo montado en pelo. Lo más porteño de la ciudad son los pantalones de las estatuas. La estatua de Mazzini adolece ignora de qué incontinencia crónica y empieza a formar musgo bajo la levita; percance de que se salvó la estatua de Garibaldi, que conocía el país y se quedó a caballo.

También desde arriba llueve de diferentes alturas: desde el cielo y desde el balcón de cada piso. Llueve de verdad, en fin; a la perfección, por completo, lo cual quiere decir que la ciudad tiene algo de estilo propio, como algunos de nuestros escritores que adolecen de incontinencia literaria.

La ciudad de Buenos Aires está concebida y enlosada para andar por la calle y no por las aceras; por eso cualquier ordenanza restrictiva del tránsito está de antemano condenada al fracaso; y está pavimentada para quedarse en casa a tomar mate cuando llueve. Sería peor que los peatones ensuciaran a los autos. Por otra parte, Buenos Aires no es una ciudad construida para los días de lluvia, como Londres, sino para los días claros y luminosos. Guedalla no lo tuvo en cuenta. La angostura de las calles está prevista para que el transeúnte encuentre siempre una acera de sombra. En el verano nadie se arriesga al sol por las avenidas y diagonales. Las recovas tenían por

objeto atajar el sol, y los muchos baldíos que hay hasta en pleno centro se conservan para dejar entrar y salir el aire y la luz de que carecen casi todas las casas. Los toldos de la Avenida de Mayo sirven de sombrillas y no de paraguas; por eso se recogen cuando llueve. En general, todo se hizo para los días buenos. Cuando llueve, Buenos Aires pierde todo su encanto. Se pone desaborida y de un sentimentalismo pueblerino. Verlaine no podría haber establecido una correspondencia entre la lluvia de la ciudad y el llanto de su corazón. De haber nacido en Buenos Aires, habría escrito como Rivera Indarte, muy amigo también del llanto y de la lluvia.

Hasta se pone desaborido de olor, Buenos Aires. En los ómnibus, tranvías y cines se percibe que el transeúnte, en general inodoro, huele. Las mujeres pierden su perfume personal y adquieren por contagio el de la ciudad. No un olor desagradable, sino de sastrería de impermeables. *Odore di città*. Aseguraría que Guedalla tiene atrofiado el olfato para los días húmedos, como nosotros para los días serenos, porque en su Londres, evocado con frecuencia durante el viaje y el hospedaje, los días de sol han de ser raros y verlainianos. Cuando llueve, Buenos Aires se echa a perder, como los juguetes que se desencolan y los trajes que se encogen. En los días de lluvia vale más meterse en un café, en un cine o en una novela.

Sobre nosotros

Hay dos cielos: el cielo de las nubes y el cielo del humo. En uno están los ángeles y en otro las partículas tóxicas del pulmón de la ciudad. Se forman las nubes en la ciudad más o menos como en el mar y en el campo. No con tanto esplendor, porque no hace falta. Pero coinciden con las necesidades artísticas de la ciudad, y siempre el cielo es un adorno que sienta maravillosamente bien a la Argentina.

Rodin hacía sus esculturas para que la luz las animara, usándola de colaboradora en la creación; pero las ciudades han hecho eso mismo desde muchísimos siglos antes de Rodin: Babilonia con sus jardines y Grecia con sus templos. Véase a los grandes paisajistas de ciudades, hasta Ziem, y se notará, como en Tiépolo y el Veronés, que las nubes saben siempre hacer el acompañamiento y contrapunto de la arquitectura y a veces vestir los cuerpos bajo la apariencia de vestidos.

Naturalmente que nuestros arquitectos no proceden como los creadores del Partenón y el Propileo, dejándole a la luz la gloria de la obra, o empleándola como material de construcción. Algunos han comprendido que la casa debe ser el aposento del aire y la luz más que del ser humano; muy pocos. Tampoco nuestras casas son templos, ni los habitantes son artistas. Pero la luz se comporta, como el agua, haciendo siempre lo que debe. Y un deber de la luz es la belleza, como un deber del agua es la equidad y la economía.

Por eso la nube es el elemento decorativo de primera fuerza de toda ciudad. Creo que Ruskin decía algo de esto. Sea de líneas violentamente irregulares, como conviene a los cielos americanos, o de matices antiguos y señoriales, como los cielos de Francia y Bélgica; de apesadumbrada gravedad como el de España y el nuestro; de paisaje floral como el de Italia; de paisaje marítimo como el de Holanda, cada ciudad tiene el cielo que merece y que le conviene, además, pues acaso se ha construido conformándose inconscientemente al plan arquitectónico de las nubes de su cielo. Aristófanes imaginó su Nefelococcigia, ciudad de las nubes, para los pájaros. Las nubes construyen ciudades, aunque regularmente construyen islas, montañas y lagos serenísimos y letales. Ulalume, Annabel Lee, tienen a las nubes como país de origen y de destino.

Por debajo de las nubes, entre el cielo y el suelo, están los harapos del humo. Más abajo que Nefelococcigia, que interceptaba el humo, inclusive el de los sacrificios, que es el más sutil. El humo grueso que escapa por las chimeneas, no delicado y espiritual de los templos, que no necesitan chimeneas. El humo se esparce y penetra por los más sutiles resquicios de la construcción y de la psique. El humo del incienso es una anticipación del paraíso, que siempre se concibe con nubes. El humo fabril es la parodia de la nube, como la atmósfera densa de las ciudades es la parodia del firmamento. El pulmón va habituándose a la otra atmósfera del humo, que llega a constituir un alimento natural del pulmón urbano, como antes fue el alimento natural de los dioses. Lenta e inadvertidamente el pulmón se habitúa hasta que al fin el individuo afectado deja de ver el cielo. Opera a modo de droga envilecedora. La cabeza se doblega y la mirada se habitúa a caminar ante los pasos, como un lazarillo de ciego.

Plazas, jardines y parques son los pulmones de la ciudad. Dice Eduardo Schiaffino: «Esta ciudad respira por la periferia; a lo largo del

Plata, del río Matanzas, del arroyo Maldonado. Los pulmones de la metrópoli están fuera del cuerpo». Respiran humo.

Partículas de hollín a veces en corpúsculos impalpables, descenden sobre la ciudad como nieve negativa.¹³ Se posa sobre los objetos y las epidermis, penetra por los poros y el individuo pierde la sensibilidad para la luna y el sol. Es el incienso negro, de un rito industrial y satánico. Hace soñar en paraísos de brutal conquista, en la riqueza, en el fraude: en ese paraíso al revés que también se llama el infierno. Se entenebrece. Meses y años pasa como si el sol y la luna no existieran. Recuerda que existen cuando le anuncian que hay eclipse. Vive en una penumbra que al fin le forma un párpado nictitante. Ese hollín, que en Londres representa millares de toneladas por año, se posa sobre los objetos, y cuando los palpamos, sin advertirlo el tacto, se nos vuelven repugnantes, se nos caen y se rompen. El hombre no puede gozar de su tacto de las cosas, porque entre su piel y las cosas el humo de las chimeneas fabriles ha puesto una película impalpable de descontento y fastidio. Entonces el individuo queda aislado del cielo por el humo, como los dioses de Aristófanes, y si no sucumbe por su propia mano es porque todavía hay para el hombre algo más terrible que la muerte, y el hombre opta siempre al final de su desesperación por aquello que menos le conviene. Vive.

13. «El daño producido por el humo en Gran Bretaña asciende a unos cincuenta millones de libras esterlinas al año; en Londres los perjuicios materiales llegarían a cuatro millones anuales y en Pittsburg corresponderían a cuatro libras por habitante y por año. Estas evaluaciones comprenden la erosión producida por el humo sobre los edificios y muebles; la mayor frecuencia del blanqueo, limpieza de las casas y lavado de ropas a que obliga la suciedad del hollín; los retardos en los viajes y las dificultades del tránsito y accidentes del tráfico, causados por la niebla, cuyo principal origen es el humo. Entran también en dicha cuenta el empobrecimiento de vida y la mortalidad de los árboles y plantas de la ciudad (obstrucción de los estomas por el hollín y alquitranes, ataques por los gases ácidos y otros tóxicos y disminución de la luz solar por el humo y las nieblas). Mas el daño biológico, la disminución de salud y bienestar que todo ello significa para el habitante de la ciudad y sus alrededores, no han sido evaluados todavía. Sin embargo, sábese que en el centro de Londres el humo detiene siete octavos de la irradiación solar natural... Se ha apreciado en 190 a 960 toneladas anuales el hollín depositado por milla cuadrada en los centros urbanos e industriales ingleses, y en más de diez millones de toneladas el total de productos (gases y hollín) que las chimeneas de Gran Bretaña lanzan anualmente al aire» (Wladimiro Acosta, *Vivienda y ciudad*. Este autor considera como la zona del humo en Buenos Aires: Barracas, Corrales, Once y Almagro).

Los flagelos

El coronel norteamericano J. Antonio King, que pasó veinticuatro años en nuestro país, conoció muy poco la ciudad de Buenos Aires, porque se pasó casi todo el tiempo guerreando en las provincias. Tampoco llegó a conocer mucho el interior, porque el tiempo que pasó guerreando no le bastó para darse cuenta de lo que estaba haciendo. Su lema era «Liber-tad»; su patria, América, y no le sonrió la fortuna. Se casó aquí, fue muchas veces tundido y casi siempre tomaba el partido peor. Pero escribió una crónica de su peregrinación que es interesante, y eso basta.

De Buenos Aires creyó, como Cunninghame Graham, que se llama-ba así por el aire sano, y esto sin conocer la fábula, que el gaucho escocés había oído, de Sancho del Campo, que fue el primero en dar con el grito en la herradura. El nombre de esta ciudad no proviene de la Meteorología o la Higiene, ni tiene que ver con el *jus soli*, sino de la Hagiografía. Es la ciudad de la Virgen del Buen Aire y no del aire salútfiero. Esta clase de confusiones heréticas le costaron bastantes dolores de cabeza y de espaldas al coronel King.

Al coronel y al caballero escocés la ocurrencia les parece un hallazgo. Dice el primero: «Una denominación tan apropiada y significativa como la que podría haberse dado a esta parte del país, situada sobre el Río de la Plata. La atmósfera está, por lo general, completamente libre de toda propiedad miasmática, y es tan pura que cualquier especie de carne, cuando se la deja al sol, se deseca en vez de pudrirse». Después de cien años ocurre que la carne expuesta al sol se pudre y que la atmósfera no está ni parcialmente libre de miasmas. Para la carne hemos encontrado el remedio: se la envasa o congela y se manda al extranjero. Para los miasmas nos arreglamos nosotros. Todo ello se debe sin duda al mayor número de habitantes que, como es sabido por los afectos al charque, produce los miasmas y la putrefacción. Esta vez también por razones humanas y no meteorológicas. El hombre ha hecho de Buenos Aires una de las ciudades más higiénicas y salubres del mundo, y éste es su timbre de honor.

La ciudad tiene su clima, independientemente del de la zona; el pequeño clima urbano recibe del trazado de las calles y su anchura, de la edificación, los baldíos y las emanaciones sus elementos constitutivos, de modo que la naturaleza puede condicionar a su vez ese clima sin

determinarlo. Dentro del ambiente de la región, que puede ser excelente, el ambiente urbano tiene todavía sectores de distintas características y grados de salubridad. Barracas, Corrales, el sur, no pueden compararse con Belgrano, Palermo o Villa Ortúzar; ni la *city* o el centro con Once o Almagro. Todavía, dentro de los barrios, hay diferentes climas mucho más reducidos, por grupos de casas y por casas individuales, y en este sentido puede afirmarse que los arquitectos y los rentistas no han tenido en cuenta sino muy superficialmente las condiciones generales del clima y parciales de la ciudad para proyectar las construcciones.¹⁴ La salubridad óptima de la urbe débese a las condiciones de la región, como a los modernísimos sistemas de higiene y salubridad creados por las obras sanitarias, las ordenanzas municipales y, en general, por el alto nivel de confort de la vivienda, exceptuados los conventillos y aislados locales y construcciones de los suburbios que carecen de las condiciones indispensables de habitabilidad.

Buenos Aires es ahora una ciudad limpia y, no obstante su población astronómica, exenta de flagelos epidémicos. Aunque no existan los buenos aires naturales de tiempos pretéritos, cuando la población vivía a la intemperie, tampoco existen los males innumerables que durante todo el período colonial y hasta mediados del siglo XIX azotaron a los habitantes. Estos males eran de efectos materiales y de causas morales. En los documentos de la época es común encontrar referencias al estado de desaseo de las calles, donde se vertían las aguas servidas y se arrojaban los animales muertos, sin que las severas medidas dictadas para reprimir esos atentados surtieran efecto alguno. La población debió ser sumamente sucia, y en esto la ciudad entera no pasaba de ser el lugar de residencia, como la pocilga del cerdo.

Rivadavia luchó denodadamente para lograr un mejor estado higiénico y moral, proyectando diversas obras de salubridad que no pudieron

14. «El rigor y la insalubridad del clima porteño no dependen totalmente de sus temperaturas invernales y estivales, ni de sus grados extremos de humedad absoluta y relativa, ni de la violencia de los vientos reinantes. El desfavorable microclima de la ciudad de Buenos Aires —agudización y deformación de las condiciones naturales— es el producto de un trazado urbano defectuoso e impremeditado y de una arquitectura de vivienda no adaptada a las características climáticas locales» (Wladimiro Acosta, *Vivienda y ciudad*).

llevarse a cabo porque sus conciudadanos miraban con suspicacia todo lo que significaba la remoción de rancios errores en que habían vivido con prosperidad durante tantas décadas, y porque la suciedad de los hábitos es más dura de raspar que la de las ciénagas. Fue Buenos Aires una ciudad hedionda hasta que se quitó la coraza hispánica de la hidalguía sin baño y de la virtud en las fachadas. Desde que se echó a perder en el sentido de los moralistas y de los partidarios de la sumisión a las reales cédulas y a las bulas pontificias, se convirtió en lugar de residencia completamente distinto. De «muy noble y leal» pasó a ser habitable.

El Cabildo, con su cárcel inherente, había sido hasta las vísperas del 1800 el foco de infección corporal y moral que contaminaba a la población: pestes y escándalos partían de allí y se propagaban hasta los alrededores, donde también había sus focos parroquiales de inmundicias y de libertinaje. La historia del Cabildo es un capítulo ignominioso de la metrópoli.

Por fortuna, desde esas postrimerías del dominio de la Corona, progresivamente se liberó Buenos Aires de las plagas que la afligían. Su grandeza auténtica hay que buscarla en los caños de desagüe, de aguas corrientes, de baños y de recolección de basuras. Otra vez vuelve a ocurrir que la salud y el mérito están donde no se los ve.

Cuando Buenos Aires sólo se ocupaba en su acicalamiento y descuidaba su intestino, las pestes asolaban a las gentes, que caían en las calles vestidas *au dernier cri*. Hubo cuadros terribles que hacían pensar en los castigos bíblicos. Pero la Atenas del Plata poco tiene que ver con Jerusalén y mucho con la mitología.

Fue en 1871 cuando Asclepios castigó más rudamente a la ciudad. Lo hizo por dos razones: porque se había gastado en la guerra con el Paraguay el empréstito contratado para obras sanitarias y porque la ciudad conservaba una suciedad máxima, digna de los tiempos de S. M. La fiebre amarilla de ese año como el cólera de 1867, 1868, 1886 y 1887 y la bubónica de 1900 parece que vinieron del Paraguay, con lo que no cabe incertidumbre de la predilección de Asclepios por los troyanos paraguayos contra los ejércitos confederados.

Aquél fue un episodio horrible, el más espantoso que la urbe presencié desde los días finales de la primera fundación y que dio motivo a un cuadro no menos horrible de Blanes y a la trilogía del Dr. Manuel Gálvez. Podemos formarnos idea al respecto leyendo cualquiera de las

descripciones de pestes, desde la de Florencia, de Boccaccio, hasta la de Nápoles, de Axel Munthe, con lo que además nos deleitaremos en la lectura. Al espanto natural de la mortalidad en masa, de escenas infernales como la de arrastrar al cementerio los cadáveres atados a la cola de los caballos, según una práctica inaugurada cuando la peste de 1727, se unía el frenesí de las gentes huyendo a los pueblos cercanos, sin preocuparse por los desdichados que caían heridos por las flechas de plata, como dijeron Homero y Juan Cruz Varela. Centenares de muertos quedaban hacinados en los cementerios. Hubo que habilitar otro nuevo, el de la Chacarita. Algunos infelices acudían al alcohol como único preservativo; y como la borrachera parece fiebre amarilla cuando se está asustado y con apuro, eran cargados en los carros de recolección de difuntos y agónicos. Moribundos y borrachos mezclaban sus ayes en el camino a la fosa común, arrastrados o rodados por los caballos. Morían sepultureros, médicos, farmacéuticos y también otros inocentes que nada tenían que ver profesionalmente con la calamidad. Nadie reconocía otra ley que la de salvarse, y la voz de la conciencia no se oía con el clamor y estrépito de carros y caballos disparados. Se abandonaban las casas sin cerrar las puertas; el hijo olvidaba a la madre, el sacerdote el altar, la esposa al esposo; los ladrones sacrílegos caían al tocar las imágenes, fulminados como en los *Milagros* de Gonzalo de Berceo. Hasta las descripciones que nos han dejado los testigos dan miedo. Manuel Bilbao dice que «la población de Buenos Aires, el año 71, bebía agua de los pozos de la primera napa, en su mayor parte contaminada con las materias fecales de los *water closets*, conteniendo casi todas las aguas pluviales de los aljibes materias orgánicas». Como se ve, hasta las lluvias caían contaminadas.

Entonces fue cuando un núcleo de médicos y caballeros expusieron sus vidas por socorrer a los desventurados: los doctores José Roque Pérez, Manuel Argerich, Francisco López Torres y Florencio Ballesteros sucumbieron en su generosa misión. También en esas jornadas humanitarias Carlos Guido y Spano consiguió sus mejores laureles, superando a Alceo, Anacreonte y Horacio, sus manes, que eran poetas como él pero cobardes.

La peste de cólera de 1887 azotó menos cruelmente a la población y desde entonces Buenos Aires se ha visto exenta de morbos y virus públicos de esa ralea. Las calles y bajos de la ciudad están rellenos ya, y sobre

ellos el pavimento puso su lápida de olvido. Sólo a los que catean por debajo del pavimento les suele atacar la peste que yace latente en lo antiguo de la ciudad, pero es posible curarse de ella con el cambio de clima.

Fuerzas anónimas circundantes

Para Hudson Buenos Aires era la «ciudad pestilente»; para Ortega y Gasset, la «ciudad de los anónimos».

En todas partes del mundo existen los anónimos, pues se trata de un acto de descarga antisocial con que los individuos mal adaptados se liberan de los virus que van acumulando sin expelerlos por sus conductos naturales. Este placer vesánico ha llegado a constituir un peligro mortal y evolucionó desde la forma escrita, que es la que seguramente conoce Ortega y Gasset, a la telefónica, mucho más insidiosa y eficaz.

Bien asegurado de su impunidad, el delincuente asesta a mansalva su golpe certero; es imposible evitar que penetre a cualquier hora del día o de la noche y hiera con su aguijón emponzoñado.

En esto ha venido a parar uno de los más grandes adelantos de los tiempos modernos, y precisamente el destinado a unir a los seres, en un instrumento de agresión domiciliaria que lesiona en un momento a la familia entera y abarca hasta dos generaciones anteriores.

Las numerosas intervenciones que tomó la justicia han demostrado, al individualizarse a los autores, que no se trata de degenerados comunes ni de vulgares delincuentes. Junto con el guarango típico han caído en manos de la policía padres de familia respetables y jovencitas que nunca se hubiera imaginado que contuvieran tantas inmundicias en sus lindas almitas virginales. El hecho es éste: el delincuente del anónimo suele ser un individuo ordinario que pasa inadvertido en su conducta consuetudinaria, pero que tiene una anomalía que lo coloca en la clase de los anormales.

Muy posiblemente se trata de una anomalía de carácter sexual y de la descarga de una inhibición generada por el complejo de inferioridad. El anónimo se relaciona casi siempre con el comportamiento indigno que se atribuye a la víctima: adulterio, homosexualidad, prostitución, depravación viciosa, incesto y hasta enfermedades secretas. El autor escoge en ocasiones la víctima, de la que tiene por lo menos alguna noticia de su

profesión, hábitos, amistades, pero generalmente la toma al azar marcando una estación y un número cualesquiera. En este juego está implícita la sorpresa de la voz ignota que le responde. La descarga de injurias es más o menos inmediata, a boca de jarro. Pero cuando se ha escogido por el nombre o por la profesión o por la vecindad a la víctima, entonces el ataque se realiza implacablemente y con un método de exquisita alevosía.¹⁵

Los anónimos epistolares suelen ir acompañados de dibujos o fotografías pornográficos, de leyendas injuriosas y hasta de recortes de cabellos y de uñas, cenizas, mondaduras de frutas secas, con fórmulas de brujería y letanías de magia negra.

Debe suponerse que en esa periódica y perseverante persecución de la víctima, el autor ha de encontrar alguna satisfacción sádica que tendrá que gozar imaginativamente en lo que suponga ha de ser el grado del mal que causa. De todas maneras, hemos de ver en esa clase de atropellos una modalidad femenina y un goce de crueldad que toma como asunto la intriga sobre un tema sexual. Admitiendo que en la mayoría de los casos el anónimo es empleado por hombres, habríamos de ver en esos caracteres femeninos una falta de coraje y una morbosidad de la imaginación que son dos aspectos de la deformación psíquica propia de los representantes genuinos de las grandes ciudades y de la vida artificiosamente regulada que en ellos se lleva. Y no sería absurdo sentar que se trata a la vez de una enfermedad urbana que padecen aquellos que en la lucha por la existencia no alcanzan a discernir cuál es el origen de su fracaso y lo atribuyen a que un vago y general anonimato encubre las fuerzas ambientales. Por lo cual el empleo del anónimo vendría a ser una reacción personal contra las fuerzas anónimas circundantes y una réplica conforme a las leyes de ese juego.

15. El doctor Manuel Gálvez ha pintado en su mejor novela, con su humorismo habitual, los efectos del anónimo como capaces de malograr un tratamiento terapéutico. Es un magnífico ejemplo de lo grotesco que puede haber en este género de atentados sin responsabilidad: «Torres le hubiera ya curado enteramente, pero la maldad humana lo impedía. En los tres meses Monsalvat había recibido cuatro anónimos. En uno le recordaban que era hijo natural y aludían groseramente a su madre, en otro escupíanle que se había entregado a la mala vida, vivía de las mujeres y era anarquista. Los dos restantes le vaticinaban el manicomio. Cada anónimo fue un gran disgusto. Exaltaciones, nervios, insomnios, inapetencia» (*Nacha Regules*, cap. XVI).

La voz del diablo

Si la radio fuera declaradamente un nuevo aparato de tortura, cerraríamos el dial o tiraríamos el potro por la ventana. Siempre que no tuviéramos un secreto virus masoquista que nos llevara a permitir su dulce raspaje de hueso, indiferentes. Se vitupera a la radio porque se parte del supuesto, no probado, de que es un nuevo órgano de satisfacciones y no de tormento. ¿Ha inventado el hombre algo para su verdadero bien? Por otra parte, la vocación natural del hombre es la mortificación tanto como el placer.

Los mensajes de la radio vienen acompañados de cierta galantería y buena fe como para no poder romper con ellos. Hay amistades así, que si dejaran su hipocresía, tendríamos que rechazarlas. La costumbre de la amistad corriente ha preparado el terreno a la radio y ella se ha instalado dentro de nuestra experiencia de lo que mortifica agradablemente. Admitamos que la radio es un amigo desleal al que no podemos cerrar la puerta, porque siempre trae algún regalo interesante.

Si hay algo que responda simétricamente a la ciudad, como voz que le sale del alma, es la radio, imagen sonora de la ciudad. Un caos. Lo cosmopolita y lo cursi; lo grosero y lo poderoso; lo noble y lo guarango. Una audición completa de cualquier *broadcasting* (incluyamos la del Estado, que tamiza la ordinariez) es una placa fonográfica de la urbe, una radiofonoscopia de la entraña.

Esos programas no son productos comerciales como se dice para salir pronto del problema, adornados con atrayentes interludios de música, declamación y noticias. Lo fundamental no es para el auditor la propaganda, sino el afiche acústico. Él lo llama arte, cultura, solaz, y en la realidad se trata de una forma de negocio a domicilio. La parte de propaganda va a horcajadas del material artístico: son los griegos en el vientre del caballo de madera. Ese material artístico podría ser de calidad superior, como el caballo de madera pudo haber sido de carne, pero entonces no funcionaría. Necesita mantener un índice determinado, que da, como paralelogramo de las fuerzas, una resultante que es el gusto del mayor número. Las estaciones irradian lo que el público quiere, y nadie mejor que ellas lo saben, como que cualquier modificación que se apartara de esos carriles llevaría al desastre económico. Entonces la propaganda dejaría de existir, pues existe en cuanto se acepta con beneplácito el material que cabalga.

En casi todos los países del mundo el Estado tiene una intervención decisiva en las transmisiones, cuando no ejerce el monopolio. Transmite lo que interesa al país o al gobierno, no aquello que se tendría placer en escuchar; pues la radio allí no es la voz de la ciudad o la nación, sino un instrumento de cultura, de orden y de educación popular. Tiene también sus inconvenientes, es claro, y graves. Es posible que si se dejara la explotación a las empresas industriales, llegaran a elaborarse programas tan caóticos y bárbaros como los nuestros, donde alternan las obras magnas del intelecto y las aberraciones más monstruosas de la ignorancia y la insensatez. Pero lo cierto es que eso no se permite. Carecen, pues, por allá, de un barómetro que registre con absoluta exactitud el clima moral e intelectual del pueblo; en cambio nosotros lo tenemos, como tenemos en las librerías el termómetro de la temperatura de la ingle, la axila y la lengua de la ciudad. Ni peor ni mejor, sin duda, que el de cualquier otra nación civilizada, pero fidelísimo a la verdad.

Como el canto o el silbo automático del operario y del transeúnte distraído exterioriza más que su estado de ánimo del momento, un jirón profundo de su personalidad definido por la canción, así la voz infinitamente disgregada de la radio resume lo que Buenos Aires piensa, siente y codicia. En vez de formar la radio la conciencia del gusto popular entre nosotros, la conciencia del gusto popular ha formado a la radio a su imagen y semejanza. En vez de inculpar a las *broadcastings* de perversión del gusto estético de la población, resultan ser ellas las víctimas que pueden pedir indemnización al Estado, por daños y perjuicio morales.

Paralelamente, el locutor se ha venido amoldando a ese gusto público. Automáticamente quedan eliminados aquellos cuyo timbre de voz, modulación, dicción y *pathos* no interesan o fastidian, los «*speakers without voice appeal*». Hasta ha llegado la ciudad a grabarles su acento, su inflexión, su color y su temperatura. Es la de los rematadores que hacen el elogio de las mercaderías y la del galán que en un baile de parroquia declara su amor a una mascarita. Voz melosa, en falso, interesada en hacer negocio; voz de empleado de tienda que el domingo celebra los ojos y la sonrisa de su novia con el mismo vocabulario usual de su oficio en los días de trabajo.

Pero la radio es también otra cosa, quizá saludable. Pues, ¿ha inventado el hombre algo que no sea para el verdadero bien de la especie? De

inmediato puede considerársela como un mágico sistema de desagüe de desperdicios etéreos. ¿Cómo se limpiaba la humanidad de suciedades, proyectándolas o inyectándoselas, antes del uso de la radio?

La radio ha creado entre nosotros –y también en las otras grandes ciudades del mundo– una necesidad, quizá derivada del complejo sexual y de sus correspondientes indecencias. Es posible asimismo que la radio haya de ser vista como una terapéutica catártica de pequeños óbices conyugales acumulados en los desvanes de la psicología femenina. Todos los problemas seudosentimentales, los escapes que necesita la vida doméstica con sus grandes esperanzas frustradas, con su ansia secreta de maternidad y felicidad arbitraria, con sus problemas insolubles de discrepancia de caracteres, con su amor nocturno desprovisto de los juegos casi infantiles del eterno noviazgo y del amor diurno con que sueñan aun las mujeres sexagenarias, todas las cursilerías del amor y la piedad, de la fe y la caridad, se proveen a horas determinadas, por lo general cuando el marido está ausente, sin que interrumpan los quehaceres de la casa. La radio es el marido ideal, lo que le haría falta al verdadero. De modo que con su voz lejana y misteriosa entra a lavar, con lágrimas y suspiros, esos conductos del desagüe sentimental de las almas pequeñas, zafias y groseras que sueñan todavía con los eternos asuntos de las novelas por entregas.

La cosa importante

Buenos Aires es hija legítima de Madrid y se le parece más que en sus rasgos exteriores en el fluido ciudadano. Se percibe con inequívoca certidumbre que ambas ciudades han sido fabricadas por las mismas manos y con un mismo plan para la prole; una misma persona étnica ha construido ambas ciudades para una misma clase de vida.

También en lo material se acusa esa maternidad. En las Diagonales hay, sin duda, más de la Gran Vía que de la Fifth Avenue o del Boulevard Haussmann. El trazado de las calles, el color de las fachadas, el tono de la vestimenta masculina –oscuro y sacerdotal– nos impresionan de manera análoga, aunque las mujeres y su comportamiento en la calle sea lo más íntimamente igual. Todo esto tiene un denominador común, que sirve

de clave a la interpretación, y se llama sexualidad. La tónica sexual da las analogías a las grandes ciudades, más que la identidad de los estilos arquitectónicos o la intensidad de su tráfico; forma un *leit motiv* de la existencia entera y de las cosas en que vegeta. Porque lo sexual es lo vegetativo y lo demás es lo anecdótico.

Un dato que contribuye a la impresión de similitud acaso es dado por la solemnidad del transeúnte. En Madrid y en Buenos Aires cada peatón es persona de respeto, que parece avisar andando a los demás, especie de heraldo de sí mismo. Necesariamente, la vida en la plenitud de la ciudad tiene que ser como en sus partes, en el todo como en las células. La importancia del individuo (abolengo, rango, puesto) busca en primer término el respeto. De ahí que vista trajes sombríos y que adopte una seriedad que llega hasta lo hostil. Nada de esto corresponde al ser que juega limpio en sus relaciones sexuales. Se diría que son pecadores solitarios.

Por París se transita con la impresión de que nadie es gran señor, o de que los grandes señores no transitan. En Buenos Aires y en Madrid el que sale a la calle no parece ir a sus ocupaciones o a su solaz, sino a alguna ceremonia oficial de gran pompa. Hace muchos años, aquí se salía de dos maneras: por la mañana, de diligencias (entre ellas estaba ir por agua al río); por la tarde, después de la siesta, en gran señor. Cambiaba de traje y de costumbres; se mudaba. Ahora se usa un solo traje y un solo porte. Cada transeúnte anda como el Cid, haciendo prosélitos; intenta avasallarnos, y para ello emplea diversas tácticas. Una es no desviarse de cierta línea recta imaginaria que intenta recorrer desde el punto de partida hasta el de llegada. Rectitud que consiste en desalojar de la vereda al prójimo. Otra, es la gravedad de ademanes, como si anduviera con bastón. Resabio de antiguos alcaldes. Los hombres llevan cierto aire de vencedores y de ídolos de una secta secreta que no existe. Es el *pater familias* como *res* y no como *numina*. Las mujeres caminan como entre asechanzas del demonio, evitando celadas y seducciones con el firme propósito de las maniáticas. Al cabo del día, el que se encuentra muchas, acaba en la certeza de que es un diablo. Llevan la mirada por el suelo o a lo lejos, con aire de vírgenes inexpugnables expuestas al ludibrio. No sé si se ha hecho la estadística de la virginidad, pero para quien arriba a Buenos Aires o a Madrid, la mujer es una fortaleza de sexo neutro que tiene allí una tronera con un mortero. No se les puede hacer comprender que interesan

sino tirándolas al suelo de un porrazo; o que no interesan, sino dándoles la espalda. Las antiguas «tapadas» están ahora descubiertas; las antiguas damas arábigas de gineceos y harenes están ahora en libertad, pero son las mismas. No vale la pena de que salgan de casa para hacernos creer que la honra es una cosa de carne.

Quizá se deba esto a un resabio del culto de hiperdulía, propio de los países católicos, tan inclinados a la veneración del himen. Nuestra ciudad es una virgen, por lo menos lleva su nombre, y el primer convento que se fundó (de San Francisco) llevó el nombre de las Once Mil. El dechado de la virtud es el de la virginidad en el emblema de la Virgen-madre. Eso se les ha metido a ellas en todo el cuerpo, por la cabeza. El problema de la sexualidad no es el mismo problema de la virtud, como el de la maternidad no tiene que ver con el de la virginidad. En las calles de Buenos Aires no se siente que el sexo tenga poder sobre el individuo. El ayuntamiento del hombre y la mujer no es algo que se deduzca por simple lógica de sentido común y de sensibilidad orgánica, como en París, Nápoles, Amsterdam, donde es sensible la adhesividad de los cuerpos y se comprende muy claramente que, según el mito aristofanesco del Banquete, son piezas de ajuste perfecto, una con otra. Aquel sentimiento cósmico de amor que Dante aspiraba de los rostros y las cosas de Florencia, no es siquiera imaginable aquí. Más bien se piensa en el acoplamiento de aquellos insectos en que la hembra devora numerosos machos antes de consentir en ser fecundada. El transeúnte no puede evitar esa orgánica impresión de que la mujer debe devorarlo antes de entregársele. Si en la realidad de la vida doméstica ocurre que, efectivamente, cada mujer que encontramos mantiene a ultranza su pureza de vestal y que tiene resuelto como cualquier novicia el problema sexual por victoria de la virtud sobre la carne, eso es cosa que falta averiguar. La intención inconsciente de cada mujer es parecerse a una monja, porque le han dicho que eso no sólo es decente, sino virtuoso. Poco parecido hay entre una y otra, si no es el de que ninguna hace lo que debe. Cuando alguna ostenta por reacción su impudor o liberalidad, se destaca tan neta de las demás que acentúa precisamente la abismal distancia que hay entre la excepción de la mujer que se da y la norma de las que no se dejan tocar con la mirada siquiera. Ellas trabajan, pobrecitas, para lucimiento de las otras. Éstas son lo común. Pueden usar todos los afeites que el genio masculino ha inventado y descubierto para que atraigan al hombre: los fi-

nes con que los emplean son distintos. Pueden tentar al hombre por viperinas fascinaciones, pero no es para atraer al hombre sino para lucirse ellas. No se relaciona su cosmética con el acto sexual en sus infinitas variaciones y meandros, sino con el enaltecimiento de su propia persona, como si estuvieran sometién dose a una prueba peligrosa, en la que jugamos el papel del demonio, para gozar solas el galardón del triunfo ileso. Pues debajo del afeitado se descubre el rostro inmutable de la vestal.

Este estado de cosas resta sinceridad, grandeza y lujo a la vida de la calle. Hace al transeúnte, hombre o mujer; un *homo hominis lupus*. Entre unos y otras no hay permeabilidad, capilaridad, comunicación de intenciones, de vida. Cada cual es una torre de importancia, sin puertas ni ventanas ni atalayas. Ninguna simpatía fluye de sus rostros. No es preciso ejercitar la gentileza, y al volver a casa lo mejor que se puede hacer es suicidarse. Cuando el hombre ha acumulado mucha necesidad de expeler simpatía, le brota bajo la forma explosiva del piropro muchas veces insultante. Va de un extremo al otro. Antes se estilaba el requiebro de las viejas comedias españolas; ahora está el hombre harto de golpear la pared. Es increíble la frecuencia con que una mujer, vaya sola o acompañada, tiene que soportar esa forma de ultraje, que en el fondo no es otra cosa que la necesidad contenida de liberar una fuerza afectuosa irracionalmente refrenada. Esa injuria disparada a boca de jarro es una forma de la incredulidad más bien que de la agresión. Es la destrucción de una imagen en la que no se cree y contra la que se ha decantado un largo rencor. Es la matanza de las once mil vírgenes. Poned a Dante aquí cinco años, y en vez de exclamar: *Amore, Amore*, usará el teléfono a altas horas de la noche o verterá palabras de vitriolo en la oreja de cualquiera. No encontraría, por cierto, a la *gentil donna consolatrice* sino a la *terribile donna amazonica*.

Imposible es admitir que tanta opulencia como derrocha a veces Buenos Aires sin necesidad sea una forma hipertrófica de esa fuerza universal que colora el plumaje de las aves, instala las exposiciones mundiales de la industria, arma los puentes y maneja los ejércitos del aire en la paz y en la guerra. Fuerza que rompe sísmicamente por las grietas de menor resistencia, cuando se la acopia sin razón. Y precisamente una ciudad es la superestructura más grandiosa de esa fuerza, y su cataclismo paulatino más estupendo. Comienza la ciudad siendo una tumba, pero también un lecho conyugal que se conyuga celularmente hasta el pólipo.

Se puede ahora proponer esta hipótesis: aquellas ciudades donde el problema sexual ha sido más o menos bien resuelto –¿la hay?–, permanecen estacionarias, mientras que aquellas donde se vive contrariando la voz imperativa de la especie, prosperan, se diversifican en obras portentosas, descuellan por su magnificencia y su esplendor. Dice Freud que el acto sexual inconcluso lleva a la neurosis de angustia, y toda grande ciudad es una neurosis de angustia por actos sexuales fallidos. Poco más o menos, ocurre con la inteligencia algo así: aquellos seres de mentalidad compleja, sutil y hasta diabólica, como Nietzsche, Kierkegaard, Dostoievski y Strindberg, corresponden a una clase de insatisfechos sexuales. Y ésta es quizá la razón de la discrepancia entre Wagner y Nietzsche, prototipos de la sexualidad pujante, sacia y libre, y de la contenida, angustiada y sublimada, respectivamente.

En este sentido, la grandeza y la pujanza wagnerianas de Buenos Aires son una hipertrofia de escape a la reprimida fuerza del sexo, acuciada por incentivos innúmeros. Represión del sexo es, urbanística si no socialmente, complejidad de formas accesorias y retardativas del logro del fin material del sexo. La civilización es la distancia que media entre el punto de arranque del instinto sexual y la satisfacción total del mismo. Hay más inteligencia en el ave o en el insecto, que tienen que vencer inconcebibles dificultades para hallar su pareja, que en el cerdo que ya no se ocupa de la suya. Toda gran urbe es la suma y acumulación de las tretas y contenciones que ha puesto entre su necesidad sexual y el grado de facilidad para satisfacerla.

Artífices y operarios de esta grandeza son, pues, esas mujeres que proclaman en silencio su resistencia a la entrega sexual y esos hombres sombríos en cuya boca brinca el insulto a la mujer, como el abalanzo de la violación; esos transeúntes que no ceden la pared ni sonríen, ni miran a los ojos. No los albañiles ni los herreros, ni los dueños rentísticos de la ciudad y de los comercios, han hecho este prodigio que llamamos Buenos Aires: es el fruto del ahorro de expansión sexual, como las Teodiceas, los tratados críticos de la razón, las galerías de pinturas. ¡Cuántas vidas malogradas viven en una gran ciudad!

Industrias de las otras cosas

Adivinación, curanderismo y espiritismo: de ahí tres manifestaciones siamesas de la neurosis producida por toda urbe que crece más allá de lo natural. Roma fue también ciudad de vates, augures y curanderos; y más tarde, como todo el mundo sabe, también del espiritismo. Nuestras plagas suburbanas vienen de allá, y difícilmente habrá del otro lado del Ecuador ciudad de tan menudas y esparcidas supersticiones como Buenos Aires. Adivinos, curanderos y espiritistas maniobran con esa credulidad del incrédulo.

Es que la ciudad coloca al individuo en un aislamiento que le corta todo ligamen con la naturaleza o con Dios, quiero decir con el misterio de lo visible y lo invisible. El hombre necesita sentir que el mundo es incomprensible y necesita explicárselo a su modo, para poder vivir y morir satisfecho; como necesita ver para caminar. Si no ve, camina, pero la mano le crea un estado mórbido de relaciones con el mundo y no puede distinguir lo que está en la palma de su mano de lo que está en la mesa. El misterio de la naturaleza lleva consigo la explicación o la conformidad de alma consiguiente porque nunca da un problema que sobrepase la capacidad de comprensión de sus hijos, mientras que la ciudad presenta a los suyos problemas incoherentes con la vida y la experiencia, y a veces insolubles. La ciudad crea la metafísica, que es la angustia del entendimiento, y la angustia, que es la metafísica de los que no saben razonar. Los primitivos filósofos procedieron en función de la naturaleza hasta Sócrates, el primer metafísico urbano; los modernos, en función del hombre superespiritualizado. Aquéllos eran también adivinos, cu-

randeros y espiritistas en un mundo al aire libre, con lluvia, sol, aire y tierra, y sobrentendían siempre algo racional hasta en el mito.

El adivino quiere penetrar en el misterio; y como no tiene ante sí al hombre de la naturaleza sino al individuo afligido y encerrado entre cuatro paredes, recurre a la palma de la mano, donde de verdad están inscriptos el árbol genealógico y el sino individual, o al mazo de naipes, en el que de verdad está barajada la suerte del pobre. Adivina por las entrañas de la víctima. El curandero recibe al desahuciado por la sociedad más bien que por el médico. Llega a él el que está enfermo de ciudad, el que tiene regularmente una enfermedad incurable que se llama urbanidad, que puede habersele complicado con el duodeno o el hígado y que presenta a veces todos los variados síntomas de múltiples enfermedades del cuerpo humano, cuando no se enferma por sí mismo sino por representación. El médico atiende conforme a la ciencia su enfermedad; pero él se halla enfermo de otros males, además. Necesita consuelo y está solo; necesita fe y es incrédulo; necesita aire puro y respira gases de incineración; necesita libertad y está uncido a la máquina de escribir; necesita tirarse sobre el césped y vive sobre alfombras y entre papeles. ¿Quién cura eso? El curandero trae al nacer ancestrales conocimientos del agua y las hierbas, aires y temperaturas, y emplea su empírico saber y su atávica ciencia de los remedios naturales en curar o matar al paciente urbano. La metafísica *grosso modo* de la adivinación y el curanderismo, con el espiritismo inseparable de ellos, es explicable donde existen tantos aparatos y fuerzas creadas por el hombre en los laboratorios y lanzadas al uso ordinario de la vida. Mejor que explicarse el porqué de la radiotelefonía, los comprimidos contra la jaqueca, el fonógrafo, es inscribirse en una sociedad de médiums. Sófocles y Lucrecio, si resucitaran, harían lo mismo. Es la versión en el sistema de Braille de una realidad que cada día parece más conforme a las cualidades intrínsecas de la materia, pero más contrarias al sentido común. Así como el físico o el químico jamás podrán comprender al espiritista, éste jamás podrá comprender a los otros, porque a cada uno de los tres le faltan las otras dos terceras partes de lo que creen. En definitiva, el espiritista es el hombre primitivo que sigue el consejo de los instintos en una central de conmutadores telefónicos. Casi siempre es un ente como el anillo, que indefectiblemente necesita tener un agujero circular en el medio para no dejar de ser lo que es.

Entre nosotros el espiritista tiene un derecho de ciudadanía no sólo romano, sino que comprende juntos el *jus soli* y el *jus sanguinis* y toma los más inesperados aspectos según las múltiples actividades a que puede dedicarse. Todo es ponerse a observar atentamente a la mayoría de los que se han educado al aire libre para comprender que tienen de nuestra realidad una idea espectral, como si se tratara de una película. Están fuera de este mundo y fuera del otro. Como no creen en la realidad, tienen que creer en la barbaridad.

Naturalmente que Buenos Aires es un cosmos demasiado complejo para que lo acepte tal cual el que nace y vive en él sin que nadie le diga que no debe tomarlo como una ciudad verdadera, sino como un espejismo de la sed en el desierto. Uno a uno sus portentos lo arrastrarán de nuevo al centro de su agujero anular, tenaz en su fanatismo de incrédulo. La otra forma de la incredulidad es la de aquel chacarero que vino a ver una exposición, compró lo que no necesitaba y le presentaron una bailarina; y que cuando regresaba a su campo me dijo: «Vea, amigo; esto es como el cuento de la herencia».

El truco, nuestro juego

El naípe forma parte integrante de nuestra vida nacional, porque viene a ser como el antiguo trípode de tentar el destino y de penetrar en los misterios del porvenir. Esto nos gusta sobremedida, sobre todo cuando no exige cavilar. Azar y adivinación: dos formas de la incapacidad de vivir con valentía en el presente.

Al juego se entregaron los primeros conquistadores, quienes con sus rencillas domésticas y con toda la secuela del tahur señorial, dejaron en el naípe su testamento y sus bienes. Larga fue la prole de sus litigios y apuestas, enredados en los actos más simples de la vida cotidiana, y la vasta llanura se adecuaba al ocio activo del jugador de cartas, que al mismo tiempo huelga, hace sociedad, conversa, tienta la suerte y tiene ocupadas las manos.

En las crónicas de antaño figura el naípe junto al alcohol como reverso de una moneda corriente.

El naípe, en la cartomancia, tiene inscriptos los destinos; jugar cartas es ir probando paralelamente ese destino. En el truco hay una parte reservada

al azar y lo restante a la astucia, a la adivinación, a la audacia y a la prudencia. La taba pone toda la suerte en la muñeca, y el truco en la intuición. La carta es un valor relativo; el conjunto de las tres que se dan a cada jugador, una posibilidad de juego que, entera, ha de contraponerse inteligentemente al contrario: los naipes uno a uno, y el jugador al jugador.

Tiene dos suertes, el truco: el envido y la que le da nombre, el truco. Una por la coincidencia del palo y la suma de sus valores -la parte misteriosa, en que se puede mentir mejor, contando con ese albur que permanece secreto en las restantes cartas del mazo-; la otra es el valor absoluto de la carta, y su alcance es menor. La mentira tiene un indicio, para descubrirla o para ocultarla más, en las cartas que van jugándose. La técnica sabida de antemano da noción del conjunto de la fuerza, del total disponible. La última carta es casi siempre un enigma; sin embargo, la intuición tiene casi el juego descubierto para penetrar en la incógnita. Se diría que las tres cartas han de formar un todo y que, conocidas dos, la tercera debe completar la configuración de una suerte. Por lo regular, hay una lógica en el azar de juntarse esas tres cartas. Rara vez las tres son buenas o malas, y cuando esto ocurre forman también una serie natural. Hasta cierto punto es posible intuir cuándo se ha dado una de estas series poderosas o bajas. Más a menudo, en los tres términos existe compensación de fuerzas y debilidades. Un tres, una figura y un cinco forman la combinación tipo, con pequeñas diferencias que, en definitiva, representan la misma proporción. El jugador sabe cómo se van dando las series, en las tres cartas; de manera que también tiene en cuenta el desarrollo de la partida, con sus alternativas de juego bueno y malo, que constituyen, a su vez, series de un orden más complejo. La terminación de la partida por un envite decisivo (falta envido o contraflor y el resto) es un accidente, cuando no viene a coronar una serie de envites en falso o de sucesivos juegos buenos.

A cada carta que se exhibe, el azar se reduce, y en esa fase la mano, la voz, la vista, valen tanto como la baraja. De la primera suerte, del envido, puede resultar la flor, que son tres naipes de un mismo palo. Flor o envido y truco; nada más. El juego es simple; pero en las manos del jugador se complica. El jugador es lo complicado. Es un juego que corresponde a la esgrima del arma corta, sin largo alcance en el cálculo ni en la variedad de combinaciones y suertes, si bien mucho depende del arte

de que se saca ventaja de poco; en el tratamiento y administración de los recursos reducidos. El jugador es el juego. Como en cualquier otro, las cartas valen lo que el jugador. Aquellos que se juegan dando pocas cartas, ofrecen la posibilidad de rectificar el azar con el descarte –o de formar un azar más complejo–. De esa manera se renueva una parte de lo rígido y se hace móvil la fatalidad o, si se suprime la posibilidad de concertar y organizar el juego, la cantidad de cartas distribuidas permite que la decisión de la pérdida o la ganancia se oriente por las alternativas y el estilo de las peripecias. En una palabra: el descarte o el número de cartas distribuidas cierra posibilidades al azar y lo reparte en las manos, tomando el azar las inflexiones del mazo, la dirección del juego, que es preciso conocer y seguir mentalmente según las combinaciones posibles. Pero en éste, en el truco, que se distingue de todos los demás por simple e intuitivo, lo personal, lo vital, ocupan el primer término; y si se le quita el sabor de lo inefable queda un despojo tan insípido como el diálogo taquigráfico de dos amantes.

El truco es un juego servido, con el que hay que ingeniarse para que cada una de las tres cartas sea jugada en su momento y rinda el mayor provecho, como respuestas que han de ser adecuadas al coloquio. Juego de pobres, también, porque hay que especular con el rendimiento útil del centésimo y sacar fuerzas de flaqueza. Prueba el coraje, cuando se acepta un reenviado con poco, o un retruco con una figura. Pero hay que acertar; de lo contrario el coraje pierde pureza. El alarde tiene que ser certero; aceptar un «vale cuatro» con una sota y perderlo, da al resto de la partida el tono de la impericia.

El truco es juego de hablar; la conversación, el refraneo y hasta el verso, naturalmente para cantar la flor, constituyen su aliciente. Hay que acompañar la carta con frases, como hace la cartomántica que la explica, a medida que sale. Juego dialéctico, para locuaces, propio del español; como el póker lacónico lo es del sajón. La filigrana de la palabra, que puede engañar también con la pronunciación o con el orden que han de observar los envites de ambas suertes, lo convierten en franco y hasta en cordial. La palabra tiene que ser exacta, para que valga; deformada, juguetona, perifrástica, corresponde al adorno más bien. En cambio, las frases en que las palabras sacramentales suenan, aunque sin querer, quedan irremediables, como en los compromisos de honor.

El póker es taciturno, serio, categórico; el truco juega con la suerte, que se comenta, buena o mala, a medida que la baraja se revela. La maestría se alcanza con la riqueza e ingenio de los dichos; el buen jugador siempre es maestro de gran estilo. Aunque pierda, puede dar, por su habilidad en el floreo de las frases, la impresión de que el azar es el culpable; se retira, sin blanca, con su honor.

Excluido lo mudo y trascendental, muy pocas veces se apuestan grandes sumas; para probar albures por dinero hay otros juegos. Este es para matar el tiempo, para iniciar una conversación sobre negocios, para preparar los ánimos al arreglo o para despedirse sin enconos. Es juego que requiere la bebida con prudencia y el buen humor sin grosería; el jugador de truco que se pone serio o se atraganta con la respuesta, es un mal educado.

La charla, dentro de la que van a veces las palabras rituales, parece conjurar el azar, llevar lo conocido a lo desconocido y purgarlo de su originaria toxicidad, como las palabras que el prestidigitador emplea y que operan la magia. Pero callar a tiempo vale lo mismo, si el gesto acompaña al silencio. El gesto puede alcanzar más valor que la palabra, porque la palabra casi siempre es mendaz. La fuerza con que se tira el naípe, que a nadie ofende, por comprendérsele en las fingidas pasiones de ganar y perder, si el movimiento es continuo o si se interrumpe; si se cambia la carta que se iba a jugar; o si, no obstante la duda, se la suelta descubierta; si se desliza con la mano izquierda dejándola caer como sin pensar y con temor; si se la deja boca abajo un instante, en acto de arrepentimiento a última hora: todos son trucos del truco.

Suelen emplearse a veces versos obscenos y alusiones sexuales; es juego de hombres satisfechos. Se orejean las cartas y se difiere la averiguación de la postrera dando importancia definitiva a ese tercer término de la combinación, que a lo mejor ya se ha visto que no encarta con el palo. La falta envidia después de ese orejeo, es peligrosa. Por lo menos, demuestra una decisión de arriesgar el todo por el todo.

De las tres cartas, una es la peligrosa y concluyente; porque, todas, forman un silogismo, y la conclusión es lógica. Los palos de más valor son: la espada y luego el bastos; oro y copas son iguales, aunque el oro tiene un naípe bravo. Del bastos, sólo el as; del oro, el siete; de la espada, el as y el siete; luego, por igual en cualquiera, el tres: los números mágicos.

Hay un fraude en el dar, pero es de mala ley. Dentro del truco, que es el engaño hecho juego, existe la ley, que convierte al ardid en normal y desecha el fraude, contrario al honor de toda apuesta. El engaño ha de ser de palabras y no de manos. La trampa rompe la convención, las cláusulas de equidad; hace serio al juego. Pero simular que se hace la trampa, finteando maliciosamente con el fraude, puede tolerarse y festejarse, sobre todo si se pierde luego del simulacro.

Como juego de pálpito, de corazonada, de intuición, es nacional, con el mismo *jus soli* que la taba, hecha de una rótula de vacuno. Todo lo contrario del exótico ajedrez, en que se calcula, se reflexiona y se reduce a matemática el albur. El truco es una forma mental abstracta, un temperamento, una forma dialectal. Corresponde a un mundo de formas equivalentes, al manejo del cuchillo y a la creación en caliente del payador. Es la forma inferior de la payada y la forma superior de la política criolla.

Otro juego también nuestro

Uno de los espectáculos más nobles y grandiosos de los que se ha celebrado en Buenos Aires, ha sido el Torneo de Ajedrez de las Naciones. Concurrieron a él representantes de casi todos los países del mundo. El teatro Politeama, donde otrora descollaron las figuras máximas del arte lírico, se pobló de hombres y mujeres descollantes en un arte no menos insigne, en una competencia única en el mundo por el número y la calidad de los participantes.

Numerosos letreros indicaban al público la consigna del silencio. Muchedumbres apiñadas frente a los tableros, o andando, en los palcos, galerías, pasillos y halls seguían durante horas el desarrollo de las partidas, procurando no molestar con sus movimientos ni con su presencia la atención concentrada de los jugadores.

En las mesillas, junto a los relojes alternativos, caras y nombres célebres pugnaban en actitudes de supremo esfuerzo mental, apenas interrumpido para descansar, examinando con la mirada imprecisa y el espíritu enclavado en su juego, otros tableros.

Aunque Buenos Aires haya recibido comitivas de huéspedes eminentes, de verdad nunca hospedó a tantos de los que pueden ser designados

con el calificativo de excelentísimos entre sus semejantes. En esas noches del certamen, la cantidad de energía mental puesta en acción por aquellos hombres y mujeres silenciosos y quietos, equivalía sin ninguna duda a la que por su calidad y pureza gastaba en igual tiempo el resto del mundo. Razas, nacionalidades, idiomas, religiones y credos distintos se coordinaban en una labor de absoluta unidad e inteligencia. El mismo anhelo, la misma fe, la misma sustancia y forma eran vivificados por esos artistas de un saber trascendental y fútil. Ahí estaban también nuestros ajedrecistas.

Acaso ningún país tenga veinte jugadores que puedan competir con los nuestros. Aparte de los grandes maestros, que constituyen siempre excepciones individuales, nuestro medio ajedrecístico es de alta calidad y, sin disputa, lo que representa la óptima excelencia de nuestro pensamiento. No tenemos filósofos, ni escritores, ni hombres de ciencia, ni artistas que puedan ser considerados en paridad con los de otros países, y los discursos de incorporación a las Academias marcan la mísera inferioridad de los talentos escogidos; pero tenemos ajedrecistas que se pueden medir sin desmedro con los mejores del mundo en un certamen por equipos de diez jugadores. Es el más estupendo contrasentido de nuestra cultura, caracterizada por la aparición cerradamente individual y solitaria del genio, el florecimiento de un grupo homogéneo de representantes de la inteligencia pura, como sólo se da en los estados maduros y homogeneizados del saber.

Atribuyo esta excelencia a que el ajedrecista es un autodidacto que sólo aprovecha como enseñanza su experiencia personal del tablero, exento hasta hoy de los influjos deletéreos de la política, realizando el estudio del juego conforme a sus aptitudes naturales. Sería inane suponer que baste ser un pueblo de jugadores, en el sentido en que Azara empleó el calificativo, para explicar la aparición de esos veinte grandes hombres que representan la inteligencia nacional en ese arte tan difícil. Más bien creo que se trata de personas que no han sido malogradas por la enseñanza oficial, y que han podido llevar a feliz sazón aquellas aptitudes geniales innatas. Me atrevo a decir que naturalmente somos un pueblo de gran inteligencia; pero que damos a la inteligencia un valor casi mercantil y que tenemos una opinión tan docente de lo que se puede obtener de ella; que miramos con tanto afán el lucro que puede darnos el saber; que despreciamos tanto la poesía, el arte y la ciencia

grandes y desinteresados, que florecen fuera de las aulas y los despachos; que nos rodea un medio tradicional tan apegado a los títulos y a las investiduras, que aun los talentos auténticos concluyen por malearse y convertirse en instrumentos de hacer fortuna, acumular puestos y diplomas o enhestarse de respetabilidad fiscal.

Nuestros ajedrecistas: he ahí los representantes del alma argentina vivaz, profunda, empeñosa, corajuda, atraída por la belleza, la razón y la justicia, desarrollada conforme a sus ínsitas posibilidades y no mutilada por los prejuicios y los ideales erróneos.

A muchos de estos ajedrecistas se los podría considerar como hombres ejemplares si supiésemos distinguir entre un ser humano culto y un ser humano cultivado. En su mayoría, ellos abandonaron sus estudios o los interrumpieron mucho tiempo, durante el proceso de su afinación espiritual. Otros son ingenieros, médicos, abogados, profesores en ciencias y letras, sin que en sus profesiones signifiquen ni remotamente lo que en ajedrez. No puede dudarse de que se trata de inteligencias excepcionales, pero aplicados al saber oficial no pasan de hombres mediocres, poco más o poco menos iguales a sus maestros, discípulos y camaradas. En el ajedrez son grandes, medidos con los de cualquier país.

Sólo quien puede apreciar qué significan los nombres de Morphy, Anderssen, Pillsbury, Steinitz, Charousek, Lasker, Schlechter, Capablanca, Reti, Alikhine, Botvinnik, Keres, puede ver la grandeza de la inteligencia que se conserva pura y se manifiesta como el atleta y el virtuoso en lo que puede dar de sí, libre, sin atarse a la noria ni servir planes ajenos. Esos grandes hombres son grandes, en un orden de valores que no caducan ni fenecen, por encima de la moda y de las conveniencias subalternas. Pensadores y artistas que no han hecho nada que tenga aplicación a la industria, al comercio, a la agricultura ni a la sumisión de los hombres, quedan sus obras y sus vidas, generalmente dignas de respeto y veneración; se los recuerda como seres que han levantado según sus temperamentos y dotes naturales el índice de una clase de saber que a lo largo de los siglos se ha ido afinando, profundizando y embelleciendo sin que nadie pensara nunca que habría de señalar sobre la tierra la huella de su progreso ni servir al hombre para sus luchas, ambiciones y miserias. Pero nadie los puede negar, como no se niega la razón de existir de los pájaros, las flores y todo lo que vive en virtud de leyes supremas de la naturaleza.

Tampoco podemos nosotros negar a nuestros grandes artistas y pensadores por el hecho de que no trabajen en la dirección utilitaria de la casi totalidad de nuestras energías intelectuales y materiales. Heréticos de la inclinación sectaria general, ellos representan entre nosotros lo mejor de nosotros mismos, lo que somos y nos da vergüenza ser, lo que podríamos realizar de noble y grandioso y nos parece impropio de nuestra dignidad a la española. Como nos parece impropio cantar, hacer versos y meditar con toda la verdad sin esperar la recompensa de los pedagogos y los políticos de la cultura.

Cuando Damián Reca llegó al Círculo de Ajedrez, había ya muchas figuras preclaras, artistas consagrados: Rolando Illa, Valentín Fernández Coria, Benito Villegas, Julio A. Lynch y, como un efebo portador de brillantes destinos, Roberto Grau. De 1918 a 1920 se realiza entre nosotros un movimiento de superación sobre bases firmes y nuevas. Palau, De Witt, Guerra Boneo, Belgrano Rawson y poco después Nogués Acuña, Maderna, Guimard, Bolbochán, Piazzini y Pleci traen con la juventud y el entusiasmo una conciencia más escrupulosa y una exigencia más imperativa de estudio a fondo del juego, de analizar, de formarse un estilo propio. Entonces los viejos maestros que habían alcanzado su cénit dentro de un tipo de juego casi exclusivamente intuitivo, pragmático y personal, pasan a segundo término, y estos muchachos avanzan resueltamente mucho más lejos que los maestros. Al final de unos y al comienzo de otros, se tenía la penosa impresión de la decadencia y el agotamiento cuando se trataba de nuevos valores frente a los otros. Puede decirse que así como el Club Argentino representó la época clásica de nuestro ajedrez, el Círculo congregó a los románticos e hipermodernos. La llegada de Reca al Círculo desde La Plata señala esta segunda época. Él trajo una exigencia nueva. Sin alcanzar entonces el juego de Grau y Palau, Reca era considerado como un maestro. Sus comentarios despertaban un interés particular y se sabía que muy pronto adquiriría la seguridad y la elegancia de sus mejores tiempos. Con su tenue rojez de cardíaco que daba a su rostro de ángulos góticos una dura bondad de doncella inaccesible, apoyado en un codo y fumando sin tregua, daba la impresión de una magistral seriedad y de un aplomo de veterano. Si alguna palabra puede sintetizar su influencia y su estilo, sería ésta: dignidad. Roberto Grau se distinguía sobre todo por dotes innatas para la combinación en el medio juego, la claridad mental con

que planteaba las aperturas y remataba los finales. Poco caso hacía de los libros y nunca se sabía si los grandes maestros le importaban mucho. Se hubiera dicho que era capaz de inventar él el ajedrez de no haber llegado ya a su grado culminante. Delgado, vivaz y de un carácter jovial, puede decirse que cautivó al Círculo con su entusiasmo de adolescente genial. Más tarde agregó a sus dotes naturales la sabiduría del analista, y entonces apareció el segundo Grau, el actual, semejante a un filólogo agobiado de libros y de autoridades. Erudito, técnico, aplicando sus conocimientos tanto como su talento, surgió de sí mismo como el hombre maduro del muchacho, distinto a como todos esperaban. Se le recuerda en sus bellos días de inquietud diabólica, al que sólo retenía como subyugado por una fuerza superior a la suya, alguna posición compleja que le exigía dos torturas juntas: estar serio y estar quieto.

Luis Palau emanaba un don de simpatía cordial y sin reservas. Poseía ya esa virtud musical de ejecutante eximio del silbo, con que modulaba *staccati* de flauta mágica al tiempo que se acompañaba con toda una orquesta de codos, muñecas y yemas de los dedos. Practicaba un ajedrez filarmónico. La afinación precisa de su flautín labial coincidía con la exactitud de las jugadas, y hasta para mover las piezas y capturarlas obedecía a ese ritmo que le brotaba de todo el cuerpo. En Estocolmo batió a jugadores de fama internacional. Fuera de los días solemnes, jamás se sabía cuándo estaba serio y cuándo con el diablo del buen humor, pues su rostro resultaba de un acuerdo cabal entre ambos estados de ánimo, y ni en las posiciones más tensas se estaba nunca seguro de si iba a dar un jaque mate o una serenata.

Valentín Fernández Coria era de los hombres grandes a quienes mirábamos con respeto. Hace veinte años que viene rejuveneciéndose sin duda que por algún método con clave. Fernández Coria era para mí una especie de mito, allá por el año 1912. Cuando vino Capablanca al país por primera vez, después de su triunfo en San Sebastián, en los diarios se publicaron algunas partidas de las que jugaron. Pero el secreto de mi especial respeto hacia él se debía a la circunstancia de haber descubierto, por decirlo así, el código de la connotación de las partidas, reproduciendo precisamente ésa con Capablanca. Pues con mi tablero y sin contrincante, allá por las tierras del sur, me encontré de pronto con que los signos de las partidas se me habían revelado como por arte de magia y que me era

posible, desde ese instante, reproducirlas. Cuando lo vi por primera vez, tuve la impresión de que le debía yo grandes y bellas horas de emoción. Aun todavía quedan asociados en mí su nombre y el ajedrez escrito, como el de un maestro que me hubiese enseñado a descifrar una incógnita de la naturaleza. Usaba ya sus gafas de cristales superlativos que tan bien sentaban a su rostro y al papel de numen que yo le atribuía. En su exquisita amabilidad y en su minucioso cuidado de la precisión en todo lo que se relaciona con la palabra y el gesto, conserva su prestigio de *gentleman* para quien el decoro forma parte de un buen estilo ajedrecístico.

Hugo Maderna llegó al ajedrez mucho más tarde, allá por la época del *match* Capablanca-Alekhine, cuando era campeón de La Plata y estudiante del Colegio Nacional. Tímido entonces y como buscando siempre un pedazo del espacio donde pasar inadvertido, supe al cabo de un año de trato asiduo que era un gran maestro a quien debía yo respeto de discípulo. Creció en todo sentido más pronto y más arriba de lo que él mismo esperaba, sin perder aquella cualidad juvenil que conserva inmarcesible el talento auténtico y que consiste en no decidirse a disponer de ese talento con soltura, como si todavía le tuvieran que pedir cuentas de su uso. El juego de Maderna tiene una sencilla solidez de muchacho huesudo que parece no emplear de su fuerza sino la cantidad indispensable para vencer. Y para quien, por supuesto, la timidez no es más que una cierta vergüenza de tener tanta fuerza a su disposición.

Con Carlos Guimard hablé dos veces y resultó que desde mucho tiempo antes éramos amigos. Si lo hubiera encontrado en la calle sin haber visto jamás su retrato lo habría reconocido. Hay entre su estilo de juego y su persona una concordancia fundamental. En él juega la inteligencia y la intuición primaria, lo que va directamente del principio al fin y lo que se demora voluptuosamente en lo complejo, igual función. Una especie de arabescos llenos de malicias, de digresiones ladinas, sin perder el rumbo ni dejarse atrapar, sin que lo atemoricen los eventos de la marcha. En la inflexión meliflua de su voz y en la mirada que se cansa pronto de estar quieta, hay la persistente búsqueda de un descuido para asegurar cualquier pequeña ventaja definitiva. Cualquier pequeño desliz o error, y estamos perdidos. Algunas de sus partidas parecen concebidas por el procedimiento que produce la hipnosis: son obras maestras de fascinación, donde la fuerza destructora no siempre se ve llegar de frente,

sino que resulta mortífera en razón de palabras y de miradas y de una especie de pases magnéticos que al fin y al cabo causan la muerte, pero en tal forma que casi se tiene la obligación de agradecersele. La rareza de su estilo de juego se basa regularmente en complicadas maniobras estratégicas de largo alcance, donde un plan comprende a menudo otros planes concéntricos o subsidiarios que es muy difícil prevenir y evitar, porque con movimientos tan dulces y delicados dan ganas de experimentar cómo diablos se puede ver uno de espaldas en el suelo.

También he tratado muy poco a Alejandro Nogués Acuña, de quien dijo Fernández Coria que, grande como es, parece un chico que termina de hacer una travesura. La inteligencia de este maestro me ha parecido brillante y muy superior al usufructo que se resigna a sacar de ella. Se diría que más bien que un don personal es una suerte de patrimonio familiar, por la desenvoltura con que la emplea hasta allí donde otros suelen hacer economías. Está seguro de que, por mucho que gaste de alguna parte ha de venir más. Tengo entendido que de todos nuestros ajedrecistas es el que razona con lógica más clara, el menos metafísico y retórico. Él también es así. Efectivamente, desde el primer momento Nogués Acuña nos advierte de que no cree en una cantidad de convencionalismos de valor circulante. El talento, como la fortuna, le parece un bien y no un mérito, porque se es inteligente con el mismo carácter fatídico de ser miope o reumático. Por esa negación *a priori* de valores convencionales, aparece despreocupado por las fórmulas y, en verdad, travieso. Me atrevo a suponer que si se le dijera que en determinado momento ha encontrado alguna jugada sutil y que llevará su nombre esa variante, se negaría a ello contestando que el mérito es de la posición de las piezas y que no vale la pena hacer cuestión de nombres cuando se hace cuestión de ajedrez.

Estos hombres y otros a quienes no conozco sino de haberlos observado y reproducido sus partidas, unen a sus altas cualidades intelectuales otras plausibles de carácter y conducta. La vida es dura para algunos, como artistas que son y de un arte que únicamente estiman los iniciados, fuera de la bolsa de los títulos, las acciones, los productos, las mercancías y las divisas. En ellos hay un caudal de dignidad y rectitud que por encima de las minúsculas rivalidades transitorias los une en la sagrada comunidad de una vocación pura que para conservarse «en forma» requiere, como de los atletas, el ejercicio de la buena conducta.

Nidos de aves paradisíacas

¡Hermoso es el espectáculo de las iglesias, cuando al prorrumpir el repique de las campanas salen de sus torres bandadas de aves que llevan en el estremecimiento de sus alas las vibraciones poderosas y angélicas del metal! ¡Nidos naturales de esos seres del cielo que al atardecer traen las primeras sombras de la noche en sus plumas! ¡Aves paradisíacas que buscan su nido eterno en la piedra y el bronce!

Alrededor de un centenar de iglesias y conventos se alzan gallardos en Buenos Aires, ciudad de vocación católica. Con don Pedro de Mendoza llegaron los primeros frailes, franciscanos, y desde entonces los dos sostenes de la ortodoxia, España e Italia, siguieron aportando sus contingentes eclesiásticos y monacales según las necesidades del culto. No podemos afirmar que a este respecto Buenos Aires haya progresado en la debida proporción, pues, conforme con el último censo demográfico, deberíamos tener diez catedrales, ochocientas iglesias y cuatrocientos conventos, de acuerdo con lo que tuvo en el primer tercio del 1700. Gran parte de este atraso es imputable a Rivadavia, que no obstante haber traído de París planos de Sainte Madeleine para la reconstrucción de la Catedral, con sus reformas religiosas permitió que durante algunos años funcionaran la Facultad de Derecho en el convento de San Francisco y el Museo de Historia Natural en el de Santo Domingo. Ni la restauración de las órdenes por Rosas pudo contrarrestar el golpe del laicismo encarnado en Rivadavia.

La iglesia es universal, tiene una sola lengua: el latín; una sola sede: Roma; una sola misión: la apostólica. En su carácter de eterna y católica, ha desdeñado siempre en América cuanto se refiere a la estabilidad material de los templos que basta la fe para mantener. Por eso la Catedral se derrumbó parcialmente dos veces, Santo Domingo tres y San Francisco una. Cuando las fuerzas incrédulas de la naturaleza derriban un techo o un muro, se lo reconstruye. La devoción subviene a los gastos sin necesidad de recurrir a los fondos del Vaticano, que, como se sabe, vive de la caridad.

La historia de nuestras iglesias no tiene mayor interés sagrado; pertenece por entero a la historia edilicia. En primer término la Catedral, que todavía está en boceto, y de la que no se podría decir hoy, como en una relación oficial de 1725, que es «tan decente cual no se hallará en estas tres

provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay». No está en armonía con el resto de la urbe, y nuestros abuelos vieron desnudos de revoque a los doce apóstoles simbolizados en las doce columnas del atrio. El bajo-relieve que representa el encuentro de José con su padre, Jacob, parece referirse más bien a la legendaria exuberancia de nuestros campos que a un episodio de la Historia Sagrada. Lo realizó un preso que obtuvo su indulto en premio a su arte y a su aguda visión de las cosas. Tampoco las iglesias y conventos tienen ninguna celebridad macabra ni poética. Aparte los sacrilegios que cometieron las tropas de Urquiza cuando la derrota del tirano y que son explicables por la exaltación patriótica del triunfo, y del transitorio uso como hospital de sangre del templo de San Francisco, en 1889, sólo se debe recordar los episodios gloriosos de la Reconquista en el templo de Santo Domingo. Pero esa profanación de los herejes anglicanos desde el punto de vista de la fe debe ser mirada como un escarmiento más bien que como una profanación. No han de recordarse los robos, frustrados casi siempre y ya se sospecha debido a qué, cometidos por ateos y *amateurs* del arte. Así, por ejemplo, la suplantación de un Cristo de Van Dyck por una copia grosera en la Catedral y la empecinada tentativa de llevarse de la iglesia del Pilar el San Pedro de Alcántara, de Alonso Cano. Una buena cadena que lo sujeta al muro asegura que esa obra de arte no irá a enriquecer ninguna colección particular. El altar de plata cincelada no podrá ser arrancado. Es una falta de respeto afirmar, como algunos escritores anónimos, que la frecuencia de los atropellos a la iglesia del Pilar se deba al espíritu de su fundador, don Juan de Narbona, que era famoso contrabandista y que allá por el año 1604 donó veinte mil pesos para la edificación del templo. Al menos no hay pruebas fehacientes de ello. En cuanto a las joyas, lo más práctico es reemplazarlas por copias bien hechas, como se hace con los cuadros. Éste es el procedimiento que se siguió también con las balas incrustadas en una de las torres de Santo Domingo, que son de madera, y con los patacones de la colecta que se efectuó para atajar el avance del comunismo. La mencionada torre de Santo Domingo es la única auténtica, pues la otra se construyó mucho después. Le ocurre lo mismo al templo de San Ignacio, que sólo tiene propia la torre de la campana. La otra perteneció al Cabildo, con reloj y todo; pero no fue llevada por los aires, sino transportada y superpuesta de la manera más impropia en esta clase de obras.

Algunos de esos templos conservan reliquias de santos, como los huesos de los santos Clemente y Prospero en aquella iglesia: el cate de jacaranda de Fray Luis de Bolaños, en San Francisco, donde muchas veces también reposo San Francisco Solano. Este ha sido el único santo que piso nuestras tierras, pero prefirió andar entre los indios. En la Catedral hay una imagen de cera de Santa Florencia, hecha sobre los huesos de la bienaventurada, y ultimamente se habló mucho del Santo de la Espada, que en opinión de algunos es el vocativo del patrono de la ciudad y de la Catedral, San Martín de Tours.

Ornamentados, con riquísimos altares y lujosas imágenes, nuestros templos son fríos e inhospitalarios. Sus campanarios rara vez se animan con la voz de las campanas, que es la música inmemorial de la atracción de las greyes. No se ven en ellos anidar las cornejas, las cigüeñas, los buhos ni los cuervos, como en las multiseculares iglesias de Europa. Al caer la tarde se ve lanzarse a esas aves taciturnas y filosóficas desde las torres, y regresar, evocando un pasado poético. Debido a la falta de ese material vivo de poesía, no hemos tenido un Poe, ni siquiera un poeta de lo sobrenatural. En nuestras iglesias no hay cuervos, ni en la ciudad.

El cuervo, esa ave simpática otrora a todos los chicos de las calles de Buenos Aires. No puede atribuirse su desaparición a prejuicios de índole supersticiosa, pues hasta 1860 abundaban, compitiendo con las gaviotas y los chimangos en el reparto de vísceras en los mataderos. Es triste una iglesia sin aves eclesiásticas.

Por otra parte, el cuervo, hacia el que Hudson, supremo juez ornitológico, manifestaba «una extrema parcialidad» considerándolo «la más humana de las criaturas de plumas» y también «noble especie», ha sido ultimamente desterrado de las ciudades heterodoxas, como Londres. Hudson encontró muchísimas personas que le manifestaron su ansiedad por que esas aves volvieran a poblar los parques y las torres de Londres, acaso por un sentimiento inconsciente de atrición. El cuervo de las carroñas parece ser el más interesante e inteligente. En el capítulo III de *Birds in London*, consagrado precisamente a esas aves, ese autor transcribe un artículo que escribió en 1895 para la *Fortnightly Review*, donde dice:

«Algunas veces aumenta nuestro conocimiento de cualquier criatura salvaje el verla domesticada —no limitada en cualquier modo, ni con las alas cortadas, sino libre de ejercitar todas sus facultades y de ir y venir

a voluntad-. Algunas especies en esta condición son mucho más sociales que otras, y quizá ninguna se aviene tan fácilmente a la vida doméstica como los diversos miembros de la familia de los cuervos; porque ellos son más inteligentes y adaptables y más cercanos a los mamíferos en su carácter mental que la mayoría de las aves. No obstante, es curioso hallar que el objeto de este artículo parece ser poco conocido como ave doméstica o animal casero. Un cuervo enjaulado, estando próximo al tránsito, por decirlo así, de estar muerto y embalsamado, no me interesa. Todavía el cuervo nos choca como un ave de grandes posibilidades de convertirse en doméstica: le agradaría a uno observarlo libremente asociado con más numerosos cuervos implumes que tienen diferente lenguaje, para aprender por qué medios se comunica con ellos, para sondar sus abismos de alegre diablura y registrar las modulaciones de su voz; porque él también, como otros córvidos, es locuaz en ocasiones y muy dado al soliloquio. Asimismo es músico, aptitud a la cual se refirieron Esopo, Yarrell y otras autoridades, pero que no nos dieron ninguna descripción propia de su canto. Un amigo me dijo que cierta vez cazaron un cuervo que no resultó ser una ave casera interesante. Esto no era extraño, dadas las circunstancias. El ave era vieja y acababa de ser derribada con una carga de puntapiés cuando se la transfirieron aturdida a mi informante. Se recobró de sus heridas, pero siguió siendo siempre una ave muy sosegada. Rondaba una vieja casona de campo, y un día la observaron en actitud de acecho, estrechamente agazapada entre la pared y el piso. Había descubierto que el lugar estaba infestado de ratones y estaba aguardando junto a una hendedura. En el instante que un ratón sacó la cabeza el cuervo lo atacó con el pico y lo habría matado golpeándolo dos o tres veces en el piso con relampagueante rapidez. Entonces se lo engulló. Desde esa vez la sola ocupación y distracción de esta ave era la cacería de lauchas e iba en torno de la casa con la callada y sigilosa manera de los gatos.

»Estoy ansioso de obtener la historia de un cuervo al que nunca se le hayan cortado las plumas de las alas y que no haya comenzado la vida doméstica en la vejez con numerosos perdigones de plomo en su cuerpo».

A continuación refiere Hudson que otros amantes de los pájaros en Londres, entre ellos Mr. Mandeville B. Phillips, a la sazón secretario del arzobispo de Canterbury, respondió a la misma encuesta en otro diario. «Para

él -dice- fue una revelación interesante encontrar convertida en doméstica esta especie. Ninguna otra ave se le hubiera asemejado en destreza y multiplicidad de astucias y recursos: le daría ventaja al grajo más diestro y le ganaría fácilmente. Si esta ave era un espécimen común de la raza, se maravillaba de que el cuervo no fuera más popular como animal casero. Esta ave era apasionada de su libertad, pero siempre volvía a su amo cuando la llamaba y, como las gallinas, todas las noches dormía en un galpón. Como el cuervo amaestrado y también como los seres humanos de un primitivo orden mental, era excesivamente afecto a practicar las bromas. Dondequiera que encontrara dormido al perro o al gato, se deslizaba quedamente y le administraba un recio picotazo en la cola con su poderoso pico. También entraba volando en la cocina, cuando veía la ventana abierta, para robar las cucharas. Pero su principal deleite era tener una caja de fósforos, que se llevaba para sacarlos y esparcirlos por el suelo. Era extremadamente celoso de un cuervo doméstico y de un grajo que compartían con él la casa y el jardín, y a los cuales elegía para considerarlos sus rivales; pero esta era su única desgracia. La presencia de su amo vestido llamativamente siempre lo afectaba mucho. En verdad lo arrastraba a tal frenesí de terror, que Mr. Phillips llegó a cuidarse de no exhibirse en el jardín con semejante ropa vistosa. Mi informante concluyó expresando que no se avergonzaba de decir que vertió algunas lágrimas a la pérdida de esta ave.»

¡Criaturas paradisíacas!

Pájaros

Pampa: cielo y luz; esto vieron Morand y Keyserling. Nosotros no hemos tenido ojos para ver nuestros campos, ni nuestros poetas han sabido cantar el mundo casi abstracto de la luz y del color infinitamente variado, aunque infinitamente humilde y de ninguna manera pictórico. Para Hudson, América era el Continente de los pájaros.

En parte, nuestra falta de sensibilidad para los seres improductivos y el apuro de adquirir dinero han ocasionado la desaparición o la fuga de infinidad de especies que habitaban el cielo de los campos, cediéndolo a muy pocas especies predominantemente carnívoras y rapaces. Poco amor se trajo a estas tierras; poco amor y mucho apuro. Esa urgencia colonial, agudizada

por el ansia de los inmigrantes rapaces y comedores de oro, ha hecho desaparecer de nuestros campos los pájaros que en miríadas variadísimas de voces y colores embellecían los cielos y las tierras y ofrecían júbilo y hermosura al hombre. Él los persiguió y se quedó solo, sin amor a los pájaros ni a los árboles. Porque el que mata los pájaros es el mismo que no planta árboles.

Y nuestra ciudad, que debiera estar embellecida y alegrada por pájaros que volasen libres y anidaran en nuestros balcones, porque es la ciudad mayor del Continente del cielo, de las alas y de los árboles, tiene tan pocas especies e individuos que cualquiera ciudad de Europa posee más.

Es seguro que la íntima tristeza de Buenos Aires, que es una verdad infinitamente más triste de lo que suponen los turistas que vienen a divertirse, proviene de la destrucción implacable de los pájaros por los agricultores-hormigas que, naturalmente, los odian de corazón. Es una tristeza que la invade desde los remotos campos en que se aniquilan los pájaros o se los ahuyenta sin quererlo. El exterminio, cuando se lo emprendió con tesón, ha sido llevado a cabo con inteligencia y perseverancia. La ciudad de Buenos Aires cerró las puertas de su simpatía a los perseguidos; porque es también la ciudad de los ciudadanos-hormigas, como ya observó Juan María Gutiérrez. Los más indefensos prefirieron emigrar o sucumbir. A su exterminio acompañó una merma de la «belleza, la alegría y los esplendores del sol» -Hudson-, lo cual es cierto sin metáfora.

Hay en Buenos Aires más pájaros enjaulados que en libertad. Si Hudson hubiera quedado entre nosotros, ¿habría escrito *Pájaros en Buenos Aires* en vez de *Pájaros en Londres*? Pero él también emigró, precisamente cuando los inmigrantes empezaban su obra destructora y, broma o verdad, por eso no volvió jamás a su país natal. Era un pájaro, el más canoro y luminoso de las pampas, y Buenos Aires es la ciudad de los inmigrantes destructores de vida. Nunca los pájaros pudieron tener su *habitat* en Buenos Aires, desde que se los despojó de los bosques naturales que lo circundaban. Darwin y Head sólo vieron en Buenos Aires gaviotas que se alimentaban de los despojos en los mataderos. Eso también lo contó Hudson.

Recuerdo aquí estas páginas de profunda emoción y clarividentes, del capítulo «El desierto de las pampas», de *El naturalista en La Plata*: «¡Qué lamentaciones, si una destrucción súbita se abatiera sobre los tesoros artísticos reunidos en la Galería Nacional, sobre los mármoles del Museo Británico y el contenido de la Biblioteca Real, sobre las viejas estampas e

iluminaciones medievales! Sin embargo no se trata sino de la obra de manos y cerebros humanos, de impresiones de un genio individual sobre materias perecederas, inmortales únicamente como lo es el imago de la falena muerta, porque ellos prosiguen existiendo y brillando cuando las manos y el cerebro del artista no son más que polvo; y el hombre tiene ante sí la larga jornada de la vida, para rehacer cosas semejantes a éstas y más bellas aún, si la teoría de la evolución comporta el menor grano de verdad. Pero las formas de la vida en las dos clases superiores de los vertebrados son la obra más perfecta de la naturaleza; y la vida de una simple especie es de valor incalculablemente más grande para la humanidad, en aquello que ella le enseña y seguirá enseñándole, que todos los mármoles cincelados y las telas pintadas que el mundo contiene; a pesar de que existen, sin duda, personas cautivadas por el arte que me pondrán en el rango de los filisteos por osar decir esto. Y, por sobre lo demás, deberíamos proteger y considerar como sagrados esos tipos, las obras maestras de la naturaleza que se eligen para destruirlos a causa de su talla, de su esplendor o de su rareza, y renegar de esta falsa y detestable gloria que se otorga a los mejores destructores».

En tiempos remotos el espíritu de la vida brillaba en ellos con más alta llama; y cuando otros que compartían la tierra con ellos fueron escogidos por la muerte, quedaron, siendo más dignos de perpetuarse. Como inmortales flores, han venido hasta nosotros sobre el océano de las edades; su rareza y belleza suscitan en nuestras imaginaciones un cuadro de ese mundo desconocido, inconmensurablemente alejado, donde el hombre no existía; y cuando ellos perecen, un poco de júbilo se retira de la naturaleza y la luz del sol pierde un poco de su esplendor. Esta pérdida, por lo demás, sólo nos afecta a nosotros y a nuestra época. Las especies que exterminan con encarnizamiento, no solamente en la América del Sud, sino en toda la superficie del globo son, en cuanto sabemos, indemnes del germen de la decadencia. Ésos son los anillos de una cadena y las ramas del árbol de la vida, cuyas raíces se hunden en un inconcebible pasado; sin nosotros continuarían floreciendo, para alcanzar un porvenir asimismo inconcebible, florecer en formas más altas y bellas todavía, y encantar a innumerables generaciones de nuestros descendientes. Pero no soñamos en todo eso; nos es preciso dar libre curso a nuestra inclinación por la destrucción, aunque haciendo esto «destruimos la gran obra del tiempo», no en el sentido en que el poeta empleaba estas palabras, sino en sentido más justo, más amplio e infinitamente más entristece-

dor. Cuando este furor deportivo se haya agotado falto de víctimas, cuando subsista uno solo de los animales de gran talla, la disminución que hacemos sufrir a nuestro patrimonio, que presenta simplemente para nosotros un interés vital, será apreciada en su justo valor. Apenas se puede suponer o expresar que la posteridad se contente con nuestras monografías de las especies desaparecidas y con un puñado de huesos friables y de plumas descoloridas que sobrevivirán, puede ser, una media docena de siglos en algún museo ventajosamente situado. Al contrario, tan lúgubres recuerdos sólo servirán para recordarles la pérdida que ella habrá causado; y si se acuerda de nosotros será para maldecir nuestra memoria y nuestra época –esta época esclavizada, científica, humanitaria, que debería tomar por divisa: «Destruyamos todo lo que es noble y bello, porque moriremos mañana»–.

La ciudad de Buenos Aires tiene muy pocas especies, y en las plazas predomina casi exclusivamente el gorrión. Tampoco tierra adentro es posible ver aquellas multitudes policromas que ante los ojos de Hudson se movían, en época de las migraciones, como olas de un mar de plumas. Pájaros hay pocos y en jaulas. Un día del año los niños sueltan de sus jaulas algunos pájaros de vuelo vacilante y que terminan buscando en las casas un amparo eficaz; pero es una fiesta emocionante que no celebran todos los corazones. En general, quien más, quien menos, bien quisiera tener algunos cautivos, aunque fuesen pájaros.

En las pajarerías se ven algunas especies, también comunes. El loro sigue siendo el individuo que atrae el afecto de la mayor suma de gentes humildes. No sienten la repugnancia por la caricatura de lo que ennoblece al hombre, y la palabra grotescamente articulada y con un sentido automático de signo pegado a una cosa o a una situación no les agravia en su calidad de seres parlantes. Ellos mismos usan el idioma nacional como una herramienta tosca y sin nobleza, olvidados a la vez del habla nativa. En plano secundario, los pájaros que debieran ser comunes, porque lo fueron otrora, parecen curiosos y hasta exóticos. Sí; las pajarerías son la parodia grotesca de la ciudad, como el loro lo es de la palabra, y no sabría decir si el amor a la naturaleza, el recuerdo muy borroso de un pasado en que el hombre era bárbaro pero no cruel como para destruir la belleza inocente, o el odio transfigurado, nos hace detenernos un instante ante las jaulas en que se exhiben y hasta, en el colmo de la sensibilidad, llevarnos cualquier pájaro que siente bien al color de una habitación o al ornamento de un mueble.

He aquí lo que oyó decir a las Aves el más profundo y fino, el más sabiamente alocado de los poetas, Aristófanes: «Ciegos humanos, semejantes a la hora ligera, impotentes criaturas hechas de barro deleznable, míseros mortales que, privados de alas, pasáis vuestra vida fugaz como vanas sombras o ensueños mentirosos, escuchad a las aves, seres inmortales y eternos, aéreos, exentos de vejez y ocupados siempre en pensamientos perdurables».

Gorriones

Cien años me parece desde que te perdí

¡oh, maravilloso mundo de los pájaros!

Benditas avecillas que van y vienen.

(...)

Y yo de tales mundos me vine a este triste

Londres que, juntos, gorrión, habitamos ahora,

y en mi soledad, sin un amigo,

me dedico a ti.

Como el desesperado prisionero que en su celda

oye cantar un grillo, y su chirrido

le hace olvidar el sol y la alegría.

(Del poema «Gorrión de Londres», de G. E. Hudson, traducción de C. R. de Pozzo y F. Pozzo).

Pero de todos los pájaros, el habitante natural de Buenos Aires es el gorrión, ciudadano dominante en todas las grandes urbes. Nosotros lo hemos calificado de plaga, tomando en cuenta el daño que causa en las huertas y no su modo de ser. Hay orden gubernamental de exterminarlo, puesto que no se le puede aplicar la ley de residencia y expulsarlo del país como a inmigrante indeseable.¹⁶ La destrucción de una especie no-

16. «Como he dicho, de sumisos y bien educados que eran en Europa, se han convertido aquí como algunos hijos de inmigrantes humanos, en desfachatados, pendencieros y madrugadores...» (Clemente Onelli).

civa, decretada por ley con arreglo al mismo principio que protege a la chinchilla y al zorro plateado. Una persecución nacional que cumplen con beneplácito cuantos se ven perjudicados por esos insaciables engullidores de tallos tiernos. Pero, ¿de qué origen son los gorriones, esos gitanos de vida estable si no sedentaria? Nadie los ama ni siente repudio por el castigo que alcanza a todos los individuos y sus proles. Es cierto que se destruyen también las perdices, los tordos y las martinetas; mas no son nocivos y se los ama.¹⁷

Por las plazas van los gorriones saltando con una desconfianza hereditaria, después de tantos años de persecución. A las mañanas temprano llegan con sus gárrulos himnos libertarios a las casas, entran con sus sonidos estridulantes y dibujan arabescos cambiantes y vívidos, irreales en su profusión como las luces de los brillantes. Hudson los observó mucho y con gran cariño, porque no era horticultor y, además, había en él algo de gorrión, si se leen bien sus obras y se observan bien sus retratos.

Sin que se lo persiguiera, se fue.

Se dice que los gorriones han desalojado a los otros pájaros, y seguramente al perseguírseles se defiende a los pájaros desalojados. Pero falta saber si el gorrión ha sido siempre como se lo concibe desde los almácigos o si se ha convertido en animalito dañino por necesidades perentorias de adaptación en la lucha por la vida. Es frecuente encontrar referencias, en autores europeos, a la costumbre de dejar migajas donde ellos puedan encontrarlas, y de gorriones que penetran por puertas y ventanas a robar algo tan sabroso como el pan de sobre las mesas, o a guarecerse en los días de nevazón. Entre nosotros –y parece que en otros países de América– ocasionan perjuicios cuantiosos y apenas se aventuran a posarse en el balcón. Al acercárseles parece más bien que nos desafiaran. Sin embargo, gustan también de la jaula cuando se acostumbran, y en esto, como en muchos otros rasgos de sus almitas, se parecen a nosotros.¹⁸

17. En un solo distrito de Norteamérica, en el año 1916, y en una estación, los agricultores presentaron a las autoridades 364.250 gorriones adultos muertos en la campaña emprendida contra ellos.

18. «Pero la principal ventaja del gorrión sobre las otras especies, sin duda consiste en su gran inteligencia.» «...Siempre es posible encontrar algo nuevo que decir de un pájaro de mente tan versátil, tan altamente desarrollada, tan predominante.» «En esta extremada

Carecen de toda aptitud de seducción, los pobres; no son sumisos ni procuran congraciarse con sus benefactores; no saben cantar sino alborotar, a semejanza de ciertas criaturas de mal oído; no tienen plumaje vistoso sino el gastado poncho del pobre. No hay picardía ornitológica que no sepan; roban hasta lo que se les da en la mano; miran constantemente a su alrededor, arriba y abajo con la inquietud del que tiene un miedo heredado, y se picotean entre ellos con saña. Siglos y siglos han vivido allí donde el hombre alzó su casa; temen la soledad de los campos y en los aleros forman su nido, casi siempre al alcance de la mano de los chicos, que cumplen con la ley como es debido.

Por eso cuando nosotros viajamos metemos en las jaulas a los gorriones, que habitualmente andan sueltos por la casa y han hecho del encierro un retiro natural, cuando al caer la tarde buscan ese refugio y entran en él por propia voluntad; y cubrimos las jaulas con papeles para que no los vean. Debajo del papel pueden ser canarios o cardenales, reyes del bosque o tejedores. Así viajan de contrabando los pobrecitos, substraídos al cumplimiento del deber que pudiera exigir en las estaciones el secuestro.

Una pareja tuvimos –Barbín y Pelusa– distintos de todos los demás. Cada uno de ellos tenía su personalidad bien acusada. Barbín vino a casa cuando tenía dos meses y trajo ya su carácter formado, un poco desconfiado y altanero. El trato afectuoso y las costumbres del nuevo ambiente lo redujeron a la mimosa y áspera afectuosidad característica de esos pájaros, aunque era visible cierta tendencia al aislamiento, como si se tratara de un soñador, o que añorara a ratos los árboles de Tigre, en donde nació. Pelusa fue criada desde los primeros días, cuando sus ojos apenas eran dos puntitos brillantes y las plumas una coloración oscura bajo la fina piel. Abrió sus ojos, pues, en manos humanitarias, en el calor del amor, y su vida se inició sin conocer otro ambiente ni seres que ésos para siempre incomprensibles, que somos. Barbín y Pelusa eran los más bondadosos de la tribu. Llegaron a formar pareja y a anidar en un estante de

suspiciacia, y en sus hábitos generales, los gorriones aparecen muy semejantes a nosotros. Cuando llegamos a conocerlos íntimamente, en estado doméstico, advertimos que hay en los gorriones un carácter tan individual como en otras criaturas muy altamente inteligentes.» «...Resulta del sentido de propiedad del gorrión y de su áspero resentimiento de cualquier intrusión dentro de su propio dominio.» (*Birds in London*, Hudson.)

la cocina, reservado para ellos. Una caja de cartón les servía de alcoba. Allí llevaron cantidad de materiales de construcción, hurtados de donde los encontraban: papeles, plumas, hilachas de cáñamo y hebras de algodón, muchos de los cuales poníamos a su alcance para que los robaran. Todo les sirvió para el nido. Un día –hace algunos años– ocurrió un accidente imputable a la costumbre de volar y caminar sin temor al peligro, ajenos a la noción siquiera aproximada de las cosas que formaban su mundo. Uno, la víctima de esa domesticación, fue brutalmente pisado. Un grito que llenó la cocina dio la certidumbre inequívoca de la tragedia en todos sus detalles. Ya el animalito herido y su compañero estaban en el estante. Barbín se había parado sobre la caja de cartón, dando saltos y pisando fuerte y desesperadamente.

—¡Barbín!

No era Barbín el herido. En un rincón estaba Pelusita, agonizante, con los intestinos fuera del cuerpo. ¿Qué instinto o comprensión cabal de su muerte y de lo que es el nido la detuvo sin entrar? Todos los pájaros hacen lo mismo: cuidan su postura más que su vida hasta donde es sensato, y se diría que el pájaro es sólo el accesorio del nido.

Murió, como otros muchos, en las manos, donde ellos dejan su decreciente calor que jamás se olvida, con un estertor minúsculo y delicado.

¿Barbín saltó y gritó porque Pelusa no entraba al nido, como hizo otras veces cuando ella se demoraba por ahí? ¿Habría comprendido que ahora era la muerte? En seguida Barbín revoloteó azorado y a poco entró al nido, echándose sobre los huevecitos, y así estuvo el día entero. Al siguiente hizo lo mismo durante una hora. Después salió y se olvidó de todo. Sin embargo, ése fue «su» nido y lo defendió a picotazos cuando algún intruso se aproximaba con intención de posesionarse de él. Inútilmente tratamos de aparejarlo de nuevo, buscándole otras gorriónas no menos lindas y vivaces que Pelusita, aunque no tan inteligentes y cariñosas. A todas las rechazó sin ninguna clase de consideraciones, dueño y señor absoluto de su rincón y de su viudez. Al cabo de tres años de esa vida solitaria y huraña con sus semejantes y sólo cariñoso con nosotros –sin rencor–, ya viejo, se escapó.

Pelusa reposa junto a sus hermanos, en el pequeño cementerio que tienen: Chango, una calandria de Jujuy; Plumerito, un canario de flequillo gris, el más fino de modales y el de más suave voz; Pirucha, una paloma

chiquita como una perdiz de diez días; Dominguito, un rey del bosque; Cara-de-vino, un tejedor que se ahogó en el bebedero como si se hubiera suicidado; Belkiss, una urraca real, que vivió con nosotros poco tiempo. Junto a ellos está Pelusita; con ellos y con ese poquito de nosotros que también enterramos allí.

Palomas y golondrinas

La paloma es el ave de la ciudad, y la golondrina. Una paloma abre sus alas en el escudo apócrifo de la ciudad, sobre navíos anclados en un mar de plata espumosa. La golondrina corresponde al alma. El Congreso Eucarístico reivindicó al águila negra de Garay que empuña la roja cruz de Calatrava y levanta la corona en su cabeza; en balcones y dinteles ese escudo pontificio recordó a los ciudadanos que antes que la paloma protegió a la ciudad un ave de presa. No es el águila el ave propicia de Buenos Aires, sino la paloma.

Instintivamente descubrió esa heráldica un hombre extraño que enseñó a una ciudad de más de dos millones de habitantes a mirar al cielo. Hombre extraño, de barba de fauno y delantal de colegial, manejando aves con un silbato.

Pues a pesar de que el cielo es el complemento natural y el más bello remate arquitectónico de nuestros edificios, suelen pasar meses y meses sin que contemplemos el cielo. Sol, luna, nubes y estrellas giran sin necesidad. Aquel hombre pobló el cielo casi sin alas de Buenos Aires; centenares de palomas, obedientes a sus órdenes, ascendían o aterrizaban con su gracia hipostática.

Las palomas de San Marcos no pueden reemplazar al león, en Venecia; se agitan en la jaula de la Plaza de San Marcos, y se comprende que no puedan salir de allí, donde tienen su área de existencia, y en la basílica y los pórticos, su infranqueable horizonte. Estas palomas de Buenos Aires, traídas no se sabe de dónde, llegaron a su clima, a su cielo. La suavidad de la pluma casaba como un niel con la suavidad infinita de nuestro firmamento. Nada agregaban a las tardes los veleros del río. El cuadro era completo y quedaba por toda la noche y más allá de la mañana una palpitación de alas en el aire y una vibración de castidad sobre la pie-

dra del murallón de la ribera. Desde entonces los gorriiones de nuestras plazas han perdido su derecho de integrar la heráldica. No pudieron por fin, desterrar a la paloma, como a las golondrinas, y ellas serán todavía las dueñas de las plazas. Los cielos donde vuelan palomas no necesitan del milagro, porque ya son la vida celeste, y en la actitud del que las contempla hay un rito completo de la devoción abstracta. Es inexplicable que la golondrina no pueble nuestro cielo urbano, y sus razones tendrá. Ella conoce el mundo, la hospitalidad, y desde hace años va desapareciendo de las ciudades y los campos. No tiene qué enseñarnos; y siendo la misión de los pájaros la enseñanza y purificación del género humano, otros deberes tendrá que cumplir. Al menos así creía Aristófanes, sabio en ciudades echadas a perder y en pájaros.

Una vez, allá por el año 1932, ocurrió un suceso insólito; suceso angelical, semejante a la nevada de 1919, cuando la ciudad se vistió de novia y amaneció –¿sola?– con sus velos y azahares. En 1919 nevó y en 1932 llegaron millares de golondrinas; y éstos son los dos milagros en la historia de Buenos Aires.

Casi a la misma hora se congregaban en el mismo lugar del cielo de la ciudad millares y millares de golondrinas; sobre la dársena norte. Venían de los cuatro puntos cardinales, como si asistieran puntualmente a una cita. Provendrían de otros países. Comenzaban una especie de maniobra de variaciones y modulaciones amplísimas y armónicas. Danzaban según una música de ritmos marítimos o de un velo suelto en el aire. Evolucionaban en cuerpos formados con la disciplina que nace de la libertad y de la unanimidad, hasta que parecían arrancar de los cielos otros y otros cuerpos de danza, concentrándose y disgregándose en un juego ordenado y no aprendido. Cuando no podía haber más golondrinas sin que destruyeran el cielo, descendían como un líquido que se vierte, sobre un árbol, todos los días el mismo. Y parecía increíble que un árbol pudiera cobijar tantas golondrinas. Sólo los árboles y los pájaros saben las infinitas posibilidades de camaradería que existen entre ellos. Apenas se distinguían esos millares de golondrinas en el árbol, relativamente chico, como si nos enseñaran que un árbol sirve para albergar más pájaros que seres humanos una ciudad. Piaban ahí un rato, sin que se las viera, hasta que la mirada del hombre empezaba a discernir las golondrinas de las hojas. Entonces callaban; porque era el momento en

que los ojos del hombre iban afinándose y de la emoción de la contemplación pasaban a la obsesión de la puntería.

Sobre los árboles y las aves se extendía el humo de los vapores prontos a zarpar y, más arriba, donde estuvieron las alas, las nubes. El sol se llevaba consigo los ojos de los hombres, y el sueño profundo de los astros bajaba a posarse, entre las ramas, dentro de las golondrinas.

La cola del pavo

En primer término, Buenos Aires es el asiento de las autoridades curiales y administrativas. Se diría que fue construida para ellas y para sus necesidades accesorias.

La administración pública es el habitante originario y la máquina urbana funciona movida por su secreta fuerza.

Nuestras ciudades tuvieron un nacimiento con prerrogativas de linaje y fueros, fundadas por los conquistadores que las inauguraron con los edificios en que residían ellos y con los otros que albergarían las diferentes ramas de su poder y de los hombres a su servicio. Las casas, los hogares, se formaron por añadidura, y La Plata es un ejemplo a la vista de la embriogenia de una metrópoli sudamericana.

Buenos Aires debe su grandeza a la circunstancia de haber sido cabeza del Virreinato y de ser asiento de las autoridades supremas. Eso le queda en la sangre, por decirlo así, y esto es lo que constituye, si no su grandeza única, las columnas de seguridad en que se apoya la masa inmensa de la urbe.

Cuando se debatió la cuestión de residencia de las autoridades, sedicente de la elección de la capital federal, se trataba de esto: si la ciudad de Buenos Aires se dejaría donde estaba, o si se la transportaría a otro lugar. Si se iban las autoridades, se irían los funcionarios; con ellos, sus familias y proveedores; tras todos, se irían las casas.

Por igual motivo la ciudad subsiste en razón de los edificios en que esas autoridades tienen su sede. Es de los edificios públicos de donde emergen las corrientes vitales y dinámicas de la ciudad-república, verdaderas centrales eléctricas de toda actividad.

Si en vez de planos se hicieran láminas anatómicas de la ciudad de Buenos Aires, se vería que los órganos esenciales de la vida están constituidos por los edificios públicos. Si a Buenos Aires se le trasladaran a otro punto del país esos edificios, sería como si le arrancaran las entrañas: la muerte.

Cuanto menos edificios públicos tiene un barrio o un pueblo, menos vida tiene. Comercios y aun industrias florecientes existen en razón del funcionario público y sus vástagos. Al sostener el Estado a millares de empleados, mantiene la vida. Y esa vida es grandiosa, con lujo, en el estilo cosmopolita de las célebres casas de juego. No tiene el estilo humilde y firme del país, que va construyéndose con sus silenciosas fuerzas sin auxilio, pero mucho más verídicas y nuestras.

Suprímense los edificios públicos y se destruirá una industria lucrativa. Las casas se desalquilarán y derruirán poco a poco, cual si emprendieran un éxodo tras ellos, semejantes a dóciles perros. La ciudad es la casa colectiva que pertenece al Gobierno. Por el puerto –que es el gran financiero que nos resuelve todos los problemas–, la metrópoli se une por un cordón umbilical de agua a Europa, y a las espaldas queda todo el inmenso país comportándose como un sobreviviente héroe de la Independencia.

La casa que pertenece al Gobierno está asentada en la base misma de la ciudad, como el elefante sobre la tortuga; el ciudadano se asienta sobre el elefante y la ciudad sobre el ciudadano. La otra arquitectura de la teogonía hindú no era más fácil de entender. En la casa que pertenece al Gobierno está el ciudadano propiamente dicho, especie de penate de la ciudad en su hornacina. La casa que pertenece al Gobierno es el estuche del funcionario. A éste se le respeta –naturalmente porque es respetable– porque de su buena voluntad depende la prosperidad. Si se le ofendiera es posible que él personalmente no haga nada, como el icono, pero de alguna parte vendrá la desgracia. El funcionario público llega a la categoría de ciudadano honorífico. Todo esto es lo que la estatua de don Juan de Garay quiere indicar al señalar con el dedo la tierra. Que aquí ha dejado su progenie en la hornacina y ¡guay del que la toque!

Creó con ello una especie de culto de los antepasados, en reemplazo del que nunca tuvimos. Como ignoramos bastante nuestra propia historia y como cada día menos queremos ir a ella a beber ejemplos de altruismo y dignidad, buscamos los héroes por las calles o en el lugar donde residen con todo esplendor.

Inconscientemente, el anhelo de obtener un puesto público no es tanto la necesidad de asegurar la existencia contra todo evento, cuanto la religiosa necesidad de participar en la existencia de la divinidad, en casi un remedo eucarístico. Porque muchos funcionarios no necesitan del puesto para vivir, sino para condecorarse. Abolidos los títulos nobiliarios, olvidada la fe de los mayores, el hombre necesita ser noble y respetable, para lo cual no le importa con qué pan tiene que comulgar.

El Estado ha destronado las divinidades de la fe y de la sangre, y se ha puesto en su lugar. Entrar a formar parte del Estado significa entrar a funcionar con él por el misterio de la comunión cívica. Se pasa a formar parte del cuerpo de la divinidad.

Esto corresponde al alma, los edificios al cuerpo; una cosa es la fe y otra la parroquia. Los edificios públicos estimulan, con su grandiosidad, el afán de las construcciones costosas y suntuosas, los palacios, las grandes avenidas. Los que no necesitan entrar a formar parte del Gobierno por el empleo, lo hacen por la imitación de su boato.

Una observación de Guedalla viene a la memoria: «Quizá los edificios sean más serios; pero la dignidad es lo último que esperábamos encontrar en Buenos Aires. Una ligera sensación de afrenta nos invade, mientras van apareciendo las fachadas de Buenos Aires. ¿Por qué –meditan– la fantasía de Walthamstow se agitaría por las locuras de Buenos Aires, si no hay nada más que altas fachadas? Cualquier ciudad, indudablemente, está obligada a tener sus edificios públicos. Los estrados de la Ley deben ubicarse en alguna parte y los ministerios gubernamentales necesitan mansiones impresionantes para redactar sus expedientes. Pero hay pocas ciudades en el mundo que lleven la dignidad en la arquitectura hasta los extremos que Buenos Aires. De veinte edificios monumentales cualquiera podría ser el Correo Central; asiento para los Tribunales se encuentra a cada paso; y el solemne frente de la Ópera podría ser el parlamento nacional, mientras que por compensación natural el Parlamento parece un palacio de las artes... un costoso palacio de las artes más solemnes».

Antes que los particulares construyeran sus palacios, ya los había construido el Estado. Cuando los particulares construyeron los suyos, el Estado se los fue comprando; desalojándolos, en fin. Así los restituyeron a su verdadero dueño, porque el dueño de los palacios es el Gobierno, como el vigilante es el dueño de las calles.

Nadie tiene tanto derecho al lujo como él. Puesto que es lujoso en todo, para conservar la fe del incrédulo necesita de la opulencia, como algunas imágenes de las joyas. A medida que el pueblo va perdiendo la fe en el Estado, porque Él se empeña en que así sea, o porque en su limitado sentido de los grandes asuntos públicos le atribuye una pequeñez municipal en sus designios, construye grandes edificios o compra grandes palacios. Cuanto menos fe, más joyas. Se diría que los funcionarios tratan de acreditarse alhajando la ciudad, que viene a ser como realizar milagros. Aunque milagros de prestidigitación, pues a los que tenemos otras miras muy poco nos importa que se adorne bien la sala de recibo del turista, si las otras piezas interiores donde se vive no tienen el confort ni la higiene indispensables.

Un imperial despacho hace renacer la fe en el escéptico de la política, como un inmenso órgano en una catedral conmueve la religiosidad del más ateo. Entrad, por cualquier diligencia ínfima, en uno de esos despachos imperiales; saldréis con una opinión más optimista sobre cualquiera de los asuntos que se relacionan con nuestra realidad. Si no se puede ser Diógenes, lo mejor es ser Alejandro.

La ciencia de gobernar se parece mucho al arte del tapicero. Guedalla se refirió también a esta clase de grandeza urbana: «Porque hay algo tennysonianiano en la amplitud de los despachos ministeriales en Buenos Aires, esos despachos sublimes donde los ministros con botines de caña se sientan bajo las arañas de luces sin sombra. En el lejano final de una inmensa perspectiva, una pequeña figura se levanta de su escritorio y hace ademanes de bienvenida, escasamente distinguibles a través de un océano intermedio de costosas alfombras».

Nuestros políticos no conocen el país, pero conocen a sus adeptos. Ignoran las necesidades del país, pero conocen el Manual del Prestidigitador.

Casas colectivas

En diversas zonas de la ciudad se han construido barrios de casas económicas para empleados y obreros. El Gobierno y la industria privada cooperaron en la obra de dar al trabajador un hogar cómodo, higiénico y módico. En Parque Chacabuco, Nazca, Liniers, en los Barrios Cafferata, Rawson, Alvear,

en tantos otros sitios y con tantos otros nombres, se han edificado bloques celulares de casas de agradable apariencia y suficiente comodidad.

Esas casas se obtienen por sorteo, una vez inscriptos los interesados y llenadas las condiciones reglamentarias. Regularmente el sorteo consiste en la elección de los candidatos recomendados a cualquiera de las personas encargadas de la adjudicación, o a cualquiera de las personas que tienen amistad con ellas, o también por influencias políticas, eclesiásticas o de otra naturaleza sobrenatural. Hecha la insaculación, se dejan en el saco a los que no tienen en su favor nada más que la suerte, que suele ser mala cuando anda sola. Así se evita la infiltración de elementos indeseables, de credos, razas, sectas, costumbres, salud, fecundidad, altanería, afiliación comicial, etcétera, no gratas, es decir: distintas de las que tienen los honorables miembros de la comisión y que deben servir de pliego de condiciones morales para obtener la casa o no en el sorteo. Pues se comprenderá que el Gobierno procura mejorar el nivel de vida del obrero y el empleado y no el formar *ghettos* o campos de concentración, o racimos de delincuencia, ni otras cosas por el estilo, como ocurriría si el sorteo quedara librado a la buena de Dios.

Este sistema no es una anomalía ni una regla, que podríamos llamar de oro, no sólo de la construcción, sino del modo de hacer nosotros las cosas. Por lo cual no es asunto de ponerse a reflexionar sobre cuestiones esenciales de nuestra vida institucional, del modo como administran los dirigentes, del patriotismo, de la buena fe, ni de ponernos a gritar o a tirarnos de los pelos.

Es muy agradable transitar por las callejuelas de esos barrios donde millares de familias conviven bajo un destino y ordenanzas idénticos. Parecen estrellas de una constelación, ligadas entre sí por leyes que escapan a toda comprensión humana. Los seres que habitan esas casitas ideales, con su jardincito al frente, pertenecen todos a una clase social, a un sueldo mínimo y a muy semejantes *moiras*. Tienen también cierto parentesco espiritual, cierta común papeleta de buena conducta con el visado oficial de que reúnen un conjunto de cualidades típicas, que forma el plexo inferior al astrológico que los mantiene en contigüidad. Así como las casas son semejantes, cuando no idénticas, las familias se parecen también entre sí por rasgos esenciales y hasta fisonómicos. A determinadas horas salen los esposos a sus ocupaciones; después las esposas a sus menesteres;

luego los chicos a sus colegios. Difícilmente se saludan los vecinos porque hay siempre, en el fuero interno de cada cual, la conciencia de alguna superioridad de cualquier orden que sea: intelectual, ético, económico, aunque la diferencia sea nula en proporción a las similitudes.

Cuando se saludan y se visitan, regularmente la amistad se corta por fútiles pretextos o languidece hasta la congelación; y cada uno vuelve a encerrarse en su aislamiento espiritual y a seguir de largo como entre desconocidos. No son familias colectivas, sino casas colectivas; la convivencia crea la contigüidad, no la amistad. Son demasiado semejantes las casas y ellos, son demasiado fuertes los rasgos de las *moiras* que los tienen enhebrados con invisibles hilos de acero como para permitir la perduración de sentimientos cohesivos. A nadie le gusta, seguramente, que sepan que no es más ni menos que el otro, y ha de nacer en ellos más bien esa molestia que experimentan los empleados de una oficina que se han comprado en liquidación sobretodos o trajes iguales.

Al cabo del tiempo, la necesidad de tener que seguir viviendo en la misma casa, en la misma calle con el mismo número del mismo barrio, termina por llagar las zonas de contacto y fricción con las otras personas y el ideal de la casa propia se convierte en un cepo. Se comprende entonces que vivir en esas casitas con jardincito al frente y una cantidad de habitaciones y de comodidades calcadas hasta en los detalles minúsculos, es vivir en una celda y que el carcelero es en realidad ese destino que los tiene sometidos a un horario que cumplir, a un escaso sueldo que cobrar, a más o menos las mismas cosas que comer y a un programa de distracciones y enfermedades *standard*.

Desde tras las persianas se sabe que en las casas de enfrente y en las de al lado, en las otras que siguen y rodean la manzana, en las restantes de todo el barrio, se hacen casi las mismas cosas a la misma hora. De modo que aun los actos más íntimos parecen reproducidos en tiradas de medio millar, al mismo instante. La vida ha perdido toda espontaneidad; el hogar tiene un signo fatídico de taller y oficina; el ser humano se convierte en un espejo que mima exactamente los movimientos del otro. Se puede afirmar que esos barrios de casas baratas reducen al mínimo la voluntad del individuo, y que al asegurarle confort, higiene y tranquilidad de orden material, lo priva de otros alicientes que tiene la vida por mucho que veinte años de oficina hayan raído la psique y la hayan puesto lustrosa y

lisa como las mangas y los fondillos. La neurastenia reviste en esos mundos enquistados caracteres epidémicos y da al cutis y las facciones palideces hepáticas y tensiones de sobrevivientes de diarias derrotas. Es muy caro lo que se paga por sentir en la carne la forma dura y fría del destino, de la igualdad y de la comunidad.

Cada palabra parece que ha de ser oída a través del tabique a todo lo largo de la cuadra, y dar la vuelta y perderse en las últimas casas del barrio. Se supone que en ese preciso momento otras personas estarán diciendo la misma palabra en cuatrocientas habitaciones amuebladas más o menos lo mismo a cuatrocientas personas vestidas más o menos igual. El amor, la esperanza, la iracundia, la depresión se reflejan centenares de veces como en un diabólico juego de espejos. Se oye a veces la voz indignada de la esposa que reprende a los hijos allá, en el fondo del barrio. La misma reconvencción por la misma falta, en el mismo tono. O las canciones que también se cruzan en el aire, sin saludarse. O el sueño, posiblemente soñado por otros, que cae colectivo sobre cinco mil párpados a las 10 en punto.

La gloria en el nicho

El público que asiste a las salas de lectura de las bibliotecas es cada vez más escaso; pero más escogido. Se ha eliminado o se han eliminado una cantidad de lectores peligrosos para la cultura, en quienes los libros agitaban tumultuosas ideas, sembraban el desorden o el escepticismo, que es parecido, y los predisponía a extravagantes ideas. Para leer esos libros perniciosos ha de presentarse la libreta de enrolamiento, la cédula de identidad u otro documento de identificación. Los libros perturbadores y los sicalípticos se entregan a gente de pro. Al fin, lo que se requiere es la prueba de que no se es un desordenado en estado nativo.

Muchos libros se retiraron del catálogo; en cambio, otros autores de profusa producción figuran como merecen, con todos los honores y la indicación de la cantidad de imbéciles que van a la biblioteca a disfrutar de esos inocentes goces sedentarios. También se ha hecho una estadística de lecturas, para saber qué autores son los predilectos de nuestro público y qué obras lee de preferencia. Como para calentarse los sesos después, y menos para hacérselos saltar.

Se ha puesto la cultura oficial a una altura inaccesible y de verdad en un tono burocrático, que es lo que faltaba para armonizar con el resto del patrimonio espiritual de la Nación. No obstante, subsisten algunos lectores que ya existían en 1912, la época hasta donde llegan mis recuerdos de concurrente habitual a la Biblioteca. Escolares, teósofos, soñadores en el vacío y literatos, ocupaban los mismos asientos en los mismos sectores. Allí han nacido muchas historias, y por algo los diccionarios enciclopédicos tienen el lomo pelado.

La Biblioteca Nacional es solemne y severa como el recinto de un Parlamento. El silencio, como de museo, cae en cortinas de pliegues grávidos, del techo, de los anaqueles; un silencio apretado, compacto, como el de los libros. Millares y millares de seres invisibles, los espíritus de aquellos cuerpos, están presentes como las partículas del polvo. Bastaría que entrara un rayo de sol por la claraboya –no entra– para que viéramos esas partículas de espíritus, brillantes como las de polvo, llenando el silencio. Los nombres inscriptos con letras metálicas y lustrosas, readquieren su antigua vida: Shakespeare, Herodoto, Lavoisier, Virgilio, ahí están, mirándonos con sus letras y advirtiéndonos, como hace casi treinta años, que la inteligencia es un don ante el que hay que prosternarse y no una pieza que cazar con boleadoras. Cada lector está en comunicación con un ser presente, vivo. Alguna que otra tos o alguno que otro ruido pedestre de quien quiere advertirnos que ha llegado o que se va, rompen momentáneamente el ensalmo; las partículas se agitan como por una súbita ráfaga y poco después se reconstruye el silencio en su bloque de terciopelo, y el lector se sumerge en sí mismo como si diera vuelta a un guante. Los ordenanzas traen los libros tan silenciosamente que parecen libros claudestinos o de magia negra. Los empleados en el proscenio hablan sin voz. La tos se les invagina y les suena en el sótano. Hay una especie de secreto en el ambiente, y los hombres famosos de la ciencia, la oratoria, la poesía, la novela, el arte, lucen en sus líneas de bronce. El busto de Moreno, su fundador, está ahora más enaltecido, en la baranda del primer piso. Antes contemplaba la sala desde su cabecera, a la altura de los ojos, con su impasible rostro de mármol. Vigilaba y parecía penetrar en nuestros pensamientos mientras leíamos. Ahora como un genio tutelar nos contempla desde la borda y mañana quizá nos mirará posado en la cornisa, cabeza abajo, como un murciélago.

Cada director de la Biblioteca le ha dejado una nota personal que hoy se percibe o se intuye, y de verdad ninguno ha dejado de dar motivo a la reflexión, amarga o risueña. Cuando el doctor Saturnino Seguro, que propagó la vacuna durante muchos años, fue nombrado Director, hizo colocar allí el retrato de Jenner; otro llenará con su apellido todo un ítem.

Paul Groussac dirigió esa Biblioteca durante sustanciosas décadas, y allí pudo obtener documentos y textos para su valiosísima obra, sin necesidad de expurgar los estantes ni de examinarle la cabeza a los lectores. No sólo fue el Director, sino el más asiduo lector, el más paciente y minucioso de todos, el lector ideal. Hay libros subrayados de su mano, ejemplares que le fueron dedicados por grandes personalidades. Allí encontré yo *Los crepúsculos del jardín* y alguna obra de Menéndez y Pelayo, con una tarjeta, y aprendí a respetar a Groussac a la altura de los grandes antes de conocer su obra. Su misión era leer y documentarse, en un trabajo penoso, que convertía al Director en un trabajador más intensivo que los ordenanzas: uno cargado con libros, otro con su sabiduría y su decoro intelectual, compulsando, sopesando, destilando, en menester de laico benedictino. ¡Y eso en tiempos en que Núñez de Arce y Castelar eran modelos en la poesía y en la prosa! Ahorró ese trabajo a los sucesores, que ya no tienen que preocuparse por que las obras tengan sensatez, gracia, profundidad, nobleza y veracidad. Con sentarse donde él se sentó pueden estar más que satisfechos.

La otra biblioteca, que sigue en orden de importancia a ésta, es la del Consejo Nacional de Educación. Allí trabajó Lugones muchos años. En su despachito, sin habitaciones particulares ni mucamos, sin automóvil, sin colaboradores familiares, sin edictos, transcurrió gran parte de su luminosa vida. Iban por la tarde, a visitarlo y a recoger la dádiva fecunda de su palabra, algunos amigos. A veces se interrumpía la plática por el vibrar del timbre con que se lo llamaba desde los sitiales de las autoridades superiores. Lugones salía para recibir órdenes e instrucciones de sus jefes. Una vez, en los malos tiempos de siempre, lo encontré frotándose las manos ante la estufa con la cabeza casi totalmente encanecida, su traje pulcramente aseado y raído de las tareas sedentarias. Frío, vejez y pobreza. Sentí en mí la pena y la vergüenza de doce millones de seres humanos juntos, y sentí ganas de tirarme al suelo y de ponerme a gritar.

En la pared testera del escritorio, un gran retrato de Guillermo Enrique Hudson velaba con su noble y santa cara de pájaro rapaz el encierro

de ese otro pájaro, el más brillante y melodioso de toda nuestra historia. Su pobre hijo cautivo. En los cajones, algunas cuartillas, hechas en casa para no robar tiempo a la oficina y para no ensuciar su bella actividad con la tinta del fisco. Versos entre facturas de librerías.

Lugones y Groussac, éstos han sido los directores de nuestras bibliotecas. Eran sabiduría, arte y dignidad. El Estado había puesto en sus manos expertas e incorruptibles esos tesoros de la cultura, que significan más que los palacios y los imperios. Y en los pies les había remachado la asidua asistencia y el cumplimiento puntual del deber cotidiano.

Groussac y Lugones sostuvieron sobre sus hombros el prestigio de las letras argentinas cuando en las calles azotaba la ventisca de la ignorancia furiosa y de la jubilosa imbecilidad. Eran dos gigantes en el destierro, atados a las columnas. Mientras ellos estaban allí, como señores de ese cautiverio y de la ciudad entera, no importaban las tempestades ni las oscuras noches de las calles. De ellos nos venía la fe y la perseverancia en este desdichado oficio que consiste en dar a los buitres de Zeus un poco de hígado fresco todos los días.

Descenso a los infiernos

Pocas veces he concurrido a los hospitales, porque no tengo, como algunos convecinos, necesidad de condolerme ante el cuadro de las desgracias ajenas. Sé que hay quienes experimentan la necesidad de visitar a cuantos conocidos están internados en casas de salud, hospitales y manicomios, con lo que les llevan el consuelo de la amistad persistente y se traen una tribulación por el mal que han visto que padecen.

Sin embargo, durante cinco meses concurrí diariamente a un hospital, porque allí estaba uno de los seres más queridos y acaso más indispensables a mi vida. Era un hospital de salas amplísimas, con jardines por donde se asoleaban los convalecientes y comían con fruición pueril las frutas que les llevaban de la casa. Algunos canarios levantaban, al atardecer, su piadoso trino, y entonces el gran silencio de la noche próxima, que ya empezaba a condensarse, hacía maternal, y era el canto como un rocío de luz sobre violetas. A los jardines daban amplios ventanales, detrás de cuyos vidrios se sospechaba siempre que estuvieran realizando

alguna trepanación, ablación de vísceras o injerto de huesos. Las salas de operaciones inundaban los jardines y desbordaban a las calles.

Todas las tardes llegaba yo hasta una habitación pequeña, en un dédalo de pasillos, corredores y halls, al fondo de una sala inmensa. Tenía que atravesar entre dos filas de camas donde yacían los enfermos a quienes llegué a conocer íntimamente en su estado, advirtiéndolo, de paso y sin detenerme a mirar la planilla de temperaturas, cómo oscilaba la aguja que marcaba el ascenso o descenso de su vitalidad. Una sensibilidad que se adquiere cuando se frecuenta mucho un hospital y que se pierde cuando se reside en él. Los rostros quedaron todos grabados en mi memoria. Algunos de ellos con la adhesión de la amistad. Sé bien que no he pasado entre ellos sin dejar a mi vez algo de mi anónima fisonomía en sus recuerdos. Hubiera podido diagnosticar a cada uno su mal, como hubiera podido darles su horóscopo y adivinarles su vida. Desconocidos, en una situación semejante, con un camión uniforme, acostados en las camas o en el suelo, cada cual conservaba los hábitos de sus jornadas de trabajo. El albañil, el guardatrén, el pequeño comerciante, el empleado; el oficio era en ellos una fatalidad inherente al cuerpo entero, y las enfermedades que padecían, sus rostros, sus maneras de descansar y sus oficios, formaban el síndrome de su persona en unidad de mucha sencillez. Todos ellos estaban señalados por la muerte, llevados de otros hospitales para estudio, como casos curiosos; allí estaban en una sala inmensa, que en realidad era una antesala no mayor que la cama en que yacían. A plazo más o menos largo dejarían de padecer, curados para siempre de sus males, de sus rostros y de sus oficios.

A veces entraba un nuevo ser en una cama, como si se hubiera metamorfoseado de viejo en joven, de moreno en rubio, o pasara de la adolescencia a la decrepitud. Había cambiado súbitamente como si se tratara de un sueño o de un truco cinematográfico. Pero eso impresiona en tanto no se ha llegado a la comprensión profunda de lo que significa un hospital. Un hospital es una pesadilla como un idilio de amor es un sueño. Después de algunos de esos cambios, el visitante se refiere al número de la cama como si la cama fuera más importante que el paciente. En seguida nos entendemos con los demás sobre tan abstracto tema como es un hombre desconocido, de quien se ignora la dolencia y de cuyo destino nada se sabe. Se supone que permanece él mismo porque está ahí

todavía, con otro rostro, transfigurado, con otra enfermedad, otra postura, pero el mismo número, que es lo principal.

Entre ellos había dos, que recordaré. Uno era un hombre de rostro quemado por las intemperies, con bigotes de seda negra y como caídos por su propio peso. Sus ojos indígenas me acompañaban desde un extremo a otro de la sala, y cuando yo desaparecía por la puerta que comunicaba con la salita de mi amigo, todavía me seguían. De modo que al cerrar la puerta cortaba esos ojos de azabache elásticos y espesos, aunque quedaran ahí, tras el vidrio. No podía darle yo la salud, no la traía de la calle, ni podía llevarme su mal. Íbame con una fiebre general, como si hubiese robado al pasar todas las planillas de temperatura. Lo saludaba siempre: «buenas tardes»; «hasta mañana» y nunca me contestó. Me miraba.

La noche que acompañé a mi amigo, recién operado, velándolo como a mi hijo envejecido, pude oír su voz. Estaba yo sentado a los pies de la cama de mi amigo, en un sillón, y me había dormido con la impresión de que todo hubiese resucitado en un Purgatorio muy semejante a la realidad. Era octubre. A mis espaldas, en un rincón, ardía una estufa eléctrica que irradiaba por una pantalla cónica sus ondas de un calor rojo. Caía la oleada de luz y calor sobre la cama e iluminaba de un fulgor de metales candentes el rostro de mi amigo, con su barba de fibras y filamentos vegetales. Enmarañábasele la barba en la luz y un cobertor de lana lo cubría hasta el cuello, porque era tan delicado este amigo y tan delicadamente constituido en su sensibilidad, que no encontraba excesivo el calor del Purgatorio.

De pronto desperté del todo, con un quejido suavísimo y hondo, como queja de un pájaro subterráneo, negro de azabache, dentro de mis oídos. Mi amigo, frente a mí, estaba despierto y fumaba. La primera impresión fugaz fue de que ese quejido fino partía de entre aquella barba brillante, no de los ojos que horas atrás había dejado a mis espaldas, del otro lado de la puerta: «Es el veintiséis; vea qué necesita».

Me levanté muy despacio, como si temiera despertarme a mí mismo del todo. Un silencio vivo y pesado había en la sala. Imperceptibles ruidos de la respiración o la palpitación, formaban una atmósfera dentro de la atmósfera. Me parecía que todos los enfermos estuvieran despiertos y de ninguna manera que hubiesen fallecido de repente. Porque era aquel silencio de la sala semejante al de los panteones, donde no es un silencio vacío lo que impera, sino un silencio de seres que están

despiertos y emiten cierta clase de efluvios de naturaleza psíquica, por decirlo así, en tanto se disgregan.

Entonces, por primera y última vez, oí la voz de aquellos ojos negros que se movían en las órbitas como si huyeran, girando, lejos: «Ayúdeme. La pierna».

Levanté las cobijas y vi su larga pierna desnuda no más gruesa en el muslo que en la pantorrilla. Bajo la pierna tuvo un cojín, que se había corrido, sin duda, pues aquella pierna no podía moverse. Padecía, el 26. Le acomodé el cojín bajo la pierna, sin explicarme cómo tan poca carne podía doler tanto. A la mañana siguiente el 26 descansaba como sobre un cojín de alfalfa, allá en los campos donde nació y vivió.

Otro era el 23. Un joven rubio y feo, desfigurado más bien. Tenía en la espalda una tumefacción enorme, como el odre de una gaita bajo el camión. Había adoptado una postura grotesca, día y noche, un mes y otro, con la parte izquierda del tórax hacia adelante, según Fetis cuenta del Paganini. Era la única postura en que podía estar. Para mis adentros yo lo había bautizado: «El Paganini de la gaita». Pero a nadie dije mi ocurrencia, ni al amigo, porque me avergonzaba. Y, sin embargo, pensaba en ella constantemente, centenares de veces al día. Y hasta llegué a decir a alguien, fuera del hospital, por supuesto: «¿Qué me diría usted de Paganini tocando la gaita?».

El 23 contestaba a mi saludo con una voz cavernosa y melodiosa. Cada día lo encontraba más encorvado, como si durante mi ausencia hubiera estado esforzándose por hinchar su odre, para prorrumpir de súbito con algún cántico de sinagoga de la más lúgubre y estentórea voz que se conciba. Pues olvidaba decir que aquel joven era judío. Pero sólo emitía quejumbres apagadas, como si ensayara con cuidado de no molestar a los demás, por el tubo nasal de su instrumento, de un tono bemol, bajo, clave de do.

Los últimos días había superado ya las más extravagantes posturas. Con la cabeza entre las piernas, apoyada la frente en el colchón, emitía su nota oscura, que parecía atravesar la lana y salir por debajo del lecho.

Fuera de la realidad

La vida del español transcurre en la calle o en los lugares públicos. Casi todo el teatro clásico español se desarrolla fuera de los hogares, y ésta

es una peculiaridad notada por Pedro Henríquez Ureña, que señaló por contraste en el mejicano Juan Ruiz de Alarcón el alto porcentaje de escenas interiores. Ni vida de hogar, ni amor maternal, ni amor conyugal: honor de hombres pesados y amor de mujeres livianas. Andariegos fueron el Cid, el Quijote, y los pícaros, prototipos de lo que pudiera creerse que fue lo mejor del alma española. Hasta los clérigos eran andariegos.

El café vino más tarde a dar residencia a la tertulia fuera del hogar, y la peña reemplaza en cierto modo a la familia. Nos queda esa costumbre española o madrileña del café, que es generada, y no al revés, por el gusto de eludir la obligación de realizar algo serio, y de esquivar la responsabilidad de tener ideas personales. Las doctrinas y las posiciones ideológicas que se sostienen en el café son imputables al lugar más bien que a los parroquianos, y cuando se exageran va preso el dueño del negocio.

Pocos talentos y pocas obras se han encovado en esos sitios. Algunos han pagado el tributo ineludible, como Ramón y Cajal con su *Charlas*. Un sabio que consumió toda su vida en la investigación, desvelado como todo el café del mundo no hubiera podido conseguirlo, cayó en esa necesidad de hacer filosofía de café. Tanto en Madrid como acá, interesan mucho más los cafés que los clientes. Cada uno de los que sirven de centro de reunión, va adquiriendo personalidad a medida que los contertulios la pierden, y al fin termina siendo célebre el café. Poco a poco han ido desapareciendo de Buenos Aires los cafés con personalidad: Hansen, Los Catalanes, Tortoni, 36 Billares y sobre todos ellos: Aue's Keller, Los Inmortales y Royal. Algunos se sobreviven aunque hayan perdido sus rasgos geniales.

El antiguo café Los Inmortales congregó lo más heteróclito de la poesía y el teatro. En su salón siempre repleto de voces, humo y chambergos, se soñaba con la fama y el dinero como en ningún otro *ghetto* espiritual de Buenos Aires. Florencio Sánchez, Fernández Espiro, Sánchez Gardel, Fontanella, Carriego. Algunos rostros, que imponían respeto de divinidades inabordables al neófito, envejecían durante años en el mismo agujero de la atmósfera. Se heñían y leudaban dramas, neurastenias y bacilosis. Por encima de toda mísera situación fosforecía un ideal y una ansia de lo inalcanzable que hacía digna de piedad la sordidez de la bohemia, el orgullo y la ignorancia. ¡Sombras como sueños! En aquel café vivían una existencia fantasmal pero tan cierta como la vida sin nimbos de los filisteos. Vivieron allí muchos años, y al salir a la calle se desvanecieron en las ráfagas frías.

Las casas linderas de Mrs. Warren y Mr. Sartorius

Siempre me ha parecido que Bernard Shaw es un hombre exagerado, en el sentido de que se ocupa en todas aquellas cosas que el mundo conoce muy bien y que él cree que ignora, o que se pone a tratar problemas sociales como si fueran de conciencia. Un hombre puede tener las manos muy sucias y la conciencia muy limpia, ser un canalla en toda la extensión de la palabra y no haber perdido un adarme en todas aquellas cualidades por las que merece respeto. Admitido esto, todo el teatro de Bernard Shaw es un alegato póstumo por una causa fallada en todos los Concilios. Sin embargo, a ratos es saludable como un bálsamo que fuese cáustico a la vez. Tiene dos comedias desagradables que forman anverso y reverso de una misma medalla: *La profesión de Mrs. Warren* y *Casa de los viudos*. En una obra trata de cierta respetable matrona que hizo fortuna explotando casas de citas; en otra, de un respetable caballero que hizo fortuna y posición respetable explotando el alquiler de casas de inquilinato. Nadie es tan ingenuo que crea que puede menoscabar la honorabilidad el poseer casas de esa clase, como no puede menoscabarla el regentar una cofradía de caridad. Toda ayuda al solitario y al desvalido es plausible. ¡Cuántos pobrecitos hay que de no existir los conventillos tendrían que vivir a la intemperie! Linajudas familias construyeron casas destinadas a esa especie de caridad, la primera hecha edificar por el señor Escalada, frente a la Plaza de Mayo.

Ya Guillermo Rawson se alarmaba, hace más de cincuenta años, de «este rápido crecimiento de la población de los inquilinatos», y afirmaba que: «Los propietarios de casas no tienen interés en mejorarlas, puesto que así como están les producen una renta que no podrían percibir en cualquier otra colocación que dieran a su dinero». Pero volvamos a Shaw, que es un charlatán, y dejemos a Rawson, que es un higienista.

Si ambas comedias de Shaw tienen tan íntimas vinculaciones morales, hasta parecemos que cualquiera de las dos sin la otra quedaría incompleta, ha de ser porque ambas industrias se asemejan. No es el lugar de entrar a demostrar que entre la señora Warren y el señor Sartorius hay un parentesco sanguíneo mucho más grande que entre sus respectivos negocios, pues se trata sólo de ver cómo la miseria es de las industrias más lucrativas. Si entráramos al análisis de la sangre, acaso descubriéramos

mos que, habiendo sólo unos tipos bien netos, no sería difícil demostrar que cada uno de esos tipos produce una determinada clase de seres humanos, con lo que bastaría conocer qué sangre tiene determinada persona para saber que todo lo que dice, hace, piensa y siente corresponde a una familia típica.

Este es un problema muy difícil para el profano. El diablo íncubo y el diablo súcubo, eran ellos. Si estableciéramos en qué se parecían Mrs. Warren y Mr. Sartorius, tendríamos hecha la mitad del trabajo para comprender en qué se parecen un conventillo y una casa de citas. Entretanto debemos conformarnos con que nunca se encuentren aquella dama y aquel caballero, pues quién sabe el descubrimiento a que podrían llegar trabajando de consuno sobre las emanaciones de la materia descompuesta. Hemos de reconocer que en Buenos Aires Mrs. Warren y Mr. Sartorius habrían tenido diversa suerte y que se hubiera chasqueado bien Bernard Shaw. Mrs. Warren habría encontrado cerradas todas las puertas de la sociedad, y Mr. Sartorius jamás habría llegado a concejal como en Londres.

La prostitución con negocio establecido al público y con sede domiciliaria legal, ha sido suprimida en Buenos Aires. Se acabaron aquellos tiempos en que un presidente de la Nación tenía que reglamentar el ejercicio de la prostitución en los territorios nacionales. Si se hubieran casado, Mrs. Warren estaría en la ruina y Mr. Sartorius no era individuo de sostenerla con sus rentas.

Se fastidiarían muy bien los viajeros puritanos que escribieron sobre la trata de blancas, si volvieran. No obstante, estoy seguro de que insistirían en que hubo prostíbulos cuando nos visitaron. Los hubo, en efecto; pero ya no los hay.

Por Barracas ocupaban un barrio entero. Por la noche, desde lejos se oía la brama melodiosa de los órganos. A puertas abiertas las odaliscas lucían sus atractivos para el transeúnte. De los zaguanes salían densos vahos de música que rodaban por las calles en ondas de afrodisíaca sentimentalidad. Obesas matronas sentadas a las puertas hacían la *réclame* de sus pupilas y hasta obsequiaban al peatón con la paráfrasis obscena de aquellos versos de Ronsard recordando a Elena lo fugaz de la vida. Ya no existen, y cuando Waldo Frank nos visitó la primera vez, hubo de llevárselo tierra adentro para encontrar alguno. Verdad que halló una instalación modelo.

En un tiempo fueron, mirándolos al pasar, oasis pintorescos de la urbe, donde por análogo principio al de los bares automáticos, se expendía, al alcance de todos los bolsillos, un producto falsificado del amor. Causaban la vergüenza del barrio. Esas casas cargaban con el pecado y la abominación; eran como los vaciaderos de inmundicias de todas las demás casas. Es verdad que afeaban y afrentaban, pero entonces se sabía bien dónde estaban las inmundicias y dónde la limpieza. Ignoro si era una forma de descargar la conciencia el barrio, de dormir tranquilo, mientras aquel ojo de cristal esmerilado velaba toda la noche.

El problema de la prostitución pudo ser más agudo y manifiesto en tiempos de los viajeros corresponsales, pero en otras ciudades tampoco se lo había resuelto a la sazón; se lo había diluido, como nosotros hicimos luego. Esas casas resultaban ser una secreción propia del hacinamiento de los individuos, una enfermedad de la ciudad, más bien que de ellos mismos. El problema sexual se había localizado en aquellas casas insomnes, y la Municipalidad resolvió el problema clausurándolas. Todo ha quedado tranquilo y con decoro.

Lo que no hemos podido suprimir todavía son los conventillos, aunque ahora abunden menos. Los propietarios de conventillos han comprendido por fin que les trae más cuenta construir casas de departamentos, y se han moralizado. En verdad, no necesitaban explotar la promiscuidad y la peste, cuando con la misma honra podían lograr mayores ganancias. La perversidad hubiera estado en que, a ganancias iguales, se decidieran por los inquilinatos. En tiempos de Rawson no había esta alternativa, entre la casa de la promiscuidad y la casa particular.

Además, cuando se puede obtener una avenida que derribe el edificio, debe tenerse antes la precaución de arreglarlo, si no se lo puede poner en pie convirtiéndolo en rascacielos. Las dos razones son concomitantes, según expresaba Mr. Trench, en la comedia de Shaw: «Pues bien; según parece, mientras más sucia está una casa, tanto más renta, y cuanto más decente es, tanta más indemnización al expropiarla. Por eso tenemos que quitar la suciedad y procurar la decencia».

Quedan en pie algunos inquilinatos otrora célebres, por su fama siniestra o sencillamente escandalosa. En pie, aunque no con la vida poderosa de antes. El conventillo federal de las «14 Provincias» fue el más célebre. Centenares de personas en decenas de piezas. Cada habitación albergaba

una familia entera, de abuelos, hijos y nietos. Raramente un biombo separaba la pieza en dos. La enfermedad, la alegría, el amor y los disgustos, todo transcurría como una calamidad en común. Ninguna novela de Dostoievski ha descrito tanto horror. El capitán Snegiryov se habría espantado de la suerte de los vecinos, más bien que de la de su familia.

Durante las mañanas ocurrían las escenas de reyertas de vecindad; por las tardes, el segundo acto, el choque con la vida inclemente: la desocupación, la embriaguez, la asistencia de los enfermos, las tareas menos embrutecedoras, pero que dan más tiempo para sentir la miseria y el desamparo; por las noches, el silencio de esas vidas destruidas, el jornalero que estudiaba música o contabilidad y el baile. Vaccarezza ha llevado al escenario trozos vivos del inquilinato y ha tenido la habilidad extraordinaria de hacer reír con ellos.

Bettinoti era el ídolo de aquellas fiestas; el héroe, cualquier malevo parroquial. La pobre madre querida compungía los corazones, y la virtud era muy fácil de conservar o de perder entre tanta gente. Mas no valía la pena ninguna de las dos cosas. Como Mrs. Warren sabía por experiencia, la honradez que cuesta el sacrificio de la vida entera como retribución de romperse las manos trabajando, exige un precio de lujo. Sin embargo, había allí hermosos ejemplos de esa virtud que consiste simplemente en preferir la miseria, la humillación y el trabajo bruto a la venta de la honra. No siempre, por supuesto. Había también las muchachas que renunciaban a soportar la carga tan pesada y tan sin gloria de la castidad. Casi siempre esas jóvenes la entregaban en un acto de desprecio de sí mismas y de su vida. Ninguna mujer gusta de ser poseída si no tiene una razón de odio profundo. Los mozos recogían esos favores insípidos que les tiraban a la cara.

Tanta tristeza había allí dentro, en aquellos patios divididos en pequeños boxes por las cocinas de madera que delimitaban cada hogar, que al pasar por delante de la puerta se difundía una congoja tan amarga que amustaba todo el resto de la vida. Una mampara de chapa tapaba el interior al transeúnte. Los chicos, con sus caritas de viejos, alborotando y golpeándose como si no tuvieran bastante con su suerte; ráfagas de reniegos y altercados, o el ruido de la fritura en aceites de cetáceo, en efímeros pozos de silencio; y la poquita luz de faroles y candilejas. Sólo Dios sabe lo que hace.

Un conventillo no es un pequeño convento; es un infierno. Muchos de ellos fueron antaño casas solariegas y señoriales. Dante no entraría

en ellos. Seres infelices dan en esos refugios diurnos de desamparados; reductos de escorias y rebabas humanas. Los niños crecen y los ancianos mueren, sin piedad. ¿Cómo no ha de ser triste una ciudad sobre la que se difunden emanaciones de tantas amargas y desconsuelo?

De verdad no hay en el país nadie que sea rico en la misma proporción en que estos pobres son pobres.

El cuarto acto de un drama en tres

Desde muy alto, una ciudad no difiere de un cementerio. El cementerio es una ciudad dentro de otra donde se hace simétricamente todo lo contrario. Pero la casa es una tumba, si la ciudad es un cementerio, y a la casa de los muertos corresponde la tumba de los vivos. Tumba-cárcel-ciudad: tal ha sido la filogenia de toda ciudad antigua.

La importancia terrena del muerto se pregona en las noticias necrológicas, que a veces son precedidas por la información cotidiana del proceso de su fallecimiento –si el personaje tuvo además importancia cuando vivo–. Especie de boletín sanitario que a Keyserling le causaba mucha extrañeza leer en los grandes rotativos. El muerto y la ciudad han llegado a tener su actual importancia desde orígenes humildes. El cementerio es el *caput mortuorum* de esa pompa.

Primitivamente el cementerio de la Recoleta servía de enterratorio de pobres, y el que está debajo de la Casa de Moneda, de ricos. La ceremonia del sepelio, como asimismo la liturgia que le es inherente, no tenía boato, ni siquiera la elemental consideración que merece todo despojo que estuvo animado por la vida. He aquí cómo ocurrían las cosas, según cuenta Head: «Fui un día a la Recoleta, y en momentos que yo llegaba el carrito fúnebre se detuvo en la puerta. El sepulturero recibió una boleta del conductor, la leyó y metiéndola en el bolsillo. El conductor luego subió al carro y, sacando el cadáver de una criatura de ocho meses, lo entregó al hombre, que lo llevaba balanceando del brazo, al cementerio amurallado en cuadro, y lo seguí. Fue a un sitio, a diez yardas de un rincón, y luego, sin poner el pie en la pala ni levantar la tierra, rasguñó el terreno no tan hondo como un surco de arado. Mientras hacía esto, la pobre criatura yacía de espaldas en el suelo, ante nosotros, con un ojo abierto y otro cerrado, la

cara sin lavar, y atada la cintura con un pedacito de tela sucia; el hombre, mientras hablaba conmigo metió al niño en el surco, empujó con la pala los brazos al costado del cadáver, y echándole tan poca tierra encima que se veía parte de la tela, se alejó y lo dejó. Tomé la pala e iba a enterrar yo mismo al pobre niño, cuando recordé que, como extranjero, posiblemente se tendría por ofensa y, por tanto, me encaminé a la entrada. Encontré al mismo hombre con un ayudante llevando una angarilla con el cuerpo de un hombre muy viejo, seguido por el hijo, de unos cuarenta años. Todos los del grupo riñeron y disputaron algunos minutos después de haber llevado el cadáver al borde de la fosa. Esa fosa era de siete pies de ancho y se había cavado desde un muro al otro del cementerio. Los cadáveres se enterraban de a cuatro, apilados, y había un tabique movable de madera que adelantaba un paso cada vez que se completaba el número de cuatro cadáveres. Un cuerpo estaba ya sepultado, el hijo saltó abajo, y, mientras estaba así parado sobre un cadáver y apoyándose en tres, los dos sepultureros le entregaban a su padre, vestido con una mortaja blanca ordinaria. La sepultura era tan estrecha que el hombre tuvo gran dificultad para acomodar el cuerpo, pero tan pronto como lo consiguió, habló al cadáver del anciano padre y lo besó con gran sentimiento. La situación de padre e hijo, aunque muy rara, parecía en aquel momento muy natural. Al esforzarse por salir de la fosa el hombre estuvo a punto de tropezar con una mujer de la pila de cadáveres que tenía detrás, y así que salió, los dos sepultureros, con las palas, empezaron a echar tierra sobre el rostro y vestidura blanca del anciano hasta cubrirlo con una capa muy delgada de tierra: entonces los dos hombres saltaron al fondo con pesados pisonos de madera, y realmente apisonaron el cuerpo de modo tal que, de estar el hombre vivo, habría muerto, y luego todos salimos del cementerio».

Hoy parece imaginario, no tanto por la falta de respeto al muerto cuanto por lo que significa como herejía contra el orden protocolar de la ciudad. Se comprende que la ciudad que a vuelo de pájaro parece un cementerio, no había por aquellos años adquirido la importancia que hoy tiene y le comunica al muerto.

Destinar un lugar *ad hoc* para sepultar los difuntos fue un problema difícil, porque hasta principios del año 1800 los muertos formaban parte del patrimonio espiritual de las iglesias. Las más antiguas tienen panteones subterráneos, y nuestros más gloriosos próceres reposan en

ellos. Junto a la Catedral, como junto a otras iglesias, estaba el Campo-santo. Los cementerios cambiaron de lugar de residencia muchas veces. El de El Socorro, el de Disidentes y el del Sud terminaron en plazas públicas, y durante la Colonia muchos lugares de la ciudad se usaron con tal fin. La cremación se practicaba en los cadáveres procedentes de los hospitales o de personas sin familia.

Nuestros cementerios son tan tristes como nuestra ciudad; verdad que se siente al penetrar en ellos. Se nota que allí residen juntos la muerte y el olvido. Inútilmente los ángeles de yeso, las losas epigramáticas, los bustos fotográficos y las piedras alegóricas invocan la piedad. Esos muertos están infinitamente lejos de nosotros. Como en este verso de Borges:

El muerto ya no es un muerto, es la muerte.

Deudos fieles y amigos leales van más o menos frecuentemente a depositar flores, rezan sus oraciones y laceran su corazón con sentimientos de amor y de ausencia; a pesar de ellos, todo es frío y se pierde en la frialdad de las amplias avenidas silenciosas, de las bóvedas cerradas y de las tumbas sin lápidas ni flores.

Hay un cementerio, de los que conozco, donde la muerte es risueña y fascinante: el de la otra capital federal, de «Argirópolis». Está en Martín García, allá lejos, a la vista del Uruguay. Ninguna tumba carece allí de ese adorno exquisito que se llama amor y respeto en el lenguaje de las flores. Con la uniformidad de la vida naval, con igual aliño y equidad, las tumbas son como los marineros que las cuidan: iguales, jóvenes, bellas y limpias.

En Buenos Aires no existe el culto de los muertos, porque no existe el culto de los antepasados. Nuestro esfuerzo se encamina a borrar todo vestigio de los progenitores: cada cual empieza su raza. Luchamos muy fieramente para ponernos a levantar los cadáveres que van cayendo en el avance. En todo caso, la impresión de desamparo y olvido que yo siento y quizás otros no, puede estar condicionada por las tumbas definitivas, más tristes y abandonadas cuanto más reciben otras las ofrendas de lágrimas y flores. El cementerio tiene la memoria endeble y al poco tiempo cubre con su yuyo y su musgo igualitarios la sepultura del grande y del chico. Particularmente son aquellos hombres que han significado algo los que

sentimos que se hunden definitivamente en el olvido. Mientras existen, se los menciona, alaba, vitupera o admira; y aunque no se los mencione, alabe, vitupere ni admire, se sabe que viven, y ya es mucho. Pero mueren y la muerte los arranca de golpe y de raíz a toda clase de existencia y de inmortalidad. La falta de veneración a los muertos ilustres trae el desaliento y la falta de respeto social. Siempre me ha parecido ver en la conducta y en la doctrina de nuestros jefes, la falta de temor a la posteridad. Obran como si ya supieran que han de morir enteros. Para cualquiera de los que violan la ley, afrentan al semejante, preconizan la infamia y la crueldad, la moral de Sardanápalo es todavía demasiado escrupulosa. «Gocemos, que mañana hemos de morir», se convierte en: «ya estamos olvidados, porque moriremos». De antemano se olvidan y matan su conciencia anticipándose al yuyo y al musgo.

En París, sobre todo, parecen recién abiertas las tumbas queridas. No cicatrizan jamás. Flota en torno de ellas una frecuentación de cariño, de respeto y de veneración. Ninguna de esas tumbas guarda restos que no estén ya reducidos a cenizas de cal. Musset, Chopin, Heine, Berlioz, Verlaine, cada día sienten sobre sus pechos la caritativa ofrenda de un ramillete de violetas. Sobre su pecho siente aún, Keats, crecer las violetas romanas. Nunca he visto la tumba de un artista, grande o mediano, sin esa fina piedad que se prolonga por siglos. Naturalmente que no han muerto, porque no se los ha negado en su gloria ni olvidado en sus vidas. Nos viven.

En nuestros grandes cementerios, nuestros grandes hombres son los que han muerto más de verdad. Por contraste con las pobres tumbas recientes, aquéllas están olvidadas entre bronce y mármoles, que no son los de la inmortalidad tampoco. ¿Y qué cementerio hay donde reinen sólo el amor y el recuerdo? ¿Habrá un trozo de tierra ungida por la muerte, al cual el corazón se aproxime sin ningún sentimiento de gratitud, de respeto ni de obligación, ni por motivos humanos que lo atraigan?

Quiero contar de un cementerio tan pequeño como de juguete, el más chico e insospechable de Buenos Aires, todo cubierto de afecto y paz. Existe al pie de un árbol, cerca de nuestra casa y de nuestra soledad. Al pie de un árbol enterrados están Pelusa, Chango, Plumerito, Pirucha, Dominguito, Cara-de-vino, Belkiss. Otros muchos hermanos: Pizpireta, Cholo, reposan también al pie de árboles en lejanas tierras de soledad.

Nadie sino dos seres saben que allí duermen solos, tan pequeños, tan hermosos, tan puros e inocentes. El frío y la lluvia, la tierra y la sombra habrán penetrado en sus delicadas carnes, sin que nada haya podido preservarlos ni defenderlos. La pluma que los cubrió con sencilla hermosura, les sirvió al fin de mortaja. Tan hermosos y expresivos fueron sus ojos, tan delicados sus movimientos, tan llenos de gracia y espontaneidad; sus voces tan jubilosas y apasionadas; sus muertes tan chiquitas y sin auxilio posible; tan seguro su sueño confiado en las manos; tan solos también después, pobres hijos dormidos para siempre.

IV

Flores de trapo, de esmalte, de loto

Han desaparecido las floristas, que hasta hace unos diez años solían entrar en los cafés y restaurantes a dejarnos en el ojal una sonrisa y una flor. No valían nada, las pobres, pero han sucumbido por razones extrañas a su belleza y su oficio, por agostamiento de la flor. Las ha matado la flor, contra todo lo que podía esperarse. También ha desaparecido el Día de la Flor, que pusieron en el calendario las entidades de beneficencia. Aunque en este caso eran flores de papel o de trapo, en la solapa significaba una adhesión a la campaña para combatir la orfandad, la lepra o las ideas abalanzadas.

Hoy se ostenta en los ojales algún emblema, que, además de ser adorno como la flor, es una declaración de principios o de fines. Úsase el ojal de la solapa a guisa de pequeña vidriera de la persona. Ahí está el negocio, para muchos. Y si no el negocio, la exhibición de la mercadería que se elabora en el pecho y en la cabeza del dueño del ojal.

El adorno floral tenía que caer, marchito, porque no armonizaba con los colores monásticos y de alivio de luto de nuestra indumentaria. El adorno concierta mejor con nuestra vida y nuestro carácter, que con nuestro traje. Por eso mientras seguimos engalanándonos por dentro, conservamos la austeridad vestuaria y le agregamos un símbolo. Podemos ser nosotros un postizo, una flor de trapo; la solapa es otra cosa digna de respeto. La solapa es a la persona lo que el guardabarros al automóvil: el punto neurálgico del honor. Ahí debemos poner el emblema de nuestra personalidad, que no es una flor, por cierto. La misma razón de austeridad indumentaria nos veda el gusto bárbaro de lucir anillos con piedras

preciosas, tan común en la Europa meridional, donde abundan, como en la septentrional, los hombres afeminados. Para nosotros sería una superposición y un aderezo que no casa bien con nuestro sentimiento varonil. Hasta el compadre, que llevaba un clavel en la oreja, lo ha repudiado como un resabio de sentimentalismo de maula.

La flor, pues, se ha marchitado en nuestra vida urbana más bien que en nuestra solapa. Las floristas venden ramilletes para llevar a casa; las florerías, palmas mortuorias, ramos nupciales y cestas de agradecimiento por los nombramientos y los ascensos. La flor ha pasado de lo íntimo al ceremonial social, y por eso ha muerto. Adorna la casa para el visitante, confirma la gratitud y el respeto, pero no embellece nuestra vida. Los emblemas políticos y deportivos sientan mejor a nuestra existencia de combatientes. No somos una ciudad de artistas, sino de mercaderes, y mejor que la flor de lis nos sienta el caduceo con las dos víboras farmacéuticas. Queremos olvidar, más bien que gozar. Cuando Odiseo venga, nos encontrará comiendo flores de loto.

Aguas nocturnas

No vale la pena ponerse ahora a indagar si los pedestales de las estatuas han servido originariamente de mingitorios, ni si la verja con que se las rodea tiene por objeto evitar la profanación del iconoclasta. Menos interés hay en averiguar si el mingitorio es anterior a la estatua, o si el compañero del hombre puede darnos la clave de las virtudes diuréticas del árbol, forma primitiva del ídolo.

De Buenos Aires han desaparecido los mingitorios que constituían el baldón de las mejores vías públicas y quedan casi todas las estatuas que constituyeron su gloria escultórica. La estatua fuente es un juego completo. Hechas las estatuas en un tiempo en que el país no tenía escultores, antes de que Lola Mora erigiese su fuente, cuando Italia y España eran las matrices metalúrgicas de nuestros héroes, muy poco correspondían a la realidad y al personaje.¹⁹ Puede decirse que aquellas

19. «Francia, Italia y España han provisto a Buenos Aires de bastantes monumentos de

estatuas, como las de Belgrano, San Martín, Lavalle y los pocos héroes nacionales más que han merecido la inmortalidad del bronce y el mármol, eran encargos comerciales y que el escultor salía del aprieto con alguna copia de alguna otra pedida del mismo Continente. Bastaba un retrato y lo demás era pedestal desde el cuello para abajo. Se fundían dos o tres estatuas, una con bicornio, otra con chambergo y otra con quepis, según la latitud. Esos adefesios liliputienses, especie de centros de mesa y figulinas cuyo dechado magnífico es el tintero del Almirante Brown, eran de tamaño adecuado para emplazarlos en plazoletas minúsculas, como las de Europa. Nosotros tenemos grandes paseos, grandes horizontes, grandes cielos y también podemos tener grandes hombres en grandes estatuas. De modo que los podemos honrar en monumentos grandiosos, como los que las colectividades extranjeras nos echaron encima para aplastarnos con su rabia de piedra. Sólo una tumba: la de Rivadavia; y una estatua: la de Dorrego, son dignas de esta grande ciudad. Agréguese, si se quiere, la de Alvear.

Los escultores que recibían los encargos por medio de los diplomáticos tenían a la vista aquellas plazoletas florentinas o genovesas y, mejor, las callejas de Nápoles, donde hay plazas tan chicas que sólo queda bien en ellas el mingitorio.

También nosotros tuvimos mingitorios monumentales. En la Avenida de Mayo los hubo hasta hace pocos años. Cuando llegaba algún príncipe o se celebraban grandes festividades se buscaba la manera de disimularlos dentro de pilares con guirnaldas y banderas, pero hedían a un amoníaco delator. En torno de ellos pululaba una fauna parasitaria que más tarde desapareció. El más original que hemos tenido fue aquel sin paredes, donde el general Rosas despidió al ministro Mandeville. Se iba el ministro y el general lo acompañaba, detrás. Al volverse aquél comprobó un acto de lo menos diplomático del protocolo sudamericano.

Era frecuente ese modo de orinar. Poco después de suprimidos los mingitorios se encontraban transeúntes parados en el cordón de la acera,

confraternidad latina. Pero fácilmente se adivina que la legítima necesidad de escribir la historia sobre las plazas públicas ha hecho pulular por todas partes, como en las demás naciones, las estatuas de soldados y de hombres políticos» (G. Clemenceau, *Notas de viaje por la América del Sur*).

como si les hubiesen quitado el reparo quedándoles la costumbre, y sin saber qué hacer. Todavía suele vérselos, indecisos, inquietos. Jorge Luis Borges nos ha dado una aguafuerte magnífica de ese resabio:

«...En otoño o en invierno debió ocurrir, una noche de luna. Yo caminaba por la calle Vicente López hacia Junín, orillando el paredón de la Recoleta, con su corona de aspavientos de mármol. La esquina de Uriburu, quién no lo sabe, es de las tradicionales del Norte: dos altos y hondos conventillos, un almacén decrepito y una hilera retacona de casas bajas, con una pared casi blanca. Aquella noche, esa larga blancura servía para perfilar un negro espectral, ya quebradizo de alto, que tenía un pobre chamberguito rabón requintado sobre los ojos, y el encanecido y ralo bigote requintado sobre la jeta. Pero también –tercera línea oblicua hacia abajo– orinaba con cierta majestad hacia el vigilante. Éste ocupaba su lugar natural en medio de la calle, mientras el otro, desde su pedestal, al cordón, lo señalaba sin reserva y sin prisa. La gestión era copiada por otro negro, un iniciado prematuro o acólito, de pocos y malévolos años, pero que a la sombra del padre parecía el mismo negro magistral diviso de lejos. Menos extraña que ellos, la mucha luna de esa noche los definía, o tal vez un farol».²⁰

En Madrid los hombres, las mujeres y los niños se las arreglaban según su ingenio; pero Nápoles tenía hasta hace pocos años mejor organizado el servicio urinario que Madrid. No es extraño ver encima del mingitorio alguna imagen, con su lámpara votiva, bajo cuyo amparo se pone el trasnochador. Y si el trance es punzante y levanta los ojos a la imagen, ofrecerá alguna promesa de cera o de metal, si se la admiten. Entre nosotros este problema no existe ya. Lo hemos metido también bajo tierra.

En todo noctámbulo hay latente un profanador de pedestales, un curioso de empalizadas de obras en construcción, un furtivo que se guarece en el quicio de las casas viejas construidas fuera de línea, sin contar los atentados contra la autoridad.

20. «Inscripciones», en *Destiempo*, 3-XII-1937.

Monedas de cobre

Habían desaparecido las monedas de cobre, que antes se usaban en los bautizos y casamientos para arrojárselas a los chicos. Ahora circulan otras minúsculas, del mismo tamaño que las de diez y cinco centavos, que sirven para dar vueltos centesimales y para depositar en los molinetes de los subterráneos. Aquellas eran monedas grandes y de poco valor; monedas de los pobres, de los niños, con la efigie numular de la Libertad y el número entre dos ramas de olivo, con que se compraban golosinas y se daban limosnas. Hasta la aparición de las nuevas, sólo las usaban los comercios, el sábado, con este destino.

De todas nuestras monedas, era la más noble, porque era tía de las estatuas y hermana de los instrumentos de metal. Servía también para jugar a cara o cruz y, particularmente, a la chantada. También entretenía el camino de los repartidores, que iban revoleándolas al tiempo que cantaban:

No me importa no me pague el mayorengo
 si yo aquí tengo
 para farrear.

Cuando las monedas de cobre circulaban legalmente y para comprar (no sólo para completar vueltos y burlar a las máquinas), la vida era más sencilla, las cosas valían menos y los hombres más. Los argentinos sólo existen nominalmente, guardados en las arcas del Estado. Es moneda de oro, de alta liga, pero no es corriente y es difícil encontrar uno. Las monedas de cobre cotizaban lo ínfimo y enriquecían la ilusión del mendigo, al contarlas. Entonces la vida era más rica en pormenores, dividíase en cien piezas cada entero. Todas aquellas centesimales satisfacciones y cuidados desaparecieron para dejar en cambio valores complejos y mayores, o para traer con la nueva acuñación el uso circulante del fraude. El dinero y la vida circulan sin lo más noble: el oro, ni lo más sensible: el cobre. Desaparecieron aquellas monedas grandes que fueron una época y se acabaron los menudos encantos de la vida, el minúsculo candor y su cortejo de poesía y misterio: los caramelos con palito, el pantalón corto, las chicas que se dejaban besar, los cuentos de Calleja y la creencia de que a los muchachos melancólicos les salían pelos en la palma de la mano.

El día blanco

Hay un día de la ciudad que pone en ella una nota melancólica y nostálgica. El domingo no es el día de Buenos Aires; los días de trabajo le pertenecen, pues Buenos Aires no sabe descansar ni pasear. La vida le viene del comercio, del movimiento, y en cuanto no hace nada se pone triste. Las gentes ambulan como pájaros perdidos. Aquí y allá la ciudad les ofrece recintos de fingida alegría, sitios de artificial congratulación. Buenos Aires no ha sabido hacerse agradable a los dioses festivos. El domingo es el día del hogar, y Buenos Aires no es un hogar sino un hotel. El programa del ciudadano es estar ocupado en alguna obligación en que su personalidad esté anestesiada por el trajín. Le duele despertarse y encontrarse solo. Encontrarse solos consigo mismos es un trance enojoso para muchos, porque se vive para afuera; y quedar en el seno de la familia, un número de programa muy desagradable. El matrimonio constituido como para disolverlo más adelante, pero que suelda a los cónyuges con ligámenes indisolubles; los hijos que llegan cuando se está en lo más bravo de la lucha; parentescos que se establecen contra todas las leyes naturales de la afinidad, de las creencias y de las genealogías; la permanencia, no se sabe hasta cuándo, en un vivaque lleno de alarmas y apuros. Tampoco Buenos Aires se aguanta a sí mismo. No ha sido fundado ni construido ni está habitado para la intimidad y la paz satisfecha. Si quiere divertirse exagera su alegría hasta convertirla en dolorosa. Los estadios de fútbol, el hipódromo y los cafés se llenan de gente que no puede permanecer en casa, que es expelida de ella. Huyen de sí mismos, y el juego equivale al alcohol. Cuando se los ve pasear solitarios se advierte que la ciudad ha huido de ellos. Los que pasean no disfrutan; están descentrados. Rostros fatigados de la libertad hebdomadaria, parejas silenciosas, sombríos transeúntes que no saben adónde ir. ¿Adónde ir? Es la víspera del lunes, con que se comienza una nueva serie. La música que sale a la calle los domingos es como el baile de las películas mudas, grotesca y servil. Está usándose para una fiesta entre desconocidos, moviendo cuerpos cuyas almas están a millares de metros de distancia. Y como de ninguna manera es alegre, la música sale los domingos y anda por las aceras pegada a la pared, como un perro sin dueño.

Por suerte, los estadios de fútbol se tragan este hastío.

El mundo de los fantasmas y los simulacros

Si Buenos Aires es una ciudad alegre o triste, puede colegirse de sus espectáculos. Hay que ver cómo se entristece Buenos Aires en las diversiones, para saber si es alegre. Dijo Mary Pickford que las películas deben tener un desenlace alegre para las ciudades y otro triste para las aldeas. El desenlace de nuestros espectáculos es el que corresponde a la aldea.

Lo que la «Novia de América» no vio es el embrutecimiento imperialista de Sudamérica por las comedias musicales norteamericanas. En ellas se nos dan, fundidos, el arte más consumado con la estolidez moral y literaria más insultante. Si se exceptúan algunas obras bien concebidas, siempre bien realizadas, la casi totalidad de la producción sólo tiene un valor industrial apto apenas para satisfacer la curiosidad infantil, las concupiscencias y los ideales mixtelados de mucamas y porteros. Casi exclusivamente vivimos de los alcoholes desnaturalizados que nos fabrican allá, y lo que aquí se produce irá tarde o temprano en camino de adaptarse a las exigencias del paladar estragado, mimando la técnica de las figuras y las luces y la trivialidad de los argumentos. El cine debe ser interpretado en calidad de producto internacional, *standard*, hecho para todos los países del globo, con escenas movibles de quitar y poner, según los diferentes mercados de consumo. Se trata, como es natural, de productos envasados para el expendio libre. El condimento patético y moral se usa según las distancias del ecuador, y las películas que destinan a nuestras gentes traen en cierto modo las especias que gustamos. Ignoro qué cantidad de moralina se emplea para Buenos Aires.

La familiaridad del porteño con la producción norteamericana consiste, más que en la identificación psíquica, en el gusto similar por el arte. Debemos ver en el cinematógrafo la enciclopedia de los pueblos ávidos de emocionarse e instruirse sin los laboriosos aprendizajes de la cultura de almáciga, y el ansia de participar gratuitamente en la biografía e historia ajenas, es decir: de los pueblos que quieren entrar al disfrute de los grandes bienes de la civilización adquiriéndolos hechos. El cine puede servir de experiencia de arte y vida, pero también puede mutilar con traumas incurables los órganos de perfeccionamiento y vi-gorización del alma. No se requiere, pues, inteligencia para discernir de

valores en las películas, sino una cierta perspicacia óptica y cierta aptitud imaginativa para captar aun las leves insinuaciones de la mímica. Estas dotes son connaturales de nuestro pueblo, y de ahí que su gran pasión sea el cine, donde el individuo de mediana y baja instrucción puede ser crítico sensato y sagaz pescador de detalles expresivos. El ojo y sus accesorios psíquicos entran a la función intelectual, como en el baquiano, sublimando hasta lo sutil una capacidad inferior de inteligencia. El contenido, lo que podemos llamar la tercera dimensión de las imágenes, no lo ve. Su ojo es un ojo de cíclope, sin la visión estereoscópica. En cine, pues, nuestro público es infinitamente más experto que en teatro o en música. Ha llegado a un grado muy grande de discernimiento, y cualquiera de los espectadores habituales comprende las más finas filigranas del lenguaje de los gestos y descubre sutiles fallas de técnica. Unos pueblos tienen el don del buen oído; otros, de contar bien; nosotros, el de ver.

Ahora la lectura de las leyendas explicativas del diálogo lo distraen, y acaso ése sea el aliado mejor de las empresas para despistar al espectador, crítico mucho más exigente en la era gloriosa del cine mudo. Cuando el astro o la estrella se le muestran en el escenario, vivos y reales, los abomina si no contienen más que aquello que recoge intacto la cámara fotográfica. Así han muerto, como seres reales, muchos astros de luz y sombra. El ídolo estaba sostenido por el arte del director y del coiffeur: nuestro público gustaba del director y no del actor, y cuando lo vio de carne y hueso comprendió que era inferior a su fantasma y a su numen.

En el teatro está ese mismo público en muchos años retrasado. Cuando va al cine, el mismo espectador es otro. Las compañías necesitan apelar a repertorios ordinarios y estúpidos para vivir, y actores y espectadores caen en una mutua degradación, como en las tertulias de velorio. Pero la mayoría del público que asiste al teatro es extranjero mal aclimatado o de un influjo extranjerizo sensible, así como el público de los conciertos es un público nativo mal extranjerizado.

Nuestro progreso no se acentuará paralelamente al que se observa en el cine, porque a pesar de todo el público mayoritario, el de los estadios de fútbol, hipódromos y rings, el porteño, es más fino que el extranjero, que en minoría desarraigada sostiene un nivel de espec-

siguiente... el portento está
táculos de sainete, comedia y drama de última categoría en el gusto peninsular del teatro teatral. Este fue el género característico de la literatura española desde los tiempos de Lope de Rueda, y es hoy su hijo legítimo muy venido a menos. El repertorio de gran estilo de compañías ocasionales suele tener la sala vacía, cuando no se trata de *tour-nées* de significación diplomática.

La ópera cuenta con prosélitos menos heterogéneos que el de los espectáculos dramáticos. Ocupan año tras año los mismos palcos y las mismas butacas, ven las mismas óperas y conversan de las mismas cosas en el foyer. En la esfera de lo lírico corresponden al público del teatro, como el de los conciertos al del cine. Hay entre los abonados obligatorios conocedores exquisitos, pues regularmente mézclase con el público de alta plebe de la ópera el escogido de los conciertos.

En los años posteriores a la penúltima guerra se cerraron las puertas a Wagner. En los años anteriores a la guerra actual, llenó el Colón. Versátil, el mencionado Wagner; versátil y a la moda. Razón tenía Nietzsche de escribir contra él: «Wagner es *el artista moderno por excelencia*, el Cagliostro de la modernidad. En su arte se encuentra mezclado de la manera más seductora aquello que es hoy lo más necesario a todo el mundo -los tres grandes estimulantes de los agotados: la *brutalidad*, lo *artificial* y la *idiotez*-»... «En nuestros días no se hace dinero sino con la música enferma; nuestros grandes teatros viven de Wagner.»

En cambio, el público de los conciertos sinfónicos y de virtuosos, alcanza una calidad muy alta. Gusta del arte verdadero; sabe juzgar, discriminar valores muy sutiles, y cuando las celebridades mundiales desfilan ante él, han obtenido sin duda la consagración de su aplauso. En vano los críticos musicales fabricarán en sus boticas periodísticas drogas desconcertantes, alabando al mediocre y empañando la gloria del excelente; nuestro público sabe, como el de cine, cuándo esas críticas son desahogos de *amateur* fracasado o lisonja mercenaria.

Y vienen luego los asistentes ocasionales a los espectáculos del espíritu, si así se le puede llamar a la radiotelefonía. Hay en nuestra población capas bien diferenciadas de públicos, inclusive el más ordinario y vil de todos, el de las radios: público campesino en general, que no tiene ninguna ley de sanidad que lo defienda.

Payasos y fieras

Hacia 1790 se inició en la Plaza de Monserrat un circo para corridas de toros, que diez años después fue demolido. Quejábanse los vecinos de haber afeado al barrio y de servir de refugio a los malhechores de todo género. Gran afición hubo entonces por esos espectáculos, que, como las carreras de caballos hoy, significaban un punto de estilización de algo corriente y ordinario que los ciudadanos llevaban en la sangre, por decirlo así. Eran los tiempos en que se salía a desjarretar y degollar vacas para extraerles la lengua, que era lo único que se aprovechaba de la res. Pica-dores y espadas eran la mayoría de los concurrentes, sólo que a campo abierto y para ganarse el pan.

Como el escándalo se guarecía en los callejones y en los zaguanes de las casas adyacentes, la lidia taurina fue reduciéndose a fiestas ocasionales, y el teatro reemplazó definitivamente a la pista. La Casa de Comedias ponía en las tablas obras de Calderón y de Moreto; cantantes de fama internacional desfilaban por los principales escenarios, y de vez en cuando alguna compañía de circo ecuestre, con sus payasos y sus caballos embalados en algodón, deleitaba a los niños y a los viejos. Trasladábanse a las afueras de la city, donde todavía quedan algunos baldíos para las calesitas y también para las écuyères de menor cuantía y los acróbatas que comienzan a padecer de reuma.

Entre los más ilustres precursores del teatro nacional, que no nació de los dramas de Calderón ni de las comedias de Moreto, sino de los melodramas cabalgantes, estaba el Circo Arena, de los hermanos Chiarini; el de los hermanos Amato, el de Pablo Rafetto, el de Podestá-Scotti y el de Anselmi. El cocoliche, único papel compatible con la jerga bilingüe del director, señaló con su mueca grotesca a la dramaturgia nacional, hasta el punto de constituir en el sainete el argumento y la gracia. Aquellos circos penetraron en el ciudadano, pero no en la ciudad. Los mismos ciudadanos que cultivan el género bajo diversos embozos y que lo exaltan a la apoteosis en ocasiones solemnes, rechazarían indignados la tentativa de rehabilitar el circo y de vincularlo a los orígenes de nuestra cultura literaria popular y en ejemplares escogidos de la alta plebe.

Sin embargo, es fácil verlo aflorar en las novelas y en los *sketches* radiotelefónicos, y en las actitudes espontáneas del hombre de la calle

en multitud. Las ciudades viejas y los pueblos nuevos tienen su circo arqueológico en el subsuelo.

Cuando la celebración del Centenario, en 1910, Frank Brown levantó su carpa en un baldío de la calle Florida. Quería asociarse así, el clown, que a tantos hombres serios de hoy hizo reír, a las festividades nacionales, como Lugones y Darío con sus poemas. A semejanza del juglar de Notre Dame, él no podía ofrecer en su devoción otra cosa del alma que algunas piruetas. La juventud no lo entendió así. Juzgó que era una afrenta a la ciudad y a la fecha, sobre todo desde el punto de vista de la ornamentación, profusa de gallardetes y de luces. Se había engalanado la ciudad; se taparon con arcos triunfales los lugares comunes de la Avenida de Mayo; guirnalda de lámparas eléctricas pendían por doquier; sinfonizadas falanges de heroicos efebos pasaban cantando por las calles, y aquella fiesta grandiosa semejaba una victoria revolucionaria más bien que una celebración.

El pobre circo de madera y lona, en la calle Florida y cerca del Jockey Club, parecía una barraca antigua, y evocaba alguna novela de Hugo, que muchos habían leído, y los viejos conflictos entre el pueblo incivil y el clero. Aquellos seculares conflictos del año 1792, por ejemplo, cuando, desde el Convento de los Capuchinos, se arrojaron cohetes incendiarios sobre el techo de totora de la Casa de Comedias, en la Antigua Ranchería. Reacción condigna contra los ultrajes a la moral. El circo de Frank Brown, no sólo atentaba contra la arquitectura, sino que metía al cocoliche en la epopeya. Los jóvenes se pusieron de acuerdo con los bisabuelos y lo quemaron de nuevo en un auto de fe, después de ciento dieciocho años. Frank Brown había repartido caramelos a los mismos enemigos de esa vez; los había hecho cabalgar en su asno blanco, por la pista; había hecho piruetas para ellos, como un padre en su casa, y ése era el pago. Las llamas destruían con el sentido aleroso de una demolición. A Frank Brown lo quemaron vivo por hereje; le quemaron el circo, que era como quemarlo a él en efie. Ningún otro circo después pudo instalarse con carácter familiar y estable, y sólo existieron espectáculos efímeros de esa clase, cuando los traían del extranjero. Cosa parecida le pasó a la mula que no quiso creer en Dios. Desde esa fecha memorable nuestro circo de grande estilo no encontró un lugar donde levantar sus lonas y hacer ondear sus flámulas.

Lo que no pudo eliminarse son los payasos y las bestias amaestradas, que causarán todavía por muchos siglos el regocijo de los niños, que insertan en cada generación el juego y el asombro. Ellos, que al entrar en la pubertad destruyen los juguetes, sometidos a otros influjos más imperativos. Acróbatas, focas, leones, caballos, *clowns*, amazonas desfilan en su eterna *tournee* por el mundo, incombustibles, inextirpables. Las instituciones pasan, pero sus seres representativos son imperecederos.

Al aire libre

Suena en nuestros oídos aún la música geórgica de la Banda Municipal, que en los prados de la Sociedad Rural dirigía el maestro Malvagni, allí mismo donde los ganados días u horas antes ensayaban en sus profundos instrumentos de carne y aliento. Primeros conciertos para gran público, al aire libre, de noche, con la perspectiva sin fin de los bosques de Palermo y las estrellas. Iban y venían con las notas de los instrumentos de metal, brisas y ráfagas campesinas. Algunas páginas eran evocadas al conjuro del lugar y la hora, como por ejemplo la *Sexta Sinfonía* de Beethoven, que llegaba envuelta en reminiscencias de la época del oro, la época pastoril.

Nada importaba que en ese mismo sitio, días o poco antes, se celebraran los certámenes ganaderos, y que nuestras pisadas de peregrinos del ideal se mezclaran con las de los cascos y pezuñas todavía señalados en el suelo para mayor frescura del espectáculo. Nadie pensaba en eso, y aunque del suelo ascendieran estabulares vahos, en las alas de la *Sinfonía Fantástica*, de *El crepúsculo de los dioses*, de *La Wally* o del *Barbero de Sevilla*, con voces humanas que recordaban también plañideros falsetes de sopranos viejas, se transformaban en miosotis, rosas y heliotropos de la infancia y de la gloriosa juventud, cuando no en nostalgias de Teócrito.

Era una fiesta al aire libre; pastoral que congregaba sus prosélitos de todos los barrios de la urbe y los reunía allí, levantándolos de la más grosera realidad del mundo a la más pura emoción del cielo. El maestro descollaba con su cabeza de káiser y sus manos consteladas de piedras preciosas.

Más tarde la Rural fue recuperando su exclusividad a las tribunas y las peanas; a las huellas de cascos y pezuñas no se unieron nuestras pi-

sadas de feligreses del arte; al vaho agreste no se unió la brisa perfumada de la música. Nosotros nos marchamos como espectros (en realidad aherrrojados en las cárceles de ruidos de la ciudad) y los sementales se adueñaron del lugar en que pacíamos estrellas y también del cielo, que allí era tan agreste. El arte fue vencido y los emblemáticos toros recogieron para sí y sus dueños todos los aplausos que de nuestras manos nacieron por allí, como pájaros sin nido.

¿Y el público, aquellos amigos desconocidos que encontrábamos con los rostros inclinados? ¡Aquellos que con sus actitudes hieráticas daban un colorido de pobreza, de bohemia y de noviazgo a las partituras, y a nosotros la fuerza para no desviarnos del camino de la conciencia? No son ellos, no, quienes ahora asisten a los estadios de fútbol, porque no era la fiesta al aire libre lo que los atraía, sino el amor a la música. Los estadios tienen su público también, más viril y enérgico, de prosélitos que agitan los brazos y se mantienen en pie como los soldados, se emocionan y aplauden. Aquel público de nuestros amigos desconocidos y perdidos para siempre no ha sido absorbido por éste; no tenían tanta virilidad y energía, ni podían estar muchas horas en pie sin agobiarse. De tan precaria vida eran, que necesitaban sostenerse en la música más bien que en sus piernas, y unos a otros nos dábamos fuerzas para seguir viviendo otro poco.

Si se hubiera establecido una competencia leal de lucha por la vida entre los certámenes pecuarios, el fútbol y los conciertos, nadie habría dudado de que los conciertos serían excluidos, por ejemplo, de los subsidios nacionales o municipales. Pero no ocurrió así, sino que la victoria del más apto vino sin lucha desde esferas ignotas, más que de las teorías de la selección natural. La razón es otra mucho más sencilla y triste. Las autoridades no aman la música; al menos nunca he visto a un alto personaje de la política ir a darle el primer puntapié a una sinfonía. La música no es entre nosotros asunto de programas. Poco a poco fue restándosele a la filarmonía el apoyo pecuniario oficial. El pie se fue alejando de ella. El cuidado del gobernante estaba en conseguir una raza viril y enérgica, sementales de sangre pura, y no de nocturnos conspiradores, en todo lo cual hace muy bien para grandeza de la patria. Los músicos quedaron en una orfandad mayor que la de escritores y pintores, y nosotros sin saber qué divinidad funesta nos diseminaba otra vez por la urbe, sin posibilidad del azar que nos reunía.

Sin embargo, habemos muchos, muchísimos filarmónicos. Los hay hasta donde menos se puede sospechar, y difícilmente concluirán con nosotros ni con métodos más rudos.

En noviembre de 1930, la Asociación del Profesorado Orquestal resolvió dar conciertos a los escolares y a los presos, cuya educación artística y de todo género está tan rígidamente programada. Cuatro artistas dieron conciertos de cámara a los presos de la Penitenciaría. Ejecutaron música escogida, porque no iban a embrutecerlos sino a purificarles el alma. El auditorio se formaba de pobres hombres que jamás despertaron de su sopor, con las manos culpables de graves delitos, el alma entenebrecida y las frentes agobiadas de sombra y de vergüenza. Estaban en la sala, silenciosos, sacudidos por fuerzas más terribles que sus pasiones. Los músicos atravesaron las interminables ringleras de celdas, donde se marchitaban aquellas vidas inútiles. Escucharon los presos voces de Glazunof, Bocherini, Mozart. En su semanario *La Verdad*, en el número del 22 de noviembre de 1930, algunos presos publicaron sus impresiones, en verso y prosa. Palabras de niños que apenas saben dar las gracias, tan sinceras y agradecidas que parecían lamer las manos de los artistas. Esa historia tampoco se repitió, y quién sabe si para los desventurados que todavía están allí no habrá sido aquella velada un bien purificador por el tormento, según la doctrina del Gran Inquisidor.

Hipódromo

El hipódromo tiene un aire más señorial que el estadio de fútbol, pero es también un ara del pueblo, que en el lenguaje hípico se escribe en plural y con hache. Las tribunas populares y el *paddock* no cierran un círculo; enfrente está la pista con su palizada donde corren los caballos. El espectáculo es sumamente impresionante y vistoso, aunque la gente que allí va no lo ve. Desfilan primero los caballos llevados de la brida con sus jinetes de chaquetilla de seda de colores. Hay en los gallardos animales una vivacidad inteligente y una elegancia elástica que fascina. El ser humano forma parte de la montura. Nos causan extrañeza. No son los caballos de andar en el campo, los caballos que ya tienen para nosotros una ciudadanía honoraria, sino sus dobles de belleza y arrogancia. El pelo brillante

bajo el sol, los movimientos que en nada indican que conozcan las jornadas de veinte leguas ni el tiro en el arado o en el carro, algo en ellos de lujoso y esbelto, evoca al mito en el alma del que conoce el caballo real de la realidad. En la carrera despliega sus dotes divinas y se piensa en Píndaro, que los asociaba a la gloria de los atletas y los emparentaba con los dioses, por encima de los reyes.

El hipódromo es nuestro templo, pero allí no se va a gozar del espectáculo espléndido de ese conjunto de animales equinos y humanos en todo su énfasis. Se va a jugar. Cada caballo con su jinete es un número, una ficha, una tarja. Nada importan el esfuerzo del animal que calcula en segundos y en centímetros a lo largo de una carrera de dos kilómetros, ni la habilidad del jockey que lo gobierna como un artista a su instrumento. Todo eso pasa inadvertido como una mancha entre otras manchas. Lo que el jugador ve es la punta de la fila, el lugar que en el conjunto ocupa su dinero. De manera que la fiesta sublime se reduce a lo que pudiera ser un juego sobre una mesa con caballitos de plomo movidos por un resorte.

No obstante, algo ha de quedar en el fondo de la marmita, algo de aquella esencia inmortal que Píndaro y el gaucho sintieron en diferente gama como algo íntimamente humano en el equino, como algo que circula del hombre a la bestia en corriente viva y cordial. El jugador que juega a las carreras de caballos es llevado al hipódromo por un destino muy complejo, no únicamente el destino del jugador, que puede dar indistintamente en una ruleta o en un mazo de naipes. Es el juego y son los caballos, algo que está en él y en el mundo donde él está.

«En el caballo está el héroe sudamericano y el gaucho ostenta chaquetilla de stud. Las carreras son nuestras corridas de toros, nuestra fiesta trágica de la sangre, como la cancha de fútbol es nuestra fiesta circense. Tiene el hipódromo tres sentidos fundamentales: el aristocrático, que celebra en el *pur-sang* la casta genealógica; el nacional, de origen campesino, con su amor totémico por el caballo, y el popular, que entronca en la raza, con su afán de tentar al destino en la apuesta. Se celebra el rito, como en la iglesia, el domingo, el día de Dios.» «El hipódromo reúne a los soñadores de la fortuna, a los que lucen su presencia y a los que arrastran un oscuro *fatum* americano. Ya no pueden los hombres renunciar a las emociones profundas; esa energía que consume el arte, la vida intensa, la religión, la inquietud de la verdad, la vocación verdadera de los proble-

mas sociales, cuanto no halla su natural místico, sentimental y estético. Al hipódromo van los seres que no han encontrado la manera de encauzar por un camino leal y meritorio enormes fuerzas interiores que el ambiente sofoca y aniquila.» (*Radiografía de la pampa.*)

Estadios

El pueblo de la metrópoli tiene sus pasiones hondas e irrefrenables. Una de ellas, la más típica y vehemente, toma el aspecto externo del fútbol. Los estadios de deportes, contruidos especialmente para los espectáculos de ese tipo, con capacidad para más de cien mil personas, se convierten los días feriados en templos a los que concurren feligreses de un culto muy complejo y muy antiguo. La forma que reviste es sencilla: asistir con desbordante apasionamiento a un partido de fútbol que el espectador profano jamás podrá sentir qué significa. Es un acto que acumula el violento deseo de lucha, el instinto de guerra, la admiración a la destreza, el ansia de gritar y vituperar. No es un juego, por supuesto, sino un espectáculo semejante a una ceremonia religiosa con que los pueblos antiguos calmaban la necesidad de arrojar de sí a los espíritus de la ciudad sometidos por la disciplina y las normas de la convivencia social. Con la misma necesidad catártica se va a la iglesia y se iba al teatro de Dionisos.

Desde horas antes de iniciarse el partido afluyen a las tribunas toda clase de gentes desde todos los barrios de la ciudad. Trenes atestados, tranvías, ómnibus y coches que en ocasiones se alquilan colectivamente transportan una población que el resto de la semana se somete a las tareas sedentarias y acata las demás ordenanzas urbanas. Ese día pertenece a la divinidad de ébano. La pista, de un atenuado verde de gramilla, se destaca en el redondel de las gradas que forman un anillo, viviente y vibrante. Es la misma plaza de toros, la misma disposición romana del circo, y es la misma muchedumbre que espera ansiosa el misterio de su brutal purificación. El horizonte se recorta en el cielo; las altísimas paredes de circunvalación del estadio se levantan por encima de toda perspectiva. No existe la ciudad, no existe el mundo. El círculo de espectadores encierra como en una isla apartada de la vida, de la historia, del destino, una población que ha roto todo vínculo con la familia y el deber.

Han borrado de su memoria todo el pasado, han suprimido su propia existencia de ciudadanos con nombres, edad, domicilio y oficio, para reducirse a entes abstractos, entidades de pasión incandescente, de libres e irresponsables efusiones. Cuando aparecen en la pista los jugadores, un torrente de voces rueda por las gradas y se eleva al firmamento vacío. Entonces se opera el misterio de la fascinación. Desde ese instante el estadio se desconecta de la tierra y emprende su marcha de bólico a través de un piélago de emociones. Es como la sala oscura del cinematógrafo; un lugar fuera del espacio, del tiempo y de la realidad.

Los jugadores, vibrantes en la misma onda caliente del público, concentrados en sus músculos, como los rayos del sol por la lente, las miradas y los impulsos de la pasión, juegan como si defendieran su vida de las fieras. Es la pelota como el león o el toro, un objeto que asume un significado simbólico, de un valor que no puede medirse sino por la tensión de quien combate a muerte.

La pasión de los jugadores y del público no es pura, como tampoco en las carreras, donde el interés de la apuesta absorbe el espectáculo magnífico de los caballos y los jinetes con chaquetillas de colores. En la pasión que hierve en los estadios de fútbol están en combustión todas las fuerzas íntegras de la personalidad: religión, nacionalidad, sangre, enconos, política, represalias, anhelos de éxito frustrados, amores, odios, todo en los límites del delirio, en fundida masa ardiente. Los jugadores van liberando, exacerbando, sofocando esos líquidos ígneos como si manipularan en cauces con diques y fosos en que ese raudal toma forma. Las alternativas del juego configuran la monstruosa fisonomía pasional de cien mil seres homogeneizados en los *saggars* de los altos hornos humanos.

Los jugadores sólo en segundo término tienen personalidad. Ante todo representan a un club, y eso es lo que atrae o repele a los adeptos. La insignia adquiere la importancia de un lábaro; la lucha es del carácter religioso de las cruzadas y es únicamente en los días hábiles, en las fotografías de las revistas y en las láminas de colores, donde las figuras más destacadas o el *team* entero cobra valores de icono; cuando atemperados los ardores de la pasión encendida, la idolatría se contiene en los límites del fervor y la devoción. Mientras el juego dura, es un club contra otro, una enseña contra otra, los adictos contra los adversarios lo que actúa, se mueve y enciende la pasión.

En cierto modo todos los afiliados a ese club más los simpatizantes vienen a configurar un clan. Mucho mejor que en barrios y en clases sociales, la población de Buenos Aires se encuentra dividida en clanes, según los clubes de fútbol, y esos clanes pueden coincidir o no con el plano de la ciudad, aunque la simpatía no establezca entre los individuos ningún vínculo superior al de un previo acuerdo. La condición positiva del clan es la tensión contra los demás clanes; tiene como función esencial la descarga de enconos y esto da los caracteres bélicos entre los clanes, en que los miembros de cada uno de ellos no se sienten ligados entre sí sino en cuanto combaten juntos contra el enemigo común.

Estos tumores dominicales y festivos que se forman y se disuelven inadvertidamente por la actividad restante de la urbe, purgan a sus células patógenas de peligrosas fuerzas antisociales que podrían hacer trepidar la ciudad y, en cualquier grado, henchirla de humores y gases maléficos hasta que estallara. Purgados así los espíritus para llamarlos de algún modo, los ciudadanos regresan a sus casas despojados de una carga hostil, aun cuando su club haya perdido y lleven en el corazón los resabios amargos de la derrota que los alcanza a ellos, inevitablemente, con visos de desdicha personal. Ese encono, esa amargura están purgados también. Son formas atenuadas y de laboratorio de aquellos virus destructores. Pero tampoco, para ser justos, debe atribuírseles a los pobres adeptos más culpa de la que tienen. Es el clan, institución eterna, que los precedió por decenas de millares de siglos y que los sobrevivirá con no menos largueza, el núcleo de esas fuerzas antisociales y disolventes que se cuajan con aspectos deportivos y mancomunales. La ciudad engendra esos tumores que rellena con ciudadanos; ellos no vienen a tener otra intervención que la de los rehenes que no se sabe por qué destino han de aplacar con sus vidas las furias de las divinidades de ébano. Toda ciudad se gesta partenogenéticamente sus estadios de box, de fútbol, de competiciones violentas, sus hospitales, sus bibliotecas, sus comisarías y sus hampas. Está en el plano de la ciudad.

«El estadio, donde se reúnen las grandes multitudes para presenciar esos espectáculos es, lo mismo que la fuerza de la policía, uno de los estigmas característicos del régimen metropolitano; aquí está, si es que existe en alguna parte, su drama esencial: la proeza *espectacular* y la muerte *espectacular*.

»En la mayoría de esas exhibiciones se estimula un sentido invertido de la vida, como consecuencia del miedo y de la proximidad de la muerte. La mutilación de las víctimas destinadas al sacrificio es uno de los momentos intensos del espectáculo, tal como ocurría antaño en los combates de gladiadores romanos o en los asesinatos exigidos por el ritual azteca. Sin la muerte, o la amenaza de la muerte, el populacho siente que ha sido engañado; por eso es necesario reforzar la intensidad de los juegos menos peligrosos, tales como el béisbol o las carreras de caballos, con apuestas, a fin de alcanzar el grado de excitación que produce una competencia de *cow-boys* o una carrera de automóviles. No sólo los que presencian esos mórbidos espectáculos sienten las emociones que producen, sino también aquellos lo suficientemente humanos como para aborrecerlos, pues la radio y el diario les darán todos los detalles de esas exhibiciones» (*La cultura de las ciudades*, por Lewis Mumford, IV, 12).

Cuando esas conglomeraciones adventicias revisten su papel auténtico, despojadas del hábito circunstancial con que asisten al estadio, es al derramarse por la ciudad, regularmente en camiones, agitando sus lábaros y entonando estribillos de júbilo que no alcanzan a ser canciones. Son gritos, actitudes que se vociferan y se arrojan a la cara de los transeúntes, bocanadas de ancestrales hálitos de caverna. Se siente un estremecimiento en las carnes no menos antiguo que esas voces. Esas partículas de población pueden polarizar por cualquier motivo de análoga naturaleza. Son las que también engruesan las manifestaciones políticas, en muchedumbres que emplean los mismos estribillos, con las mismas tonadas y el mismo agresivo ademán. Antes eran también las máscaras que, desgraciadamente, van desapareciendo o cambiando de disfraces.

Los políticos hacen presa, como las fieras al acecho, de esas muchedumbres. Se entregan aparentemente a ellas; concurren a sus estadios para exhibirse y, si están en el poder, descienden a veces a la pista para iniciar el juego. La muchedumbre los aclama o los silba y es lo mismo. El político sabe que aplauso y silbido significan una demostración pasional, un santo y seña de entusiasmo irracional, que tarde o temprano ha de servirles.

Regreso

Los domingos, al caer la tarde, llegan a las estaciones trenes cargados hasta rebosar, de excursionistas que han pasado el día en las riberas, refrescándose. Los trenes sueltan esa carga que vino apiñada, estrujándose unos contra otros, sudorosos, en los pasillos, en las plataformas, en los estribos. Un hacinamiento de seres humanos y todos los consiguientes contratiempos del alborozo. Cantan, recitan, dicen chistes y observan el efecto que sus impertinencias causan en los demás. Algunos llegan en camiseta, o en saco de pijama, o con camisas arremangadas hasta el codo y, otros más tórridos, con los pantalones subidos hasta la rodilla. Son masas informes, montones de escombros humanos, pertenecientes a una sociedad que se ignora que existe. Vuelven del *pic-nic* y se derraman por los andenes como manchas andantes, como grumos y bolos fecales que expelen los coches.

¿Quiénes son? ¿A qué país, ciudad, raza, comunidad, secta, pertenecen? Durante los días hábiles no se los ha visto. Cuidaban sus trajes, estaban reducidos al ritmo y las convenciones del empleo y de la ciudad. Ahora han recobrado su libertad, proclaman su bajeza, se empeñan en demostrar que son efectivamente seres inferiores con los cuales no podría constituirse ni un presidio. Han pasado todo el día en mallas, entrando al agua y tumbándose en las playas, bebiendo y bailando con músicas de fonógrafos portátiles. No están cansados porque no han terminado de expectorar y expulsar sus enconos. Quisieran ser más sucios, más soeces, más groseros, en una especie de frenesí lascivo. Ésa es una forma de la lujuria, las contemporáneas formas de las bacanales que tarde o temprano habrá que reinstaurar en bien de la salud pública.

Mujeres y hombres, niños y también ancianos, vienen de la saturnal al sol y al aire, insatisfechos, con algo que eyacular todavía. Trepan a los tranvías y a los ómnibus con sus canastas y valijas, e irrumpen sin descabalar. Así regresan a sus casas. ¿Dónde? Se reintegran a la vida de la ciudad que los absorbe callada, maternalmente.

No desaparecen. Subsisten mezclados con los demás, forman parte de las cifras de las estadísticas y censos. Los restantes días será difícil distinguirlos en los talleres, las oficinas, los comercios; será muy difícil si no se tiene agudizados los sentidos de captación de la realidad total, porque

los mostradores, las máquinas, los pasillos de los escritorios los disimulan, los recubren piadosamente con su moblaje y sus instalaciones. Pero quien los ha visto bien, quien los ha observado profundamente y ha sentido que no son parias, sino fragmentos minúsculos y dispersos de la gran urbe; quien ha presenciado la recua y oído sus voces, percibiendo bien sus gestos, no los olvida ni los confunde. Entonces por las calles, en los cafés, en los tranvías y en los cinematógrafos de pronto siente que lo ciñe el miedo; lo asalta un temor remoto e inexplicable como si estuviera solo entre centenares de conciudadanos. Los grandes edificios desvanecen su silueta en una niebla gris, los vehículos se deforman y empequeñecen hasta deslizarse como ratas, las luces se atenúan, surge de las bocacalles un hálito de campo reseco y en las entrañas de la ciudad desovan miríadas de insectos, miríadas de termitas.

Una vuelta en el lecho

El precepto d'annunziano de «renovarse o morir» se aplica con igual congruencia a los actos más insignificantes. Toda verdad sigue siéndolo si se la agranda o achica simétricamente, se la refiera a las apostasías o a la inquietud hormonal de Mme. Bovary. Para renovarse a veces basta, como a San Pablo, Mahoma, Pascal o Malebranche, con un golpe en la cabeza o con cambiar de asunto. Lo que es renovarse para la psique del individuo viene a ser, más o menos, mudarse de casa en el lenguaje de las grandes ciudades. El máximo de la renovación, en este sentido, la realizan quienes emprenden una mudanza sin final, como los vagabundos, seres admirables y en perpetuo devenir.

Para atender a la salud de los ciudadanos, la ciudad tiene dos vehículos genuinos: el camión de mudanzas y la ambulancia de la Asistencia Pública. Ambos se emplean para cambiar de vida, si se los usa con acierto.

Cambiar de casa es cambiar parcialmente de vida, y cada ciudadano padece en mayor o menor grado esa neurosis que con el reuma componen las enfermedades endémicas de la urbe. También los habitantes sufren de musgo y cardenillo, como las estatuas.

La mudanza tiene, asimismo, sus formas abortivas, por ejemplo: las visitas, las excursiones y, en primer término, el *week-end*. El *week-end*

es, en cierto modo, una mudanza deportiva e ilusoria, y hasta una separación de cuerpos y bienes, para volver el lunes al mismo lugar. Algunos llevan una casilla portátil, sobre ruedas de automóvil, donde ponen en reducción, a escala de lo indispensable, el menaje. Se muda el habitante con lo suyo, en vez de mudarse la casa. En el mismo orden psicológico, donde son las imágenes las que hacen el *week-end* mientras nosotros permanecemos como en casa, debe recordarse la mudanza diabólica del cine.

Pero las mudanzas verdaderas (en que es la casa nada menos la que se va, aquello que forma la estructura material de la vida, como lo sabe el gato que no quiere irse) se correlacionan con el bovarismo de la urbe más que con el nuestro propio. Es el *week-end* que hace la ciudad, hasta el punto de que pudiéramos decir que también es su manera de ir al cine, por supuesto que rebatido al plano de las cosas materiales y ciertas. Los muebles son los que actúan, y nosotros, como las cosas del paisaje, en el fin de semana, los que permanecemos sin cambiar. Hay también otra variedad minúscula y como reducida artificialmente en los invernáculos y laboratorios de la ciudad de ese afán de fuga, de esa neurosis del vagabundo sin coraje, que es el cambio de departamento dentro del mismo edificio, o de la ubicación de los muebles dentro del departamento. Esta neurosis es genérica de las dueñas de casa, particularmente a cierta altura de la vida, que podríamos llamar el climaterio sentimental: cuando van a esterilizarse muchas esperanzas. En ocasiones basta con remover un ropero, la cama, el piano, el cristalero, o con pasar el comedor adonde estaba la sala. Es una incomodidad espiritual que se manifiesta por no descansar bien en la configuración de las cosas del hogar y se satisface con minúsculas alteraciones en el orden del día cotidiano. Hállase un reposo al largo cansancio de existir; un modo de aliviar la incomodidad de no estar bien puestos en la vida, como quien cambia de postura en su lecho de enfermo.

La pompa del muerto

Industria lucrativa, la del enterramiento. Es el último lujo que puede permitirse el más insignificante ciudadano. La ciudad despidе para siempre al que se va del todo con la suntuosidad con que recibe a los transitorios

plenipotenciarios. Celebramos su partida tan cumplidamente como si le tendiéramos un puente de plata.

El honor que en otras partes se dedica a los muertos antiguos, a los monumentos nacionales –porque es una necesidad del hombre honrar a los muertos, si bien los muertos antiguos–, se descarga aquí en los muertos recientes. Obedece probablemente la costumbre a una falta de perspectiva, de lejanía en la historia, de respeto al pasado. Por consiguiente, la falta de sentido de responsabilidad histórica de los hombres públicos, especialmente de los políticos, que son nuestros inmortales por excelencia. Ninguno de ellos tiene miedo al mañana, al juicio de las nuevas generaciones, porque tampoco tiene miedo al pasado –ni respeto–. Precisamente los ungidos que ejercen el monopolio de la inmortalidad, los dueños del porvenir –simplemente porque son los dueños del presente y ellos creen que aquello saldrá de esto– no temen a la historia. Para ellos no existe el juicio de los muertos y son incrédulos hasta el cinismo.

Si se pudiera ver un rasgo superior en esta forma de positivismo hasta el extremo de lo indecoroso, en esta falta de sentido religioso de la historia, tendríamos que reconocer que es una virtud esa de honrar a los muertos mientras atraviesan la ciudad para ser sepultados o conservados en los nichos. Pero aquella virtud negativa, si se quiere, del culto a los antepasados, no es reemplazada por ninguna otra. Reemplazamos el icono con el agujero en el muro. De manera que no se ve qué es lo que se ha puesto en lugar de ese respeto, que al fin y al cabo es un valladar a la furia de tragarse el presente, ni qué se ha ganado con pasar de la etapa de la creencia en los espíritus de los antepasados a la irreligión absoluta de la dignidad y de la moral. Porque esa falta de respeto a los antepasados es también la falta de respeto a los valores históricos y al semejante vivo. Los apóstatas de ese culto antiguo son los mismos que se incautan de lo actual y lo manejan como si no existiesen testigos.

Sí; la pompa del muerto reciente encubre el asco al cadáver y perpetúa la costumbre de los lutos ceremoniosos por la muerte de los reyes en España. Una honra litúrgica que tiene en la inmediatez del lugar la lejanía del tiempo. El fallecimiento de un monarca era antes un duelo público fastuoso.

Ese muerto que se acompaña con todo boato está ya tan distante como si hubiera muerto en otro Continente; se acompaña el catafal-

co. Representa casi una ceremonia simbólica. Lo personal de él, lo que constituía su inmortalidad y grandeza (aquello que la historia recuerda y conserva), ha muerto muy lejos y no persiste ni en el lapso de conducírsele al cementerio. Esto que se lleva es el atavío, el deber reglamentado de honrarlo, como ocurrirá más tarde en las misas de los aniversarios. En ellas adquiere todo su sentido la pompa del muerto. Se eleva el túmulo y se realiza la ceremonia íntegra, sin el cadáver, sin el despojo. Del muerto ya no queda más que un recuerdo piadoso, por decirlo así, pero no un culto de continuidad histórica. Los deudos no se encuentran ligados por la tradición ni los deberes familiares, al muerto. Al contrario, están libres. Lo que se celebra es un poco la fiesta de la liberación (como cuando la muerte del rey), y como al año casi cabal concluye el juicio sucesorio también, la evidencia de que no ha desaparecido por completo y que algo de él ha pasado a los hijos.

Las exequias de gala datan de la reorganización nacional. Hasta mediados del 1800 se desconocía el deber de los deudos hacia el difunto, como puede colegirse por este relato de Francisco Bond Head: «...el modo de enterrar a la gente en Buenos Aires parecía más extraño a mis ojos que cualquier otra costumbre de aquel lugar. En los últimos años, algunos de los personajes principales han sido sepultados en ataúdes, pero en general van a buscar al muerto en un carro fúnebre con ataúd fijo dentro del cual se pone el cadáver, e inmediatamente el conductor echa a galopar y lo deja en el vestíbulo de la Recoleta. Hay un cochecito fúnebre para niños, que realmente pensé fuera un carro de saltinbancos. Era una armazón liviana y abierta, rodeada de barandillas sobre ruedas pintadas de blanco, con cortinas de seda celeste, y tirada al galope por un muchachito vestido de colorado y con enorme penacho blanco en el sombrero. Un día, volviendo a casa en mi caballo, me alcanzó este carrito (sin cortinas, etcétera) que transportaba el cadáver de un negrito, casi desnudo. Galopé al costado a cierta distancia. El muchacho, con el rápido movimiento del vehículo, bailaba unas veces sobre la espalda y otras sobre el rostro; en ocasiones un brazo o pierna salía por la barandilla y dos o tres veces realmente creí que el muchacho iba a caer del carruaje. Los cadáveres de los ricos generalmente eran acompañados por sus amigos; pero los carruajes con cuatro personas adentro es raro que vayan tan ligero como la carroza».

Sesenta años después la metrópoli alcanzaba su actual rango en cuanto se refiere a la visualidad de sus espectáculos al aire libre. Lucio V. López escribía en 1880: «Un entierro de fuste en Buenos Aires no necesita describirse: el empresario fúnebre conoce los gustos de la gran capital, en los que prepondera la gran aldea: el convoy tiene que hacer corso en la calle de la Florida; no hay otra calle para ir a la Recoleta, y si a alguien se le ocurriera la idea de cambiar el itinerario, [no sería difícil que el muerto o la muerta,] siendo de la aristocracia o, sobre todo, de la gran política, resucitara protestando contra la variación de la ruta» (*La gran aldea*).

Los entierros en Buenos Aires tienen magnificencia consular, pero carecen de la intención de amedrentar al espectador, ni de sumirlo en tétricas meditaciones. No pasan de un lujo urbano.

He presenciado un entierro en Florencia. Llevaban el féretro en un carromato tirado por caballos negros cubiertos con gualdrapas. A los costados iban, encapuchados y empuñando blandones de tamaños eclesiásticos, frailes de alguna cofradía medieval. Entonaban letanías de quejumbrosa modulación, acompañadas por cascós y pies según un compás pedestre que coincidía con las cláusulas del latín, de manera que parecía que los caballos y los frailes caminaban sobre las pautas prosódicas. Daba miedo morirse viéndolos y oyéndolos, y hasta de alcanzar el Paraíso por intermedio de sus rogativas. Pero aquella era una pompa litúrgica, no un lujo privado. Descubriase en la lúgubre procesión la forma callejera de la opulencia imperial de las ceremonias católicas. Ese muerto pertenecía a una fe eterna y universal más bien que a la familia toscana y a Florencia.

Nuestros entierros son lujosos de por sí, humanos, terrenalmente pomposos. Se reducen a la exteriorización de las comodidades que el peatón no ve. Casas de Pompas Fúnebres llamamos a las que suministran ese colmo póstumo de vanidad. Que sirva a la familia del muerto y un poco al barrio, no lo dudo; pero en primer término sirve al muerto. Don Fulano es personaje importante, un día al menos en su historia si no en su vida, pues precisamente su advenimiento al trono lo obtiene cuando no existe ya. Muchas veces salió de su casa con el secreto deseo de que todos lo saludaran y le dieran preferencia en el paso. Quiso ser personaje digno de respeto, ya por su empleo en la Administración Pública o en la Docencia, ya por su parentesco con el amigo de un político, por su dinero, por su esperanza de llegar a ser alguien de importancia. Ahora ha conse-

guido su contumaz ilusión. Tenemos que descubrirnos a su paso, dejarlo avanzar con su séquito, que bien lo merece. Era un ciudadano auténtico de la metrópoli. Tenía una vaga intuición de su final victoria y se la iba anticipando por si no pudiera presenciarla él también hoy.

Cansancio de las máscaras

Hasta principios de este siglo, el carnaval conservaba su originario carácter religioso. Algo así como por el Norte, donde las fiestas carnaavalescas son de lo más triste que pueda imaginarse. Las máscaras se disfrazan con fe en el carnaval y vivían tres días del año poseídas de un fervor lustral dionisiaco. El siglo xx señaló su decadencia. Desaparecieron sucesivamente las rondallas, las comparsas, los príncipes, los bebés, los pelotaris y los gauchos. Otros ritos, como la política, el fútbol y el cine, drenan lentamente, en el decurso del año, los tóxicos urbanos. Ahora el carnaval se gasta en actos y pasiones de la vida ordinaria.

En los años de mi infancia el carnaval imponía respeto y ciertas máscaras causaban terror. Los socios de aquellas instituciones carnaavalescas eran personas aparentemente normales y vivían esperando la fecha de su resurrección para echar a la calle su verdadera personalidad. Dependientes de comercio, artesanos, padres de familia jubilados, uníanse desde los más diseminados lugares como en las fiestas tradicionales la familia dispersa. Miembros de una cofradía secreta, de dondequiera que estuviesen se allegaban como en su época de celo.

Los Turcos de Barracas, los varios orfeones, la Perla del Plata, Salamanca Primitiva, La Estudiantina, eran las más celebradas comparsas e interesaban tanto entonces como hoy los clubs de fútbol. El canto coral desplegaba sus abalorios. El tenor o el barítono, y también la soprano, levantaban su voz sobre el conjunto coral como el abanderado su estandarte con las insignias y medallas de los triunfos. Frente a los edificios públicos y en las esquinas, allí se detenían. No era ése un número carnaavalesco; bien serios que estaban, buscando el aplauso y uno que otro rostro conocido.

Máscaras de todo jaez recorrían las casas, haciendo sus pampelines sin ánimo de ofender. La decadencia del carnaval se inició con la grosería. Aquellas eran máscaras vocacionales que permanecían disfrazadas

de seres humanos todo el año. Dejaban de pronto la crisálida y lanzábanse a volar en carnaval. Después las máscaras volvían a disolverse en la masa gris de la población.

Más tarde se perdió el espíritu festivo y religioso, y comenzó la decadencia. Así como la máscara cansada cambiaba la pirueta por el esguince y el gesto por la mueca, la galantería se fue y vino el cansancio. Desaparecieron las comparsas y las máscaras tradicionales que recorrían la ciudad en grupos, a caballo, en carros alegóricos. Los gauchos, que nacieron en el circo, murieron en el carnaval, por las calles. Aquellas fueron unas carnestolendas dramáticas, y hoy los sobrevivientes no tienen otro recurso que refugiarse en la radio, donde se los oye como voces de ultratumba.

Al verso gentil siguió el impropio; al ramillete perfumado, la piedra envuelta en serpentin; al agua florida del pomo, los globos con aguas servidas; al atavío de la marquesa y el trovador, la arpillera del murguista y la chancleta del cocoliche. Ahora la máscara ha muerto y el carnaval también, asesinados, como todo lo que muere de muerte natural en las ciudades. Lo enterraron los niños, en la parodia de la comparsa filarmónica, al ruido de tambores de lata y de instrumentos de cartón. Una muerte insípida y un sepelio contra las buenas leyes de nuestro juego.

Desde aquella época gloriosa, sólo quedan máscaras dispersas, náufragos de la catástrofe. Espectros. Sólo existen para la galería fotográfica de los diarios y las revistas; viven una vez al año en una *pose* que eterniza el papel, con rostro y nombres verdaderos. Se las viste para el caso, como a las novias y a las niñas de primera comunión; son llevadas en coche por las mamás y vueltas a casa en seguida, donde ellas mismas piden que les quiten el disfraz para poder divertirse y no ensuciarlo. El carnaval propiamente dicho ha desaparecido. Pero, ¿dónde está y bajo qué aspectos se disfraza?

El gaucho fue la más deplorable víctima. Nació en el circo Anselmi o en el Podestá, y no en la pampa. Dio lugar a una leyenda caballeresca y a una indumentaria coreográfica. Los actores que declaman hoy por radio los versos de aquellos payadores del candombe, provienen del carnaval y no del circo. Los gauchos fueron la máscara del gaucho. Juan Moreira y Juan Cuello derrocaron al pobre Martín Fierro. Aunque hayan muerto, han matado también, como los constructores de rascacielos, la humilde belleza de lo auténtico.

No necesitamos máscaras, es la verdad. Bastantes cosas tenemos que hacer durante todo el año, sobre todo quienes actúan como Frégoli, siempre en trance de metamorfosis. La máscara se ha desvanecido y la careta es una táctica más bien que un postizo de cartón.

De aquellas antiguas máscaras, recuerdo al niño del trompo. Era un grandullón vestido de bebé. Llevaba en la mano un trompo que liaba con un largo zumbel. Tiraba el trompo y se agachaba a levantarlo en la mano. La madre le habría hecho la abertura en la bombachita.

También recuerdo la máscara cansada, que no se había disfrazado de eso, como Buster Keaton, sino de príncipe o de Tenorio. La máscara cansada llevaba en la mano la careta, estrujada de sudor. Era regularmente un príncipe confeccionado antes de que el pueblo hubiera visto por la ciudad de Buenos Aires a un príncipe de carne y hueso, cansado. Con capa de armiño de bombasí, medias de algodón largas hasta la ingle, jubón, zapatos de charol con hebilla de níquel, espada de madera y gorro de pluma de plumero. En el pecho, la condecoración del permiso policial. No se emborrachaban, esos príncipes; no hacían groserías a sus acompañantes; no ofendían a los que los acogían en su casa para festejar sus gracias. Eran príncipes como Dios manda y hasta recitaban versos de Echegaray. Al atardecer –no antes– caían agobiados de representar ese papel tan difícil cuando se toma en serio, pero no abdicaban, sino que preferían morir sobre el trono de la plaza. Ahí se sentaban a tomar resuello, con el brazo apoyado en el respaldo del banco. Realizaban un sueño multiseccular; las máscaras de arpillera también a ellos los trajeron a la grosera realidad. En sus rostros compungidos por la fatiga y la decepción, había la crispatura de la derrota más bien que del cansancio. Ellos padecieron antes el peso abrumador de la superchería y presagiaron el derrumbe de todas las dinastías a la sazón en auge. Pero el disfraz es mucho más antiguo que el vestido, y la mascarada ya se preludia en el mono. Justamente era la fiesta de los locos, el carnaval; su año cabal de tres días.

Cuando entre nosotros no había manicomios, por Buenos Aires andaban sueltos los locos, haciendo morisquetas y luciendo extravagantes atavíos. No era entonces fácil descubrirles el disfraz que usaban. El general Eusebio, bufón de Rosas, hacía un pequeño carnaval con su séquito. Era a la vez una máscara, un loco y una persona digna de respeto. Vestido con el uniforme que correspondía al grado (todavía cada cual lo aderezaba a

su gusto): casaca roja, bicornio con pluma, pantalón con franja y la jeta de mulato con toda la seriedad del entorchado, se diría una befa del poder militar que Rosas soltaba por las calles. Sin embargo, había que respetarlo porque encarnaba un poder: no el del ejército, sino el del tirano.

Ese general tenía todas las exterioridades de la máscara y todas las interioridades del loco. Menos mal que, aunque andaba suelto, no era un general de verdad.

Sobrevivientes

¿Sabe usted qué es la patota? Antes en el campo le llamaban malón. Pero dejemos eso. La patota puede ser considerada como una comparsa sin disfraz y a rostro descubierto. Tras la desaparición de las comparsas adquirió la patota inusitada hegemonía sobre todas las otras formas de la psique colectiva. Los comités y las canchas de fútbol han absorbido y digerido las patotas, y no se sabe ahora qué forma corporativa tomarán desde que el carnaval no existe como institución.

Era la patota una recidiva de la montonera, depurada, estilizada, simplificada, como una *mise en scène* distinta. El patotero era entonces el personaje típico de la ciudad: un complejo que tenía por partes iguales del compadre, del guarango y del tilingo. El patotero se tragó a la máscara, y el «hincha» se tragó al patotero.

La patota parecía un ser de muchos pies y una sola cabeza, como una tribuna de fútbol o un hipódromo. Unidos de los brazos, en fila, arrasaban a todo lo ancho de la vereda con cuanto hallaban por delante. Cantaban, gesticulaban y enarbolaban estandartes con insignias. Ni siquiera les faltaba el tenor. Pero eso era lo secundario, simple pretexto para dar un sentido espiritual a ese cuerpo disgregado de la mazorca, pues degeneraban del carnaval tanto como de las guerras inciviles. Salían a desafiar a la población en un malón urbano contra la barbarie, y regularmente terminaban todos apeándose en la Plaza de Mayo, como en 1820.

Andaban sin sombrero ni vincha, y fueron los precursores de todos aquellos que, en un tiempo cercano todavía, se engomaban el pelo y lo mostraban resucitando una costumbre indígena, aunque creyeran que era imitación del maniquí. La goma reemplazaba a la grasa de caracú; la

vincha se la colocaban en la Asistencia Pública. Aislado y aburrido, el patotero de hoy no tiene el brío y el *élan* de la tribu. Le faltaba el alma de plebe que lo animaba y ha entrado en el período de la máscara cansada. Un patotero suelto no pertenece a la mazorca, como la máscara aburrida no pertenece al carnaval. Jamás recuperará aquella ansia de justicia y de fe en los mayores, los bandidos de Moor y los corsarios de Byron. Formaban una cofradía callejera como los Templarios una caballería errante y los francomasones un falansterio sin paredes. Buenos Aires los ha absorbido y ahora los disciplina bajo la apariencia de jefes dispersos que buscan una nueva razón que los aglutine y les dé cualquier insignia con que puedan arrasar con todo por las calles y llegar hasta la Casa de Gobierno.

Las víctimas expiatorias

Durante los siglos de la Colonia y primeros años de la Independencia, los suicidios fueron muy extraños en Buenos Aires, casi desconocidos. Los nativos no se suicidaban, porque podían matar directamente al verdadero culpable sin desviar el arma hacia sí mismos. Los extranjeros habían venido a otra cosa.

Si una necesidad del hombre es dar la muerte, puede hacerlo de muchas maneras, pero principalmente de tres: contra el prójimo, contra sus ideales y contra sí mismo. Dante condensó en cinco clases todas las formas posibles de la violencia caracterizada como una fuerza propia de las ciudades, con el fraude y la traición como complementos. Precisamente los violentos están dentro de la ciudad de Dite, el municipio del diablo, en cuyo recinto los iracundos, los fraudulentos y los traidores constituyen toda la población.

Mientras los golpes podían descargarse a mansalva, aquí nadie se acordaba de su propia persona, porque el suicidio es, a fin de cuentas, una introspección; algo así como el despertar del tú en el yo y las ganas de concluir con él. Más tarde el suicidio cundió con virulencia epidémica en Buenos Aires como en todas las grandes urbes, aunque entre nosotros jamás alcanzará el porcentaje que en el interior, donde matarse es casi salir de la soledad. El ciudadano encontró al fin razones para ello y hubo ráfagas más mortíferas que la peste. Hasta llegó a prohibirse la publicación en los diarios de las noticias respectivas. Únicamente en los casos de sui-

cidio ornamental o con argumento dramático se le dio cabida en las hojas periódicas. Casi siempre se trata de neurasténicos, exasperados sexuales o comerciantes fallidos. Yo alcancé a conocer la época en que los grandes diarios se reducían por lo general a crónicas policíacas, y todavía hoy no comunican, de la vida de provincias, sino lo catastrófico y horripilante.

La estadística demuestra que decenas de desesperados se quitan la vida diariamente, sin contar las tentativas frustradas que, en toda la gama de la agresión contra sí mismo, llegaría a millares de casos. Pero la forma de matarse de a poco, especialmente el simulacro imaginativo que preserva del acto real, no figura en las estadísticas. Hace falta que el suicidio reúna ciertas condiciones de poesía y sociabilidad. Entre nosotros se desconoce la filigrana del harakiri de que nos enteramos en el *Bushido* de Nitobé, en que el caballero ofrece al cuerpo diplomático y a la nobleza la ceremonia de su sacrificio; o la entereza romana de no sobrevivir un día a la decadencia de la propia dignidad; o el afán de batir un récord de originalidad, como el de aquel joven norteamericano que, de sobremesa y tras de haberse propuesto que cada cual realizara algo excéntrico, se levantó y se pegó un tiro. Suicidio absoluto, espontáneo y sin instigación ajena, como el de Svidrigailoff, en *Crimen y castigo*, y el de Kirilov, en *Los endemoniados*. Estos suicidios son siempre admirables como una obra de arte. Hay una grandeza ideal en quitarse la vida por exceso de conciencia, o por cualquier algo de lo que no se puede sacar ninguna utilidad. Acaso, si se trata de un récord, éste sea el más interesante en la concepción trascendental de la ciudad.

Comúnmente entre nosotros los suicidios carecen de dignidad y nobleza: son asesinatos en ausencia del prójimo. Y tampoco muy acertados, pues nos dejan la duda de si serán actos expiatorios en que la ciudad escoge víctimas inocentes. Los que mueren por propia voluntad no despertan compasión ni admiración, y se los deja caer sin pensar mucho en la parte de culpa que nos alcanza a los que asperjamos sobre ellos el olvido. Callamos y seguimos. El silencio es la impunidad de las ciudades.

Perros y gatos

Hasta el amigo del hombre es un estorbo en la ciudad. No se tiene por él ninguna simpatía y ya el hombre y el perro no se entienden entre sí. Uno

de los dos ha roto el milenarismo vínculo de compañerismo que los unió en los trances difíciles. Más bien existe entre ellos un reciente encono que ha invalidado la legendaria solidaridad.

El perro de policía representa hoy al can urbano, descendiente de Cerbero y no del perro ovejero o de aguas que tantas páginas de heroísmo y servicialidad ocupa en la biografía del hombre. El perro de policía contempla al ciudadano con la prevención de que oculta a un posible malhechor. Para él, únicamente el amo y en general los que visten el uniforme policíaco están exentos de culpa y siempre tienen razón. El resto de la humanidad despiértale recelos, y a cada instante consulta la mirada del amo preguntándole si es a éste al que tiene que atrapar.

El oficio los ha llevado a ese total olvido de lo que fueron cuando no existía la veneranda institución policial y entre los seres humanos no había más que dos clases: su dueño y los amigos de su dueño y los extraños. El olfato les bastaba para recordar, desde la primera entrevista, a qué clase correspondía el nuevo conocido. En cambio, distinguían bien los animales inofensivos y los peligrosos; jamás habrían confundido la oveja con el lobo, ni la cabra con el gato montés.

El perro ciudadano, el perro de policía, no distingue ya entre animales inocentes y animales peligrosos; le basta saber que la oveja es azul y con polainas y que el lobo anda suelto y bajo diversísimos atavíos.

Los perros comunes, los que viven de incógnito en las casas de la ciudad, han pasado a ser los amigos de las mujeres, y muy poco se los ve si no acompañados de sus amas, en las plazas, aprovechando atolondradamente su efímera libertad. Son los quince minutos de represalia, en que se hacen servir por las señoras asidas a la otra punta de la cadena.

Corren o se detienen, revisan a escape la credencial de los congéneres, husmean o intentan huir, todo con prisa y tan desatinadamente que dan la impresión de que en pocos minutos quisieran agotar el repertorio íntegro de sus posibilidades.

Esas personas que son llevadas a pasear por los perros asidas al extremo de la cadena, han de tener ideas y sentimientos subversivos o por lo menos asimétricos con los cánones ciudadanos. En el mejor de los casos, se trata de personas que experimentan cierta necesidad constitucional de proceder en una perenne resistencia pasiva a los dictados de la cordura urbana. Cuando son esposas sin hijos, extranjeras que no hablan casi

nuestro idioma, o solteras que sienten una aversión invencible por los varones, el perro adquiere una cualidad de chivo emisario. Deviene una suerte de tótem que hace llevaderos la cadena del matrimonio, el collar de la nostalgia y el alcanfor del celibato.

El deber del ciudadano satisfecho es perseguir a los perros y amar al portero como a sí mismo. Los perros han sido siempre el escándalo de Buenos Aires y sus alrededores. Desde fines de 1700 hasta principios del 1900 la lucha anticanina revistió caracteres épicos. Los perros cimarrones, decía el padre Cattaneo en 1730, «cubren todas las campañas circunvecinas y viven en cuevas subterráneas que trabajan para ellos mismos, y cuya embocadura parece un cementerio por la cantidad de huesos que la rodean».

Por *El lazarillo de ciegos caminantes* sabemos que: «Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos están tan gordos que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles a tomar el fresco, en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos».

La edad de oro de los perros porteños puede situarse hacia el 1750, que es también la época en que la invasión de ratas motivó reiteradas procesiones a los santos protectores de la ciudad. El procurador general organizó una campaña contra los perros con fines comerciales, pues entendía que sus pieles «eran muy buenas para cordobanes y pudieran ser útiles enviándoselas a España».

Hace unos cien años se encomendaba a los presos la captura de los perros errantes. Salían de la cárcel con lazos y palos para llevar a cabo esa tarea.²¹ Cuando salían con grilletes, impetrando compasión, es que iban a pedir limosna a los transeúntes. Los dos trabajos más humillantes para el hombre los realizaban ellos: perseguir al amigo y mendigar.

21. «El espectáculo más desagradable y repugnante aun era el que ofrecían (los presos) cuando salían en grupos a la matanza de perros. Esto lo efectuaban al romper el día en los meses de mayor calor en verano, pero muchas veces no se retiraban antes de las 8 de la mañana, hora en que todos podían presenciar la brutal operación, haciendo todavía más repelente la escena con sus gritos, risotadas y chistes groseros. Unos llevaban lazos y otros iban armados de gruesos garrotes; una vez enlazado el perro, lo mataban a garrotazos que, cuando no se veían dar, se oían adentro de las casas, entre aullidos lastimeros» (*Buenos Aires desde setenta años atrás*, del Dr. José Antonio Wilde).

Desde entonces la cacería de perros siguió efectuándose sistemáticamente por disposición de las autoridades encargadas de velar por las buenas costumbres. Era bochornoso presenciar en las calles las reyertas de muchos contra uno, y ver que al final de la historia siempre el más grande arrastraba al más chico.

Muchos habitantes de esta honestísima ciudad recordarán la persecución de canes por los barrios suburbanos. Los cazadores avanzaban sigilosos con el lazo escondido a la espalda, como si buscasen la numeración de alguna casa. Instantáneamente echaban el lazo al perro, que daba algunas volteretas en el aire y en el suelo, aullando lastimeramente. De un solo movimiento lo metían en la jaula en que iban otros muchos incautos, de diversos tamaños y pelos. Una grito infernal, acompañada de silbidos y hasta de pedradas, anunciaba la aparición de la comitiva de esa tétrica hermandad cazadora de perros.

Adelante del carro-jaula iban los chicos anunciando la llegada de los cazadores. Éstos seguían avanzando impertérritos, pegados a las paredes, con el aire distraído de parientes venidos del campo. A caballo, uno precediendo y otro a retaguardia, marchaban dos agentes del Escuadrón, con sus largos sables brillantes y el gesto solemne de jinetes de una escolta de mariscales.

Los muchachos vociferaban la alarma, inconscientes de que infringían una ordenanza profiláctica municipal y una orden ética policial a un tiempo, y, heraldos compasivos, metían en el primer zaguán a los perros que encontraban a su paso, para salvarlos. Pronto asomaban rostros furibundos por las ventanas y las cancelas, porque el bajo pueblo siempre fue adverso a los abusos del fuerte contra el débil, llegando los mozos más atrevidos a dirigir palabras ofensivas a los cazadores, que seguían de largo, distraídos, más allá del bien y del mal.

Los gatos tienen su zona de residencia y vagabundeo en las obras en construcción, en algunas plazas, en las azoteas y allí donde algo que debiera estar dentro de las casas ha quedado a la intemperie. Pues no se trata aquí de los gatos domésticos, sino de aquellos otros pobres abandonados por sus dueños o nacidos en la clandestinidad.

Ellos no tienen el peligro de la *razzia*, aunque tampoco los consuelos de la simpatía de la infancia. Ni se los persigue como clase zoológica, ni se los quiere como adornos semovientes. De que no se los persiga ni se

los ame, acostumbran vagar por esos lugares que no son hogar ni calle: la tierra de nadie. Viven sin abdicar de su desdén aristocrático por el hombre, junto a las cosas: los andamios, los baldíos, los árboles. Es todavía «el que anda siempre solo», del cuento de Kipling. No falta la mujer piadosa, ya entrada en años y que comprende bien la vida, que al llegar la noche va con su paquetito de carne a darles de comer. En Italia, allá por el Panteón y el Capitolio nada menos, es común el espectáculo de esas crepusculares matronas enjutas que aun bajo la lluvia llevan sus trozos de corazón a los gatos desamparados. Entre nosotros esa costumbre femenina universal, sin duda resabios de la época matriarcal en que el gato hubo de ser el animal propicio, tiene también sus oficiantes baudelaireanos.²²

Hudson dedicó un capítulo de *Birds in London* a los gatos, preferentemente a esos que carecen de Dios, patria y hogar. Calculaba en ochocientos mil el número de pobres gatos que vivían sin hogar en Londres. Pero en Buenos Aires debe de haber muchos más. En la Administración Pública solamente han de existir varios millares para perseguir las ratas, que en algunas dependencias son tan voraces que hasta se comen los revólveres. El jefe de una oficina pública compró hace años un lote de gatos para defender el Archivo contra los roedores. Más tarde, como no recibía fondos, resolvió vender el Archivo para alimentarlos. Ya se sabe por qué refiero esta anécdota.

El grado de ternura de una ciudad puede ser medido por el amparo que da a esos seres que tuvieron su razón de existir en otras épocas lejanas, cuando las madres tenían que entretener a los hijos y no se fabricaban juguetes. Perro y gato están fuera de la lista de seres necesarios, y cada día más con la clase de vida que llevamos, con tan poco tiempo que perder en cosas inútiles como la amistad y la compasión. Representan un tipo de existencia cavernaria y pastoril. Aquellos perros que describe Rilke, semejantes a los de Poe por lo alucinados y olfativos de la muerte;

22. «Es ejemplo de esta afirmación el terreno abandonado en la calle Lavalle señalado con el N° 1.165, frente a la diagonal Presidente Roque Sáenz Peña. En este predio, donde se arrojan toda clase de desperdicios, existe desde hace más de cuatro meses un criadero de gatos cuyo número se aproxima actualmente a treinta, estando el cuidado de los mismos a cargo de una vecina, quien diariamente les lleva la comida y demuestra así el interés de mantenerlos en ese sitio, no obstante las reiteradas protestas, etc.» (*La Prensa*, 20 de marzo de 1940).

los gatos de Fujita y de Anatole France, nada tienen que hacer en una ciudad comercial de *tempo prestissimo*. Si se los cría aún, si se los defiende de la extinción natural a que los condena el destino de la civilización mecanizada, demuestra el hecho que el hombre y la mujer han salvado algo de su alma, o que la han corrompido del todo. En cierto modo, se puede apreciar por el género de vida que tienen que llevar los perros y los gatos, y con las dificultades que los hombres y las mujeres soportan en la lucha por la vida, el estado de deshumanización del ciudadano que los mantiene unidos a pesar de que en el fondo son los cuatro enemigos irreconciliables, según ciertas combinaciones.

El gato de la fonda rememora el mesón donde se está como en familia; el gato de la farmacia evoca las cataplasmas, colirios y clísteres de años que pasaron. Pero el perro atado a la cadena, que se lleva unos minutos a las plazas, y el gato que no tiene otro hogar que los escombros de las casas que se construyen o se derriban, indican que la lucha del hombre por el pan se ha hecho muy ruda, que las caricias se han ido de su mano y que ahora está en la trinchera, apuntando y haciéndose matar.

Los duendes de las calles

Los pobres forman una gama infinita, más vasta que la de la felicidad, el poder o el talento. Porque, en igualdad de condiciones y admitiendo la misma posibilidad de valoración cualitativa, la pobreza tiene hacia la profundidad de la desesperación como del dolor, de la soledad y de la angustia, lo inacabable y lo inagotable. No en vano Dostoievski, el alma de más exquisita sensibilidad y capacidad de comprensión, tomó del mundo de la pobreza sus seres, heroínas, temas y teorías. No hubo en esto ninguna razón de afecto ni de simpatía. Quizá fue Dostoievski un hombre de corazón duro y desdeñoso, igual que Dante. Pero fue, sin duda, un artista extraordinario y trascendental, y necesitaba ir a la más honda fuente de posibilidades del alma humana. Por eso es suya la reivindicación más estupenda que jamás Padre de la Iglesia pudo haber hecho del Cristianismo, la más gloriosa exaltación del sufrimiento y de la necesidad de castigo para redención del alma humana. Él llegó a formular aquella idea sombría del Gran Inquisidor, por mente del más terrible de los Karama-

zoff. Los pobres han sido el tema de Cristo y sobre sí llevan tan grande porción de nuestras injusticias, que jamás existirá conciencia de los valores humanos sin conciencia de la pobreza. La felicidad es un sueño, no de imposibilidad, sino de sociedad; la fortuna es una anestesia. El dolor de muelas del personaje de *Memorias desde un subterráneo* y la jaqueca de Nietzsche, como la piedra de Montaigne y la fístula de Herder, éstos son los microscopios para examinar la trama de la vida, cuyo bordado no tiene otro objeto que ocultarla. Y la pobreza, cuando no es excesiva y logra también la cualidad analgésica de la dicha, es, asimismo, un microscopio y un buceo en las entrañas misteriosas de la vida.

Aquí los hombres son receptáculos más meritorios de ese dolor de vida, porque la pobreza tiene un estigma de reprobación. El viejo orgullo de los hidalgos va en la limosna y la compasión como el veneno en el agua. El pobre de otros países sobrelleva una pobreza histórica y hereditaria; en la pobreza hay también sus mayorazgos. Un pobre tiene apenas lo que necesita para vivir y, a veces, menos. Mas puede un emperador detenerse ante él y comprender que, de no ser Alejandro, lo mejor sería ser Diógenes. Nuestro pobre ha fracasado, ha hecho un intento frustrado. Tiene vergüenza y nosotros lo depreciamos. Cuando el pobre ha perdido la posibilidad de ganarse el pan, cuando rueda al siguiente círculo infernal de la desocupación, se convierte en un ser repulsivo; mientras con su trabajo obtiene al menos una parte del costo de su subsistencia y la de los suyos, forma todavía parte de la sociedad, y en aquellos tugurios que llamamos conventillos, vive. El otro, el que no tiene ninguna defensa, rueda a los bordes de la ciudad. Fuera de la ciudad levanta su ciudad, fuera de la sociedad forma su sociedad.

El pobre no es sólo el hombre sin dinero ni bienes, sino el hombre sin derechos, con su calidad de hombre disminuida. La ley le concede un plano de igualdad jurídica, como le concede la igualdad en los derechos a la salud. La sociedad lo convierte en paria, y el derecho existe y, codificado, instituido, no tiene poder contra las leyes de la naturaleza. En ese concepto ha estudiado Simmel al pobre en su *Sociología*. Tiene un derecho, pero es falso, como puede tener en el bolsillo billetes de banco falsificados. Un derecho implícito en el deber de la sociedad. Dice Simmel: «...cabe sostener, desde un punto de vista social, que el derecho del necesitado es el fundamento de toda la asistencia a los po-

bres. Pues sólo si se presupone semejante derecho (al menos como ficción jurídico-social) parece posible substraer la asistencia de los pobres a la arbitrariedad y dependencia de la situación financiera accidental y otros factores inseguros».

Tuvimos en Puerto Nuevo una de esas ciudades y sociedades marginales. Levantaron habitáculos de hojalata y madera, como los que veinte años antes vio Clemenceau por los barrios de las Ranas y Nueva Pompeya, lo suficientemente altos y amplios para una persona sentada. A lo largo hubieran sido el ataúd.

No eran las cuevas primitivas, cuando las ciudades no habían construido más que los sótanos; más bien era una especie de caparazón de madera y cinc. Allí se incubaban enfermedades de todo género, como antes en la cárcel del Cabildo. Suponed lo que un millar o cinco millares de hombres arrancados a sus familias, desmembrados, pueden concebir en tal condición de existencia. Pensad en Job sin la santidad. Pensad lo que es la ciudad vista desde un sitio así, como pensáis lo que es un sitio así visto desde la ciudad; pensad lo que pueden ser todos los sentimientos y las ideas más nobles, y el mismo Dios. Pues no era un pueblo de leprosos ni de ateos. Había quienes se persignaban antes de cerrar sus ojos y quienes auxiliaban a los demás con las hilachas de sus interrumpidos estudios de Medicina. Estaban desplazados sin haber perdido su calidad de seres humanos. Había ingenieros, políglotos, abogados, artistas y oficiales de todos los oficios. Eran una civilización destruida. Como en otras partes del mundo, estos desventurados sin ocupación representaban un peligro continuo. No se vivía en paz existiendo ellos. La conciencia del ciudadano satisfecho fabricaba sueños de vigilia en que aparecían esgrimiendo fantásticas armas; zunchos, trozos de hierro, piedras, avanzando sobre la ciudad como en alguna invasión de perros rabiosos. Pesadilla a lo Brueghel el Viejo. Iban a destruir la conciencia de los hombres satisfechos.

Un día, en vísperas de llegar el presidente del Brasil, Getulio Vargas, se resolvió aplicar una terapéutica freudiana a esos sueños. No se los vio más. El problema de la desocupación quedaba resuelto. Como sombras y fantasmas que no hubieran existido más que en la imaginación de la ciudad, desaparecieron. La ciudad pudo seguir despierta sin soñar aquella horrible pesadilla de la realidad.

Náufragos sin salvavidas

Por la mañana, cuando aún la luz no ha fundido la sombra, se ve ante los tachos de la basura, inclinadas y borrosas, figuras que parecen humanas, hurgando y examinando. Si bebieran sangre de algún carnero negro, cobrarían voz y podrían expresar algo de sus vidas. Son mudas.

Aquello que se arroja al tacho de los desperdicios, puede ofrecer para estos hombres valor de alimento o de mercancía. Pasan los perros, pero dejan siempre algo que no quieren, para estos desventurados. Van cargando papeles, huesos y latas en fardos que llevan sobre sus espaldas, como escarabajos. El rostro superpuesto de barbas y suciedad defiende su rostro de la vergüenza. Se amparan en la mugre y el desaliño. La mirada del paseante puede hurgar y examinar en estos rostros sin encontrar tampoco nada de valor entre la basura. Rehuyen levantar los ojos; no miran sino los desperdicios, y la mirada es la última luz de la dignidad que se apaga.

Sin embargo, a veces quedan sangrándoles las manos. Sacuden la sangre al suelo y siguen su tarea, porque no vale la pena cuidar ni defender esa carne de morgue.

El vagabundo temperamental, del que Panait Istrati dijo que «es el hombre civilizado de la existencia pura», tipo específico de las urbes, que se conoce por los campos con los nombres de linyeras y crotos, no trabajan ni bajan la vista. Llegan al heroísmo en manos de vagabundos temperamentales como Gorki, Hansum e Istrati, que han hecho una poética de esa parte insobornable de toda alma lírica. Pasan en su seguridad de incógnitos fantasmales. Ellos son los hombres desconocidos a quienes nadie saluda. Son los que aceptan sin rencor su anonimato, y que saben bien qué es la soledad y la vida que cabalga en la muerte. Mientras muchedumbres enteras (aquellos que levantan las manos en las fotografías o se empujan para salir a plena faz) se desviven por atraer la atención, éstos se apartan de todos, orgullosos siempre de su absoluta anulación (porque el orgullo es una cuestión de glándulas y no de situación social). Viven conformes con la esterilidad total, cuyos profetas fueron Onán y Diógenes.

Acostados en los umbrales, en la tierra, todos los días despiertan ellos en el día anterior para empezar de nuevo una jornada ya gastada. Un día ya vivido que, como ellos, tampoco tiene nombre propio ya, porque se llama

ayer. Junto a estos arrogantes señores de la autarquía y la miseria pasan los enormes bultos de basura sobre piernas que se esfuerzan aún por sostener el ritmo fabril de la ciudad. La mañana disipa, al fin, las sombras.

Las piezas desgastadas

No se envejece lo mismo en la ciudad que en el campo. En la ciudad se envejece por uso y en el campo por oxidación. La ancianidad es distinta aquí y allá. La vejez de un árbol y la vejez de un abrigo difieren en que uno envejece desde adentro y el otro desde afuera, y son, en términos generales, dos síntomas de lo natural y lo artificial. Antiguamente envejecer era una función natural y el anciano comprendía que había cumplido un destino que era el suyo, bien o mal. Notaba la responsabilidad de sus actos y de su existencia manejándose conforme a los dictámenes de su conciencia. Al final de la vida brotaba en él una inteligencia nueva, filosófica; la senectud estaba cargada de sabiduría natural porque era experiencia consciente.

Por eso las religiones punitivas tenían en cierto modo razón de ser. Ahora el anciano se encuentra con que ha sido usado y que los años pasados son un capítulo de una historia ajena en que vivir es como leer. La senectud no trae la luz de una inteligencia nueva, sino la sombra y la desesperación. ¿Qué cuentas tiene que dar de su vida por haberla entregado a un beneficiario desconocido?

Lo más parecido a la vejez del campesino es cualquier cosa en que la intemperie ha colaborado con el tiempo; lo más parecido a la vejez de un ciudadano es el desgaste de la pieza de una máquina, o el de un objeto desechado por la moda, que pierde su utilidad. El campesino está uncido a la herramienta, pero se siente vivir con las demás cosas. Las cosas de la ciudad, no sólo envejecen, sino que se ponen fuera de moda, que es una forma accesoria de la vejez. La vida útil es actividad, eficacia; la vida ornamental es cierta ternura que la coloca fuera de la urgencia del uso indefectible. El anciano de la ciudad ha pasado de moda, más bien que envejecido; no tiene actualidad de vida, no es usable con eficacia, no valía por lo que era, sino por lo que produjo.

En los asilos se puede observar en montón esos desechos de la ciudad: sobrantes y despojos. El anciano del campo sigue en un orden de

armónica correspondencia con ciertos aspectos de la naturaleza; camina a la muerte acompañado por la marcha del sol, el viento, la lluvia, la noche. La similitud del invierno y la vejez, de la primavera y la pubertad, por ejemplo, no tiene sentido en la ciudad. El invierno es confortable, une a las personas, las torna sociables; la primavera no logra exacerbar la vitalidad más allá del apetito de confort y placer siempre tenso. La mayor concesión que puede hacerse es decir que el invierno es la estación de la ciudad; el verano, la del campo.

El hijo más noble y puro de nuestra campaña y de su alma, Hudson, prefería el verano a todas las estaciones, y el mediodía a todas las horas. Preferencia que costara comprender al ahijado de la naturaleza.

Unidos en la soledad del asilo, están los ancianos más incommunicados que en las celdas los reclusos. Miradles los rostros y las manos; vedlos andar y descansar. No sintetizan su vida. El rostro nos dice de una vejez general, específica, y refleja tanto la antigüedad de un barrio, la boga de una música pretérita, el empleo de un corte de traje, como la antigüedad de su cuerpo. Ha trabajado, ha sufrido, ha disfrutado. Lo deducimos de los signos inequívocos de su piel y de la deformación de sus rasgos fisonómicos, de su desdibujo y decoloración. No tiene impresa su biografía, sino la sociología del lugar y la época de donde viene. Pensamos en el sistema social, en su organización, y en que ya no forma parte de un mecanismo que sigue funcionando aun sin él y del que ha sido separado. No ha vivido para sí mismo. El otro anciano campesino tiene, como el pájaro viejo y la pared de la casa, su propia historia en su decrepitud.

Hay algo que se parece mucho a un asilo de ancianos: una casa de compraventa. El escaparate de los cambalaches es vejez, soledad, anacronismo, muerte. Cada objeto anuncia el fin de una posesión, la secesión de un todo. Al más insignificante objeto que tiene ya un desgaste por el uso, se asocia infaliblemente un recuerdo. El mecanismo de recordar se pone en acción para imaginar, y lo que imaginamos parece que lo recordáramos. Falta a ese objeto no tanto la porción de materia que ha desaparecido por desgaste cuanto la mano que lo manejó o el mueble en que estuvo expuesto. Le falta la vida y la compañía. Adornaba una vitrina, una consola; servía a un estudiante, a un artista. No son estos objetos los que faltan a sus poseedores, aunque se los haya hurtado; son ellos los que faltan a estos objetos. Por eso dan una impresión humana de soledad y

los identificamos con la suerte del hombre. Ahora se los puede admirar o compadecer, como a los ancianos, y si hubiera que usarlos sería haciendo una violencia al orden natural de las cosas, como cuando hay que atar al arado un caballo viejo. Han quedado fuera del tráfico y trueque usual de la existencia, solitarios también, junto a los objetos encerrados en idéntica soledad. Sobre el mismo anaquel, unidos en la misma repisa, un microscopio y un pebetero tienen historia muy distinta; no sólo historia particular, sino historia social. Ambos han sido usados; sin embargo ahora, en el descanso, fuera de la circulación de la vida, se asemejan muchísimo, por los seres que vivieron y los necesitaron, y por los que ahora no viven ni los necesitan. Juntos, los ancianos del asilo, llegaron de diferentes lugares, y ¿qué tienen que ver entre sí? Todavía falta un poco –algo más de frío, de lluvia, de tierra– para que adquieran entre sí una definitiva y eterna identidad.

La noche

La hora de Buenos Aires es la tarde, la hora del desierto. Echeverría lo intuyó, Keyserling llamó vespéral a la luz de nuestros campos.

Pero la noche es inmensamente más expresiva y profunda. Cualquier ciudad de noche pierde su sentido significativo. Londres, París o Roma de noche son absolutamente extrañas a sí mismas, como su categórica negación y aniquilamiento. Pierden su fisonomía de noche, para destacar su oasis de bullicio y libidine. Entonces es cuando Buenos Aires y todas nuestras poblaciones, más hondamente cuanto más australes, adquieren su sentido cósmico, sideral, telúrico. La luz estimula un tropismo de insecto fosforescente en el habitante. La población entera es atraída por las iluminaciones públicas a las avenidas insomnes. También las fiestas para el pueblo se realizan de noche, según leemos en alguna página de *Amalia*. Cuando la iluminación se hacía con velas de sebo o con gas, la concurrencia era idéntica, porque idéntica era la atracción de la luz. En cambio, las fiestas diurnas son melancólicas y frías.

La noche concierta con el estado de ánimo de Buenos Aires. La animación nocturna es una euforia de droga espiritual; la santa noche, infinitamente anterior al desembarco de don Pedro de Mendoza, envuelve

materialmente a la ciudad en un regazo. Entonces surge de la febril y fría ciudad la otra más verídica y duradera.

Las formas que la ciudad destaca de noche coinciden muy poco con las del día; tan poco como el alma nocturna con la de las vigiliass o como la ancestral con la actual nuestra. El alma nocturna de Buenos Aires es muchísimo más rica de contenidos vitales y patéticos, y muchísimo más antigua, más arcaica que el día. Noche campesina que toma su desquite de la opresión y la insensatez de una faena jadeante sin objeto.

Barrios enteros se sumergen en el sosiego del descanso; párpados de amapolas cubren la vasta ciudad que estuvo de día despierta hasta la clarividencia, veloz hasta el vértigo, distraída hasta la crueldad, desconfiada hasta la agresión; un sueño que baja desde las altísimas estrellas y que cunde finísimo desde las soledades de los campos.

Otra función mucho más vital que ninguna se cumple entonces. De la noche cósmica en que se sumerge, Buenos Aires extrae energías para nuevas luchas en que casi está sin aliados. Las voluntades que en el ímpetu del día procuran la victoria de sus propios intereses, ahora reciben, en el sueño de la noche, un influjo de total unidad. Así Buenos Aires trabaja silenciosamente contra las potestades del caos.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

**7 ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN
DE LA REALIDAD PERUANA**

José Carlos Mariátegui

Estudio preliminar: Atilio A. Boron

DOGMA SOCIALISTA DE LA ASOCIACIÓN DE MAYO,
precedido de una ojeada retrospectiva sobre el
movimiento intelectual en el Plata desde el año 37

Esteban Echeverría

Estudio preliminar: Noé Jitrik

**HUMANISMO BURGUÉS
Y HUMANISMO PROLETARIO**

De Erasmo a Romain Rolland

Aníbal Ponce

Estudio preliminar: Horacio Tarcus

LA CABEZA DE GOLIAT

2740320886431



9789876141956

No existe mejor invitación a tomar conocimiento de la ciudad de Buenos Aires que *La cabeza de Goliat*, justamente porque fue escrito para desenmascarar sus fachadas, para perturbar sus cimientos y para pronosticar su final. El libro fue compuesto como un mosaico y cada una de sus fracciones fue sometida a una «microscopía», metáfora técnica del detallismo casi puntillista con que Ezequiel Martínez Estrada descompuso la ciudad hasta arribar a sus células elementales.

Derivación temática de su obra cumbre, *Radiografía de la pampa* (1933),

La cabeza de Goliat fue gestada durante un tiempo de ensanchamiento, intensificación y modernización del núcleo urbano primigenio, y resulta ser una postal de la década de 1930. Detrás quedaba «la gran aldea» de fines del siglo XIX; por delante, la refulgencia metropolitana. En este texto Martínez Estrada concede que Buenos Aires es la mayor gloria de la Argentina, su mascarón de proa, su logro máximo, sin dejar de ser, a la vez, «la enfermedad mortal de la República». Tanto dinamismo y magnificencia desembocan en un triunfo pírrico: la grandeza es patología y la grandilocuencia un fracaso.

Christian Ferrer



CAPITAL INTELECTUAL